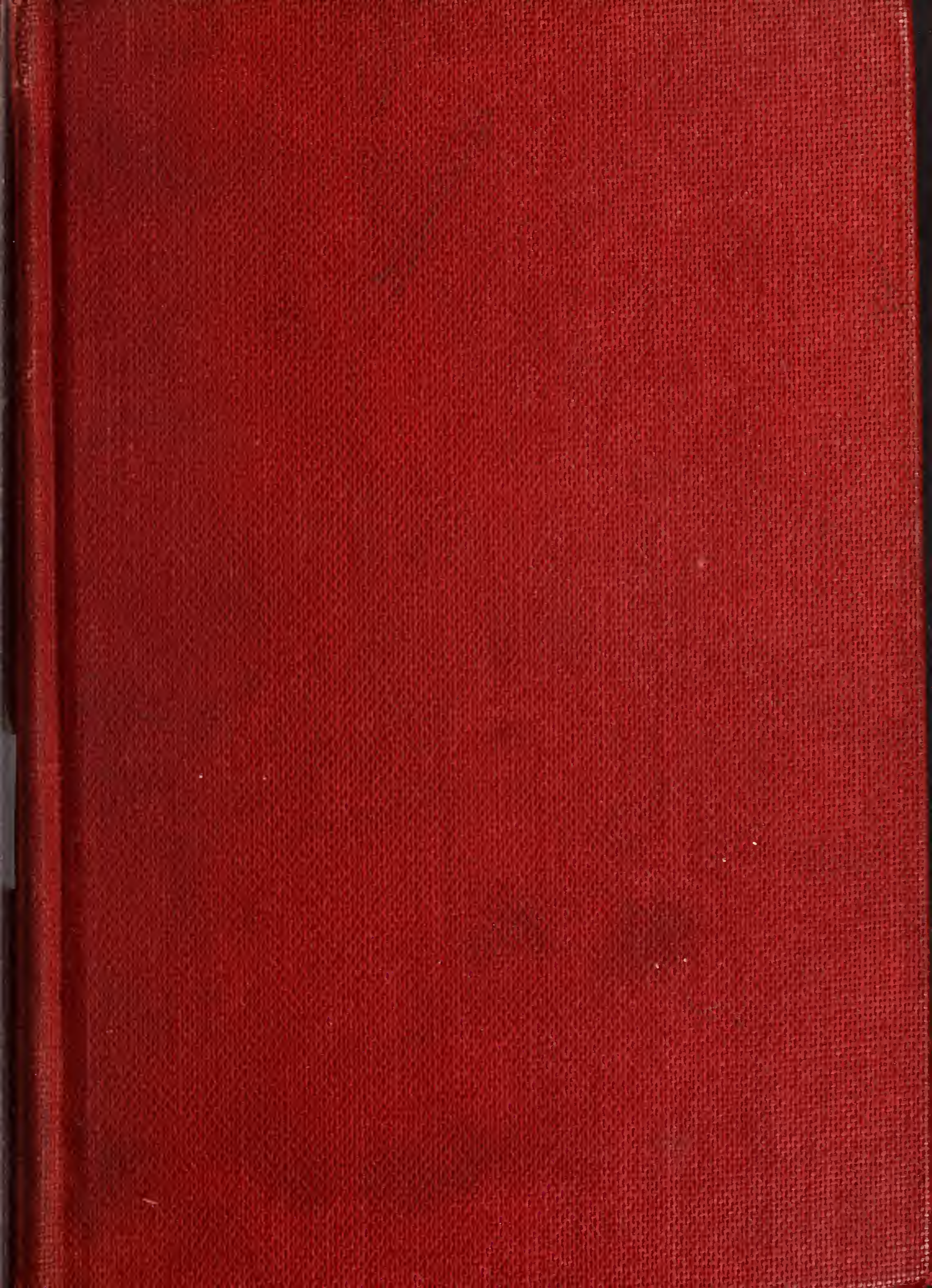




Class F2223
Book .M532



VIAJES

POR EL INTERIOR DE LA AMERICA MERIDIONAL

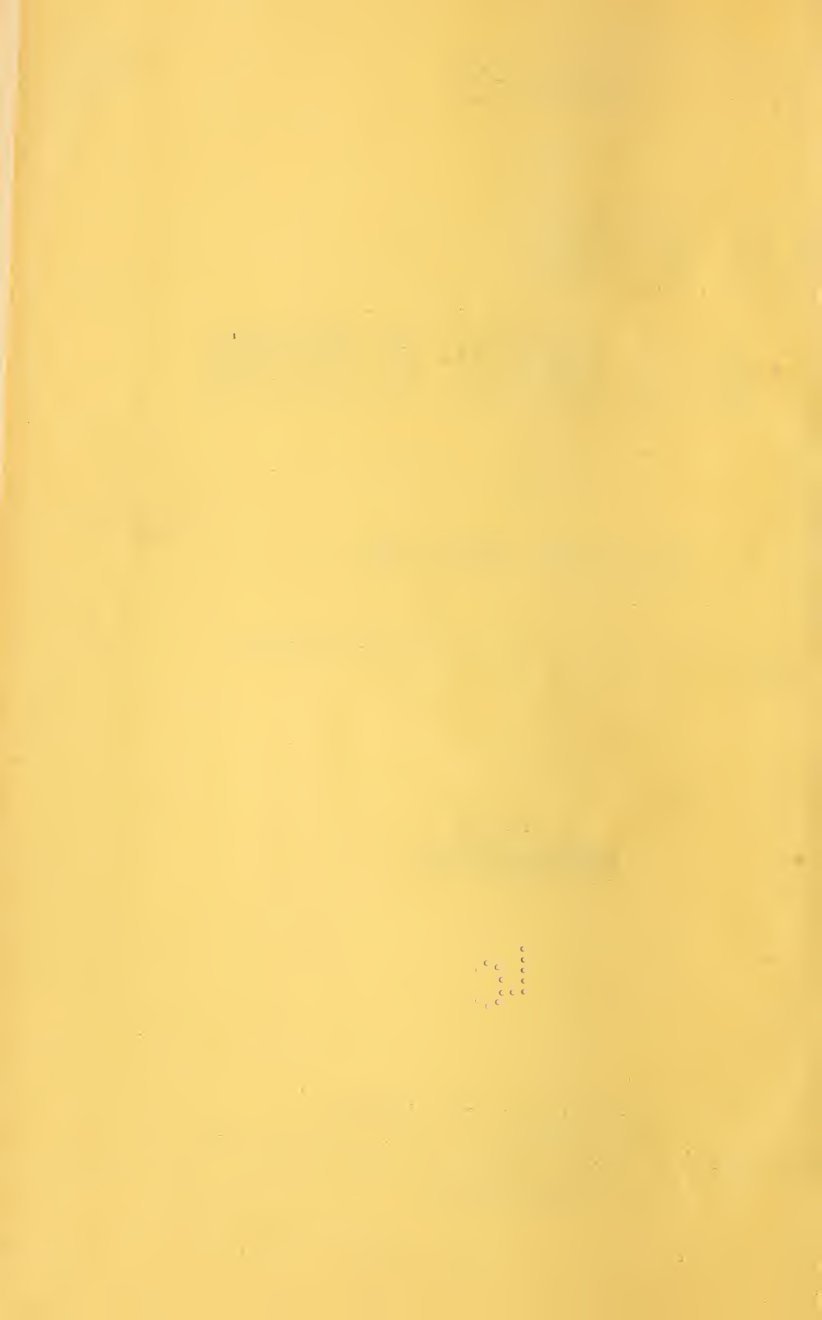
DE

JULIAN MELLET

Traducido de la 2.ª edicion francesa de 1824.



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA
Dr. S. A. GARCÍA VALENZUELA, PROPIETARIO
812 MERCED 814



VIAJES

POR EL INTERIOR DE LA AMERICA MERIDIONAL

DE

JULIAN MELLET

Traducido de la 2.ª edicion francesa de 1824.

269
232



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA
Dr. S. A. GARCÍA VALENZUELA, PROPIETARIO
812 MERCED 814

F2223
.M532

131855

D. OF D.
FEB 28 1913



INTRODUCCION

Mientras más leáis, mas cosas sorprendentes veréis.

La obra que entrego al público, es el fruto de mis observaciones durante la estadía de doce años en la costa firme de la América Meridional.

Obligado sin cesar á trasladarme á las diferentes provincias de esta vasta parte del nuevo mundo, me he puesto en condiciones de poder estudiar las costumbres, el carácter y usos de sus habitantes. Me he inclinado particularmente á conocer el modo de viajar por esos climas, los peligros que se corren en ciertos puntos, las distancias que separan las ciudades de las aldeas y villorrios, su diferente población,

la rica producción del suelo, las artes que ahí pueden florecer y por fin, las diversas ramas del comercio que ahí se hace.

Talvez otros viajeros han podido adelantárseme; pero sus relaciones deben de carecer de extensión o de exactitud; ninguno, me atrevo á asegurarlo, se ha propuesto penetrar en el interior de las tierras, de modo que sus relaciones, lejos de tener por base la inspección de los lugares, no están fundadas sino en opiniones más ó menos falsas, bastantes á borrar toda confianza.

Si mi obra merece alguna indulgencia, desde el punto del estilo, tiene, á lo menos la ventaja de su exactitud y verdad, que garantizo como testigo ocular de todo lo que voy á relatar.

Las revoluciones que se han sucedido tan rápidamente en los países que voy á describir, aumentarán sin duda el interés que la descripción de un país tan hermoso y tan poco conocido debiera naturalmente inspirar.

No obstante, mi intención no es entrar en el detalle de las causas que han podido impulsar á los pueblos de esas ricas provincias, á sacudir el yugo de la dependencia y servilismo; eso no es el objeto de mi obra. Me contentaré con dar á conocer hechos que podrán dar una idea del absoluto imperio que ciertas castas ejercian entonces sobre sus habitantes.

He creído necesario insertar en el curso de mi relación muchos acontecimientos que me son personales á fin de evitar la monotonía.

Espero que el público, de quien reclamo indulgencia, querrá contentarse con la confesión bien sincera que le hago de no haber tenido jamás el talento de escribir, y me alimento con la dulce idea de que creerá que no entrego mi obra á la impresión sino con la intención única de comunicarle parte de las observaciones que he hecho en el curso de mis viajes: observaciones, creo, que podrán serle de alguna utilidad.



CAPÍTULO I

Partida de Bayona.—Objeto del viaje.—Naufragio.—Toma de la embarcación.—Llegada á Maldonado.

Queriendo proteger el gobierno francés la ciudad de *Montevideo* contra el ataque de los ingleses, envió en 1808, para esa ciudad, el bergantín *Consolador*, cargado de armas y pertrechos de guerra. Ese bergantín era mandado por los señores *Dauriac* alférez de navío y caballero de la Legión de Honor y *Pedro Delobarats*, antiguo alférez de navío. Partí á bordo del bergantín á las órdenes del señor *de Chassenai*, enviado de Francia cerca del Virrey de Buenos Aires, encargado de algunas misiones particulares, especialmente de la carga de la embarcación. El Bergantín partió de Bayona el 30 de Mayo á las cuatro de la tarde.

La misma noche llegamos, sin ninguna contrariedad cerca de las costas de Vizcaya; de súbito nos sorprendió una horrorosa tempestad y su furor nos hizo temer que el buque se fuera á pique.

Pero la providencia tuvo piedad de nosotros: calmó la impetuosidad de los vientos, nos vimos en paz con algunas averías que reparamos y continuamos nuestro viaje sin ningún acontecimiento particular hasta el paraje conocido con el nombre de los vientos alisios (1).

Ahí nuestro contramaestre cayó enfermo; la fiebre se apoderó de él de tal manera que en pocos días se volvió casi loco y concluyó por arrojarse al mar; al instante lanzamos el bote al agua para tomarle, pero nuestros afanes fueron infructuosos y desapareció para siempre. La pérdida de este infortunado y los rápidos progresos de la enfermedad sembraron el dolor y la consternación entre la tripulación.

La monotonía de nuestro viaje no fué interrumpida hasta la costa donde se encuentra la desembocadura del río de la Plata. Llegados cerca de esta costa y en el momento en que distinguíamos esas aves conocidas con el nombre de carneros, á causa de su semejanza, fuimos arrojados, por la violencia de los vientos *pamperos* á más de doscientas leguas mar afuera. La impetuosidad de esos vientos, tan conocidos de los navegantes, nos hizo presagiar horribles desventuras, que nos confirmaban los terribles rugidos del mar agitado: creimos llegar al término de la existencia por un naufragio.

Ese viento tan formidable que ha causado la pér-

---

(1) Ciertos vientos que reinan entre los dos trópicos y que siempre soplan del mismo lado.

dida de numerosas embarcaciones, viene de las *pampas*, llanuras mas allá de Buenos Aires y que se extienden hasta las *Cordilleras* con una superficie de trescientas sesenta leguas, por lo menos, sin que ahí se encuentre bahía, ni altura que pueda interrumpir ni contrastar su furor. Infla y levanta las olas del Plata y amenudo hace escollar á los navíos en la costa opuesta.

Tan pronto como el viento nos fué favorable, retrogradamos para llegar á *Maldonado;* empleamos en esta maniobra seis á siete días, creyendo ver el fin de nuestras fatigas; pero, desgraciadamente, otros acontecimientos, no menos funestos nos esperaban y no tardamos en ser víctimas de ellos. El señor de *Chassenai* desembarcó en *Maldonado* con un aspirante de marina y el cirujano de á bordo, y con una escolta que le dió el gobernador de esta ciudad se dirigió por tierra á *Montevideo* lugar, como lo he dicho, á donde estaba destinada la carga del bergantín. Estábamos al ancla durante su desembarco y apenas lo hubieron efectuado cuando el vijía nos anunció la vista de dos navíos ingleses que vinieron á anclar detrás de dos islillas situadas cerca del punto donde nos encontrábamos en ese momento.

Su esperanza era sorprendernos durante la noche, pero la claridad de la luna favorecía nuestra atención y observaciones: vimos todas sus maniobras y logramos evitarlas cortando el cable y emprendiendo la fuga.

Destacaron pronto cuatro ó cinco lanchas, cada

una con una veintena de hombres á fin de alcanzarnos.

Viéndonos á punto de ser tomados, no tuvimos otro recurso que arrojarnos sobre la costa, defendiéndonos á intervalos á cañonazos. Abandonamos el bergantín y ganamos tierra á nado ó por otro medio.

Los ingleses no tardaron en subir á bordo de la embarcación, la saquearon y le pusieron fuego. Este enojoso accidente nos llevó á la *Playita* de donde fuímos testigos tanto del pillaje de la carga como de la pérdida del bergantín, el 8 de agosto de 1808 á las diez de la mañana.

Habiéndose dispersados por una y otra parte mis compañeros, me dirijí á *Maldonado* á seis leguas de distancia. Cuando llegué á esta ciudad recibí socorros del gobernador y después de rehacerme con algunos días de reposo de las fatigas esperimentadas durante la travesía, hice las siguientes observaciones.



CAPÍTULO II

Maldonado.— Montevideo. — Recepción que se nos hizo en esta ciudad.— La Aguada y el Miguelete.— Las Piedras y el Canalón.—Caza de tigres.— Santa Lucía.— La colonia del Sacramento.

Maldonado, ciudad á la entrada del rio de la *Plata*, á 22 leguas de Montevideo y 85 E. de Buenos Aires, tiene una playa muy agradable con dos islitas en donde se cazan ó pescan lobos marinos.

El clima es muy sano, los habitantes blancos en su mayor parte y en general muy afectuosos con los extranjeros. · Las mujeres son encantadoras, visten con elegancia, pero son demasiado coquetas. Las calles son anchas y rectas, las casas regulares pero poco amuebladas; están cubiertas de terrazas que se comunican de manera que se puede ir de una extremidad á otra sin tener necesidad de bajar.

Los campos son agradables, la tierra, aunque ne-

gruzca y lijera, es muy fértil y produce en abundancia toda especie de comestibles.

Se nota una inmensa variedad de animales domésticos: los de cuernos son de exquisita calidad y de cantidad prodigiosa. La abundancia de las carnes es tal que se bota en gran cantidad, lo que atrae y alimenta gran número de perros vagabundos; los habitantes también alimentan sus aves y animales domésticos, lo que da á estos un gusto insípido y fastidioso. Las perdices y avestruces (1) son tan comunes que los viajeros se alimentan de los huevos que ellas ponen en cantidad entre las malezas; esos huevos se hacen notar por su gusto y su grandor, siendo de dificil digestión. El pescado no es menos abundante en esas costas. La leña es muy escasa y los habitantes vénse obligados á traer de muy lejos la que tienen necesidad para su uso.

En fin, esta ciudad es muy agradable tanto por su posición como por sus ricos productos. La población es de 2,500 habitantes.

Después de algunos días de reposo, fuí á juntarme con mis desgraciados compañeros, quienes separados de mí, habían sido hospedados, por orden del gobernador, en unas *estancias*, es decir, en unas granjas que pertenecen al gobierno; y con el favor de algunas carretas que nos facilitó, emprendimos juntos camino de Montevideo.

---

(1) Pájaro grande que con sus alas desplegadas, cuando el viento le es favorable, corre tan lijero como un caballo.

La buena acogida que habíamos recibido en Maldonado, nos envalentonó y nos hizo esperar que seríamos tratados del propio modo en Montevideo. Idea tan consoladora nos hizo olvidar el fastidio y las fatigas del viaje y nos complacíamos en felicitarnos de antemano de su buena acogida; pero esta con soladora esperanza fué de muy corta duración; pronto comprendimos que aún no habíamos agotado la copa del infortunio.

Días ántes de nuestra llegada á Montevideo, una goleta salida de Cádiz trajo la noticia de que las tropas francesas habíanse apoderado de la capital de España y que el rey y su familia estaban prisioneros en Francia. Tan pronto como el pueblo tuvo conocimiento de este suceso se fué sobre nosotros, nos insultó prodigándonos los epítetos más injuriosos. No sé hasta donde hubieran llevado su venganza y furor, si el Gobernador don Francisco Javier Rios, como un deber, no hubiera prevenido las consecuencias que podía ocasionar acontecimiento tan imprevisto. Sea por librarnos del peligro de un populacho que nos amenazaba, irritado y ávido de la sangre de cuarenta desgraciados franceses á quienes miraban como traidores, sea por cumplir los deberes que su puesto le imponía, nos hizo arrestar y tratar como prisioneros de guerra.

Me hago un deber en elogiar á ese digno gobernador y no sabría alabar lo bastante su buena conducta para con nosotros. Por penosa que fuera nuestra posición, soportamos pacientemente su peso gra-

cias á los cuidados y socorros de todo género que nos suministraba tan digno oficial. Gracias á sus bondades, jamás carecíamos de los objetos necesarios de la vida y me atrevo á creer que habría de buen grado puesto fin á nuestra cautividad si no hubiera temido de un pueblo semi-feroz, único motivo que le obligaba á tratarnos como criminales. Los sentimientos de benevolencia que demostró más tarde por la nación francesa me confirman en esta opinión.

Montevideo está á sesenta leguas E de Buenos Aires por la ribera del Plata y á cincuenta leguas por tierra. Su población es de 14,000 habitantes, gobernadcs militar y civilmente por un brigadier de ejército y por un *Cabildo* unido á un corregidor y dos alcaldes (1); los miembros que componen esta autoridad administran la justicia civil y criminal.

Hay un tribunal de comercio, un hermoso teatro y dos hospitales. Está muy bien fortificada, tiene un pnerto muy seguro á veintidos leguas del mar, que es vigilado por un capitán. El espesor de las murallas que la rodean y la ciudadela que la defiende, en forma de pentágono, la hacen inexpugnable tanto por mar como por tierra.

Las calles son anchas y bien rectas; las casas edificadas con ladrillos y coronadas de terrazas como en *Maldonado*, facilitan la comunicación en la vecin-

---

(1) Que ejercen las mismas funciones que los maires en Francia, pero que se renuevan anualmente.

dad y sirven para distraer la vista; las iglesias son hermosas y bien decoradas; los mercados están bien aprovisionados de todo lo necesario. Dos lugarcitos distantes uno de otro tres cuarto de legua y denominados la *Aguada* y el *Miguelete*, lo suministran todo.

Observaré que en Montevideo todos los establecimientos de panadería, carnicería, salchichería etc, están fuera del recinto de la ciudad.

En esta ciudad reina la abundancia, gracias á las dos aldeas que acabo de nombrar. En la *Aguada,* el agua es deliciosa y desde allí se la transporta á Montevideo, aunque distante un cuarto de legua, porque la que contienen las cisternas de esta ciudad, no es ni con mucho tan buena.

Las dos aldeas están situadas en una campiña fértil y risueña. El Miguelete sobre todo, rodeado de árboles frutales produce toda clase de frutas tales como manzanas, peras, damascos, duraznos, naranjas, limones y melones en abundancia y todos de delicioso gusto. Es la más encantadora aldea que he visto, ya por su agradable posición como por su feliz fecundidad. Goza, por decirlo así, de una eterna primavera.

Los campos están llenos de animales vacunos, caballos y asnos, y de ahí su gran comercio de cueros y de pieles con la ciudad cabecera. Un riachuelo los riega cuyas orillas están cubiertas de árboles aromáticos. Sus habitantes—cuyas casas están en parte cubiertas de cueros—visten muy ligeramente: la vestimenta consiste en un par de calzones de gruesa te-

la de algodón, muy largos y con franjas de encaje en su extremidad; ademas usan cinturones de diversos colores donde llevan su puñal. Con este traje están casi siempre á caballo que manejan con suma destreza. Por lo general, carecen de moral y son dados á toda especie de vicios.

Las grandes ventajas que Montevideo reporta de estas dos aldeas, sus relaciones comerciales con ellas y las que tiene con otros lugares, hacen muy importante á esta ciudad. Es uno de los mejores países que existen y me atrevo á creer que un hombre activo y laborioso, cualquiera que sea el comercio que abrace, puede en poco tiempo alcanzar un estado de opulencia. A mi modo de ver, los relojeros, armeros, ebanistas, sombrereros, curtidores, panaderos, confiteros, cerveceros, sastres, toneleros y veleros no tardarán en prosperar ahí.

Además del comercio de pieles, hace otro no menos importante, de mulas con los portugueses brasileños, los cuales, en cambio le traen café, aguardiente de caña de azúcar y otros productos del Brasil, los cuales, á la verdad, pasan de contrabando, pero cuya utilidad es muy considerable: en suma, el comercio es lo que enriquece á esta ciudad y los habitantes tienen una destreza y actividad sin semejantes á este respecto. No obstante, es bien sensible que el orgullo y la cólera sean la base de su carácter; es muy raro encontrar en la clase baja un hombre de bastante calma que no haga uso de su puñal

y no hiera, si puede, á su adversario por la menor contrariedad.

Por lo general, las mujeres son encantadoras; hablan el *castellano* con mucha corrección y gusto; pero lo que influye en sus atractivos es la irresistible inclinación que tienen por toda especie de bebidas y por el tabaco; han contraído de tal suerte esta costumbre que no la dejan sino con la muerte.

Aunque lluvioso y frío en invierno, el clima es, sin embargo, muy sano y siempre agradable en las demás estaciones. De nada carece esta ciudad, á no ser de leña que es tan escasa como en Maldonado.

Después de cinco meses y medio de cautividad, durante los cuales, no obstante tuve la libertad de salir tres veces por semana, seguido de un guardián, lo que me dió ocasión para hacer sobre Montevideo las observaciones de que he hablado, huí de la ciudadela y me dirigí á *Buenos Aires* pasando por los sitios más abajo designados.

Las Piedras, villorrio á cuatro leguas de Montevideo es muy divertido por la variedad de ganado y caza. Los caminos son planos; los habitantes, por lo general, negros, mestizos ó mulatos, son de mala índole; viven en cabañas hechas y cubiertas con cueros, solamente la iglesia es construida con ladrillos. Se alimentan generalmente con carne que poseen á discreción y la prefieren al pan que facilmente podrían procurarse. Esto es, me parece, lo que contribuye á la dureza de su carácter.

Como las observaciones que se pueden hacer en

este lugarejo, no son tan interesantes para darles una colocación digna de llamar la atención del lector, las paso por alto, contentándome sólo con decir que ahí se encuentran algunas canteras de piedras semejantes al mármol.

A cinco leguas de esta aldea y á nueve de Montevideo, se encuentra un gran villorrio llamado el *Canalón*, el que ofrece asuntos más útiles y más agradables de describir que las *Piedras*.

Los víveres existen en abundancia y muy baratos. El comercio se extiende á diversos artículos, pero el más importante es el que se hace con las pieles de tigres que se encuentran en los alrededores y son de la mejor calidad.

En pocas palabras voy á dar al lector una idea de la manera cómo los habitantes dan caza a los tigres.

Cuarenta hombres, que llaman *gauchos*, y algunas veces un mayor número, se dirigen á caballo á los alrededores de sus guaridas, perfectamente conocidas de ellos, y logran con grandes gritos hacerlos salir de los escondrijos de las piedras donde se encuentran. Asustados los tigres se lanzan al llano ó á las cañadas; y entonces, esos hombres que manejan sus caballos con destreza incomparable, se dirigen á todo escape hacia los tigres para cogerlos. Para este efecto, se sirven con habilidad sin igual de lazos de cuero de 18 á 20 brazas de largo y del grueso de una pulgada; en la extremidad de cada lazo hay una lazada que arrojan al cogote del tigre. Si

logran enlazarlo, hacen correr sus caballos á todo lo que dan á fin de extrangular al tigre con la arrastrada; pero si en las primeras tiradas del lazo fallan, emplean enseguida otros más cortos y delgados en cuyas extremidades hay tres piedras, dos de las cuales son del grueso de una naranja, cosidas en la punta de un cordón de cuerdas tejidas en forma de cadena de reloj; cojen una de esas piedras, es decir, la más chica—lo menos la mitad de las otras—cubierta con una especie de vegiga por todas partes, y después de pasar la cuerda entre los dedos con un movimiento de brazo semejante al de disparar la honda, arrojan el todo sobre el tigre y logran así maniatarlo hasta la distancia de trescientos pasos. Cuando han conseguido su objeto, bajan del caballo y traspasan al tigre con una lanza ó un puñal de que van provistos.

A pesar de su agilidad y de toda la destreza que da un hábito continuado, algunas veces son víctimas del animal que se les ha escapado. A menudo sucede que el tigre está de tal modo enfurecido que cae de un sólo salto sobre el cazador en desgracia, lo derriba del caballo y al instante lo devora si sus demás compañeros no vienen pronto en su auxilio.

Estos cazadores llevan por toda vestimenta una camisa y pantalón muy ancho, con cinturón donde colocan su puñal ó cuchillo de caza.

Este villorio, cuya población es más ó menos de 1,200 habitantes, es muy agradable y su temperatura muy sana. Sólo las mujeres son de carácter ama-

ble y generoso, singularmente opuesto al de los hombres; habitualmente se alimentan con carne asada y el agua es su bebida diaria; no obstante cuando van á la ciudad, comen pan, beben vino ó aguardiente con complacencia.

A cinco leguas del *Canalón* y á dieziocho N. E. de Montevideo se encuentra una aldea llamada *Santa Lucía* que merece alguna atención.

El pan, la carne y legumbres existen en abundancia; su suelo es muy fertil y contiene una inmensidad de animales.

Los habitantes, blancos la mayor parte, son muy afables y gustan en general de cumplir los deberes de la hospitalidad para con los extranjeros. El bello sexo es de una belleza y vivacidad admirables y extremadamente apasionado de la danza y del canto. La temperatura es allí muy sana y tanto más agradable, ya que jamás hace calor ni frío.

En esta aldea hay considerable comercio de plumas de avestruces que se encuentran en la localidad y de calidad excelente. Las gentes del campo las llevan á *Santa Lucía*, de donde las envían á Montevideo para de ahí remitirlas á Europa.

A medio cuarto de legua de esa aldea hay un gran arroyo, que por el gran número de nutrias que produce, enriquece al país. Su pelo es tan fino, que los sombreros que se fabrican, pueden asimilarse á los castores de primera clase. Los habitantes de esta aldea explotan con los de Montevideo este artículo,

que es una rama del comercio que les reporta mayor utilidad.

Todos los alrededores están cubiertos de bosquecillos, de árboles aromáticos que esparcen los olores más suaves; son tan numerosos esos árboles ahí que se ven obligados á quemarlos á falta de otra especie de leña. La aldea tiene más ó menos 1,500 habitantes.

La *colonia del Sacramento*, ciudad muy antigua, y que pertenecía en otro tiempo á los portugueses brasileños, está á 40 leguas por tierra de *Montevideo* y á 50 por el río; está en una posición muy agradable y tiene un puertecito donde se embarcan para *Buenos Aires*. El río de la Plata, que se está obligado á atravesar para ir á la capital, tiene en ese punto diez leguas de ancho; y cuando el horizonte está despejado, se la divisa bien claramente desde ese lugar.

La carne, la volatilería de toda especie, el buen pescado, en una palabra, todos los víveres existen en gran abundancia. El clima es muy cálido, aun en tiempo lluvioso. Los habitantes, en número de 2,800, son de carácter muy dulce y hospitalario.

En los alrededores de esta ciudad se encuentra el *sapotillo*, fruto que crece como el melón, pero más pequeño; se coge semi-verde y al cabo de cinco ó seis días se pone amarillo como un limón y entonces es bueno para comerlo. Ese fruto tiene adentro dos ó tres pepas del porte de las de la calabaza, y los naturales del país aseguran tener mucha virtud. Asada

y reducida á polvo, cura pronto y radicalmente toda especie de heridas, y templada en aguardiente detiene los movimientos de vientre: me he servido personalmente de ella y he obtenido completa mejoría.

Se encuentra también una especie de árbol que se asemeja al granado, pero de fruto diferente; tiene la forma de una gorda fresa, pero no es buena para comer; en su interior contiene una especie de arveja de color ceniciento, que asada y reducida á polvo es de gran utilidad para la limpieza de los dientes. La corteza de este arbol es muy amarga; y cuando está podrida, sirve como de jabón para blanquear la ropa. Este arbol es muy buscado en el país y fuera de él.



CAPITULO III

Buenos Aires.—Modo de transportar los negros á Lima.

Buenos Aires, ciudad capital de la provincia de la *Plata*, del *Paraguay* y de una parte del *bajo Perú*, gobernada antes de la independencia por un Virrey, lo es ahora por un Congreso. Está situada á la derecha del Plata, á 82 leguas N. W. del mar y 60° 51′ 15″ de Lonjitud Occidental y 34° 35′ 26″ de Lat.

Tiene una gran Audiencia, un obispado, cuyo prelado goza de pingües beneficios, dos teatros, uno muy hermoso y otro muy antiguo, muchos cafés soberbios, tres hospitales y un tribunal de comercio.

Las calles son hermosísimas, muy anchas y bien alineadas; á todo lo largo de ellas y en sus extremidades se han colocado lindes que impiden á los coches que toquen las aceras de ladrillo, á la altura, más ó menos de un sobrenivel de la calle. Este

método tan útil como propio defiende el calzado de la humedad; y aunque llueve con frecuencia, raramente se ve barro ahí.

Las casas adornadas con agradables terrazas son muy hermosas aunque edificadas de ladrillos. Los víveres existen en tal abundancia que se arroja al rio, por orden de la policía, toda la carne y pescado que no se haya vendido hasta las diez ú once de la mañana. El comercio es general; la yerba y el tabaco del Paraguay son uno de los ramos principales, tanto por su exportación á la costa firme de la América meridional, como por el consumo que se hace en el país, lo que mucho contribuye á su prosperidad; pero la verdadera causa de su opulencia viene de la venta que hace á los ingleses de sebos, cueros y toda especie de pieles, al contado ó en cambio de otras mercaderías de Europa, y especialmente de negros, que embarcaciones de portugueses brasileños traen en gran número.

Esos esclavos colocados en depósito como cualquiera otra mercadería, se destinan á *Lima* donde se venden á más alto precio en razón, sin duda, de la necesidad que hay en esa ciudad para los trabajos de sus diferentes establecimientos.

Como he visto muy amenudo transportarlos, no podría dejar de dar á conocer cuán deplorable es la condición de esos infelices.

En el momento de su partida de *Buenos Aires* para *Lima*, se da á cada uno un pantalón de lana azul y una especie da traje en forma de chaleco y

un gorro igualmente de lana. A las mujeres se les da una pollera muy ancha y un pañuelo para la cabeza. Se separan ambos sexos y se les amontona en grandes carretas cubiertas de cuero, tiradas cada una por ocho yuntas de bueyes y cada una contiene 25 á 28 de esos esclavos.

Van dirigidas por dos ó tres conductores que están bajo la vijilancia de tres ó cuatro empleados á sueldo y de un cirujano encargado de atender en caso de necesidad á esos infelices. Ademas están encargados de la galleta, agua, leña y en fin de todo lo que puede ser necesario para el transporte á fin de que los negros y sus conductores no estén expuestos á los sufrimientos del hambre. No están á cargo de la carne porque se la encuentra suficientemente en el camino. Esas carretas van algunas veces seguidas por un gran número de viajeros que temen ser detenidos, saqueados y muertos por los indios no sometidos que muy á menudo infestan el camino de *Buenos Aires* á *Mendoza*. Van algunas veces en número de cuarenta.

Cada negro recibe de ración diaria doce onzas de galleta, tres de arroz y carne á discreción. Llegados á *Mendoza* toman algunos días de reposo y se les hace en seguida continuar el viaje á *Valparaíso* (1) pero de manera bien diferente. Se les monta á caballo ó en mulas cuyas sillas muy chicas solo sirven para esta clase de trasportes.

---

(1) Puerto principal del reino de Chile, donde se les embarca para Lima.

Este nuevo cambio es para esos infelices una era de sufrimientos; como no están acostumbrados al caballo sufren toda clase de incomodidades y por poco vigorosa que sea la bestia, que los conduce, al menor movimiento da con ellos en el suelo. Los que caen y se levantan para volver á montar, sufren á veces coces tan fuertes que á menudo quedan tendidos muertos sobre el campo. Esos accidentes son muy frecuentes y no se hace expedición alguna sin que haya algunos esclavos muertos ó estropeados.

Rudos sufrimientos los esperan en las *cordilleras*, acostumbrados á un clima excesivamente cálido y enteramente opuesto al que están obligados á atravesar, se sienten de tal modo transidos de frio al acercarse á esas montañas, que muchos de entre ellos quedan rígidos ó dejan de existir cuando se les creía bien.

En circunstancia semejante ó si les suceden otros accidentes, los comisarios encargados de su conducción levantan un sumario de los muertos y lo envían para su descargo à *Valparaíso* en el momento de su embarque para *Lima,* lugar de su destino.

A menos de estar falto de todo sentimiento humanitario no se puede, sin extremecerse, dar una mirada á las desgracias que la avaricia hace sufrir á esas infortunadas criaturas cuyo único crimen es tener el color distinto del nuestro. Los horrorosos tormentos que se les hace experimentar, han excitado la justa indignación de muchos escritores sensibles y generosos, los cuales no pueden dejar de regocijarse de

haber visto sus esfuerzos coronados con la abolición de la trata de negros. Pero este vergonzoso comercio, aunque severamente prohibido, no por eso ha cesado, y los horrores que he visto con mis propios ojos y de los cuales doy el detalle, se renuevan aún hoy día muy á menudo. Pongamos un velo sobre esas inquidades; entreguemos á los desgraciados culpables á su buena ó mala fortuna, y volvamos á la ciudad de *Buenos Aires*.

Esta ciudad está situada, como ya lo he dicho, á la orilla del Plata y en muy hermosa posición. Goza de muchas diversiones muy útiles y no tiene otro inconveniente que el de no tener agua suficiente para recibir grandes embarcaciones cargadas de mercaderías por su cuenta. Falta de agua, los vapores se ven obligados á anclar á tres leguas de distancia; y con esta fastidiosa circunstancia se vé en la dura necesidad de enviar débiles embarcaciones á fin de retirar las mercaderías que les traen.

Los habitantes, aunque de carácter altivo, son muy amables y excesivamente generosos. Los extranjeros son allí acogidos con la más franca hospitalidad, lo que prueba la bondad de su corazón.

La vestimenta de los hombres, aunque sencilla en apariencia, es muy rica; el lujo de las mujeres llega al más alto grado y son también apasionadas por el tabaco como en *Montevideo*.

Las risueñas y ricas campiñas que rodean la ciudad están cubiertas de árboles frutales y de gran número de olivos.

La excesiva abundancia de carnes atrae una infinidad de ratas. Los ingleses, que especulan con todo y que nada desdeñan cuando se trata de obtener provecho, pagan hombres especialmente para que las maten á montones y llevan el cuero de esas ratas para prepararlos entre ellos. Las profesiones que he citado como ventajosas á los que las ejercieran en *Montevideo,* no lo serían menos á los que vinieran á establecerse en *Buenos Aires.* En esta ciudad, como en toda la provincia, las cosechas se hacen en los meses de enero y febrero.

A mi llegada á *Buenos Aires*, su Excelencia el señor Conde Liniers Ebremont, de orígen francés, ejercía en esta ciudad las altas y dignas funciones de Virrey. La larga cadena de desgracias que había sufrido en *Montevideo* y por mejor decir, en todo mi viaje, me habían dejado en la miseria. No vacilé en presentarme á su Excelencia con una carta de recomendación de M. de *Chassenai*, que me la dió de buen grado y que estaba prisionero en la ciudadela de *Montevideo*, con centinela de vista. No sabría pintar la favorable acogida que me hizo el virrey. Conmovido con mis desgracias, después de asegurarme cuánto quería á su madre patria, aunque gobernador en país extranjero, me regaló cuarenta cuádruplos que equivalen en monedas francesas á 3,200 francos; con el favor de sus generosidades emprendí un pequeño comercio.

Siempre lamentaré no haber tenido jamás la oportunidad favorable para atestiguar á mi generoso bien-

hechor, toda la extensión de mi reconocimiento. Privado de esta dulce satisfacción me hago un deber en dar á conocer los talentos de este valiente hombre y su natural, siempre inclinado á hacer la felicidad del menor de sus súbditos.

En 1806, el marqués de *Sobre-Montes* ejercía las funciones de virrey en esta capital y el conde de *Liniero-Ebremont* no era entonces más que capitán de navío al servicio de Su Majestad. Diez mil ingleses, se apoderaron de una parte de la ciudad, los habitantes daban pruebas de bravura y hacían toda especie de esfuerzos para rechazarlos. Se trasladaron en multitud á casa del marqués de *Sobre-Montes* á fin de imponerle de sus intenciones; pero por la manera de responder no tardaron en comprender que él se encontraba en inteligencia con los señores ingleses y aún descubrieron que había cooperado al éxito de ellos.

Siempre llenos de ardor por la defensa de su país é indignados con la conducta de su virrey, se dirijieron á donde el conde de *Liniers* y de común acuerdo le proclamaron su jefe.

Sin vacilar, guiado por los sentimientos del honor, este hombre tan digno de la confianza pública se puso á su cabeza con heróico valor y ordenó que en el acto se hiciera el reclutamiento de todos los franceses que se encontrasen en la ciudad y alrededores. Prontamente sus órdenes fueron ejecutadas; todos se apresuraron á tomar las armas bajo sus órdenes, y marcharon luego contra los ingleses. Guiados por

jefe tan valeroso, nuestros intrépidos soldados, que se disputaban la gloria de defender causa tan justa, no tardaron de cubrirse de laureles, y los ingleses se vieron obligados á rendirse á discreción y á reembarcarse porque se les negó cualquiera capitulación de su parte por más que ellos habrían aceptado la impuesta por nuestro nuevo jefe.

Después de esta acción fué llamado á desempeñar las honrosas funciones de virrey, dignidad que ocupaba cuando tuve el honor de conocerle.

Los habitantes le querían por su justicia y equidad. Reunía á los talentos militares y á un valor á toda prueba, todas las cualidades de un hombre honrado y probo; de este modo con placer se estaba bajo sus órdenes. Fué fiel á sus juramentos y á su rey; y cuando el triunfo de la independencia se consolidó, se retiró á *Córdoba* en donde vivió tranquilamente hasta que se le arrestó. En el trayecto de esta ciudad á *Buenos Aires* fué fusilado por su escolta en el lugar llamado *Cruz Alta.*

Tal fué el fin de este hombre estimable, cuya memoria me será siempre querida.

Los habitantes de *Buenos Aires* han conmemorado la conquista de su independencia, construyendo en esta época, en medio de la plaza principal, una pirámide, donde los domingos y los jueves se celebra aún toda clase de juegos y de fiestas. Los alumnos de los colegios acompañados de sus directores, como los que dirigen los diversos establecimientos de la ciudad, se reunen ahí acompañados de nume-

roso coro que deja oír sus gritos de júbilo. Reunidos en el lugar donde se encuentra ese soberbio monumento, caminan varias veces en torno de la pirámide, al son de una infinidad de instrumentos de música.

Los oficiales y soldados están vestidos y equipados más ó menos á la francesa y á estos últimos se les paga á razón de 75 francos al mes.

La población de esta ciudad la componen 56.000 habitantes de los cuales el tercio es de blancos.



CAPÍTULO IV

Provincia del Paraguay.—La Asunción.—Corrientes.

Partí de Buenos Aires para recorrer la provincia del *Paraguay*. A este efecto me embarqué en el rio de la *Plata* y sólo pude llegar ahí á los cuarenta días.

La provincia del *Paraguay* se encuentra situada á la orilla del *Plata*. Está limitada al norte por el Brasil y por el país del Amazonas, al poniente por el Perú, al sur por Chile y al este por el Océano Atlántico.

Su capital es la *Asunción* que está bajo la dependencia de Buenos Aires; está gobernada por un coronel y un gran *Cabildo* y tiene además un obispado muy importante.

La variedad de las ricas producciones de este rico país lo hacen muy comerciable, pero lo que aumenta la opulencia ahí es la venta de yerba-mate, de que

ya he hablado, y que produce una renta anual de 600.000 pesos ó sea 3.000,000 de francos, y la del tabaco que por su gusto y olor es reputado talvez como el mejor de la América Meridional.

El algodón, cuya cosecha es muy grande y de primera calidad, da aun más brillo á ese país, tanto por la gran cantidad que ahí se consume como por la exportación que se hace á otras provincias y á los países extranjeros. Las nutrias, de que he hablado, igualmente son muy comunes en el Paraguay.

Los productos del Paraguay bastarían á enriquecer una provincia mucho más extensa y más poblada, por la facilidad que tienen los habitantes para deshacerse de ellos; pero la naturaleza los ha querido aún favorecer más ampliamente: ha permitido á su suelo producir todos los artículos de primera necesidad.

El arroz y el maíz existe en gran abundancia, lo propio que la carne y la *mandioca*, que es un tubérculo harinoso de la forma de una zanahoria, pero blanca y más grande. Los habitantes hacen con esta harina un pan que llaman *casabo*, con que se alimentan. Hé aquí el modo como lo hacen:

Después de haber arrancado el tubérculo, le quitan la cáscara y lo rayan con rayadores de cuero ó de hojalata, semejantes á los que nos sirven para rayar azúcar, pero dos pies más grande de largo y uno de ancho. Cuando el tubérculo está así rayado, colocan esa harina en sacos de tela firme y clara, en seguida la aprensan á fin de extraerle el jugo, que

es veneno peligroso, pues, los habitantes dicen que si un animal lo bebe ó come cuando no está cocido, muere inmediatamente. Sin embargo, aunque reputado de venenoso, no deja de ser útil. Si se le pone al sol en vasijas con pimiento, ese jugo se pone agrio y es tan bueno para las salsas como el vinagre; de este jugo así aprensado queda un residuo semejante á la harina. Se deja secar al sol y se guarda hasta cuando haya necesidad de él; y para transportarlo sin que se eche á perder, se le coloca en grandes secadores de fierro que vienen de Europa y de los cuales se sirven los sombrereros para hacer sus sombreros; se cuece por grados y por fin se hace una especie de torta que se sirve de alimento á la mayoría de los habitantes, pues el pan es ahí demasiado caro. Los salvajes vecinos de esta provincia emplean el mismo procedimiento, con la diferencia de que en vez de rayador se sirven de una especie de madera, en la cual embuten piedrecillas duras y puntiagudas y en lugar de sacos de tela usan cortezas de árboles, con los que hacen un tejido muy apropiado; y en vez de secador de fierro, lo hacen de barro que sirve para elio.

Este tubérculo es tan útil en esta provincia, como el trigo en Europa y aún se hace de él una excelente bebida, más nutritiva que la cerveza.

La canela, el ruibarbo, la vainilla, la cochinilla, tienen también su rango entre los productos del Paraguay. Hay aún una yerba que los habitantes llaman *cayapia*, cuya hoja tiene un olor parecido al de

la higuera. Cuando se la tritura y se pone á hervir, tiene la virtud — para los que toman el agua — de resistir el veneno de las serpientes y opera la curación de los que han sido heridos por flechas envenenadas.

La patata y el camote son muy comunes en esos lugares; el primero de estos tubérculos que es como una especie de betarraga, pero mucho más grande, es muy alimenticia, pero no tiene el mismo sabor. El camote tiene la cáscara roja y en su interior es blanco como la papa, pero más substancioso y tan harinoso como la *manioca*.

Existen muchos plátanos, cuya fruta asada ó cocida en agua gusta mucho á los habitantes, pues la prefieren á toda otra; su sabor se asemeja al de la castaña. No doy otra descripción, ya que es suficientemente conocida.

Las cañas de azúcar, los limones y naranjos como una infinidad de árboles frutales, cubren los alrededores de la ciudad y ofrecen el más hermoso panorama por su variedad. Se notan muchos árboles de fuerte consistencia y de olor muy agradable; los habitantes los emplean en la construcción de los más lindos muebles.

En estos países existen igualmente monos de diferentes colores, y pájaros, que por la diversidad de su plumaje, son muy hermosos y muy buscados. Esos son más ó menos los productos más notables del Paráguay.

Pero antes de pasar á otra región, creo útil hacer

aquí la descripción de la yerba-mate del Paraguay, tan renombrada en la América Meridional y enseñar su preparación y su uso.

Se comienza por colocarla en un calabazo chico, llamado *mate*, preparado en forma de copa pequeña. Se pone como en el té, suficiente cantidad de azúcar y se vierte en seguida agua hirviendo, que se bebe pronto sin dejarla que tenga mucha infusión, pues de otro modo se pone negra como la tinta. Para evitar que la yerba que sobrenada se trague, se emplea un cañuto de plata que se llama *bombilla*, la cual en una extremidad tiene una bola cubierta de muchos pequeños agujeros, que dejan salir enteramente la bebida. Todo el mundo toma el mate en rueda con el mismo cañuto; y á medida que se bebe, se vuelve á poner en el mismo mate y la misma yerba, más agua caliente.

Tal es el modo usado en el Paraguay. La diferencia que hay es que los ricos gastan *mates* de plata ú oro macizo y los que los pobres usan sólo están adornados con plata.

Esta bebida de olor muy agradable es, á mi modo de pensar, mejor que el té. Las gentes del país están de tal modo habituadas á ella que los más pobres la toman tres ó cuatro veces al día, especialmente en ayunas.

Además del gran comercio que hacen con esta bebida en países lejanos, el que mantienen con las ciudades de la *Paz*, *Cuzco*, el alto *Perú*, *Chuquisaca*, *Mendoza*, *Salta*, *Tucumán*, *Córdoba*, *San Juan*, *San*

Juan de la Frontera etc., etc., es mucho más importante. Todos los años se enviaban al reino de Chile, 21,800 quintales para el consumo del país.

Cometería una de las omisiones más esenciales si no hablase de la ciudad por donde pasé á mi vuelta: de la *Asunción*. Su comercio, sus riquezas y la generosidad de sus habitantes me imponen el deber de hacer su descripción. Esta ciudad llamada *Corrientes* está situada á orillas del *Plata*, á 90 leguas S. E. de la *Asunción* y á 210 N. de *Buenos Aires*; goza de la misma temperatura de la *Asunción* y su comercio y productos en general son los mismos. En los alrededores hay muchas colmenas que producen excelente miel, y buen número de nutrias, cuyo comercio es más importante que en la *Asunción*. Se destila mucho aguardiente ó rón; las cañas de azúcar contribuyen mucho á enriquecer el país.

En las campiñas que rodean á *Corrientes*, el *copal* que es un árbol digno de ser apreciado, produce una goma cuyo olor se asemeja al del incienso y que los naturales del país emplean en sus fiestas religiosas. Esta goma posee varias virtudes: calienta y suaviza todas las partes del cuerpo y es muy buena especialmente para los dolores de cabeza. Se trabaja esta goma como la resina: su hoja es muy útil, los habitantes la emplean mucho en tisanas purgativas.

En los alrededores de esta ciudad, como en el *Paraguay*, se encuentra una raíz roja conocida con el nombre de *guarico*. Se machaca con mucha precaución y se coloca en las heridas: las sana tan radical-

mente, por grandes que sean, que en el intervalo de treinta á cuarenta horas no deja señal alguna. Jamás, las gentes del país viajan sin estar provistos de *guarico*.

Los europeos que traen á este país objetos de quincallería y falsas joyas, como cobres dorados ú otros metales fabricados en Francia, sacan inmensas utilidades.

Sin contradicción, los habitantes sobrepasan á los de otras regiones que he recorrido en el amor por todo lo que ofrece novedad; así las mercaderías que son de su agrado se venden ahí más ventajosamente que en otras partes. Las cintas de diferentes colores y de pulgada y media de ancho, las pistolas de bolsillo son tan apreciadas que si algún viajero emprendiese esa única clase de comercio pronto obtendría un buen fruto de su trabajo: todos los artistas, en general, encontrarían ahí una feliz existencia.

Los habitantes son muy afectuosos y quieren y respetan de tal modo á los extranjeros que tienen verdadero placer en darles hospitalidad. Las mugeres en general son muy inclinadas á los extranjeros y no hay sacrificio que no hagan por casarse con alguno de ellos. Aunque de color muy moreno, no dejan de ser muy amables. Por toda vestimenta llevan una camisa cuyas mangas y abertura del seno están adornados con encajes muy finos, y una sencilla túnica parecida á las que usan los niños en Francia. Este traje es de muselina indiana ó de otra tela fina de algodón á causa del excesivo calor; y para estar

en alto grado de limpieza, se bañan dos ó tres veces al día.

Son muy celosas de todas las prácticas religiosas y aprovechan con afán todas las ocasiones de hacer buenas obras. Frecuentemente rezan el rosario y gustan sobretodo de las pinturas ó estampas alegóricas de la muerte de *Jesucristo* y de los Santos. Esos rosarios y estampas se venden en el lugar á precio muy ventajoso.

El clima no ejerce influencia alguna en las costumbres y el carácter de los extranjeros que viajan por esta provincia: nadie trata de dañar á nadie en este país.

Los franceses, por ejemplo, que hayan nacido en dos extremidades del reino y que ejercen distintos ramos de comercio, lejos de envidiarse se miran al eontrario en esas regiones como verdaderos hermanos, se dan cuenta cabal y recíproca de sus pérdidas y utilidades; y si uno de ellos experimenta alguna desgracia, el otro acude presuroso en su auxilio y le facilita el dinero necesario para repararla. Con tales procedimientos se unen entre ellos con lazos de amistad, la más franca y más sincera.

Después de terminar mis asuntos en esta encantadora ciudad, emprendí mi camino para volver de nuevo á *Buenos Aires* con el pesar de dejar á esos habitantes á los cuales me había ligado en razón de su carácter y la lealtad de sus sentimientos.



CAPITULO V.

Partida de Buenos Aires para Mendoza.—Llano de las Pampas.—Los fuertes.— Río de los Saladillos.— Manera de hacer el viaje y notas que tomé en el camino.

Al fin de algunos días, dejé de nuevo Buenos Aires y me dirijí á *Mendoza* llevando conmigo todo lo que podía serme necesario en el viaje. La gran distancia por recorrer y el país desierto que es preciso atravesar en las *Pampas* ó llanadas, ya designadas, para llegar à esta última ciudad, obligan al viajero a prevenir sus necesidades.

Me fué preciso, pues, comprar un *nomillo*, un mandil, un cuero trabajado á propósito, un gran *pellón*, un *poncho*, riendas, espuelas, estriberas, un cuchillo semejante al de caza y una alforja. Después de reunir mi provisión de víveres, me procuré un caballo y un guía.

No creo inútil detallar el empleo de todos esos objetos, verdaderamente indispensables para este viaje.

El pelero es una especie de paño grueso pero suave y de tejido poco apretado, se coloca sobre el caballo antes de los demás cueros; encima se pone un cuero especial, que debe ser muy fuerte del largo de una silla de montar pero mucho más ancho; sobresale un poco de la grupa en forma de gualdrapa. Se coloca sobre este cuero una *enjalma* que sirve de silla de montar y se le pone cincha; su forma varía sin embargo y se asemeja más bien á la albarda de nuestros caballos que á una verdadera silla; en seguida se coloca el gran *pellón* que es aún una especie de paño grueso ó pequeño tapiz de lana. No hablaré del uso de las riendas, estriberas y espuelas, pues son necesarias en todo país á pesar de su forma más ó menos diferente.

Una vez á caballo se hace uso del *poncho* que tiene la forma de casulla, pero cuadrada y más ancha; es de una sola pieza, de paño, con rayas de diversos colores. Defiende de la lluvia, nada sufre á pesar del viento, sirve de abrigo en la noche y de alfombra en el campo como diré pronto. Hay ponchos que por la riqueza de las franjas de oro con que están adornados y por sus dibujos valen hasta 300 y más pesos (1,500 francos). En cuanto á las alforjas son de primera necesidad, con los víveres y el cuchillo, que es indispensable tanto para cortar carne como para otros usos.

Como se está obligado á dormir á la intemperie, es preciso necesariamente hacer uso de todos los jaeces del caballo para descansar y defenderse de los

efectos del aire. Primeramente se principia por amarrar el caballo en las malezas, á falta de árboles, con un lazo de cuero, con que es esencial ir provisto, hecho de la misma manera que el descrito en la caza de tigres. Se desensilla el caballo, se extiende el cuero grande para preservarse de la humedad, en seguida se pone encima el pelero con los otros cueros y todo se cubre, por fin, con el gran *pellón* que sirve de colchón. La *enjalma* hace el papel de almohada y el *poncho* de colcha, para estar al abrigo, lo repito, del frío y del mal tiempo.

Observaré que en esas *Pampas* el frío es riguroso y excesivo el calor. Estas llanuras están cubiertas de excelentes pastos; de ahí que el ganado sea muy abundante. Se encuentra toda especie de caza: ciervos, liebres y conejos. Son tan numerosas las perdices que al galope del caballo el jinete mata en grandes cantidades con la extremidad de la brida que sirve de chicote.

Las avestruces son muy numerosas y se encuentran muchos huevos en las malezas. Los viajeros se alimentan con ellos y los comen con el mismo gusto que si fueran de gallinas. Las avestruces tiernas se cogen fácilmente porque andan en grupos. Su carne es excelente y de gran recurso para los viajeros, ya que mediante ella pueden atravesar las *Pampas*.

Esas llanadas son tan vastas y desiertas que es casi imposible dar con exactitud el detalle de todos los animales que encierran, lo que hay de cierto es que es de lamentar que el clima no sea más templa-

do. Sin ese poderoso motivo, talvez estarían más pobladas en gran parte y los viajeros del país como los extranjeros no se verían obligados á tomar tantas precauciones para hacer el trayecto; pero como á nadie le es dado el poder de detener los movimientos de la naturaleza y como las estaciones se suceden de un extremo á otro, los que quieran recorrerlas deben resignarse á sufrir las molestias ó renunciar al viaje. La curiosidad de recorrer esas llanuras unida al deseo de conocer sus diversos productos, predominó sobre las fatigas y las penas que debía sufrir y me impulsó a tomar esta dirección.

Llegado á un sitio llamado *Los Fuertes*, á 28 ó 30 leguas de *Buenos Aires*, hice alto para saber el motivo de haberse designado con ese nombre los dos ó tres caseríos. Este es el resultado de mis investigaciones y observaciones.

Esos caseríos son conocidos con el nombre de los *Fuertes*, porque están habitados por soldados que impiden á los *Indios bravos* que vayan á la capital, pues sin orden del gobierno no pueden traspasar esos límites.

Continuando mi camino, hice algunas observaciones sobre esos indios feroces que van á *Buenos Aires* con permiso á vender pieles de toda especie de animales salvajes, de las que sacan muy grandes utilidades; ellos mismos usan unas muy hermosas en forma de redingotes. Llevan los cabellos esparcidos y una sola cinta les ciñe la cabeza; son muy aptos

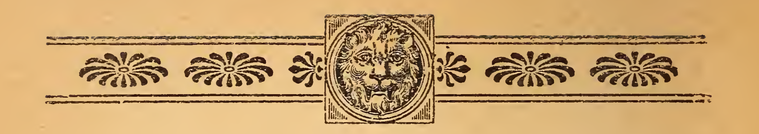
para montar á caballo y los manejan con mucha destreza, aunque sin silla.

Se alimentan con carne cruda y prefieren la de yeguas á toda otra clase.

Estos indios tienen facultades intelectuales muy limitadas; la civilización no hace progreso alguno entre ellos. Es asombroso cómo, después del tiempo que comercian y se comunican con los habitantes de la ciudad, no hayan perdido sus salvajes costumbres.

Las mujeres usan el mismo traje: están cubiertas con un cuero sencillo en forma de jubon que amarran á la cintura y que no les llega más allá de las corvas; igualmente llevan una cinta de color en la cabeza. Los hombres, como las mujeres, tienen el color de aceitunas, no obstante en las últimas se notan rasgos regulares.

Continué mi camino viviendo y durmiendo de la propia manera hasta la *Punta de San Luis*, pero nada noté digno de ser relatado. Solamente atravesé el río de *Saladillos* á 115 leguas de los *Fuertes* y más ó menos á mitad de camino de *Mendoza*. Este río es muy peligroso y no se le puede atravesar en invierno á causa de la abundancia de aguas que se desprenden de lo alto de las montañas lejanas y que aumentan las del río hasta hacer imposible su travesía; en verano es solo practicable á caballo ó en mula. La agua es semi-salada.



CAPÍTULO VI

La Punta de San Luís.—Córdoba.—Valle Fértil.

Llegué, pues, á la *Punta de San Luis*, pequeña ciudad muy antigua, á 90 leguas al este de Mendoza y más ó ménos á 180 leguas al norte de Buenos Aires. Tiene una población de cerca de 7.000 habitantes comprendiendo los de su juridicción territorial. El comercio es muy brillante gracias á la actividad é industria de las mujeres, pues, los hombres son en extremo perezosos y no piensan más que en los caballos y en las remoliendas. No conocen otras ocupaciones que sus placeres, gustan de toda clase de juegos y principalmente de la bebida, siquiera sea muy cara en el país. Con los peores tratos recompensan de sus trabajos á sus mujeres, pues ese trabajo sirve para alimentarlos y costearles sus vicios. Aquí no hablo sino de los hombres de la clase baja y exceptúo á los que han recibido educación ó tienen cierto rango

en la sociedad. Confieso que esas mujeres poseen un gran mérito al poder soportar con tanta paciencia y resignación la brutalidad é indignos procedimientos de sus maridos. No podría, sin una extrema lástima, comparar los malos tratos que las mujeres sufren en *San Luís*, con las consideraciones que por todas partes se les guarda en Europa. Desearía solamente que nuestras europeas que se quejan de no tener el suficiente imperio sobre sus maridos, se encontrasen en *San Luís*, para apreciar, como yo, la diferencia que hay entre su suerte y la de las mujeres de este país.

Ellas son las que fabrican el *poncho*, cuyo uso ya he referido y que les produce mucho porque como es grande el lujo en este género y en algunos otros, los precios varían entre 5 y mil quinientos francos.

Además las *alfombras* son debidas á su industria y son especies de tapíz de lana ó algodón cuya venta aumenta las entradas de la ciudad.

Esos tapices son mui diferentes de los de Europa; no se asemejan más que en la variedad de los colores; pero la calidad de los de que hablo es muy superior. Son mucho más firmes y gruesos; pero no tan grandes como los que usan en las iglesias y los salones de los particulares ricos. La lana y el algodón sobresalen la altura de una pulgada.

Los viajeros se sirven generalmente en sus travesías, de este paño para hacer sus camas: pues hace las veces de colchón.

Es triste que esas mujeres tan amables, tan laboriosas y hospitalarias no sean pagadas por sus exce-

lentes cualidades, más que con los elogios que reciben de los extranjeros; sus maridos están de tal modo embrutecidos que son incapaces de poderlas apreciar.

Tiene, además, esta ciudad muy importante comercio de mantequilla y quesos de muy excelente calidad. Se fabrica una prodigiosa cantidad de ellos á causa de la abundancia de leche que producen las bestias que cubren el territorio.

Los objetos de quincallería, la joyería falsa, los rosarios y estampas religiosas son ahí muy estimados y alcanzan mucha venta á excelentes precios.

En los alrededores de *San Luís* se encuentra un arbusto muy apreciado. Su forma es más ó menos semejante á la del mirto y su fruto, aunque de gusto muy distinto, se parece al de la fresa. Con él se hace una bebida muy refrescante, pero que entorpece los sentidos y sume en el sueño si se bebe con exceso. Los habitantes hacen gran uso de ella y emplean su raíz para teñir de violeta; ademas, la hacen hervir con canela y con el jugo que obtienen fabrican una tisana con la cual curan las fiebres.

La temperatura es ahí sana, aunque el invierno es muy frío. Las demás estaciones se suceden con gradación.

La posición de esta ciudad es muy agradable; cuando el tiempo está despejado se divisan fácilmente las *Cordilleras* aunque están á una distancia de cien leguas. Está gobernada por un capitán y dos alcaldes.

De *Punta de San Luís* seguí á *Córdoba*, situada á 128 leguas al S. W. de *San Miguel de Tucumán* y á 150 N. W. de *Buenos Aires*.

Debo aquí observar que desde la pasada del río de los *Saladillos*, me había apartado de mi dirección; como mis negocios me llamaban á estos lugares, me decidí á recorrerlos, aunque opuestos á mi primer destino. Creo deber hacer esta observación á fin de evitar toda mala inteligencia.

Córdoba, ciudad muy hermosa y muy aseada es también muy agradable porque goza de excelente temperatura. Está gobernada por un coronel, que tiene el título de gobernador civil y militar, y por dos alcaldes mayores; tiene además un obispado.

Todas las casas son de tal blancura que á cierta distancia se las tomaría por montones de nieve. Hay varias iglesias y muchos conventos religiosos muy ricamente adornados.

Su principal comercio consiste en una especie de género llamado *bayeta* semejante al fustán de España. También se fabrican ahí muchas telas de algodón, que llaman *tocuyo*, el que no se diferencia de nuestras telas de ropa interior más que en que no son de hilo.

Esos dos artículos de gran interés para la ciudad son solamente trabajados por las mugeres, pues los hombres tienen los mismos defectos que los de *Punta de San Luís*.

Las campiñas que rodean esta ciudad están cubiertas de toda especie de vacunos, caballos, mulas,

asnos etc. Los animales lanares son también muy numerosos y se hace gran comercio con *Mendoza*. La caza es aún muy común, pero las frutas son muy escasas, aunque hay árboles en abundancia.

En los alrededores se encuentra un mineral que tiene gran semejanza con el vidrio y no dudo de que si se trabaja, se le podría emplear en el mismísmo uso.

Hay también una especie de animal que se llama *zorrilla* (1), y tiene el aspecto de la garduña pero cuando se irrita, con los pelos se forma una especie de cuernos en la cabeza.

Un día que pasaba á caballo cerca de uno de esos animales, sin saber lo que era, eché pié á tierra para tratar de pillarle: tan curioso lo encontraba; me miró sin moverse y le cogí sin la menor resistencia de su parte. Gozoso por haberle pillado, comencé á acariciarle sin esperar absolutamente lo que me iba á suceder. De repente exhaló un olor tan fétido que temí un instante quedar sofocado. Arrojé con tanta violencia el animal que no se levantó más. Creía hacer desaparecer este insoportable olor lavándome; pero mientras más me lavaba, más se manifestaba la hediondez hasta el punto de que durante cinco ó seis días nadie pudo acercarse á mí. Era tan fuerte el olor que yo mismo no podía soportarme. Supe por algunas personas á quiénes referí lo que me había sucedido, que era la orina lo que ese animal había

(1) Chingue.

arrojado sobre mí, mientras lo acariciaba y lo que producía ese efecto.

Se caza este animal para obtener su piel con la cual se hacen gorros. Como no tiene ningún medio de defensa, lanza su orina al aproximarse el cazador con cuyo olor detiene en el acto á éste. Es tan fuerte este olor que por todas las partes que pasa y orina, se juraría que hay cerca algún lugar lleno de cadáveres putrefactos.

Los mercaderes y artistas, de que he hecho mención, son muy buscados en *Córdoba* y ahí encontraríán el fruto de sus trabajos é industrias.

Observaré que en esta provincia como en muchas otras, cuando uno ó muchos viajeros llegan y tienen necesidad de tomar algún alimento, se ven obligados, á causa de la falta de hoteles, á dirigirse á las casas particulares donde se les da de comer lo que piden, excepto bebida, que no se les puede ofrecer, ya que es ahí muy escasa. Si los viajeros la desean se ven obligados á mandar buscarla con algún comisionado que pagan á su costa.

Esas gentes no exigen nada por los gastos que se hacen en sus casas. Si se les ofrece dinero no lo admiten; pero si se les da de beber, aceptan este ofrecimiento con placer: es una atención que ningún viajero debe vacilar en hacerles. Se podría quedar en casa de ellos á voluntad sin hacer el menor gasto. Los viajeros, aún, cuyos caballos están heridos ó fatigados pueden cambiarlos por otros en las mismas partes donde han tomado sus alimentos.

Instruído por los habitantes de ese país, de que el viaje á *Tucumán* podría ser favorable á mis intereses, no vacilé en emprenderlo. Pasé por un llano agradable del que creo útil dar el detalle.

Valle Fértil, es el nombre de esta llanada; tiene treinta y cinco leguas de extensión y bien poblada; de distancia en distancia hay casas de campo, cuyos habitantes viven cómodamente y se apresuran á atender á los extranjeros.

Abunda en animales y caza de toda especie y calidad. Hay mucha leche con la que se hace queso y mantequilla excelentes. Se encuentra una especie de estiércol parecido al del buey que haciéndole hervir y filtrándolo por un tamiz, da un color verde muy claro. Esta es la última observación que hice antes de mi llegada á *Tucumán*.



CAPITULO VII

San Miguel de Tucumán.—Salta.—Chuquisaca.

Tucumán, provincia del Paraguay, está limitado al norte por la provincia de los *Chicos*, al este por la del *Río de la Plata*, al sur por el país de *Chiquitos* y al oeste por las *Pampas*.

San Miguel, capital de Tucumán, pero bajo la dependencia de *Buenos Aires* está distante de ésta 300 leguas N. O. Tiene 7,000 habitantes, no comprendidos los de su jurisdicción y está gobernada por un coronel y un gran cabildo. Desde la independencia se ha establecido ahí una fábrica de fusiles y otras armas.

El comercio de caballos y mulas, que por sus cualidades están por encima de todos los de la América Meridional, es ahí mui importante. Se venden asombrosamente y se les envía en grandes cantidades al Alto Perú.

La abundancia de ganado suministra á la ciudad otro ramo de comercio no menos importante; sus numerosas curtidurías aumentan sus entradas con los productos que obtienen. Los cueros que ahí se trabajan, son de primera calidad y se consumen en gran parte en la provincia.

Los campos son fértiles en toda especie de productos de Europa; la vid y la cebada surgen muy bien.

Los habitantes transportan sus productos a *Buenos Aires* en grandes carretas tiradas cada una por ocho yuntas de bueyes, cubiertas con cueros y llevan un peso de sesenta quintales; á la vuelta las cargan con otras mercaderías y asi mantienen muy activo comercio.

Las maderas que se encuentran en el territorio son muy apropiadas para la construcción de hermosos muebles y en los bosques hay una infinidad de toda especie de caza.

Esta ciudad, como todas las de *Tucumán*, ofrece grandes ventajas á los mercaderes y artistas.

Los hombres son de caracter muy soberbio y altaneros; la menor contradicción los lleva á la mayor extremidad: por la menor disputa sacan el puñal y se baten con tanto encarnizamiento que es dificil separarlos antes de que ellos hayan saciado su sed de rabia y de venganza. Son muy ligeros y ágiles para montar á caballo y lo manejan con mucha destreza y facilidad.

El caracter de las mujeres es enteramente opuesto

al de las de *Córdoba*; son hermosas, pero violentas y vengativas, y sus costumbres no merecen elogio alguno. La inclinación que tienen por toda clase de vicios y el hábito contraído, las hacen más despreciables. Como los hombres, terminan sus disputas á puñaladas. Todas, a excepción de las de rango más distinguido, están prontas á hacer frente á cualquiera en una riña; y al contrario, por pocas ganas que se tenga de adularlas ó de aprobar sus acciones, se las somete fácilmente á todos los caprichos.

En esta ciudad, como en todas las de *Tucumán*, inmediatamente después de almorzar, amos y esclavos duermen lo que se llama la *siesta*; gustarían más bién de dejar de comer que faltar á esta costumbre: se desnudan, se acuestan y duermen dos ó tres horas. Los mismos obreros que solo viven del trabajo de sus manos, no se niegan esas horas de reposo.

Esta parte del día que pierden es causa del poco trabajo que hacen y es motivo de lo extremadamente cara que es la mano de obra; puede ser también que esta carestía deba atribuirse á la gran cantidad de operarios.

Por lo demás no es de extrañar que los obreros sean tan descuidados, ya que no tienen otro trabajo, para conseguir carne, más que matar y despellejar á los animales; el pan lo obtienen muy barato. Los cueros de toros y de vacas sirven para hacer sacos y los habitantes cubren con ellos gran parte de sus casas, especialmente en el campo. Son tan comunes esos cueros que se dejan perder en cantidades pro-

digiosas en las calles, plazas y en las murallas de los jardines.

Esta ciudad pasa por opulenta, y con justo título tiene esta reputación. Además de las grandes ventajas que posee, goza también de una temperatura muy sana.

De *San Miguel* fuí á *Salta* pequeña ciudad muy agradable, distante 450 leguas al N. W. de *Buenos Aires* y cerca de 90 al norte de *San Miguel de Tucumán*. Tiene un gobernador y dos alcaldes. Las calles son muy hermosas y las casas bien edificadas.

Hay víveres en abundancia y un comercio muy importante de harinas y de tabacos de *taraguina* que son muy estimados y tienen gran consumo.

Las costumbres de los habitantes no son de las más suaves; y á pesar de su habilidad para el comercio, tienen por lo general hábitos bastante groseros. Tienen gusto por la pintura y sobresalen en este arte.

Trabajan con delicadeza sillones de madera adornados con cuero; y aunque este género sea mirado como antiguo en Europa, no deja de buscársele en ese país. El cuero que se emplea, adornado con grabados en oro y plata y con dibujos de diferentes colores ofrece un hermoso golpe de vista y da á esa silla algo de majestuoso. Las ciudades vecinas adornan sus más hermosos departamentos trayendo esos muebles de *Salta*.

A fines de 1811, hubo en esta ciudad un serio

asunto entre los realistas de *Lima* y los independientes de *Buenos Aires*, que concluyó con la ventaja de estos últimos. Persiguieron vigorosamente á sus adversarios y no les dieron instante alguno de reposo, en una retirada de cerca de 300 leguas.

El valor que demostraron en esta primera campaña, los inmortalizó y decidió de sus éxitos futuros. Parecía imposible que hombres que casi no tenían noción alguna de arte militar hicieran la guerra con tanta intrepidez; pero el valor suplió la inteligencia y después de cubrirse de gloria en muchos hechos heróicos tuvieron el placer de ver sus éxitos coronados por el triunfo de la causa que defendían.

A 120 leguas al N. W. de *Salta* se encuentra, en una llanura encantadora, *Chuquisaca*, ciudad muy hermosa é importante: tiene una gran audiencia y un obispado: su población llega á cerca de 13,000 habitantes.

Esta ciudad, como las precedentes, es muy fecunda en víveres. Mantiene con el Perú un muy extenso comercio de cueros de excelente calidad, que alli se preparan; este ramo de comercio está sostenido por las numerosas curtidurías donde se les fabrica con la mayor perfección, lo que lo hace muy floreciente.

Entre los indios que habitan esta región y que forman parte de los habitantes de la ciudad, hay algunos que confeccionan con la mayor habilidad una especie de hilo dorado y plateado que sirve para rizados, charreteras, etc. Por sencillo que parezca es-

te artículo, se vende muy caro y así se aumentan las rentas de la ciudad. Los habitantes demuestran mucho gusto por la pintura, se ven cuadros que no les van en zaga á los de Europa. Todos los naturales del país son en general muy inteligentes y es de lamentar, en verdad, que no tengan la suficiente fuerza de voluntad para renunciar á los vicios que los dominan. Son muy apasionados por las mujeres y talvez por agradarles son partidarios de la limpieza.

Esta ciudad, como las de que ya he hablado, sería muy favorable á los mercaderes y artistas de todo género; el clima es agradable y muy sano. Se encuentra toda clase de caza. En suma, este país no le va en zaga á otro alguno por la fertilidad, industria y comercio.

Después de terminar mis asuntos en *Chuquisaca* me dirigí á *la Rioja*.



CAPITULO VIII

La Rioja.—San Juan de la Frontera.—Chinches.

La *Rioja* es una pequeña ciudad, distante 120 leguas al Oeste de *San Miguel*, es muy bonita, situada en una sorberbia llanura y tiene 4,000 habitantes. Todo lo necesario para la vida se encuentra con profusión. Sns risueñas y fértiles campiñas la proveen copiosamente de toda clase de frutos de Europa y América.

Hay un gran comercio de algodón y tabaco que son de excelente calidad.

La temperatura es en extremo cálida. Los habitantes son muy afectuosos; y aunque la manera como pronuncian el castellano denuncia algo de brutal en el carácter, son, no obstante, de una bondad y dulzura increibles.

Hay en esas regiones una especie de culebra de séis piés de largo y de pié y medio de grueso que llaman en el país *ampalagua*; este reptil hecho para asustar á primera vista á todo hombre que no lo co-

nozca, no es tan temible como pudiera creerse: no es peligroso sino para los niños de cinco á seis meses que no deben abandonar sus padres.

Desde luego, no es venenosa, se alimenta de aves, pero se traga los niños de corta edad, aprovechando con habilidad el momento en que los padres por descuido y por otra causa los dejan solos. Un niño de 7 á 8 años lo mata con gran facilidad, el menor azote ó bastonazo basta para ello.

Los habitantes pretenden que la carne de este animal es buena para comerla, no lo aseguraría, ya que jamás hice la prueba.

Hay en los alrededores un árbol que se asemeja mucho al almendro. pero de hoja más chica y más redonda. Se hace hervir la raíz y con esta agua se hacen frotaciones para sanar de la sarna y otras enfermedades de ese género. Su fruto es negro y del grueso de una ciruela; es muy bueno para comerlo, pero adormece y embriaga cuando se come en cantidad y aún se corre el riesgo de perder la vida. Los habitantes lo llaman *mutumon*.

En fin, hay otro árbol llamado *muni* por los naturales. Produce una fruta de gusto muy dulce dispuesta en racimos, gruesa como la arveja y de la forma y color del grano de granada; de ella se saca un licor claro parecido al vino, y se hace además, buen vinagre que se trasporta á otros países, lo que es de gran recurso para el lugar.

Después de haber examinado todo lo que esta

ciudad podía ofrecer de notable, partí para *San Juan de la Frontera.*

San Juan de la Frontera, ciudad muy antigua y capital de la provincia del mismo nombre, está gobernada por un comandante de la plaza, que tiene el título de coronel y por dos alcaldes. Su población es de 14,000 habitantes, comprendidos los de su jurisdicción.

Situada cerca de las *cordilleras* y en un llano soberbio, ofrece el más hermoso golpe de vista. Sus campos, á dos leguas á la redonda, están cubiertos de trigo, viñas y árboles frutales de toda especie; los naranjos y los limoneros son de un porte extraordinario, y todos los productos de primera necesidad, tan buenos como abundantes. Sobre todo el pan, es el mejor que se come en toda la provincia.

Mantiene con Buenos Aires importante y muy activo comercio de vinos, aguardientes, higos, uvas secas (pasas), almendras—que son de porte asombroso y de excelente gusto— y en fin, de espárragos que sobrepasan en bondad á los que se cogen en Europa.

Estos productos se conducen á *Buenos Aires* en mulas, las cuales vuelven cargadas con otras mercaderias necesarias en el país.

Esas mulas son en extremo resistentes, pues además del largo trayecto que tienen que recorrer, se las carga no solamente con víveres y camas, que son necesarias para atravesar las *Pampas*, sino también

con peso de 16 á 18 *arrobas* que pesan hasta 450 libras.

El aguardiente de San Juan es muy renombrado en toda la provincia por su fuerza i calidad; ordinariamente es de 23 grados y á menudo de más aún. El gran consumo que hay de este líquido, como de otros artículos, producen importantes entradas á la ciudad. Es su industria principal y los habitantes se dedican á ella con mucha habilidad. El trabajo de las mujeres, extremadamente laboriosas, contribuye no poco á la prosperidad de esta ciudad.

Esas mujeres se distinguen en la costura y bordados de todo género. La delicadeza de sus obras rivaliza y aún es superior á todas las demás que se hacen en otros países. Su conducta y afabilidad dan nuevo brillo á su belleza; no obstante, á pesar de su moderación, no es difícil notar la simpatía que tienen por los extranjeros, y aún cuando los habitantes son muy buenos no es dudoso que los extranjeros tienen preferencia.

El trabajo más provechoso para ellos es de cinchas que hacen para amarrar el *pellón*, el que se coloca, como lo he dicho, sobre la silla ó *nomillo* (enjalma), hechas en forma de cinturones ricamente bordadas y que venden hasta en 20 pesos (100 francos).

Trabajan, ademas, muy bien la *vicuña* que daré á conocer después, con la que hacen chales y otros adornos que se venden muy caros.

Este país, del que no sabría alabar lo bastante

sus delicias, produce también muchos caballos y mulas con los que tienen gran comercio con Chile.

Los vendedores de guitarras ó *vihuelas*, de peines, como de todo lo que he hablado anteriormente, podrían prosperar ciertamente aquí.

No lejos de esta ciudad y muy cerca de los *Andes* ó *Cordilleras* se ven dos volcanes siempre inflamados. Rara vez llueve; i para regar la tierra usan el agua del rio que se procuran con canales hechos á propósito, y por este medio cada particular tiene agua en abundancia. Por el mismo medio puede traerse agua á todas las calles lo que hace que siempre estén muy limpias.

La temperatura es ahí muy sana; las estaciones son regulares como en Europa; pero totalmente opuestas.

En el verano, los habitantes hacen sus camas fuera de las casas, bajo naranjos ú otros árboles, á fin de dormir más cómodamente. Esta precaución no es, como pudiera creerse, para precaverse del calor, sino más bien para ponerse al abrigo de un insecto que se llama *chinche* que es muy incómodo y no aparece sino en esta estación. Su forma es parecida á la de la *punaise*, (1) pero más alargado y más grande; su picadura es tan viva y penetrante que seria imposible dormir si no se saliera al fresco.

A una legua de la ciudad hay un río poco importante en invierno, pero que crece al aproximarse el

(1) El autor dice *punaise* sin fijarse que significa también *chinche*.

verano por el deshielo de los *Andes* y se hace muy peligroso. Sus creces son tan abundantes y se suceden tan amenudo que es imposible durante casi toda la estación atravesarlo. Si se trata de pasarlo en mulas, á menudo sucede que esos animales se ahogan y tambien sus jinetes; es muy raro el verano que no acontezca algún accidente.

Creo que es ésta la ocasión de relatar una aventura que me sucedió y que llegó á hacer más crítica la situación en la cual hasta ahora me habia encontrado.



CAPÍTULO IX

Ataque de tres mineros.—Hualilán.—San José de Jachal

A 28 leguas de *San Juan* hay un pequeño lugar llamado *Hualilán* que sirve de depósito de los minerales que se extraen en esas regiones. Muchas veces había hecho el viaje yendo hasta las mismas minas y llevando algunas veces mercaderías que cambiaba por oro bruto. Con el mismo objeto fuí también á *San José de Jachal*, gran villorrio y depósito de minerales, de que hablaré enseguida.

En el mes de Marzo de 1812, fuí á las minas con el fin de vender mis mercaderías. Después de cambiarlas por mineral, tomé el camino de la ciudad, donde momentáneamente había fijado mi residencia. Poseía cuatro mulas, cada una cargada de dos maletitas de cuero llenas de dinero (metal), un caballo de montar y un conductor ó guía, llamado en el lugar

peón. Al llegar á Hualilán se me propuso en venta un hermoso caballito que compré, y nos pusimos en marcha mi conductor y yo. Habríamos andado apenas tres leguas, cuando el caballo se escapó y se volvió al galope á *Hualilán*.

La pérdida del caballo me era tan sensible, que ordené al peón qne partiera al instante á fin de que de nuevo me lo trajera; éste, más reflexivo que yo en esta circunstancia, me hizo algunas observaciones que ciertamente habría aceptado á tener sangre fría. Me hizo presente la dificultad que tendría para llegar, el embarazo en que me encontraría para descargar las mulas, y especialmente el peligro á que me exponía solo y en un lugar donde los mineros, que están no lejos de ahí, bajaban amenudo de los cerros para saquear y matar á los viajeros; me aconsejó, pues, abandonase el caballo y que no sacrificara por tan ínfimo interés lo que hay de más caro en la vida.

Todas estas reflexiones, en vez de convencerme, no hicieron más que aumentar mi impaciencia. Le ordené se callara y que partiera, con tono tan absoluto, que se vió obligado á obedecer, no sin haber arreglado antes las valijas para que fuese igual el contrapeso y para que yo tuviese menos trabajo hasta el momento de su descarga.

Este hombre, que parecía preveer lo que debía sucederme, me dejó con sumo pesar, repitiéndome sin cesar, que la noche llegaba y era imprudente detenerse en ese lugar. Pero ya habiéndome decidido,

no quise volver sobre mi determinación; partió por su lado, mientras yo solo continué mi camino, haciendo marchar mis mulas, ya que una era tan testaruda que continuamente se apartaba de las otras dándome mil trabajos en conducirla.

Habiendo cerrado la noche, comencé á tomarles el peso seriamente, á las observaciones que el *peón* me había hecho y pronto ví que mi posición lejos de ser segura, era en extremo peligrosa.

Pero mi imprudencia me había obligado á ello; rechacé los sabios consejos de mi conductor; era, pues, preciso resignarse. Eché pie á tierra y caminé siempre adelante para evitar el arrepentimiento: estaba solo en un desierto, encargado de mercaderías preciosas y no tenía para defenderme más que un puñal, un par de pistolas y un buen perro. Bebí un trago de aguardiente y volví á subir á caballo, bien resuelto á defenderme hasta lo último si algunos malhechores vinieran á asaltarme.

No obstante, anduve cerca de tres leguas; era muy tarde y la obscuridad impedíame distinguir el menor objeto. La feroz é indomable mula me contrariaba siempre; me pareció que detenerme en el primer lugar propicio que encontrase era prudente, donde hubiera un poco de pastado y allí esperar la vuelta de mi guía.

Ejecuté mi resolución en un lugar donde encontré algunas malezas y un poco de yerba; con sumo trabajo logré descargar las mulas, á las que até, conservando únicamente mi caballo ensillado para en

caso de necesidad; en seguida saqué los avíos de encender y prendí algunas de esas malezas que dieron un fuego encantador, del que me serví para cocer un trozo de carne para mi comida. Después de haber comido y bebido algunos tragos de aguardiente, me tendí sobre mi pellón para reposar á la espera de la llegada de mi guía; tardaba más de lo que deseaba y su ausencia me sumía en la mayor perplejidad. Miré mi reloj y ví al resplandor del fuego que era la una de la mañana. En el momento en que lo guardaba en la faltriquera, comenzaron mis mulas á relinchar y mi perro, cercano á mí, se levantó de repente ladrando con fuerza. Al principio creí que la llegada de mi peón ocasionaba esa bulla; pero, cuál sería mi sorpresa al distinguir á poca distancia tres hombres que se dirigían hacia mí. Entonces me ví en la cruel alternativa de huir, abandonando mi fortuna, ó de defenderme hasta el último momento. Tomé este último partido y después de beber aguardiente para reanimar mi valor, coloqué el pellón sobre mi caballo, volví á montar y esperé á pié firme la visita nocturna. Dando en alta voz órdenes para cargar las mulas y montar á caballo, trataba de hacer creer que varias personas estaban ahí conmigo, pero notando sin duda que eso no era más que artimaña, no se detuvieron; de nuevo recurrí á mi *cacho* (1) cargué mis pistolas y esperé á los mineros con tanta

(1) Asta de buey que sirve para llevar aguardiente ú otras bebidas.

más confianza, ya que sabía que no llevaban armas de fuego, lo que me daba gran ventaja sobre ellos.

En efecto no tardaron en atacarme de un modo muy singular: se destacó uno de ellos y vino á pedirme un poco de fuego para encender su *cigarrillo*, le respondí que encontraría probablemente en el sitio que le indiqué, es decir, donde había cocido mi comida. ¿Queréis, me dijo, darme un poco de aguardiente? De buena gana, le respondí, aproximaos: os haré gustar de lo bueno. Tenía mi puñal en la mano y cuando estuvo á mi alcance le asesté un golpe tan fuerte en la cabeza que cayó en tierra bañado en sangre y gritando: socorro. Inmediatamente sus dos compañeros saltaron sobre mí y antes de atacarme me propusieron la honrosa capitulación de darles mi oro y plata si quería salvar la vida; por toda respuesta á esta determinada resolución, disparé un tiro de pistola sobre uno, á quien abatí, y perseguí vigorosamente al otro, que arrancaba al escape para juntarse con los caballos dejados á cierta distancia, para mejor sorprenderme. Mi perro corría tras él por un lado y yo á caballo por el otro, hasta que logré alcanzarlo y le hicer morder el polvo con mi segundo pistoletazo.

En el momento en que disparaba ese último tiro, llegó el *peón* con mi caballo escapado, y, á decir verdad, creí por un instante que era otro enemigo; pero habiéndole reconocido me dió mucha alegría y seguridad; le hice una circunstanciada relación de todo lo que me había sucedido durante su ausencia y el

buen hombre, lleno de gozo no cesaba de exclamar: Yo os lo decía; si hubieseis sido asesinado no habría sido por mi culpa; vuestro valor solamente podría sacaros de ese mal paso; sois muy feliz! Le hice dar tregua á sus exclamaciones y fuimos á ver si los dos mineros estaban vivos aún; al aproximarnos los oímos hablar, deteniéndonos para escuchar su conversación.

Confieso que me asombré mucho al oir los reproches que se hacían mútuamente. «Sabes tú, dijo el que estaba herido del pistoletazo, que ese maldito *chapetón* (1) tiene valor?» «Sí, respondió el otro, pero si no me hubieseis dejado sólo, habríamos podido matarle, como lo habría hecho si no me diera el primer golpe, ¿y qué habrá hecho del otro? Te aseguro que deseo lo haya alcanzado y no le haya concedido la gracia de la vida, porque es un cobarde.»

Esta charla entre dos hombres que no tenían más que un soplo de vida y que no podían hablar sino con gran trabajo, me dió á conocer los peligros que había corrido.

Comenzaba á aparecer la aurora del día y como podía ya distinguir los objetos, me aproximé al sitio donde estaban y les pregunté burlonamente si no estaban bien muertos: *No señor*, me respondieron, *pero querríamos estarlo; hacednos la gracia de acabarnos*.

Esas palabras me enternecieron y maldije la cruel

(1) Ese es el nombre que dan á los europeos.

necesidad que me obligó á reducirlos á estado semejante.

Ordené al peón encendiera pronto fuego, hiciera calentar aguardiente con azúcar y lavara sus heridas. Obedeció ese pobre hombre, no esperando la escena dolorosa y conmovedora que le estaba reservada; en uno de esos bellacos reconoció á su hermano de quien jamás hubiera sospechado y menos creido capaz de robo y asesinato.

Su conducta le indignó hasta el punto de querer rematarle, lo que yo le prohibí; al contrario le constreñí á vendarle sus heridas con vendas que hice de una camisa que sacrifiqué con ese objeto. Por deferencia á mí lo hizo y con la condición de que no diría nada de lo sucedido cuando llegaramos á *San Juan*: se lo prometí para tranquilizarle.

Cuando las heridas de los mineros estuvieron bien curadas, enterramos al que había caído muerto como mejor pudimos; hicimos una cruz, la que colocamos en su tumba al uso del país y con un pedazo de carbón tracé estas pocas palabras en una piedra: «*Rogad á Dios por el descanso de su alma*». En seguida fuímos á buscar los caballos que no estaban muy lejos, colocamos sobre ellos á los dos heridos y emprendimos nuestro viaje á *San Juan*, distante aún una veintena de leguas.

El transporte de esos desgraciados nos dió muchas molestias en el camino, hasta que distinguimos la ciudad; antes de entrar tomé la dirección de una casa de campo, donde los dejé bien recomendados.

Los habría conducido á la ciudad, pero por consideración á mi peón no lo hice. No obstante, poco después de mi llegada hice una relación exacta y circunstanciada á la autoridad, la cual asombrada del gran peligro de que había escapado, quiso convencerse de la veracidad de los detalles que le había expuesto. No me fué difícil probar lo que le había relatado, con el testimonio de los mismos heridos.

Tiempo después, supe que fueron trasladados al hospital; ignoro lo que les haya sucedido después.

He prometido hablar de *San José de Jachal;* voy á cumplirlo; pero antes creo deber decir una palabra de *Gualilón*, que se encuentra en el camino y que es el lugar donde compré el caballo, causa del acontecimiento que he relatado.

Gualilón, es una especie de granja que sirve de depósito al oro que se extrae de las minas, distantes cuatro leguas; está á 28 leguas de *San Juan de la Frontera;* ese lugarejo es muy frecuentado por mercaderes, especialmente de aguardiente, queso y tabaco, ya que los mineros ahí se aprovisionan por todo el tiempo que trabajan.

Se encuentra en los alrededores un animalito llamado *quirquincho*, que es bastante curioso: tiene el porte de un conejo, cubierto de una escama cenicienta, y sus orejas tienen la forma de los de un marrano chico; su carne es excelente y sin comparación más delicada que la de este último animal.

Por su cola este animal es muy buscado por los orfebres, con la que hacen muy lindas obras. Hacen

pequeños estuches que rellenan de yesca para los que usan los avíos de encender y los envían á países lejanos donde los venden muy caros por su rareza. Los adornados con oro y plata son muy buscados.

Su escama se hace hervir; y cuando está reducida á polvo se mezcla con agua de salvia, lo que sirve para provocar saludable transpiración y cura las enfermedades venéreas.

Igualmente se encuentra en esas regiones muchos leoncillos á los que se caza para emplear la piel en usos diferentes, muchos zorros, liebres y otra clase de animales de caza: es todo lo que hay de notable en *Gualilón*.

San José de Jachal, es un gran villorrio, que tiene una población de 2,000 almas, comprendiendo en ella la de su jurisdicción. Es un depósito muy importante del oro que se extrae de las minas de esas regiones.

Este metal se transporta á ese villorrio para purificarlo por medio de máquinas y en seguida se reduce á polvo.

Su calidad pasa por muy buena y es muy estimado en la casa de moneda de Chile.

La abundancia de este metal precioso atrae una concurrencia extraordinaria de mercaderes de toda clase de objetos y da gran actividad al comercio.

Poco circula la moneda y los negocios se hacen sencillamente, cambiando mercaderías por oro bruto. Además de este rico producto, el villorrio tiene también en abundancia trigo y excelente carne. La cali-

dad del terreno no permite que los árboles prosperen; no obstante, hay uno que llaman *algarrobo* que dá un fruto de que los habitantes gustan mucho.

Este árbol tiene la hoja muy parecida á la del acacio y su olor no difiere gran cosa; el fruto está encerrado en una vaina semejante á la del poroto, pero más larga y más gruesa. Cuando está en perfecta madurez, la vaina se pone amarilla y entonces se la coge para emplearla en una bebida llamada *aloja*, muy refrescante, pero que embriaga si se bebe con exceso.

El método que se emplea para hacer esta bebida es muy sencillo y es preciso que la virtud del *algarrobo* sea muy grande para producir con tanta rapidez efectos tan activos. Solamente se masca esta vaina con los granos que contiene y se coloca en grandes tinas de tierra llenas de agua y veinticuatro horas después está buena para beber; pero cuando tiene dos ó tres días, está en el caso de hacer dormir al más gran bebedor.

Tambien sirve para hacer panecillos que los naturales del país buscan mucho, pero para esto se saca el grano que no sirve de nada. En fin, el *algarrobo* es muy bueno para alimentar y engordar a los animales domésticos.

Los habitantes tanto del villorrio como de su jurisdicción son de una pereza y suciedad repugnantes; rebeldes á las leyes, no respetan otra autoridad que la del cura, el cual goza de muy grandes honorarios y por quien tienen especie de veneración.

De vuelta á San Juan fuí también á las *Lagunas*, rejión que dista 33 leguas, donde hay muchos estanques con pescados y ganado, como se verá en el capítulo siguiente.

Pero antes de comenzarlo, observaré que en el lugar, de que acabo de hacer la descripción, hay un insecto que los habitantes llaman *mariposa de noche*, que se asemeja á una de nuestras mariposas; pero que brilla en la noche como brasa volante. Hay además en los arbustos otra más pequeña que parece ser de fuego y tiene tanto brillo como el diamante. Ambas son muy útiles en farmacia.

~~~~~~~~
~~~~~~~~



CAPÍTULO X

Las minas de Huacho.—Los valles del Rodeo.—Pismante y las Lagunas.

El *Huacho*, aldea edificada y situada en la cima de una montaña muy elevada, está habitada únicamente por mineros ú obreros ocupados en la extracción del mineral de oro en que abunda ese cerro; dista de *San Juan de la Frontera* 54 leguas.

Esos mineros viven en cabañas cubiertas de cuero y cada una contiene hasta seis personas y son más ó menos doscientas. Su vestimenta es capaz de asustar á los que jamás los hayan visto; llevan una especie de chaleco á la manera de nuestros carreteros y un gorro de terciopelo negro ó de color; todos cargan puñal á la cintura.

Esa montaña está cubierta de nieve en invierno, el transporte es ahí difícil y peligroso; no hay más que algunas buenas mulas para hacerlo salir del paso; el menor paso en falso los pondría en peligro de

ser pulverizados antes de llegar al fondo de los precipicios que se ven por todos lados.

El oro que se extrae, aunque abundante, no es de la mejor calidad, no obstante de ser muy estimado.

El frío es muy violento en esa montaña tan estéril que se está obligado á llevar agua y leña.

Los *Valles del Rodeo*, son cuatro pequeñas llanuras muy abundantes en trigo, maíz, patatas y porotos, como también en toda clase de plantas de flor. Se cosecha el tabaco, cuya hoja se asemeja á la del té, que al fumarla da un olor muy agradable.

Los habitantes son muy robustos y diestros para la caza de la *vicuña* y del *guanaco*, cuadrúpedos semejantes á la cabra, pero sin cuernos y de pescuezo más alargado. Su carne es excelente y su lana sirve para hacer sombreros, medias, pañuelos y muchos otros objetos que las mujeres trabajan con esmero, sobre todo con la de *vicuña*.

La caza se hace con perros adiestrados á este efecto; recorren las montañas cubiertas de nieve, desalojan al animal obligándole á bajar á la llanura, donde sus amos están á la espera, con lazos de cuero semejantes á los ya descritos en la caza de tigres. Los habitantes arrojan esos lazos con una rapidez extraordinaria á los animales y logran por este medio entrabarlos.

Este ejercicio es muy curioso y no se puede formar idea sin presenciarlo. En efecto, ¿cómo suponer que los hombres sean tan diestros y tan listos para alcanzar con sus lazos á animales de carrera tan rá-

pida como el viento y está aún aumentada con el terror que le inspiran los perros que los persiguen?

Esas llanuras situadas al pié de las Cordilleras son muy fértiles y sanas, aunque el frío es muy vivo, á causa de la proximidad de las nieves que cubren continuamente esas altas montañas.

Los habitantes, en número de 900 son muy sobrios; y á pesar de la carne, que poseen á discreción, se alimentan de maíz y patatas.

He notado en esas llanadas una cosa muy curiosa y que es un monumento histórico para esas regiones. Se ven allí los restos de algunos indios que prefirieron la muerte al yugo de los Españoles, sus conquistadores. Se encuentra gran cantidad de osamentas que recuerdan las funestas épocas cuando la crueldad de los Españoles—tan conocida por la historia del descubrimiento de América—entró en ese desgraciado país, á sangre y fuego. Perfectamente se distinguen las fosas que esos desgraciados indios cavaban ellos mismos para enterrarse vivos, con sus tesoros, sus mujeres y sus hijos. Esos tristes monumentos diseminados en esas llanuras son pruebas de su valor y de su desesperación; el tiempo que todo lo destruye las ha respetado durante tres siglos para hacer admirar, sin duda, la constancia con que murieron, antes de ser esclavos. Otros indios sometidos y que conocían este acto de valor y de desesperación, no tardaron en ir á profanar esas tumbas por el cebo de los tesoros ahí encerrados. Aún hoy en

día, los habitantes van á buscar esos tesoros, pero á menudo infructuosamente.

Esos valles distan 42 leguas de *San Juan de la Frontera*. Antes de volver á esta ciudad quiero en pocas palabras hablar de *Pismante* y de *Las Lagunas*.

Pismante es el nombre de un lugarejo, situado entre dos montañas muy elevadas, á 45 leguas de *San Juan* y que tiene dos minas muy abundantes, y de oro de primera calidad.

El lugar no está habitado más que por mineros que sufren un frío excesivo. Esas pobres gentes se ven obligadas á hacer en verano sus provisiones para el invierno, porque la abundancia de nieve imposibilita en esta última estación, la bajada para procurárselas. Solamente de la carne no tienen necesidad de aprovisionarse, porque tienen á discreción y de muy excelente calidad, sobre todo de *vicuña* y *guanaco*, de las que hacen gran consumo.

Esos mineros tienen un método enteramente distinto de los otros para extraer las partes de tierra que puedan tener oro. Colocan en una gran piedra lisa el mineral tal como sale y lo destrozan con grandes martillos.

Ponen al rededor azogue; y con otra piedra unida á un trozo de madera en forma de maza, machacan ese mineral. La primera piedra se encuentra continuamente bañada con agua que logra arrastrar todas las partes, á excepción del oro retenido por la acción del azogue.

Solamente en *Pismante* he visto emplear un procedimiento tan sencillo.

En sus alrededores se encuentran muchas plantas medicinales y aguas tan buenas como abundantes. Especialmente hay una yerba que pone furiosos á los caballos que la comen. Un individuo que bebiera el agua de esta yerba hervida con un poco de vinagre durante dos ó tres días andaría bamboleando. Los habitantes la llaman *yerba del loco.*

Las Lagunas, aldea á 33 leguas de *San Juan de la Frontera*, está situada en una región donde hay mucho ganado y arroyos con mucha pesca.

El terreno es estéril en granos y frutos; no produce más que maiz con que se alimentan los habitantes. Llevan á *San Juan* mucha mantequilla, queso y pescado y traen en retorno lo que les es necesario.

Ese comercio, por sencillo que parezca, les da, no obstante, muy grandes utilidades. La pesca que hacen en los arroyos es muy notable: hacen de distancia en distancia haces de cañas marinas muy largos y muy anchos que atan juntos y se sirven de ellos en forma de botes.

Poseen muchos caballos y mulas de los que sacan grandes provechos, sobre todo de las últimas que son muy estimadas; pero, á pesar de todo, esas pobres gentes se ven obligadas á vivir con mucha economía para subvenir á sus necesidades. Sin embargo no carecen de nada de lo necesario para la vida animal: tienen en abundancia carne, pescado, y maiz, que es su alimento cotidiano; pero no tienen nada

que contribuya al buen pasar de la vida. Se acuestan en el suelo sobre cueros y tienen el cuidado de taparse con cueros de cabras y de corderos.

El pasto es abundante y muy bueno en los alrededores, y el ganado de excelente calidad.

Hay dos parroquias para los habitantes de toda la región, y los curas, que los instruyen en la religión católica, son mirados como dioses en la tierra.

Ellos son los que gobiernan con toda libertad á esos pobres indios, sus tributarios; y cualesquiera que sean las órdenes que dan, son preceptos sagrados que cumplen con la mayor sumisión. Esos ministros gozan entre esas gentes poco instruídas de todo lo que pueden desear, tanto respecto á emolumentos, cuanto al respeto que se les guarda.

Después de terminar mis negocios en ese lugar, volví á *San Juan*, donde, como ya lo he dicho, había momentáneamente fijado mi residencia; de ahí partí á *Mendoza*, lugar que me había fijado al principio como destino al salir de *Buenos Aires*.



CAPÍTULO XI

Montaña volcánica.—Mendoza.

Después de residir algún tiempo en *San Juan* y puesto orden en mis negocios, partí para *Mendoza*; pero antes de llegar ahí, hice observaciones tan curiosas que creería faltar á mi deber si no diera aquí el detalle.

Había andado más ó menos diez leguas, cuando descubrí una montaña tan elevada que bordeaba el camino que seguía.

Su forma y elevación llamaron mi atención i me determinaron á examinarla más de cerca. Con agradable sorpresa ví que sus alrededores estaban cubiertos de granados cuyo fruto era monstruoso. Sin exageración había granadas tan grandes como la cabeza de un niño de diez años; era excelente su gusto y dudo que en parte alguna se encuentren parecidas. Ví también naranjas de un porte y calidad superiores, como igualmente soberbios limoneros cuyo fruto

es semejante al *citrón*, pero más grande y de agradable dulzura.

En la admiración que excitaba en mí ese producto de la naturaleza, como la agradable situación de ese lugar, pregunté por qué un país tan risueño y fértil no estaba habitado. Se me dijo que se sentían espantosos ruidos y por esta razón persona alguna se atrevía á establecerse ahí; que era de temer que esa montaña, extremadamente rica en metales, encerrara algún volcán, ya que á menudo se veían salir de la cima torbellinos de fuego y materias abrasadas.

A pesar de esas aclaraeiones, con gran pena veía que esta región que, á parte de su fertilidad y de sus riquezas, era muy agradable, quedaba deshabitada.

El resto del camino para llegar á *Mendoza* no ofrece nada de notable. No se encuentran más que tres ó cuatro caseríos, tan poco importantes que no les doy importancia en mi obra, para ir en seguida á la ciudad de *Mendoza*.

Esta ciudad encantadora, situada en un soberbio llano de las cordilleras, está á 300 leguas al oeste de *Buenos Aires* y á 100 de *Valparaíso*.

Las casas aunque construidas de barro son muy hermosas; son enteramente blancas y adornadas con pinturas, lo que les da una apariencia exterior que suple la falta de piedras y ladrillos, que no se encuentran en el país, dándoles una admirable limpieza.

Tiene un gran comercio de ganado con Chile y

hace á *Buenos Aires* grandes envíos de aguardiente, higos y pasas que en abundancia produce su territorio.

El terreno, en más de seis leguas de circunferencia al rededor de la ciudad, está particularmente cubierto de trigo y de viñedos. Allí las vendimias se hacen en Mayo como en *San Juan* y en *Tucumán*. También hay olivos y toda clase de árboles frutales de Europa y de América. Las aceitunas son de enorme porte y dan un aceite de gusto muy superior al aceite de nuestras más renombradas regiones. A la capital se le envía de regalo donde se le aprecia debidamente, aunque para el uso cotidiano se sirven del de Europa. Las uvas y los higos son ahí también de porte extraordinario y de poca común dulzura.

En una palabra, sus campos son admirables por sus riquezas y sus bellezas; hay potreros que sirven para la engorda del ganado; pero lo que mucho contribuye á la hermosura de sus alrededores, es el gran número de cipreses que forman magníficas alamedas.

Hay una madera que no se parte jamás, á causa de su dureza; su corteza es muy blanca, pulverizada y machacada en agua; con la que se hace una infusión de tres ó cuatro días, sirve para blanquear la ropa y tiene un olor muy agradable.

La riqueza de sus productos hace muy comerciable esta ciudad con todos sus artículos y la exportación para otros países aumenta aún su opulencia.

Aquí observaré que para los transportes hacen uso de carretas tapadas y uncidas cada una por siete ú ocho yuntas de bueyes, de lo cual ya he hablado; pues se recordará sin duda, que en esta ciudad está el depósito de negros que van á *Valparaíso*, donde se les embarca para *Lima*, lugar de su destino.

Los habitantes son muy afables; es una lástima que se vean atacados de paperas. Esta enfermedad proviene de las aguas, las cuales después de haber sido ajitados en su curso, forman una especie de depósito de partes minerales que han absorbido, las que hacen sufrir á las personas que las usan de continuo.

Lo más notable en esta ciudad es el traje de sus habitantes. El *poncho*, cuyo uso ordinario no es más que para montar á caballo, les sirve de adorno en los días más notables. Se ven de gran precio en hombres que á menudo tienen las piernas y piés desnudos y llevan en el cinturón de sus calzones cortos, de terciopelo ó de paño, pequeñas hevillas de oro y plata. La rareza de ese traje, es enteramente bizarro, por no decir extravagante, mientras que si tuvieran un poco de gusto podrían parecer muy bien con las cosas preciosas que llevan; pero son demasiado esclavos de sus antiguas costumbres. Por el contrario, las mujeres dan mucha importancia á la composturas: el tocado se lo hacen muy elegante y tienen un hermoso empaque.

Las profesiones que se ejercen con buen éxito en *San Juan* producen los mismos efectos en esta ciu-

dad que cuenta 20,000 habitantes comprendiendo los de su juridicción.

La mayor parte de los habitantes usan, como en *San Juan*, estriberas, espuelas y los arreos para enjaezar el caballo, todo de plata; las mujeres manejan el caballo también como el hombre, aunque se colocan de modo diferente. Están sobre sillas hechas en forma de pequeños sillones muy blandos y rellenas con lana y algodón: el contorno de la silla guarnecido de incrustaciones de plata.



CAPITULO XII

Partida para Chile.—Paso de la Cordillera.—Puente del Inca.—Fuentes de aguas minerales

Al abandonar *Mendoza*, me dirijí hacia el reino de Chile.

El largo trayecto que hay que recorrer es muy peligroso para los viajeros. Los mismos habitantes acostumbrados á hacer ese camino, toman las mayores precauciones, las cuales, á menudo son inútiles, ya que como los demás viajeros, se ven obligados en invierno á detenerse muchas veces, antes de llegar á Chile.

Desde luego, los primeros objetos que se ofrècen á la vista saliendo de *Mendoza*, son las montañas de la cordillera cubiertas de nieve perpetua. El vivo y penetrante frío que ahí reina continuamente, y del que no se puede defender, por muy abrigado que se esté, hace sufrir mucho á los viajeros y á menudo los sobrecoge dejándolos rígidos y muertos, como aconteció á los desgraciados negros que se condujeron a

Lima. La mayor desgracia es que esta travesía, indispensable de hacer, tiene 66 leguas.

Sería de desear que en esos lugares desiertos, escarpados y cubiertos de nieve, viajasen los franceses orgullosos para que se formasen idea de los sufrimientos que hay que soportar por el frío reinante. Despojados de todo sentimiento de orgullo, sus corazones se harían sensibles á la piedad y pronto aprenderían á cumplir con sus deberes de humanidad; además aprenderían á acostumbrarse á las privaciones, á renunciar al lujo que les domina, y por fin, á conocer el modo de viajar por estos climas, que voy á explicar en pocas palabras.

Al partir de Mendoza es necesario premunirse de todo lo necesario para la vida, á excepción de leña y agua que se encuentra en abundancia; además es preciso procurarse gruesos trajes para poder resistir el rigor del frío, y para estar bien en esos pasajes hay que comer mucho, pimienta, cebollas, ajo y por fin, toda clase de plantas fuertes, pues se dice que sin esas precauciones, el aire vivo de la cordillera cortaría la respiración de los viajeros.

Solamente en tiempo de verano, el comercio puede hacerse en buenas mulas, que transportan las mercaderías; pero en invierno ese comercio es enteramente imposible; no hay entonces más que el correo, conducido por guías muy seguros que puedan hacerlo á pié, cubiertos sus conductores de pieles de carnero ó de otros animales; pero á menudo se ven obligados á detenerse largo tiempo y espe-

rar el momento favorable para continuar el camino; en este caso se hospedan en algunas de las casuchas edificadas con ladrillos que se encuentran en el camino, que el Gobierno ha hecho construir, provistas de galletas, carne salada, sal y leña, para que los viajeros, especialmente los empleados, puedan refugiarse allí cuando sea menester.

A los cuatro días de viaje desde *Mendoza*, se encuentra en el camino un paso muy peligroso que no se puede pasar, sino dando una vuelta de 70 leguas y pasando por la cordillera de *San Juan*.

Este paso es una roca que sirve de puente, obra únicamente de la naturaleza, llamado *Puente del Inca*. Ese puente muy estrecho y qué nada defiende por los lados, está suspendido encima de espantosos precipicios, cuya profundidad espanta al hombre más valeroso. Es necesario tener el mayor cuidado para hacer pasar á las mulas; no obstante el menor paso en falso, ó el menor descuido, hacen desaparecer para siempre esos animales y las mercaderías que llevan. Sin embargo, por no alargar la marcha, se ve uno obligado á trasponer este obstáculo como muchos otros.

La posición de ese paso es tal, que el arte no podría más que con dificultades casi invencibles, construir otro en ese lugar.

Cerca de ese puente se encuentran numerosas fuentes de aguas minerales más ó menos calientes, donde los enfermos de *Chile* vienen á tomar baños

durante el verano; una de esas fuentes, especialmente es muy notable.

Está situada en la cima de una roca que tiene la forma de una pirámide más ó menos colocada á 50 ó 55 piés de altura. La curiosidad me obligó á no pasar más adelante á fin de observar atentamente esa fuente á donde llegué con la ayuda de escalones formados en la roca.

El agua es muy cristalina; pero varía á menudo y toma un color ya sea azulado, ya amarillo. Se me observó que si en este último caso se mete en ella ropa blanca, al punto toma este color. Tuve la ocasión de hacer el ensayo con mi pañuelo y pronto me convencí de la veracidad del hecho. Puedo asegurar que el tinte amarillo que tomó, era muy bonito y no lo perdió sino despues de tres ó cuatro meses de continuo uso. Un naturalista encontraría eu estas rejiones donde ampliar sus conocimientos si se contrajera á observar todas las cosas maravillosas que encierra. Aseguran los indios que todos los alrededores están cuajados de minas de oro, de azogue y de otros metales preciosos, los que no se pueden explotar á causa de la nieve.

A seis leguas del *Puente del Inca* hay un estanque muy vasto, y que por sus maravillas no es menos digno de ser apreciado que esta fuente. Está situado en una gran altura, donde parece imposible haya podido detenerse el agua; sin embargo, se fija su profundidad en 5 brazas. Su agua que es tibia, azuleja y poco salada tiene grandísimas virtudes. Todas las

provincias de *Chile* hacen uso de ella para curar la hidropesía y toda suerte de inflamaciones. He visto vender esta agua hasta cinco francos la botella.

Este paso es muy frecuentado en verano, tanto á causa de los enfermos de *Chile* que se transportan á las primeras fuentes, como de los que vienen á hacer provisión de agua del estanque para todo el año, agua de que se hace gran consumo en todo el reino.

Como está desierto este país, uno se ve obligado á alojar en cavernas muy cómodas, que á la naturaleza plugo formar entre las rocas y cuya entrada se tapa con grandes cueros muy gruesos.

Los leones existen en gran número en estas regiones; llegan á menudo hasta la entrada de las cavernas, donde se está alojado, pero no hacen mal alguno. Sucede, sin embargo, que algunas veces devoran mulas que encuentran extraviadas. Las águilas son ahí más de temer que los leones; atraídas por el olor de la carne ó de otras provisiones, de que se está obligado á aprovisionarse, despedazan á menudo con sus picos los fardos de mercaderías y causan grandes perjuicios y aún ha sucedido que algunos viajeros se han visto atacados en diversas ocasiones. Las *vicuñas* y *guanacos* son también muy comunes.

Es de sentir, verdaderamente, que este camino sea tan peligroso, pues divierte agradablemente los ojos del viajero por la variedad de vistas que presenta. La verdura de sus hermosas pastadas que se

extienden al pié de esas montañas cubiertas de nieve, ofrece encantador contraste; y el murmullo de los límpidos arroyos que bajan serpenteando de las montañas, dan á gustar algunos encantos en medio de un desierto.



CAPÍTULO XIII

Salida de la Cordillera.—Llegada á Chile.—Valle de Aconcagua.—Colina.

Salí por fin de la Cordillera y entré en el reino de *Chile*, que tiene quinientas leguas de largo por veintiocho ó treinta de ancho, célebre por sus diversos temblores causados por catorce volcanes siempre inflamados, que vomita la parte más elevada de sus montañas cubiertas de nieve.

Lo primero que llamó mi atención, fué un fértil valle que tiene dos lindas aldeas, una de ellas *Villanueva* y la otra *Santa Rosa*.

Esas regiones producen en abundancia trigo, avena, habas, frejoles y patatas. Las viñas y los árboles frutales de Europa, de excelente calidad, son ahí muy comunes. Se encuentra también gran número de potreros donde se encierra el ganado, que da grandes entradas al país.

Los habitantes de uno y otro sexo son amables

en extremo y obsequiosos con los extranjeros. Las mujeres son muy atractivas; gustan mucho de tocar la guitarra, de cantar y bailar; pero también tienen la mala costumbre de beber aguardiente y de fumar.

Este valle llamado de Aconcagua, tiene una población de 5,000 habitantes y dista de *Santiago*, capital de *Chile*, veintitrés leguas.

A doce leguas de este valle se encuentra otra aldehuela llamada *Colina*. Antes de llegar á ella, es preciso atravesar un cerro muy elevado, cerca del cual, y en el lado opuesto, hay una muy hermosa llanura, donde está situada la aldea. Esta aldea está cubierta de *vicuñas* y de *guanacos*: los habitantes de *Colina* les dan caza tanto por la carne como por las pieles, de las que obtienen gran provecho.

Esta llanura es tan fértil en cereales como el valle de *Aconcagua*; y lo que hay de notable, es que las cebollas son de extraordinario porte; se han visto de un peso de dos libras. Las *sandías* ó melones de agua son ahí muy comunes y pesan de 20 á 22 libras. Se cosecha mucho azafrán, del que se saca gran provecho. En fin, los pimientos rojos son de asombroso porte: se les deja secar y se envían en seguida á otros países, lo que aumenta prodigiosamente su comodidad.

No hablaré de las costumbres de los habitantes: sólo me contentaré con decir que la reputación de que gozan no es de la más ventajosa y sus vecinos los consideran capaces de todo.



CAPÍTULO XIV

Santiago de Chile.

Santiago, ciudad muy opulenta y capital de Chile, dista de *Valparaíso* 38 leguas al este y 110 al nordeste de *Concepción*.

Ha sido saqueada en diferentes ocasiones durante la revolución.

En 1810, época de su independencia, fué saqueada y asolada durante algún tiempo por los que se hicieron sus dueños.

En 1815, el Virrey de *Lima* envió á *Osorio*, brigadier de ejército, con 4,000 hombres de tropa para reconquistarla.

En efecto, expulsó á los independientes y volvió á tomar las riendas del gobierno; algún tiempo después fué llamado á *Lima*; pero su sucesor dejó tomar la ciudad por el general *San Martín*, quien expresamente vino de *Buenos Aires* á la cabeza de 5,000 hombres. Solamente la bravura y la intrepi-

dez pudo envalentonar á esos soldados para atravesar las *cordilleras*, esas montañas impracticables é inaccesibles para apoderarse de *Santiago*.

Cuando el Virrey de *Lima* supo que los independientes se habían hecho dueños de esa capital, envió nuevamente á *Osorio* con tropas más numerosas que en la primera expedición.

Con tal ejército él esperaba tomar de luego esa ciudad; pero resultaron fallidas sus esperanzas, ya que sus soldados fueron derrotados completamente fué muy feliz en no caer en las manos de aquellos y que pretendía volver á tener bajo su yugo.

Hay en esta ciudad una gran audiencia, cuyo presidente antes de la independencia era *García Carrasco*, un obispado muy rico, una catedral recién construída, varias parroquias, muchos conventos religiosos de ambos sexos, una casa de moneda y en fin edificios y establecimientos magníficos.

La catedral, sobre todo, es soberbia tanto por su arquitectura cuanto por su extensión y la riqueza de sus ornamentos; está situada en la plaza principal, como igualmente el palacio que habitaba el presidente que es una hermosa obra, ahora destinada á la convocación y deliberaciones del gobierno independiente.

La plaza principal que encierra estas dos obras maestras es también muy hermosa; está rodeada de aleros bajo los cuales se encuentran los ricos almacenes de alhajas, quincallería, mercería, etc. En su centro hay una magnífica fuente de mármol.

Las calles son largas, anchas y alineadas; y el pavimento muy bien cuidado; igualmente hay veredas de piedra, á cada lado para el uso de las personas de á pie lo que deja libre el medio de la calle para el tráfico de animales y carruajes. También hay algunas otras plazas destinadas á los mercados de víveres que hay diariamente y son muy surtidos.

Casi por el medio de la ciudad pasa un riachuelo que tiene el nombre del reino (1); en este lugar es muy ancho y viene de la cordillera. El puente por el cual se pasa es de piedra y de construcción magnífica; á lo largo en sus extremidades hay linderos también de piedra y escaños muy cómodos y aseados. Todas las tardes sirve de paseo, aunque hay muchos otros sitios de sorprendente belleza y embellecidos con fuentes de varios juegos de agua.

Se ven muy hermosas casas, todas por lo general muy lindas, aunque construidas con adobe: su blancura y limpieza les da una apariencia que las embellece.

Los alrededores de la ciudad son llanos cubiertos de toda clase de árboles frutales; las casas de campo lindas y en gran número. Los ricos propietarios y negociantes van á menudo á descansar ahí de las fatigas de la ciudad.

El territorio es muy fértil y produce en abundancia todo lo necesario para la vida; las cosechas se hacen en las mismas estaciones que en *Buenos Aires*.

---

(1) El Mapocho.

Para dar una idea de la bondad del suelo, no citaré más que dos de sus productos, observando que los demás sin ser tan extraordinarios, conservan, no obstante, una proporción: de las coles y de los rábanos, es de lo que quiero hablar.

Las coles son apretadas, duras como piedras y brillantes de blancura, son tiernas cuando están cocidas; hay algunas que pesan hasta veinticuatro libras.

Los rábanos son aún más notables; esta raíz que por lo general es tan débil en Europa, en Chile es monstruosa, pues se encuentran de cuatro á cinco libras de peso.

Puedo asegurar que ese peso, por exagerado que parezca, es real. Yo mismo he tenido ocasión de convencerme. Los del peso de una ó dos libras son ahí comunes; y á los unos y á los otros se les coloca en arena, donde se les conserva para hacer ensaladas en invierno.

Esta es la manera cómo se prepara esta ensalada. Se cortan los rábanos en torrejas, que se dejan durante cuatro horas en agua con sal, para quitarles la fuerza; en seguida se les prepara con aceite, vinagre, sal y pimienta roja bien molida. Es una excelente ensalada.

Para el consumo de la ciudad se llevan también castañas, que vienen de cuarenta leguas de distancia, único lugar donde he visto; son de gusto y porte también extraordinarios, lo que hace que se les estime grandemente y gocen de mucho renombre.

El comercio es muy lucrativo é importante en diversos artículos, especialmente en los de que voy á hablar.

Desde luego, el que se hace con los cueros fabricados es el más importante, por la exportación á *Buenos Aires*, de donde se traen las mercaderías necesarias al país, lo que produce grandes ventajas á la ciudad y sus alrededores.

El que se hace con las harinas, carnes saladas, sebos, etc., que se embarcan en *Valparaíso*, (1) no es menos importante.

Estos importantes ramos del comercio dan á *Santiago* incalculables beneficios, y la actividad de sus habitantes no omite nada de lo que pueda contribuir á aumentarlos.

Es preciso convenir que no hay nada que reprocharles, desde el punto de vista del trabajo y de la industria; poseen todas las artes á la perfección; ¡lástima que sean tan ligeros é inconsecuentes en sus tratos comerciales, especialmente con los extranjeros!; aunque políticos, son de carácter muy afable.

Su manera de vivir es muy sencilla; los que no están ocupados en el comercio, se levantan muy tarde, lo mismo que las mujeres. Quedan en seguida á brazos cruzados hasta que les viene la fantasía de ir á fumar un cigarrillo con sus vecinos. A menudo hay diez á doce á la puerta de una *pulpería* (especie

(1) Puerto de mar, el más importante de Chile, á 38 leguas de la capital.

de almacén donde se vende vino, aguardiente y otros licores, como también telas, ropa y objetos de quincallería). Después de charlar, fumar y hecha la *mañana*, es decir, bebido aguardiente, montan á caballo y van á dar una vuelta nó por el llano, sino por las calles, antes de retirarse á sus casas. Si les viene en gana, bajan del caballo, se juntan á la compañía que encuentran, charlan dos horas sin decir nada, fuman, toman *mate* y vuelven á subir á caballo; es muy raro en general, que un habitante se pasee á pié; se ven en las calles tantos caballos como hombres. La caza abunda en los contornos de la ciudad; pero los habitantes no son cazadores: ese ejercicio los fatigaría mucho.

Las mujeres son encantadoras, de muy alegre carácter. Aunque por naturaleza son hermosas, han adoptado la moda de pintarse, moda que siguen estrictamente. Cantan acompañándose muy bien con la guitarra, instrumento que hombres y mujeres tocan con bastante gusto. Son inclinadas al tocado y se visten con elegancia; son amables á pesar de la altivez que les sienta á maravilla.

Sus trajes consisten, al exterior en un corselete blanco ó de color sin ajustar; sigue las proporciones del talle y sus faldones bajan cuatro dedos sobre la pollera, la cual es de tela más ó menos rica según la facultad y fantasía de la que la lleva, y está bordada con galón ó crespones de oro, plata ó seda. Llevan por todo tocado una sola cinta al rededor de la ca-

beza que sostiene sus cabellos que trenzan por medio de las peinetas y alfileres de oro que tienen.

La mayor parte de los hombres usan mantas escarlatas y hebillas de oro en las medias y zapatos.

Las profesiones más ventajosas en esta ciudad son las de relojero, joyero, armero, cerrajero, cuchillero, carrocero y fabricantes de medias, etc.; todos pueden hacer ahí, en poco tiempo, brillante fortuna.

La abundancia de víveres, su bajo precio y la inmensidad de sus riquezas ponen esta ciudad encima de todas las demás: rivaliza, por decirlo así, con *Lima*.

Goza de temperatura muy sana; las estaciones se hacen regularmente como en Europa, pero de modo opuesto. Su poblacion es de 35 á 36,000 habitantes, la mayor parte mulatos cuarterones y mestizos.

Como unos negocios me llamaban á *Valparaíso*, me fuí de *Santiago*, pasando por la ciudad de *Quillota*, de la que voy á hacer mención.

~~~~~~
~~~~~~



CAPITULO XV

Quillota.—Baile del país.—Valparaíso.—Almendral.

Quillota, á 21 leguas N. O. de *Santiago*, la capital, está á 12 N. E. de *Valparaíso*. Esa ciudad bastante bonita, larga y estrecha está situada en un valle mui risueño.

Produce en abundancia todo lo necesario para la vida; sus campos se ven sucesivamente cubiertos de cebada, maíz, avena, lino, cáñamo, viñas y otros frutos de Europa.

Los víveres son tan comunes que se dan ocho panes—pesa cada uno seis onzas—por la menor moneda de plata del país y que equivale á seis sueldos, tres denarios de Francia; por la misma suma se pueden obtener doce ó veinte huevos y también carne en proporción.

Observaré aquí, que ésta, siendo la menor moneda del lugar, es considerada en el mercado como un

sueldo de Francia, más ó menos. La modicidad de ese precio da ocasión para que fácilmente se juzgue la abundancia de víveres en *Quillota*, pues, en ninguno de Europa, ciertamente, se podría obtener la misma cantidad de víveres con suma tan pequeña.

Hay, igualmente, mucha leche con la que hacen un excelente queso de *chanco*, renombrado por su bondad y con el que se hace gran comercio: su forma es redonda y aplastada como el de Gruyère tan conocido en Francia, y el peso de cada queso es de ocho a treinta y dos libras. Dudo que en Europa se encuentre otro tan bueno.

Se fabrica buena tela de lino y cordeles con el cáñamo que ahí se cosecha, lo que produce grandes entradas á la ciudad por el extenso comercio que tiene con Lima para el uso de sus embarcaciones.

Son encantadores los contornos de la ciudad: llenos de jardines cultivados con arte y simetría; producen frutas tan buenas y tan grandes como en Santiago. La temperatura es la misma.

Como ya lo he dicho, la ciudad es estrecha; pero su largo es bastante espacioso para contener los ocho mil habitantes que encierra. Las casas, en jeneral, son bajas; es raro que tengan otros departamentos que un principal; no obstante su uniformidad, se las ve muy lindas y formar largas calles muy hermosas.

Los habitantes son afables y muy inclinados a las diversiones; aman mucho la música y tocan muy bien la guitarra, su instrumento favorito; también

tienen pasión por la danza, que ejecutan con gracia y ligereza; pero tienen irresistible inclinación por la bebida.

Hé aquí su manera de bailar: aunque las mujeres son por naturaleza muy vivas, en la mayor parte de sus danzas llevan sus brazos pendientes ó plegados bajo el *rebozo*, que es una especie de manteleta. Al bailar el *zapateo*, una de las danzas más en uso, tienen los brazos levantados y golpean á menudo las manos como pasa en algunos bailes en Francia. El *zapateo* se baila con cambios de sitio, por decirlo así, y se sostienen en la punta de los piés y en los talones; parece que apenas se mueven, más bien se deslizan que tienen cadencia.

Hay, sin embargo, una danza muy animada y muy lasciva que se baila mucho y se llama *lariate* (?) nombre derivado de los indios de la provincia: ha sido introducida por los negros de la Guinea y los españoles la bailan en casi todos sus establecimientos. El gusto es tan vivo y original, que hasta los mismos niños la bailan apenas se pueden tener en pié.

Este baile tiene lugar al son de la guitarra y del canto.

Los hombres se colocan frente á frente de las mu. jeres y los espectadores forman un círculo alrededor de los bailadores y de los tocadores: uno de esos espectadores ó de los bailarines canta una canción cuyo estribillo es repetido y seguido de palmoteos de manos; los bailarines entonces con los brazos semi-le·

vantados, saltan, giran, se mueven para atrás y para adelante, se aproximan á dos piés los unos de los otros y retroceden cadenciosamente hasta que el son del instrumento ó el tono de las voces les advierte que deben acercarse; entonces se golpean el vientre los unos á los otros, tres ó cuatro veces seguidas, y se alejan saltando, para hacer los mismos movimientos, con ademanes muy lascivos é indecentes regulados por el son de los instrumentos: de cuando en cuando entrelazan los brazos, dan varias vueltas, continuando en golpearse el vientre y dándose besos, pero sin perder la cadencia. Se asombrarían en Francia con un baile tan indecente; pero casi es común á todos los países de la América Meridional.

Diré también que en esos bailes es de regla beber vino, aguardiente ú otros licores y también fumar el *cigarrillo*.

Valparaíso, ciudad y puerto principal del reino de *Chile*, dista de *Santiago*, la capital, 38 leguas E.

Esta ciudad está fortificada tanto por tierra como por mar; es defendida por tres fuertes casi inexpugnables, sobre todo el de *San José*, construído en una altura considerable.

La mitad de la ciudad está sobre un cerro escarpado y la otra en el plano que se extiende á orillas del mar.

Sus campos son muy estériles y tienen necesidad de aprovisionarse en las ciudades vecinas. Su aridez se concibe pues al construir esta ciudad, sólo se tuvo

en vista su posición, que es una de las mejores para proteger el comercio y defender el paso á la capital.

No obstante nada falta ahí; los habitantes de los campos vecinos aprovisionan abundantemente los mercados; y el gran concurso que atrae su puerto, es suficiente para enriquecer la ciudad. El comercio es ahí muy importante porque ese lugar es como el depósito de toda clase de mercaderías.

En la jurisdicción de esta ciudad se encuentra una planta llamada *cachanlagua* que se asemeja en un todo á la pequeña centaura de Europa, pero un poco más chica. En un tiesto con agua fría se hace una infusión de seis ó siete plantas enteras y secas durante toda la noche, ó de la mañana hasta la noche; esta bebida es muy buena para las enfermedades de la garganta y para refrescar la sangre; pero no es preciso tomar más que uno ó dos días, pues es tan fuerte que si se bebe tres ó cuatro días seguidos convierte la masa de sangre en agua: yo mismo varias veces he hecho la experiencia con buen éxito. Cuando se la prepara en forma de té, es también muy cálida. Esta planta es una de las más renombradas de *Chile*.

A media legua de esta ciudad se encuentra otra llamada *Almendral*, que también es muy estéril y está bajo la dependencia del Gobernador de Valparaíso, del grado de Coronel.

No tienen muy buenas costumbres los habitantes, especialmente las mujeres; con excepción de las de

rango distinguido ó que han recibido educación, son muy inclinadas á la diversión.

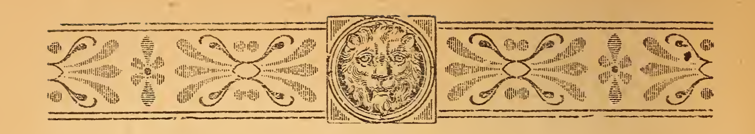
La población de esas dos ciudades sube á 9,000 habitantes.

El más notable de sus productos es una conchita de diversos colores que tiene la forma de la ostra y de un gusto exquisito; su concha es transparente y se la emplea en la construcción de botones y otros pequeños objetos muy estimados por su rareza.

Si *Valparaíso* estuviese situado en un suelo más productivo podría pasar por ciudad muy importante; su posición la hace necesaria á todo el reino, principalmente á la capital; sin embargo, como lo he dicho, no solamente es abundantemente aprovisionada de artículos de primera necesidad, sino también de todo lo que puede satisfacer el lujo.

Después de haber puesto fin á algunos negocios en esta ciudad, volví sobre mis pasos á *Santiago*, de donde partí algunos días después para *Coquimbo*.

Observaré que los carpinteros, herreros, ebanistas, panaderos, pescadores que supieran hacer redes para la pesca y buenos marineros prosperarían ahí rápidamente.



CAPÍTULO XVI

Illapel.—Combarbalá.—Valles grandes.—Valles de Hurtado —Valles de Elqui.

Illapel, aldea de 1,200 habitantes, fué la primera que encontré después de mi partida de *Santiago*, distante 175 leguas y en encantadora posición. Está situada en un plan rodeado de montañas muy altas y á la orilla de un río de agua excelente.

Tiene gran comercio con piedras de oro que suministran las minas de los alrededores y cuyo depósito es este lugar.

Este oro es preferido á todos los otros, por los orfebres en razón de su suavidad, cualidad que le hace ser buscado mucho por los habitantes que se enorgullecen cuando se adornan con él.

Estos son hipócritas al último grado; y como nada se asemeja mas á la virtud que la hipocresía, se hacen un deber, sin duda en practicarla, como muchos otros en Europa.

A pesar de las riquezas naturales de esta aldea y de las que se traen de todas partes en cambio de oro, la mayor parte de los habitantes no saben gozar de ellas; habitan en casas construidas de juncos marinos (totoras) y cubiertas de cuero; sus camas se componen de algunos cueros de cordero y de cabros que se ponen en el suelo; los demás muebles guardan proporción con estos.

Hay en las vecindades un árbol que se asemeja á la palma y produce una miel delicada, muy estimada en muchos lugares de la costa firme; se la emplea en vez de azúcar en las tisanas y también á menudo en la infusión de la yerba del Paraguay; su venta produce grandes utilidades á *Illapel.*

A 24 leguas de esta aldea y á 66 leguas de *Santiago* se encuentra otra más pequeña, llamada *Combarbalá*; está situada cerca de un río que se precipita al mar á 18 leguas i que nace en la Cordillera.

Los alrededores son abundantes en minas de oro y plata; pero la calidad de este último metal es proporcionalmente mejor que la del primero.

La proximidad de las cordilleras, distantes, á lo sumo, siete leguas, hace extremadamente frío este país y su suelo muy estéril.

La afluencia de personas que atrae el comercio de metales, suple el defecto de esterilidad y hace que se traiga á esta aldea lo útil y agradable en cambio del oro, este gran móvil de las acciones humanas.

Los habitantes son afables y hospitalarios con los extranjeros y les prestan toda clase de servicios; son

muy aficionados á la música vocal é instrumental; sus instrumentos favoritos son la guitarra y una especie de caramillo hecho de caña y que tocan bastante bien.

El baile está muy en boga y se consideran como prueba de educación, sobre todo en las mujeres, los talentos que se pueda tener para el canto y el baile. Una joven que posea estos dos talentos con mas perfección que las otras, es muy buscada en matrimonio y encuentra muy buenos partidos.

De esa aldea se va á *Valles grandes*, que dista 12 leguas y se componen de cuatro parroquias, con una población de 6,000 habitantes.

Estos valles, alejados 78 leguas de *Santiago*, tienen una extensión de 28 leguas y van de la cordillera al mar. Abundan en trigo, carnes, uvas, legumbres, frutas de Europa, y en jeneral, de todo lo necesario para la vida. Se hace gran comercio en harinas, sebos y carnes saladas, los que se mandan á otras ciudades en donde se aprovisionan de lo que puede faltar en el país.

Todo es abundante y muy barato en esos valles, no teniendo otra cosa de desear que una temperatura más templada; no obstante, los habitantes allí aclimatados soportan el frío sin experimentar grandes sufrimientos.

En su mayor parte son blancos, *cuarterones*, y mestizos; sus costumbres no son muy regulares; y, aunque laboriosos y afables, son muy inclinados á toda clase de vicios; especialmente las mujeres se

señalan por toda especie de excesos viciosos. Se entregan horriblemente á la bebida y tienen gusto extraordinario por el tabaco de fumar.

Los ministros de la religión son muy respetados y tienen grande ascendiente en los hombres y también en las mujeres.

En general, los hombres andan muy mal vestidos, principalmente los jornaleros; visten como los mineros de *Huacho*, cuya descripción ya he hecho. Por el contrario, las mujeres andan muy prendidas, cada una según sus medios, y tienen encantadora presencia.

He pasado de esos valles á los de *Hurtado*, distantes 14 leguas y 82 de *Santiago*.

Son muy poblados y fértiles en cereales, legunbres y frutas de Europa; pasa un río que nace en la cordillera y se va á perder en el mar, después de recorrer una extensión de 28 leguas; tiene el nombre de río *Hurtado*.

Hay gran comercio de trigo, avena, frejoles, como también de cobres que se encuentran en abundancia en esta región, y que se trabajan muy bien.

Este lugar produce gran cantidad de ganado y dá grandes entradas. Los cueros de cabra y de cabritillos se trabajan muy bien; aprensados enteros toman deslumbradora blancura y sirven para hacer sacos; los pequeños son más estimados en razón de su trabajo y tienen muy diferente destino. Las mujeres del país, que son muy laboriosas, los adornan con dibujos de distintos colores, ejecutados con mucho

gusto; y esas pieles sirven entonces para hacer bolsas para el oro y la plata; estas bolsas, así pintadas, son muy buscadas y enriquecen considerablemente al país por el gran consumo que de ellas se hace.

En esos valles se encuentran muchos arbustos que producen incienso tan bueno y tan estimado como el de primera calidad que pueda haber en Europa.

También hay un gran número de árboles muy útiles que los naturales del país llaman *arrayán*; este árbol que alcanza pequeña altura, tiene la hoja semejante á la del laurel blanco, pero más pequeña; su olor es agradable; se la recoge con cuidado para quemarla y su ceniza sirve para hacer legía. Es tal su virtud, que la ropa sale tan limpia como si se hubiera lavado con jabón, que no se emplea en el país.

Es preciso solamente tener el cuidado de que al sacar la ropa de la lejía se pase por agua limpia y se puede estar cierto de que no queda una sola mancha.

Los habitantes son afables y laboriosos; el clima de esos valles, sano, aunque muy frío por la proximidad de las cordilleras, al pié de las cuales están situados.

Están gobernados por un *Corregidor*.

Los valles de *Elqui*, suministran en abundancia los mismos productos que los de *Hurtado*; es tan fértil el suelo que podría llamársele el *jardin de la fecundidad*, pues creo que en parte alguna y aún ménos en Europa se encuentran semejantes: se diría que la naturaleza ha escogido particularmente este

país para prodigarles sus dones. En otras partes los cultivadores se dan más ó menos trabajos para sacar frutos de la tierra; pero en toda la extensión de este llano no tienen otro trabajo que sembrar y cosechar; son los únicos afanes; la fertilidad del suelo les ahorra los demas, en otras partes indispensables.

Este llano tiene tres aldeas importantes, que son: *Dieguito*, *San Isidro* y el *Tambo*; las dos primeras habitadas por blancos, mulatos y mestizos, la última por indios tributarios. Estos son muy humildes y sumisos á sus jefes y sobretodo al cura, que los maneja á su agrado; los otros son más civilizados y muy amantes del canto, del baile y de la guitarra.

Hacen gran comercio con los vinos y frutas secas que provienen de sus cosechas, de hermosura y gusto superiores, que envían á otros países.

Las mujeres son muy laboriosas y contribuyen con su industria á hacer más rico el país. Fabrican ponchos de lana y algodón muy bellos por la variedad de sus colores y dibujos, y también fajas, especie de cinturones de variado color, de una vara de largo y cuatro pulgadas de ancho y sirven para sostener el pellón de que ya he hablado.

Este cinturón sirve de adorno al caballo y se emplea á manera de cincha para sujetar.

El lujo es muy grande en este objeto; todos los jinetes, tienen tan hermosos y ricos, hasta el punto de que hay algunos que cuestan 120 francos; verdad

que son soberbios por el trabajo y la agradable variedad de dibujos y colores.

El llano de *Elqui* está situado á lo largo y al pié de montañas muy elevadas, que se extienden hasta el mar, y siempre cubiertas de nieve por lo que principalmente en invierno, el país es frío; pero en verano se goza de todas las distracciones: el panorama que ofrece el país es encantador, por el pintoresco contraste de la verdura y las áridas y escarpadas rocas.

En este país se podrían hacer ventajosos negocios con artículos comunes en Europa; pues en este lugar, tienen gran valor y mucha venta.

Las indianas, percalas, medias, pañuelos y otras mercaderías por el estilo son muy estimadas y se venden en cambio de otros artículos del país con ciento por ciento de beneficio, el cual es aún fácil de duplicar, transportando esos mismos artículos á otros puntos del reino. Yo mismo he hecho ese comercio y puedo asegurar que al fin del año se saca una utilidad de doscientos por ciento.

Estos valles están atravesados por un río que nace en los Andes y desemboca en *Coquimbo.*

Están gobernados por un lugarteniente corregidor, y dos alcaldes. La población es de 12,000 habitantes comprendiendo la de las tres aldeas, es decir, de todo el valle, extremadamente poblado.

De ahí partí á *Andacollo*, de la que quiero hablar.



CAPITULO XVII

Andacollo.—Coquimbo.—Esta ciudad es sorprendida por los realistas.—Prisión y transporte á Valparaíso.—Evasión y vuelta á Santiago.

Andacollo es una aldea, á 16 leguas de los *Valles de Elqui*, situada entre cerros muy elevados, ricos en minas de oro y en cereales de primera calidad.

Esta aldea tiene una soberbia iglesia ricamente adornada, dedicada á *Nuestra Señora del Rosario;* las cinco capillas que hay en el interior de la iglesia están llenas de riquezas; pero la principal tiene su altar mayor y todos los ornamentos de plata maciza, como igualmente gran número de lámparas y grandes candelabros destinados al servicio divino.

Todos los años este templo es visitado por prodigioso número de personas que vienen en peregrinación hasta de más de 400 leguas.

Los peregrinos alojan en las casas que la cofradía

del rosario ha hecho construír y amueblar con este objeto.

La fiesta local dura quince días y se pasan, parte en oraciones, parte en diversiones públicas; la alegría llega entonces á su colmo y se queman fuegos artificiales, á que son muy inclinados los habitantes.

Son afables y generosos con los extranjeros, pero tienen preferencia por los peregrinos, los que encuentran todas las atenciones y consideraciones que puedan desear.

El oro que se extrae de las minas de *Andacollo*, es su sólo producto. Bien desgraciado sería, pues, este país, si los hombres llegasen á destruír el talismán que los hace esclavos de ese metal corruptor; pues si es verdad que hay metales que realzan el valor del oro por su honroso y precioso uso, otros, el mayor número, lo envilecen á los ojos del sabio por el funesto empleo que le dan.

Sea lo que sea, por medio de este metal, *Andacollo* rebosa de todo lo necesario para la vida. Cosa notable, es que esta aldea, obligada á traer sus víveres de fuera, los vende á un precio más bajo que en el lugar donde se producen, y la razón es muy sencilla: el cebo del oro, transporta de las ciudades vecinas más de lo necesario, por lo que las provisiones se venden á vil precio á fin de que no se pierdan miserablemente.

Además de los grandes cerros de que está rodeada la aldea, hay pequeñas colinas llenas de cabros y *guanacos* y también de otros animales.

No creo tener necesidad de decir que hace mucho frío; fácilmente puede el lector comprenderlo acordándose de que la aldea está en medio de montañas; diré solamente que los habitantes son 1,200, gobernados por dos *alcaldes* y añadiré que hay gran consumo de pólvora y misto, y que un artificiero haría buen negocio.

De *Andacollo* me dirigí á *Serena*, no habiendo encontrado nada de notable en mi camino. No hablaré más que de esta ciudad y de las desgracias que allí experimenté.

La Serena es una rica y comercial ciudad de *Chile*, capital de la provincia de *Coquimbo*, limitada al norte por *Tucumán*, al sur por la provincia de *Quillota*, y al oeste por el mar Pacífico. Tiene gran cantidad de minas de oro, plata y cobre, y abunda en trigo, carnes, legumbres y muchas frutas de Europa y América. Entre estas últimas se nota una bastante rara: su forma es de una naranja; llegada á su madurez tiene la corteza verde y amarillo el interior; el gusto es el de la castaña. Los habitantes la llaman: *lúcuma*. Las naranjas y limones son soberbios, y las aceitunas, aunque pequeñas, muy deliciosas.

La ciudad está situada á 130 leguas al norte de *Santiago* y á tres cuartos de legua del mar; aunque el puerto se halla á tres leguas, su posición es de las más agradables.

Los ribazos que la rodean están cubiertos de flores silvestres que forman un panorama; la variedad de esas flores, que imitan mucho á las que tanto

cuidamos en Europa, tienen su semejanza, pero no su perfume y no embellecen menos la región; muchas como plantas medicinales juntan lo útil á lo bello. En una palabra, sus campiñas son encantadoras.

El mayor comercio de la ciudad es el de metales; el de cobre especialmente se hace con gran actividad.

Se construyen grandes calderos destinados á preparar el sebo que sirve para las fábricas de jabones, cacerolas, platos, fuentes y otras obras por el estilo que se estañan por dentro. También se hacen campanas del mismo metal de 400 á 450 libras de peso, todo lo que se trasporta á diferentes provincias del reino, como las que dependen de *Buenos Aires*.

El trasporte de este último artículo es muy penoso, pues, se está obligado á hacerlo en mulas. Desde luego es preciso que sean muy fuertes para poder llevar pesos tan considerables á más de cien leguas; en seguida deben ser muy sólidas en la marcha á la orilla de precipicios, que á cada momento se encuentran en la Cordillera; y por fin, la carga debe colocarse con mucho tino para establecer igual contrapeso. A pesar de todas las precauciones que se toman, á menudo sucede, que por un paso en falso, se pierde en esas montañas, la mula y la carga.

Las mercaderías de Europa más estimadas en la ciudad, son las indianas, percalas, muselinas, terciopelos, medias de seda, cintas de colores, joyas falsas, quincallería, hilo de coser y, en general todos los artículos de Europa. Las artes mecánicas más

ventajosas son las de relojero, armero, cerrajero, obrero en cobre, fabricante de medias de punto y talabartero. Todo lo referente al adorno de las mujeres y los perfumes se venden muy bien y dan grandes utilidades.

La construcción de la ciudad es bastante bonita, y las calles son anchas y rectas; pero mucho me asombré de ver, que á pesar de las riquezas del país, la mitad de las casas estaban cubiertas con *totora*, especie de junco marino que nace en los pantanos y de hoja muy ancha. Cuando se desea pueden regarse las calles con pequeños arroyos conducidos con bastante arte.

Los habitantes son afables y de costumbres muy regulares. Las mujeres particularmente, son encantadoras y usan ampliamente afeites, aunque sin necesidad; son de carácter muy alegre y aman apasionadamente el baile, la guitarra y el canto, talentos que perfectamente poseen.

Tienen marcada inclinación por los europeos, de los que fácilmente se apasionan, y consideran el colmo de la felicidad poder cautivar á alguno..

La ciudad tiene seis conventos de religiosos y dos iglesias, todas adornadas con la mayor riqueza y poco común lujo.

Está amurallada y considerada como plaza fuerte ó ciudad de guerra, y aunque sus fortificaciones no son de las más importantes, tienen sin embargo algunas piezas de artillería en sus murallas.

Observaré que en la mayor parte de las casas hay

una especie de corralón que da entrada á un salón; hay uno ordinariamente en cada casa burguesa; éstas se componen de algunos dormitorios y una cocina, único lugar destinado á hacer fuego, pues la costumbre para calentarse en invierno, es servirse de braseros de cobre.

El salón, que no está entablado, puede tener catorce piés de ancho por dieciocho de largo; en el fondo y frontero á la puerta de entrada hay una especie de estrado de 5 á 6 pies de ancho, cubierto con pieles de animales salvajes; en el medio, un sillón ó taburete para la señora ó señorita de la casa.

Toda la decoración consiste en algunos malos cuadrillos ó algunos pedazos de mal papel pintado. Los asientos para los hombres, ocupan otros dos lados del salón: son sillas de madera de respaldo muy alto; en mitad del salón y afirmada á la pared, hay una mesa bastante grande cubierta con un tapiz de indiana con franjas de encaje, é hilo de oro ó plata, entre los burgueses ricos. En la mesa nombrada siempre está expuesto el pequeño aparato para tomar el *mate*. La señora y señoritas de la casa son las únicas que se sientan en el estrado; los hombres no pueden colocarse ahí más que cuando se les invita: tal favor da á conocer gran familiaridad.

En esta ciudad se hace uso de la *sangría*, bebida hecha con vino, agua, á lo que se le pone azúcar, canela molida y un poco de jugo de limón ó de otro ácido.

El mayor gusto que se puede dar á las niñas, es

invitarlas á beber esta sangría, medio por el cual el hombre puede seducir fácilmente al bello sexo.

El jefe de esta ciudad, que llevaba el título de subdelegado y comandante de armas, era en mi tiempo *don Manuel A. Matta*. Su población 6,000 habitantes, un tercio de blancos.

Después de la descripción que he hecho de la *Serena*, el lector podrá sorprenderse de que yo haya podido dejar un país que ofrece tantas ventajas; debo, pués, darle los motivos que me alejaron de ella y la catástrofe funesta que me aconteció.

Aquí recordaré que me ocupaba en un comercio al pormenor, el cual variaba según la región que recorría. A fines de noviembre de 1814, fuí de *Coquimbo* á *Huasco* (lugar donde se explotan minerales, de lo que hablaré más adelante) con mercaderías que de antemano sabía vendería ventajosamente, y que, en efecto, cambié por metal, cargando dieziocho mulas.

De vuelta á la ciudad busqué una ocasión favorable para colocar estas mercaderías y continuar mi comercio, lo que no pude hacer demasiado pronto. Dejé correr algunos días, creyendo sacar mayor provecho; pero bien pronto quedé libre de la preocupación que me causaba el empleo futuro de mis capitales.

La fatalidad, que se había unido á mis pasos, me sumió en la más cruel posición que hubiera encontrado hasta entonces.

Nadie ignora los asuntos que han sucedido, en di-

versas ocasiones en el mediodía del Nuevo Mundo. y que han cambiado completamente la forma de gobierno de ese país. Los papeles públicos ó las noticias particulares han dado á conocer suficientemente los grandes acontecimientos, los que habría pasado en silencio, si no hubiesen estado tan intimamente unidos á la historia de mi viaje.

El coronel don *Ildefonso Elorriaga*, vizcaíno, á la cabeza de ochocientos á novecientos realistas, vino de improviso á sorprender la ciudad de la *Serena*, que estaba lejos de esperar visita semejante. Este jefe, que venía de *Santiago*, se embarcó con su tropa en Valparaíso y operó su desembarco en el puerto de *Coquimbo*, distante de la ciudad, como ya lo he dicho, tres leguas. Esta pequeña distancia favoreció mucho su ataque. No habiendo sido visto en el mar, no le fué difícil hacer tan corto trayecto y presentarse á las puertas de la ciudad, antes que hubiese tiempo para organizar la defensa; no obstante, la tentó, pero fué obligada á capitular. *Elorriaga* entró en la ciudad y la gobernó militarmente.

Además de los numerosos arrestos que hizo en la ciudad, ordenó el de todos los extranjeros y la confiscación de todos sus bienes, so pretexto de que ellos se habían inmiscuido en negocios políticos.

Fuimos, pues, arrestados en número de treinta y tres y conducidos á bordo de la fragata *Aurora*, donde nos cargaron de cadenas. De este número, á veintitres se les puso en la *brocha*, es decir, que se les ató los piés con gruesos anillos de fierro reteni-

dos por larga y fuerte barra, al fin de la cual había una cadena que aseguraba nuestra cautividad.

La continuidad de posición tan penosa, que no nos permitía cambiar de posición, aún para hacer las naturales necesidades, nos ponía á todos de un humor muy penoso y agobiador; también llegábamos á las vías de hecho á la más lijera dificultad que surgiera entre nosotros.

Por fin, se nos transportó, en este estado, á *Valparaíso*, donde nos esperaban calabozos y el más cruel de los gobernadores.

La grosería de sus palabras y su caníbal conducta darán justa idea de este hombre bárbaro.

Al cabo de diez días de navegación llegamos á *Valparaíso*, y aunque íbamos muy mal, mis veintidos compañeros amarrados á la *brocha*, como yo, experimentamos á lo menos cierto alivio por la libertad que nos dió a los miembros. Lo mismo fué con otros diez; se les quitó las trabas que cada uno tenía en los piés; pero sus ligaduras, en verdad, eran más cómodas y menos fatigosas que las nuestras.

Más de seiscientas personas notables de *Serena*, que participaron nuestra suerte, se nos habían ya adelantado; como la ciudadela estaba llena y no había colocación para nosotros, se nos puso en calabozos.

Entre mis compañeros de infortunio, la mayor parte eran frailes y el resto sacerdotes extranjeros en *Chile;* pero todos americanos y españoles; no ha-

bía más que un italiano y yo que fuéramos verdaderamente extraños á España.

Algunos de esos frailes había efectivamente tomado parte, como tienen costumbre, en los asuntos que ocasionaban la diversidad de opiniones. Sin duda, no habían reflexionado que habían perdido gran parte de su imperio y que la prudencia y la religión les imponían el deber de limitarse á predicar la moral, sin participar absolutamente de los acontecimientos temporales.

Por lo demás, por culpables que fuesen, como el resto de los hombres, estaban sujetos á debilidades y se debía tener la misma tolerancia por sus faltas. Por eso yo era tan sensible en *Valparaíso* á los ultrajes que el gobernador don *José Villegas* les hacía, como por los que yo mismo recibía.

Este hombre gustaba infinitamente de mortificar á los desgraciados; no podía ocultar la perversidad de su carácter, y la menor de las expresiones que de su boca salia, iba acompañada de palabras groseras y amenazantes gestos; los juramentos e imprecaciones formaban el fondo de toda su elocuencia.

Parecería, sin embargo, que la dignidad del puesto que ocupaba hubiera debido, aunque fuese solamente por amor propio, corregir un poco la brutalidad de sus acciones, pero solamente el orgullo le hacía obrar y no conocía otra razón que sus caprichos.

La mayor parte de los desgraciados sacerdotes que conmigo estaban encerrados, sufrían, de su parte, toda clase de vejaciones, sin consideración á su

carácter ni á la mortificante situación en que se hallaban; olvidando la dignidad de su rango y todos los deberes de humanidad, no había insulto que no dirigiera á los prisioneros, particularmente á los primeros.

De su propia voluntad los desterró á las islas de *Juan Fernández*, distantes 300 leguas, y los hizo tratar como hombres de galeras. En los adioses que les dirigió á su partida les dijo: *Allá, podréis decir hermosas misas, tendréis tiempo de predicar y se os escuchará.* Estas burlas bajas y otras por el estilo demostraban su insensibilidad y aumentaban el dolor de verse entre las manos de semejante hombre.

En cuanto á nosotros, recibíamos tratamientos tal vez más rigorosos; no podíamos verle jamás sin extremecernos, y nuestra deplorable situación nos parecía el colmo del infortunio. Todo lo temíamos de él, ya que no esperábamos de su parte más que males y toda clase de ultrajes.

Corría, sin embargo, el tiempo sin que mejorara nuestra situación; como todos mis compañeros, comenzaba á desesperar de obtener jamás mi libertad y temblaba al sólo pensamiento de ser conducido, como infinidad de otros, á las islas de *Juan Fernández*. Un religioso de la orden de San Agustín, tan respetable por su edad, como por su talento, que es taba conmigo, fortaleció mi valor con sus sabios consejos; los puse en ejecución y produjeron un efecto tan rápido como inesperado.

El padre Mendoza—que así se llamaba ese reli-

gioso—me sugirió la idea de escribir á M. Lavigne, francés establecido en *Santiago de Chile*, con quien había yo trabado relaciones muy íntimas. M. Lavigne era muy humanitario y apreciaba mucho á sus compatriotas; en esa capital gozaba de la estima y consideración general y de gran crédito de las personas mas notables.

Le rogué, pues, se compadeciera de un infortunio que no había merecido, y que se interesara por obtener mi libertad. Obtuve el testimonio del padre Mendoza que probaba mi inocencia y justificaba que el comercio había sido siempre mi sola ocupación y que extraño al país, lo era también á sus asuntos políticos. Concluía, por fin, rogándole tomara la defensa de mis desgracias cerca del señor *Osorio*, gobernador, en esa época, de la capital y de todo el reino.

Mi carta no fué infructuosa; M. Lavigne me contestó á vuelta de correo del modo más satisfactorio y honrado: primeramente me atestiguaba su pesar por mi infortunio, me ofrecía en seguida sus servicios tanto personales como pecuniarios y concluía diciéndome que estaba en libertad. Conservo aún y siempre conservaré esta preciosa carta.

Me sería imposible expresar aquí la alegría que sentí; el lector no tiene más que ponerse un momento en mi lugar para formarse idea. Fué ese día uno de los más hermosos de mi vida: iba a recobrar mi libertad; esa libertad tanto mas preciosa cuanto solamente la injusticia me la había quitado ya que hu-

biera sido imposible reprocharme con razón nada contrario á las costumbres y al gobierno.

La orden de dejarme salir de la prisión había llegado á *Valparaíso*; pero el señor Villegas no se preocupó de ejecutarla. No podía atribuir esta falta de obediencia á una orden superior, más que á su crueldad y al gusto de hacer mal, de lo que quería convencerme.

Un día que él mismo hacía hacer ejercicios a los reclutas, cerca de la prisión, me permití llamarle rogándole tuviera la amabilidad de escucharme.

El tono obsceno y grosero que empleó en su respuesta, no me sorprendió absolutamente, pero me dió temor de que en vez de ejecutar la orden de ponerme en libertad, tomara al contrario la resolución, como me amenazó, de embarcarme para la isla de *Juan Fernández*.

Ya había corrido un mes desde que M. Lavigne me escribió y no me quedaba otro recurso que prevenirle del resultado que el favor de sus afanes había obtenido para mí. Ese digno compatriota consultó entonces al asesor del general en jefe y me contestó que empleara todos los medios para evadirme de la prisión y fuera directamente á su casa, no importe lo que costara para obtener buen éxito.

Esta empresa era peligrosa; había muchos riesgos que correr, y mientras más meditaba más obstáculos encontraba que vencer; pués, si mi intención era conocida ó siquiera sospechada por el gobernador, era hombre perdido; no obstante resolví tentar-

lo todo y por medio de algunas monedas deslizadas en la mano de mi carcelero, mi evasión surgió completamente. Por el mismo medio obtuve un guía hasta Santiago por caminos de atravieso tan desiertos que estaría tentado á creer que hasta entonces persona alguna los hubiera frecuentado.

En seguida fuí á presentarme ante M. Lavigne, en casa del cual reposé cuatro ó cinco días, antes de hacer viaje alguno. Aunque tenía entera confianza en este digno hombre, temía aún por mi evasión; pero me serenó y encontró el medio de dejarme hablar con el señor *Osorio.*

¡Qué diferencia, gran Dios, entre las maneras de este comandante general con las del gobernador de *Valparaíso!* Desde luego me preguntó si me llamaba Mellet y á mi respuesta afirmativa, me habló en francés y me atestiguó lo compadecido que estaba de mi imprevista desgracia.

La bondad de ese gobernador general esparció en mi sangre, bálsamo consolador; abrumado de penas del espíritu y del cuerpo, tenía necesidad de ese consuelo. Me ofreció un pasaporte con todas las seguridades posibles, para volver a *Coquimbo* y una orden expresa para que me entregaran todos mis objetos confiscados y dejando a mi elección la fecha y día de mi partida.

La consoladora idea de recobrar el fruto de las fatigas que había soportado hasta entonces, me repuso enteramente de mis sufrimientos. Sin estar cegado por la ambición y la feliz perspectiva que se

presentaba delante de mí, gozaba de antemano con el placer de recobrar mis dieciocho cargas de mineral de plata, tres grandes maletas con mercaderías de Europa bastante considerables, como también mi guarda-ropa y otros efectos tomados en el momento de mi arresto. Pero, ¡ay! cuánto es de sentir un cambio de estado, cuando todo se trastorna, las personas y propiedades violadas y los habitantes mismos son víctimas inocentes de la crueldad y de la injusticia. ¡Cómo no será deplorable la suerte de un desgraciado extranjero, reducido á sí mismo, sin parientes ni amigos y para quien la voz de la justicia no se hace jamás oir. Entrego al lector estas reflexiones para continuar el asunto en que me ocupo.



CAPÍTULO XVIII

Vuelta á Coquimbo.—Pérdida de mi fortuna.—Partida para San Ambrosio de Vallenar y Chañaral.

Después de haber descansado algunos días en casa de M. Lavigne me dispuse á partir y con este motivo fuí donde el gobernador general, quien me dió todo lo que me había prometido. Le dí las gracias lo mejor que pude; dí en seguida mis adioses a mi digno y leal compatriota y me puse en camino para Coquimbo.

Realmente creía terminadas mis desgracias. En mi fuero interno pensaba en que una vez devuelto el producto de mi trabajo y de mi industria, podría vivir feliz, sin tener necesidad de residir más largo tiempo en un país, desgarrado por guerras civiles, por opiniones políticas que debían serme perfectamente extrañas; ya no estaba en mi patria; además no tenía otros beneficios que los que obtenía de mis relaciones de comercio; estaba completamente deci-

dido á deshacerme de mis mercaderías á cualquier precio, á fin de abandonar en seguida un país, donde el hombre tranquilo no podía vivir en seguridad en esos tiempos de discordias; llegué á *Serena* entregado á estas reflexiones.

A mi llegada me presenté en casa del subdelegado, con los papeles de que he hecho mención, y que estaban en completa regla. Este magistrado me acogió con mucha urbanidad, y me expresó el pesar que sentía de no poderme hacer justicia; la habría hecho, sin embargo, sin órdenes superiores, pues él gustaba proteger á la inocencia; en fin, con pena inexpresable me dió una noticia que recibí con tanta amargura como él parecía experimentar al anunciármela.

Aunque muy sensible á su honradez, deseaba ardientemente el fin de su descanso para conocer el nuevo disgusto que me anunciaba su preámbulo; tenía la aprehensión de alguna nueva desgracia, la que no tardó en realizarse.

El señor subdelegado continuó, pues, y me relató lo que había pasado. En un instante ví desaparecer todos los planes agradables que me había formado en el camino: me dijo que el depositario de mis cosas y las de otras muchas personas, que habían corrido la misma suerte que yo, había desertado y pasado al lado de los independientes, llevando consigo, todo lo que se le había confiado en depósito; que él estaba muy mortificado porque habiendo abusado de la confianza pública y de la administra-

ción, su deserción causaba grandes perjuicios á la una como á la otra; que conocía la justicia de mi causa y la infamia del robo que había yo sufrido; pero que no podía remediarlo; que, además, la infidelidad de ese hombre para con el rey merecía un castigo y se lo haría sufrir con satisfacción si la ocasión se presentaba.

De nuevo me ví sumido en las ideas más aflictivas por mi posición, que, la verdad sea dicha, no era de las más halagadoras; me felicité sin embargo de haber recobrado mi libertad y formulé el propósito de aprovecharme de ella para pasar yo mismo al lado de los independientes y buscar al ladrón de mis bienes, y emplear todos los medios para hacérmelos devolver; lleno de esta idea, no pensaba más que en ejecutarla sin considerar los grandes inconvenientes que se oponían á mi determinación.

El cordón de tropas realistas estaba formado en las *Cordilleras*, para cortar toda comunicación con los independientes; nadie podía pasar los límites sin hacerse culpable y sufrir la pena de muerte. Esta orden tan terrible que no habría podido afrontar sin riesgo de perder la vida, me hizo vacilar y reflexionar; concluí con que valía mucho más renunciar á lo que había perdido que exponer mi vida en tal imprudencia.

No me quedaba por toda fortuna más que cuentas por cobrar, las que desgraciadamente se hallaban en malas manos, circunstancia que agravó más mi suerte; no sabía como hacerlo para operar la vuelta de

esos fondos, no teniendo ningún título para reclamarlos donde la autoridad; desesperaba del buen éxito, sobre todo respecto de un europeo catalán, don *José Valdés*, que ya me había negado la deuda en el momento de embarcarme cuando fuí tomado prisionero.

Este hombre me debía 700 pesos (3.500 francos) valor de las mercaderías que le había suministrado, cuando fuí conducido prisionero á bordo de la fragata ya mencionada. Le escribí que me enviara la suma que me debía, ó, á lo menos, algo á cuenta, pues, tenía la mayor necesidad, dada la desagradable situación en que me hallaba: le hablé con toda la honradez posible y mi carta era tan suplicante, que se hubiera creído que yo le pedía prestado.

Me respondió que nada me debía y que no sabía cómo me había atrevido á escribirle pidiéndole una cosa de la que no tenía el menor conocimiento.

La circunstancia desgraciada en la cual me encontraba, me obligó á contentarme con su respuesta, y esperar momento más favorable para constreñirle, de grado ó por fuerza, á pagarme lo que debía.

Habiendo llegado ese momento, dí parte del asunto al señor subdelegado con todas sus circunstancias, rogándole me hiciera entregar la suma debida ó que me hiciera el favor de indicarme los medios más expeditos y más rápidos para obligar á mi deudor al pago de esta suma. Ese buen magistrado comprendió la justicia de mi demanda y me dijo que pasara al día siguiente á su casa á la misma hora,

observándome que evitara ser visto por mi deudor y que no lo confiara á nadie.

Su respuesta no podía ser mas satisfactoria; pero no disimulaba las dificultades que surgirían, si mi deudor se obstinaba en negar la deuda; no tenía ningun título que oponerle, y no sabía con seguridad, si el señor subdelegado, á pesar de su buena voluntad, podía ordenar el pago. No obstante, no dejé de ir á su casa al día siguiente á la hora indicada y su acogida franca y afectuosa me hizo esperar buen éxito.

Me hizo pasar á una pieza vecina á la suya, de donde, me dijo, no saliera hasta que él mismo me llamase.

Puntualmente ejecuté su órden, sin saber aun á que obedecía esta precaución; además, confieso que la larga serie de desgracias que había sufrido hasta ese día, me había hecho desconfiado, hasta el punto de que en ese momento mi espíritu estaba ocupado en una multitud de ideas, que no podía desembrollar. En esta ansiedad no estuve largo tiempo; habiendo llegado mi deudor, no me ocupé pronto más que en no perder una palabra de una conversación que tanto me interesaba.

Saludó al señor subdelegado, quien de la manera más insinuante le invitó á sentarse y después de los cumplidos del caso, le reprochó en términos muy amistosos que se alejara tanto de sus amigos, pués poco se le veía, lo que le había determinado á enviarle á buscar para tener el gusto de conversar con él.

El señor Valdés le agradeció su franqueza y la

charla continuó así durante algunos instantes en ese tono familiar.

Habiendo recaído en un intervalo la conversación sobre el comercio, el señor subdelegado le dijo: ¡Y bien, señor Valdés! cómo van sus negocios? Están en buen pié? El le contestó que marchaban bien. A propósito, repuso el majistrado, ¿cómo estáis con el francés? (así me llamaban en el país) ¿Estáis debiéndole ó al corriente? Cuando oyó esta pregunta quedó como petrificado sin saber que responder: la confusión se pintó en su rostro de manera tan notoria que se acusaba á sí mismo su crimen en presencia de quien podía castigarle si otra vez hubiese tenido la osadía de negar aún.

Notó que el subdelegado no le había hecho la pregunta sin motivo y, sin responderle afirmativamente, se contentó con decir que pronto concluiría por ponerse al corriente; agregó que si él había retardado su liberación hasta este día, era porque yo estaba prisionero en las islas de *Juan Fernández* con otros insurgentes; pero trataria de escribirme á fin de cancelar, aunque esto le parecía inútil. ¡Inútil! replicó el majistrado,¿ y qué dificultad habría para mandarle su dinero? No veo ninguna. Vamos, vamos, señor Valdés, ya que reconocéis deber á ese desgraciado que todo lo ha perdido, tratad de pagarle, pués no podreis negaros á ello sin que vuestra conciencia no esté sin cesar desgarrada de remordimientos.

Señor, contestó, sé que le soy deudor y jamás he

tenido en la mente la idea de recurrir á negar (1); la desgracia acontecida á mi acreedor ha podido solamente ser causa de su retardo, pero si algun día vuelve yo le cancelaré con agrado. Verdaderamente, respondió el señor subdelegado, ¿querríais arreglarle si estuviese aquí? De buen grado señor, y tan pronto lo vea será pagado.

A estas últimas palabras el magistrado se puso de pié y vino á golpear la puerta de mi pieza diciéndome: salid, señor Mellet, el señor Valdés quiere pagaros.

Dejo á la sabia penetración del lector el cuidado de explicar la sorpresa de mi deudor á mi llegada inesperada.

Solamente observaré, que una violenta alteración descompuso sus rasgos; sus ojos fulguraban, y su terrible expresión dejaba ver por completo la turbación de su alma y la rabia que lo devoraba al verse burlado de esta manera.

Todas las consideraciones que le hacía el magistrado acerca de su conducta para conmigo, eran para él golpes mortales y sus justos reproches por la respuesta tan intolerable cuando tenía cadena en los piés, acabaron por confundirle. Ni la moderación de las palabras que pronuncié en presencia de una autoridad, ni otro motivo cualquiera, creo que lo hubieran podido calmar. Su hipocresía y mala fé iban

---

(1) Sin duda había olvidado la carta que me dirigió á bordo de la fragata *Aurora*.

á propagarse sin que él pudiera precaverse. Estaba constreñido á desembolsar sin lo cual sería el juguete y desprecio de todo el mundo.

A pesar de las justas razones que tenía para detestarle, no podía sino compadecer su triste situación y veía sobre mi frente las dificultades que experimentaba para conciliar tantas cosas.

El señor subdelegado que examinaba más atentamente que yo todos sus movimientos y variaciones, durante nuestra conversación, dejó el tono familiar con que le había recibido y tomó el de un magistrado, justo, rígido é imponente; le ordenó que pusiera en mis manos, en el espacio de una hora á lo sumo, la cantidad de 700 pesos, que había confirmado adeudarme, amenazándole, en caso de negativa, con emplear contra él las más rigorosas medidas, no dejándole aún ignorar que él merecía ser castigado en el acto por sus indignos procedimientos para conmigo.

Esta orden, acompañada de un tono grave que hacía respetar y temer á un administrador, concluyó por aterrorizar á mi deudor y por convencerle de cuán funesta es al hombre la falsedad una vez que ha sido descubierta.

Estando, pues, completamente confundido y consternado al último extremo, se retiró con la promesa de arreglarse conmigo tal como el señor subdelegado se lo había prescrito.

Quedé algunos momentos con mi protector y juez mediador, para darle las gracias por el servicio in-

apreciable que acababa de hacerme; me respondió que él no había hecho más que cumplir con su deber; que para él era un placer, ejercer justicia en favor de un infortunado y que en todas las circunstancias, para un caso semejante obraría de igual modo; además que él estaría siempre dispuesto á servirme.

Me fuí á mi alojamiento; al cabo de un cuarto de hora, á lo sumo, llegaron dos negros de parte del señor Valdés á contarme la cantidad de 3,500 francos de la que dí recibo cancelado.

Como este asunto se divulgó, muchos de mis deudores, que como el señor Valdés, hasta entónces no se apresuraban por pagarme, no esperaron la menor notificación de mi parte; se presentaron ellos mismos entregándome algunas sumas, que creía enteramente perdidas.

Aunque me haya apartado largamente, del fin principal de mi obra, me atrevo á creer indulgente al lector para que qúiera reprocharme.

He pensado que después de haber hablado de la catástrofe que todo me había quitado, debía ponerle al corriente de los módicos recursos que me quedaban para rehacer mi fortuna.

Cuando creí llegar al término de mis afanes, por el bienestar que me había formado y que era el fruto de la vida fatigosa y peligrosa que hasta entonces había llevado, me ví obligado á emprender otra nueva carrera con los 3,500 francos de Valdés y el reembolso de algunas otras pequeñas deudas, cuyo conjunto formaban un capital de 10 á 12,000 fran-

cos, lo que era muy poca cosa comparativamente a lo que había perdido; pero ¡qué hacer contra la voluntad celeste ya que creyó deberme herir de una manera sensible! Dios, dueño de los destinos de los hombres los hace obrar y mover á voluntad y á menudo cuando alcanzan el seno de la opulencia, los hace caer en la mas horrible miseria, por medios que son de él sólo.

Agitado por estas reflexiones inspiradas sin duda por la divina providencia, me abstuve de toda murmuración y levantando los ojos al cielo, le conjuré viniera en mi ayuda á fin de reparar mis pérdidas en nuevas empresas.

Pero antes de volver á emprender mi comercio, los sentimientos de reconocimientos, que jamás fueron extraños á mi corazón, me imponían el deber sagrado de ir á dar mis adioses al señor subdelegado. Fuí, pues, á su casa y aproveché esa ocasión para rogarle tuviera la bondad de darme una carta de recomendación para su colega de *San Ambrosio de Vallenar*, á donde me proponía ir á fin de que como él, también se interesara en hacerme reembolsar algunas sumas que me debían en su jurisdicción. Partí para este lugar después de haber obtenido lo que pedía.

Antes de llegar á *San Ambrosio* se encuentran dos pequeños villorios, el primero compuesto únicamente de indios sometidos que viven del comercio de conchas, las que secas las envían á otros países, donde son muy estimadas.

Situados cerca del mar poseen toda especie de pescados en abundancia y ballenas las cuales, los ingleses vienen á pescar para extraerles el aceite; es común en toda la costa de *Coquimbo*.

Casi en la mitad del camino de *Coquimbo* á San Ambrosio, hay otra población en un paraje llamado *Chañaral*.

Es más numerosa y más agradable que la primera; igualmente situada cerca del mar y entre dos colinas donde hay yerba en abundancia, entre la cual se encuentra la *cachanlagua* y otras plantas útiles en farmacia; las viñas, olivos y otras frutas son abundantes; hay también mucho ganado de las excelentes pastadas y gran comercio muy extendido de queso, mantequilla y toda clase de compuestos de leche de gusto delicioso; las carnes son muy buenas y baratas; en fin los, setecientos habitantes de esta población, todo lo necesario y agradable lo tienen en abundancia.

A media legua de este lugar hay una fuente más ó menos semejante á la del *Puente del Inca*; pero el agua es muy sucia y de mal gusto; no sirve sino de purgante.

Hay dos iglesias asistidas por un cura que gana muy buenos sueldos y goza de gran veneración en el lugar. Es todo lo que hay de notar ántes de llegar á *San Ambrosio de Vallenar*.



CAPÍTULO XIX

San Ambrosio de Vallenar.— Manera de extraer y de preparar el oro y la plata.—Santa Rosa.— El gran mineral de Agua Amarga.

A mi llegada á *San Ambrosio de Vallenar*, mi primer cuidado fué presentarme en casa del señor subdelegado y de entregarle la carta de su colega de *Coquimbo*. A ejemplo de este último, se dió muchas trazas á fin de que se me entregara lo adeudado, que recibí en poco tiempo.

Como estas regiones producen muchos metales, que ofrecen un lucrativo comercio, me determiné á emplear mis capitales en este artículo. Situada al pié de montañas muy elevadas, esta ciudad ofrece vista muy agradable; el llano muy bien situado está bañado por un río que nace en la cordillera y se precipita al mar; abunda en trigo, en viñas soberbias y en frutas de Europa; especialmente

los higos son de gusto exquisito y de porte extraordinario.

San Ambrosio, á 14 leguas E. del mar y á 50 N. de Coquimbo, es la capital de la provincia del *Huasco*. Sus alrededores están repletos de metales de todas clases, muy buscados y que forman su principal comercio; el oro, el mercurio y el cobre se encuentran en abundancia; este último metal es conducido especialmente para los ingleses; compran en lingotes y sacan grandes utilidades, por el oro que encuentran en ellos, que no saben extraer en el país. El quintal les cuesta de cuarenta á cuarenta y cinco francos y las partes de oro que extraen por medio de la fundición, dan tres ó cuatro onzas por quintal.

Admitiendo que el cobre entregado á Inglaterra les dé el doble de su compra, lo que hace ochenta francos ó sea una onza de oro, les quedan aún cuatro onzas de beneficio; especulación tanto más ventajosa cuanto sacan además 400 por ciento de la venta del cobre.

Sin duda alguna, un químico haría rápida fortuna en estas regiones, lo mismo que en *Coquimbo*. Además de las operaciones que podría hacer con los demás metales, bastarían solamente los de cobre para enriquecerlos, como hacen hoy día los ingleses, los cuales aprovechan la ignorancia de los habitantes de los más sencillos procedimientos químicos.

Se llama oro en bruto el mineral que sale de los precipicios de las minas y que todavía no ha sufrido

ningún trabajo; á menudo se encuentran entre esos minerales piedras muy preciosas.

Cuando la piedra de mina ha sido reducida á polvo por máquinas semejantes á molinos de agua, se amontona la pasta de oro mezclada con el mercurio que se encuentra en el lugar más oculto de la máquina; se le lava bien para sacar la tierra, y cuando no queda más que oro y mercurio, se coloca en un saquete de tela fina, pero bastante resistente; se exprime el mercurio lo más posible, y en seguida se coloca en un fierro cuadrado que los mineros llaman *dado*, que está en extremo caliente, y se tapa con un tiesto de barro, llamado *capirucha,* parecido á un pequeño jarrón de flores La parte del mercurio que aún no se ha separado, se desprende, y el oro que queda se llama oro *en piña.* El oro de lavadero, el que se encuentra cerca de los riachuelos, no tiene necesidad de tantos trabajos; no hay más que amontonar las tierras ó arenas entre las cuales se encuentra y lavarlas en pequeñas artesas de madera; el oro queda puro en el fondo y á menudo se encuentran trozos que pesan dos ó tres onzas y aun más. Este último es mejor para las joyerías; se le da el nombre de oro virgen á causa de su ductilidad y de su calidad.

El mineral de plata se prepara de modo bien diferente.

Se saca de la mina, la cual á menudo tiene medio cuarto de legua de profundidad, de tal suerte que no se puede entrar á ella sino con luz, por los precipi-

cios que se encuentran; se machaca el mineral con mazos de fierro y se colocan en sacos de cuero todos los restos, los cuales se transportan, á lomo de mula, á los lugares donde se encuentran las máquinas, á fin de reducirlos á polvo.

Este polvo mezclado con un poco de sal se extiende en cueros en albercas preparadas al efecto y despues de quedar dos ó tres días en este estado, se le agrega un poco de agua y cierta cantidad de mercurio, teniendo el cuidado de mover el todo, tres ó cuatro horas, mañana y tarde. Cuando el obrero, encargado de esta operación encuentra el mineral bastante preparado, lo que él conoce por ciertos indicios y por medio de un platillo, hecho expresamente, en el cual vierte agua, para ver si debe agregar mercurio ú otros ingredientes, coloca la mezcla en pequeñas palanganas en las cuales cae el agua perpendicularmente, teniendo el cuidado de removerlo sin cesar para extraer la tierra y purificar la plata. Al sacar el metal de las palanganas se le coloca en sacos semejantes á los que usamos, con la excepción de que son más pequeños y que la tela es más resistente; se cuelgan esos sacos por medio de tres ganchos á fin de hacer salir el mercurio, el que cae en una cubeta y se conserva para que sirva de nuevo; en seguida se extrae lo que ha quedado en los sacos y se le coloca en una especie de caja, que tiene la forma de un pan de azúcar y se aprensa con un trozo de madera semejante á un almirez, y fijándose en dejar varios agujeros en el fondo de la caja para facilitar

la salida del mercurio que aún se encuentra mezclado. En seguida se saca lo contenido en la caja, aún siempre mezclado con un poco de mercurio, y se coloca en moldes que no sirven más que para este uso. Estos moldes de diferentes portes y tamaños, según la cantidad de metal que pueden recibir, están siempre acribillados de agujeritos para dejar filtrar el mercurio. Despues de dejar esos moldes durante siete ú ocho horas en un horno de los más ardientes, se coloca sobre barras de fierro encima de una palangana pequeña, que debe recibir el último mercurio que se separa. El metal reducido á lingotes y pronto para ser transportado, se lleva á la casa de moneda ó á la orfebrería.

En los diferentes lugares que he recorrido, se encuentra gran cantidad de diferentes minerales de plata; pero más precioso es el mineral virgen. Hay otro semejante parecido á concha petrificada, color de ceniza y de tabaco. Este metal de estar un cuarto de hora al fuego, se pone blanco como la plata pura; aunque en él se encuentre aún una mezcla de tierra y de otras materias, las que se extraen por el procedimiento que ya he indicado; pero con mayor facilidad que el otro mineral.

Tales son las diferentes preparaciones que he visto aplicar á los metales, no solamente en *San Ambrosio de Vallenar*, sino en casi todo el *Perú* y *Chile*. He creído deber hacer esta descripción al lector. Volveré ahora á los llanos de *Huasco*.

El río que atraviesa esas regiones es bastante con-

siderable, produce una gran *ecrévisse*, llamada *camarón*; es de un gusto exquisito y muy alimenticia; los habitantes hacen con él una sopa deliciosa.

Las aldeas edificadas en esos llanos son bastante grandes. *San Ambrosio*, de que acabo de hablar, fué fundado por un irlandés que le dió su nombre; otra, llamada *Santa Rosa*, situada á tres leguas del mar, está gobernada por un lugar-teniente de policía, bajo las órdenes del subdelegado de *San Ambrosio*.

En *Santa Rosa*, es donde las embarcaciones de Lima é Inglaterra vienen á embarcar el cobre en lingotes. Esta aldea está habitada por indios tributarios.

El lugar es tan rico como hermoso y aunque la temperatura es la misma que la de los lugares vecinos, cae mañana y tarde un rocío no de los más sanos y bastante incómodo, sobre todo en invierno; pero lo que contribuye á que los habitantes estén á menudo peligrosamente enfermos, es la intemperancia á que se entregan.

Los servicios de mesa, como cubiertos, platos, fuentes, cafeteras, jarros, de las personas acomodadas, son de plata; las hebillas de los zapatos, las ligas y otras cosas son de oro.

A ocho leguas de *San Ambrosio*, está el gran mineral de *Agua Amarga*.

Este mineral está situado en un cerro muy escarpado y rodeado de cabañas habitadas, más ó menos,

por tres mil mineros, cabañas que de lejos se asemejan á pequeñas ciudades.

La riqueza y hermosura de su metal, merecen ser citadas. De esas minas se sacan trozos de plata, que se creerían trabajadas por algún escultor; las estampas que en ellas se notan tienen la figura de ciertos animales vivos, y se les aprecia y busca mucho. Las que se han enviado á Europa para los gabinetes de historia natural se venden á precios muy subidos.

En un viaje que hice á ese mineral, tuve la felicidad de encontrar, entre otros trozos, uno de forma enteramente singular; pesaba cuatro libras y cinco onzas; en él se veía naturalmente grabados un *carnero*, un *puerco* y un *guanaco*. El arte no habría imitado mejor los rasgos. El obrero que me lo vendió, seguramente, no sabía apreciar su valor, ya que me lo dió por siete pesos. Envié esta curiosidad á M. *Lavigne*, el mismo francés establecido en *Santiago*, á quien debía tantas atenciones. No contento con darme las gracias, hizo que me pagaran en Coquimbo, por el señor *Osorio*, administrador de Correos, la suma de 500 pesos (2.500 francos) valor equivalente de mi regalo.

Ese rico mineral solamente fué descubierto en 1810, por un esclavo mulato, llamado *José María Ríos*; él y su mujer eran esclavos de M. *Carahu*, francés establecido en *Coquimbo*, y por este feliz descubrimiento encontró los medios de recobrar su libertad; hoy día es extremadamente rico. Personal-

mente he conocido á M. *Carahu*, el hombre de quien hablo.

Una clase de comercio, que en apariencia es poca cosa, da sin embargo grandes utilidades en este lugar.

Los mineros que en él se ocupan, trabajan toda la semana por cuenta de su patrón; tienen de descanso los domingos, los días de fiesta y un día á la semana; durante el trabajo reciben la ración, compuesta de un mal pan negro, una porción de frejoles, carne salada á discreción, agua y *frangollo*, especie de harina de trigo tostado, con la cual hacen una especie de papilla; no tienen vino.

Aquí se traen bebidas, víveres comunes, tabaco de fumar, papel, hilo de coser, algunos pañuelos y otros artículos por el estilo y cuya venta es muy grande; estos se venden en cambio de metales que dejan mucha utilidad, ya que las mercaderías que se traen se venden á un precio enorme y los que se obtienen en cambio, son á precios muy moderados; los negociantes, á este respecto, obtienen una utilidad del 400 por 100.

Sin embargo, observaré que es expuesto hacer este comercio, especialmente el de bebidas; pues una vez que estos hombres se embriagan no respetan á nadie, pelean entre ellos sin ninguna clase de miramientos y usan puñales ó grandes bolsas hechas como sacos largos y estrechos donde meten piedras en los momentos de la pelea y que hacen girar al rede-

dor de ellos con terrible violencia, ya sea para defenderse ó para atacar.

Es muy raro que pase una semana sin que el domingo á lo menos, no haya uno de esos obreros muerto, y el teniente de policía que se traslada ahí á apaciguarlos, á menudo está expuesto él mismo á malos tratos. Por este motivo el cambio de vino ó de aguardiente por metales sólo se puede hacer clandestinamente.

Aunque este lugar está habitado únicamente por mineros, su gran número háce muy considerable la población; sus tiendas cubren un terreno de más de tres leguas de circunferencia y muchos de ellos tienen sus mujeres y sus niños.

Hay dos tenientes de policía para el mantenimiento del orden, son nombrados por el subdelegado de *San Ambrosio*, que á menudo va en persona á inspeccionar; también hay una iglesia para celebrar las fiestas, y el cura que vá únicamente esos dias es pagado con metales, lo que no le desagrada.

Es costumbre que todos los meses, un obrero de cada mina le lleve un *capacho* (especie de gran canasto hecho de cuero) lleno de mineral de plata más ó menos de un quintal de peso y como los minerales son como 500, el cura recibe cada mes 500 quintales de metal; suponiendo, ahora, que el valor de este metal, á precio medio, en razón de las diferentes cantidades, sea de 40 francos quintal, resulta necesariamente que los emolumentos suben á 20,000 francos al mes y á 240,000 francos al año. Si se cal-

cula el mayor valor que él le da al metal, sea por los beneficios, sea por el cambio que hace, se verá que talvez sus entradas están por encima del cálculo que hemos hecho.

Dejé este lugar donde los temblores son frecuentes y espantosos y me fuí á *Copiapó* y á *Paposo*, ántes de volver á *Coquimbo*.



CAPÍTULO XX

Copiapó.—Paposo.

Copiapó, linda y pequeña ciudad, a 220 leguas noreste de Santiago y cerca de 110 al norte de *Coquimbo*, es renombrada por sus minerales de oro de primera calidad.

En tiempos de Carlos III, esta ciudad enriquecía con sus opulentas y raras producciones, el gabinete de historia natural de Madrid.

Es muy comercial á este respecto y abunda en toda clase de víveres. Sus alrededores están cubiertos de viñedos y árboles frutales de Europa entre los cuales se distinguen especialmente los membrillos y los higos á causa del porte extraordinario de sus frutos; hay gran comercio de vinos que dan inmensas entradas á la ciudad.

Los habitantes de ámbos sexos son muy afables y hospitalarios; en general tienen mucha inclinación por el baile y la música vocal é instrumental, que

ejecutan con mucho gusto; las mujeres son laboriosas é inteligentes: fabrican encajes de hilo, de muy bien hecho trabajo y cuyo consumo es muy grande en los vecinos lo que contribuye á la prosperidad de la ciudad; pero es de sentir que ellas tengan desde temprano la horrible costumbre de beber y de fumar y que se entreguen al amor que las enerva.

Las de rango distinguido, que no tienen estos defectos, son mucho más hermosas y robustas, su cutis es delicado y fino; sus ojos llenos de expresión y sensibilidad; sus movimientos con mucho vigor y soltura; tienen un modo de andar muy agradable, maneras nobles y generosas, y de caracter franco que aleja toda sospecha de perfidia. Se visten muy elegantemente y llevan muchas alhajas de oro, que unidas á sus adornos realzan aún más su natural belleza.

La ciudad está atravesada por un río que tiene el nombre de *Copiapó*; nace en la cordillera y se precipita al océano.

En los alrededores de la ciudad, se encuentra un árbol llamado *floripondio*, de madera más blanda que la del sauce y las hojas semejantes á las de la higuera. La agua en que se hace hervir la hoja, produce un efecto tan rápido como medicina, si se la toma en ayunas, con un poco de mezcla de caña de azúcar; la flor es semejante á la del lirio, tiene el mismo olor, pero mucha más fragancia. Si se la coge en la mañana muy temprano y se aplica en alguna parte hinchada del cuerpo, en pocos instantes se

nota la rapidez de sus efectos. Los habitantes la hacen hervir y obtienen una especie de agua de olor muy agradable y los que gozan de comodidades, cultivan tres ó cuatro de esas plantas en sus jardines.

La población de *Copiapó* comprendiendo la de su juridicción, es de 6,000 habitantes.

Observaré que para ir de *San Ambrosio de Vallenar* á *Copiapó*, distante 70 leguas, es preciso atravesar un desierto de 48 leguas, que por su esterilidad obliga, á todo viajero sin excepción, á comprar las provisiones necesarias para ese trayecto ya que en él no se encuentra más que agua para la bebida de los animales.

De *Copiapó* á *Paposo*, hay otro trayecto tan penoso y tan temido como el primero.

Paposo, aldea habitada por indios tributarios está gobernada por un subdelegado y un cacique (1)

La importancia de esta aldea no es de lo más notable. La pesca del congrio que hacen continuamente los habitantes, forma su mayor entrada.

No es menos cierto que estos lugares abundan en pescado y de las mejores especies; hacen gran comercio en *Santiago* y *Lima*, capital del Perú, donde son muy estimados y se venden á precios muy subidos.

Igualmente en las orillas del mar vecino, se cazan lobos marinos que hay en gran número.

---

(1) Autoridad considerada entre ellos como la de un capitán y que sirve de intérprete al subdelegado a quien esta sometido.

Esta caza se hace por muchos hombres armados de gruesos garrotes con los cuales aturden desde luego á los lobos marinos; se les mata en seguida dándoles grandes golpes en los hocicos.

Apesar de estas precauciones, esos animales saben defenderse muy bien y á menudo los cazadores se ven mordidos antes de atraparlos.

Cuando están muertos les cortan los dos jamones que hacen salar y secar para comerlos después y se sirven de su cuero con ó sin pelos para vestirse.

Igualmente hay en las vecindades una especie de ciervo que se llama *caribón* del que no haré la descripción porque es bastante conocido; corre bastante extraordinariamente, sus cuernos más chicos que los del ciervo común son buenos para hacer lindos trabajos y haciéndolos hervir en la cal se ponen tan blancos como el marfil

La uña asada de este animal aplicada sobre quemaduras las seca en el acto; el *caribón* habita siempre los países fríos.

La población de *Paposo* es más ó menos de 400 habitantes. Este país, estéril en toda clase de productos, los obtiene en *Copiapó*. Los habitantes viven de modo muy frugal; se alimentan con maíz, pescado, que preparan de todos modos y patatas que tienen á discreción.

Hice gran provisión de congrios y volví á Coquimbo, donde invertí una parte de mis fondos en compras de cobre en lingotes y pocos días después, me embarqué para el *Callao* distante por mar 550 leguas de *Coquimbo*.



CAPITULO XXI

Callao.—Este puerto es atacado por los independientes

Callao es una pequeña ciudad á dos leguas al sur de Lima; tiene tres fuertes que la defienden y la hacen casi inexpugnable.

Tiene un puerto cuya rada pasa por ser la más segura de todo el Océano y aunque fué casi en su totalidad destruída, el 29 de Octubre de 1746 por un temblor es ahora muy hermosa, pues la capital, para su seguridad la hizo restablecer.

Su suelo es estéril y tiene necesidad de los productos de *Lima* para aprovisionar los mercados; pero, por otra parte, el comercio le paga con usura esa molestia.

Primero y principal puerto del Perú, esta ciudad es también el depósito de todas las mercaderías de las Filipinas y de Europa. El comercio le da un movimiento considerable y la enriquece prodigiosa-

mente. Tiene más ó menos 4.000 habitantes, todos de caracter altivo; las mujeres son perezosas, poco contenidas y se entregan facilmente á excesos.

La temperatura es malsana, especialmente para los extranjeros, á menos de estar aclimatado; se sufren alteraciones á menudo peligrosas para la salud.

En 1815 don *Martín Brown*, irlandés y capitán de fragata, pero nombrado almirante en jefe por la junta independiente de Buenos Aires, se presentó delante de esta ciudad con cuatro buques de guerra; comenzó por bombardearla, sin duda con la esperanza de rendirla ó tal vez para ocultar otra empresa; ella sostuvo con firmeza el bombardeo durante tres días, al fin de los cuales el virrey señor *Abascal* envió de *Lima* un refuerzo de 2.000 hombres para defenderla y libertarla.

Esta nueva fuerza obligó al almirante independiente á renunciar á un proyecto que su sólo atrevimiento podía emprender; no obstante no lo hizo sino después inutilizando algunos buques que estaban en la bahía y causando otros perjuicios á la ciudad.

El virrey dió orden de armar en el acto seis bajeles para hacer frente á los asaltantes y esta disposición ejecutada con energía hizo sentir á estos últimos que no obtendrían la mejor parte en caso de venir á las manos; no sintiéndose, pues, con fuerza para sostener su empresa, no vacilaron en abandonar la partida y se alejaron en seguida del peligro que los amenazaba.

Se dirijieron entonces á *Guayaquil* con el propó-

sito de apoderarse de esa ciudad y encontraron en el camino una fragata ricamente cargada, que venía de Cádiz, trayendo á su bordo al señor *Mendiburu*, que iba á tomar el gobierno de la provincia de *Guayaquil*, y tres *oidores* (1), enviados por el rey á Santiago de Chile; esta fragata fué, por decirlo así, tan pronto apresada como vista y los personajes que iban á bordo fueron considerados como prisioneros de guerra y tratados con muchos miramientos.

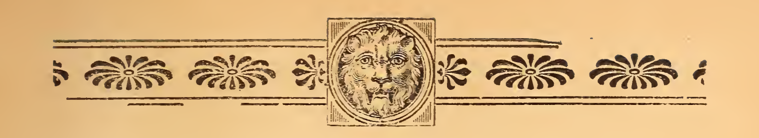
En fin, se presentaron frente á *Guayaquil* con la confianza de apoderarse de él, lo que en efecto podían haber efectuado, si hubiesen puesto mayor actividad. No hubo más que dos buques que penetraron en el río, después de la toma del fuerte *Punta de Piedra*, que los soldados que los guarnecían abandonaron á la aproximación del enemigo, yéndose á refugiar á la capital al primer tiro de cañón. Los dos buques avanzaron siempre y llegaron sin ningún obstáculo cerca de *Guayaquil*. No tardaron en arrepentirse de su imprudencia en esta circunstancia: el pueblo levantado en masa cayó sobre ellos y toda resistencia de su parte fué inútil. Ese almirante que por el atrevimiento de aproximarse había al principio espantado á los habitantes, fué pronto obligado á tirarse al agua y salvarse á nado; pero no tardó en ser cogido y fué preciso de toda la firmeza del gobernador y del ascendiente del cura de *Cortorax*,

---

(1) Jueces de alto rango, que después pasan al Consejo de Estado.

para libertarlo de las manos de los negros y mulatos encarnizados con él y que se obstinaban en arrancarle la vida. El jefe de la escuadra tenía un hermano que había quedado á bordo de uno de los dos buques fondeados cerca del fuerte de *Punta de Piedra*; éste, conociendo su posición, envió á la ciudad un parlamentario con notificación de no hacer ningún mal al prisionero so pena de vengarlo con la muerte de los de importancia que había á bordo. El mensaje calmó al pueblo y se trató del canje. El almirante de un lado y sus prisioneros de guerra del ótro, fueron puestos en libertad recíprocamente, aunque todos con pérdidas; el primero, de un buque, y los otros de todo lo que tenían cuando fueron apresados.

Al cabo de algunos días partí para *Lima*, donde una estadía prolongada me puso en condiciones de hacer algunas observaciones.



CAPÍTULO XXII

Lima.—Buena Vista.—Lurín.

Lima, grande, magnífica y célebre ciudad de la América Meridional y capital del Perú era la morada del virrey antes de la independencia. Está amurallada; posee un arzobispado cuyo palacio es soberbio, una metrópoli, grande universidad, casa de moneda, ochenta iglesias, comprendiendo la metropolitana y los monasterios de ambos sexos; un teatro bastante bonito, cinco hospitales y una lotería real cuya tirada se verifica tres veces al mes. En mi tiempo había también una grande audiencia y una grande inquisición.

Los edificios de que acabo de hablar son muy hermosos y la suntuosidad de las iglesias, notable sobre todo; pero lo que excita aún más admiración son dos capillas del convento de los *Domínicos*, la de *Nuestra Señora del Rosario* y la de *Santa Rosa* patrona de *Lima*, cuyos altares son inmensamente ricos en

oro y plata; se cuentan más de treinta y seis lámparas de este último metal, algunas de las cuales pesan hasta cuatro quintales. La metropolitana es igualmente muy rica y dudo que se encuentre semejante en parte alguna.

Este templo está edificado en una soberbia plaza rodeada de canalones y en medio de la cual hay una muy hermosa fuente de bronce, la que formando una pirámide, arroja agua por treinta y seis tubos colocados de grados en grados en tres filas las unas sobre las otras. La primera fila, es decir la de abajo, se compone de dieziocho delfines, la del medio de doce leones, y en fin la de arriba de seis grandes pájaros parecidos al águila. Todos estos animales son de bronce y el agua sale de cada uno de ellos en forma de chorro.

La fuente que recibe esos chorros es igualmente de bronce y rodeada de gruesas cadenas de fierro que impiden se aproximen El delicado trabajo de esta pieza la hace apreciar grandemente y digna de ser conservada con cuidado; por eso es custodiada día y noche por centinelas.

Observaré además, que en *Lima* hay un establecimiento para las personas de color blanco que se encuentran sin recursos y sin empleos, donde pueden comer durante ocho días, pasados los cuales no son admitidos, á menos de tener protección particular. Este establecimiento lleva el nombre de *Convento de San Francisco y de la Recoleta*. He aquí como se es recibido: el padre guardián coloca en dos filas á

los que por necesidad vienen á este asilo, y les pregunta si son buenos cristianos. A la afirmativa, sin la cual no serían admitidos, se les da á cada uno una tarjeta para ocho días de recepción; en seguida se les hace entrar en un gran salón, donde hay grandes mesas cubiertas de largos manteles, sobre los cuales hay un servicio compuesto de dos platos, una cuchara y más ó menos media libra de pan; por fin, se les hace sentar á la mesa. Inmediatamente vienen cuatro frailes que les sirven á cada uno, un pedazo de cocido, muchas legumbres, un poco de carne asada, algunas veces ensalada y de postre un poco de miel, y un gran vaso de agua para refrescarse, con invitación durante la comida de escuchar atentamente la lectura que hace uno de los frailes, de la pasión y muerte de N. S. J. C.

Las casas son edificadas de barro, madera y una especie de caña muy dura; la mayor parte son blanqueadas y tienen balcones con vidrios, asemejándose á pieza de estudio.

Además el cuidado que tienen para hacer agradable el exterior de los edificios; nada descuidan para embellecer el interior; nada hay comparable á las riquezas, al gusto y á la limpieza que reinan en los departamentos; todo allí respira abundancia, todo es rico y por fin todo forma un conjunto que tiene algo de grandioso, merecedor de particular elogio.

Las calles son hermosas y bien conservadas; se riegan con pequeñas acequias que corren á cada lado y á lo largo de las casas, lo que da frescura en el

verano y conserva en todo tiempo la limpieza. La mayor parte de las calles tienen también veredas de piedra para el tránsito de la gente de á pié.

En la plaza principal hay casuchas hechas de cuero, donde en la noche se vende toda clase de comida y bebida etc; los que tienen las casuchas pagan un derecho bastante considerable á la ciudad.

La ciudad está atravesada por un río de agua excelente y que va á perderse en el puerto del *Callao*; se le pasa por un puente que facilita la comunicación de los dos barrios.

Al salir de la ciudad hay tres paseos notables por las hileras de limoneros y naranjos que esparcen un aroma suave especialmente al despertar la aurora. Chorros de agua que se elevan del medio de las fuentes de marmol, refrescan la atmósfera y aumentan la pompa y belleza de esos lugares.

Cerca de este nuevo paseo, hay también una hermosa plaza rodeada de palcos, destinados á las corridas de toros, las que se verifican todos los lunes.

Esta ciudad está situada en un llano risueño y fértil; sus alrededores estan llenos de verjeles; se encuentran en abundancia y de excelente calidad todas las frutas de Europa y América. En general, no carece de nada; sin embargo, aunque sus mercados están bien provistos, la vida es cara, á causa de la abundancia del numerario.

Tiene comercio general con todas las naciones de Europa, Asia y América, las embarcaciones de las cuales llegan al *Callao*, cargadas de mercaderías que

cambian con los productos del país, oro y plata en bruto, en polvo ó en lingotes. Esta ciudad es, por fin, una de las que sostienen su opulencia con su comercio; y ciertamente podría no tenerlo, pues, el precioso suelo en la cual está edificada no deja nada que desear á sus habitantes.

Estaría inclinado á creer que esta opulencia contribuye mucho más que el clima á la altivez é insoportable orgullo de sus habitantes. Dudo que en país alguno estos dos vicios tengan tanto imperio sobre todas las clases sociales. Esta vanidad, especialmente, se hace notar en las mujeres; las ciega y á menudo las impulsa á hacer cosas verdaderamente deshonrosas, haciéndoles olvidar sus principales deberes.

La modestia de su tocado parecería deber inspirarles sentimientos bien diferentes.

La *saya* y el *manto*, así nombrados en el país, y cuyo conjunto parece formar un hábito de religiosa, ocultan todos sus defectos é impiden distinguir ninguna de sus facciones; el *manto* oculta toda la figura y no deja ver más que los ojos; á menudo los maridos no reconocen á sus mujeres más que en el modo de andar, aún cuando muchas veces lo disfrazan.

Pero en la tarde al cerrar la noche ¡qué diferencia! Ya no son semi-religiosas las que se ven entonces; sino damas en todo el brillo de la elegancia; los *mantos* han cedido su puesto á los hermosos sombreros y los soberbios trajes ocupan el de las *sayas*.

La elegancia y riqueza de su vestimenta contras-

tan con el aire afable que afectan y que les viene á maravilla; no se les podría pedir que mejor se engalanaran; también se dejan ver en los paseos, particularmente en la plaza principal, en donde tienen costumbre de tomar refrescos.

Entre ellas, hay algunas que buscan una persona bastante galante que se los pague; y si por casualidad es extranjero el que se lo propone, está seguro de obtener preferencia, pero es preciso á su vez que tenga el bolsillo bien repleto, pues, esas damas creerían hacer una ofensa á un caballero, si no pudiesen, atrevidamente y sin restricciones, disponer de todo el dinero que pudiera tener.

Desde luego una de las primeras invitaciones que se les debe hacer es á tomar *chicha*, bebida digestiva, de que hablaré después, y que se expende en unas especies de tabernas llamadas *picanterías;* toman ahí cosas en extremo fuertes como pimienta, cebollas, ajos etc., mezclados en forma de salsa que sirve de aderezo al pescado ó carne, lo que excita el apetito y la sed. Aunque el pan es abundante, para comer esos guisos picantes, usan ordinariamente *recado* que hace las veces de pan, compuesto de raíz de batata, manioca y plátano, que en general estas damas aprecian mucho.

Al salir de la *Picantería* necesariamente es preciso llevarlas á la *Fonda*, que es una hostería, en donde hay, la verdad, todo lo que puede satisfacer el gusto, pero á un precio excesivo, y cuya cocina es más buscada.

Los que no conocen la costumbre del país, se asombrarán sin duda de oirme hablar de los gastos que puede ocasionar la comida de una mujer. No habría hablado de ello, si ellas sólo se limitasen á comer y beber con discreción, pero como su costumbre es ir más allá, creo deber dar á conocer al lector el mal hábito que han contraído.

Comienzan por pedir al hostelero lo que hay de más delicado y más buscado, lo que él se apresura en servir. Los platos se suceden y las botellas se vacian con celeridad sin igual.

Cuando la dama comienza á sentir lleno su estómago, sale algunas veces en estado de completa embriaguez y no tarda en volver tan tranquila y con tan buenas disposiciones como cuando se sentó á la mesa; es preciso servirle una nueva comida, á la cual le hace el mismo honor que á la primera y dispuesta á hacer nuevos gastos, hasta que el fastidio del caballero ó lo avanzado de la hora la obligan á cesar en sus planes.

El método de que ellas se sirven para desembarazarse de sus estómagos recargados es tan sucio como disgustante; se meten un dedo, una pluma ú otro objeto en la boca para provocar los vómitos, y el hotelero que está al corriente de esto tiene pronta agua caliente, que administra con cuidado en la proporcion necesaria. La costumbre que tienen desde mucho tiempo, de emplear este remedio, hace que sus estómagos se vacien con gran facilidad, sin que experimen el menor sufrimiento.

Se sabe bien que al acompañar a la dama, se resarce de los gastos que ha ocasionado; no son difíciles, a menos que el caballero no haya cumplido á su manera, las atenciones que ellas creen, que obliga la cortesía.

En la mayor parte de las mujeres es costumbre llevar en sus ligas un puñalito ó navaja de afeitar, las que emplean cuando se imajinan que el hombre les falta y para obligarlos á pagar lo que ellas quieren. Por extraordinario que esto parezca, puedo asegurar que lejos de exagerar algun detalle, suprimo, al contrario, circunstancias que la deseencia no permite dar á luz. La navaja de afeitar tiene doble uso; este instrumento les ha sido tan necesario como al hombre más barbudo; se me dispensará que no explique su uso; la penetracion del lector lo suplirá sin duda, pero para ponerlo más al corriente sólo diré que tienen mujeres pagadas, como los barberos en Europa, que cada dos ó tres días vienen á cuidar los encantos secretos de las damitas. Por fin, el bello sèxo, es en general apasionado por el juego, las bebidas fuertes y el tabaco de fumar y otros vicios de que no hago mención.

He hablado de la *chicha*, que las mujeres gustan mucho; pero no he explicado su composición, que no es difícil. Se la podría fabricar en Europa, aunque más no fuera por ensayo, especialmente en las regiones donde el vino no abunda. Así es como se hace: se pone una cantidad de maíz, más ó menos grande, según la bebida que se quiera hacer, en una ex-

cavación hecha en la tierra; se tapa con la misma tierra que se ha sacado y se deja tres o cuatro días, hasta que comienza á germinar, entonces se la saca y expone al sol hasta que esté bien seco; en seguida, despues de haberlo machacado con mazas, se le coloca en una caldera con agua y se deja hervir durante siete ú ocho horas; hecha esta operación se pone el licor en tinas ó tinajas de barro, hechas expresamente; ahí se le deja fermentar dos ó tres veces veinticuatro horas, después de lo cual está bueno para beberlo.

Observaré que no puede colocarse más que en tiestos de barro; la madera lo disminuiría é impediría la fermentación que es indispensable. Es preciso beberlo tan pronto como está hecho, pues, después de siete ú ocho días, no se puede emplearlo más que como vinagre, y este vinagre al cabo de tres ó cuatro meses es de fuerza superior al de vino.

Despues de haberme extendido talvez largamente sobre las costumbres de los habitantes, debo dar á conocer cierto hábito particular de la ciudad de *Lima*.

En esta ciudad se ha establecido una patrulla para vigilar los almacenes de los ricos negociantes; los hombres que componen esta patrulla son muy bien pagados por la policía; cada uno lleva una linterna y están bien armados; obligados están, á inspeccionar todas las cerraduras y candados. La ciudad es tan rica, que se toman estas precauciones para librarla de los robos que pudieran cometerse; están obligados á cada momento á anunciar la hora y el tiempo

que hay; ganan 150 francos mensuales, moneda de Francia, sin contar los regalos que les hacen los negociantes ricos. A estos hombres se les llama *serenos*, porque pasan toda la noche al sereno.

No sé si la superstición es actualmente tan grande como lo era cuando yo recorría esas regiones; presumo que debe de haber disminuido mucho por la reciente abolición del tribunal de la inquisición.

Este bárbaro tribunal ejercía un poder tan absoluto en el país que el solo nombre hacía temblar.

Citaré un ejemplo, sucedido muy recientemente; el dará á conocer el despotismo de esta institución.

En 1812, un desgraciado, obligado á ganarse la vida por medio de alguna industria se presentó en *Lima* con muchos perros y gatos vestidos de arlequines. Con esos trajes los hacía bailar en las calles, como á menudo lo vemos hacer en Francia. Esos animales respondían por sus gracias perfectamente ejecutadas, á los afanes que su amo había tenido al educarlos. Excitaban sorpresa general.

El pueblo supersticioso, sorprendido extrañamente de esta maravilla comenzó á llamarle hechicero; error que confirmó la santa inquisición, haciendo tomar preso á este infortunado; sin embargo, después de tres meses injustamente pasados en horrible prisión, la santa inquisición, habiendo reconocido que no era realmente hechicero se dignó ponerle en libertad.

Imposible sería formarse una idea del lastimoso estado á que quedó reducido este desgraciado al sa-

lir de la prisión y de los tormentos sufridos durante su encarcelación; él mismo no se atrevía á relatarlos, contentándose con decir á los que le preguntaban, que él se había justificado. Lo cierto era, que se le hubiera tomado por un esqueleto escapado de un sepulcro. Sin estar yo en Lima en la época de este suceso, lo puedo afirmar por ser conocido de toda la ciudad y por haber oído en 1815, el relato de boca del mismo que había sido la víctima.

El yugo de ese pretendido santo establecimiento se ha roto; los habitantes de *Lima* respiran y no tiemblan ya á su nombre; la humanidad ya no está expuesta á los horrores de la injusticia y de lo arbitrario; el rico sometido á las mismas leyes que el pobre, no lo aplastará con su poder despótico. Qué desgraciados son los pueblos, cuando están obligados á doblar la cabeza bajo el peso de una horrible tiranía! víctimas inocentes del capricho de los grandes vénse obligados á devorar en secreto y sin quejarse, las amarguras que les hacen beber y á sufrir con paciencia los males con que se complacen abrumarlos.

Este país tan rico tenía necesidad de un poco de libertad para ser aún más floreciente; hoy día que una mano bienhechora les ha devuelto sus derechos, no le queda nada por desear.

Todos los artistas, de que he hablado en las grandes ciudades ya descritas, no tardarían en hacer fortuna aquí; las mujeres que ejercen la profesión de costureras, sastras, modistas, alisadoras, aplancha-

doras hacían buenos negocios, pues he pagado por un pantalón y una camisa bastante mal planchados siete reales (4 francos 58 c).

El clima de esta ciudad es muy benigno; el calor y el frío no se dejan sentir jamás, vivamente; es raro ver llover, pero hay á menudo neblinas espesas que en invierno son muy incómodas y malsanas; para regar los campos usan el agua del río, que se conduce por canales practicados al efecto y que suministran á cada propietario la cantidad suficiente para poder regar sus tierras.

Los alrededores de la ciudad están llenos de vergeles y soberbias casas de campo, embellecidas con gran número de floripondios que exhalan un olor muy suave, como ya lo he dicho en el capítulo de *Copiapó.*

El terreno produce mucha caña de azucar y algodón de gran comercio para la ciudad; los cerros que la rodean tienen mucho ganado que se domestica y da grandes beneficios.

Hay un arbusto llamado en el Perú, *coca*, que es muy estimado; la hoja tiene la forma de la del boj pero más chica; es suave y de color verde claro; el fruto en racimo, al principio rojo se pone negro cuando está en completa madurez, como el del saúco, al cual se asemeja mucho; entonces se recoge solamente la hoja (el fruto no sirve para nada) y se la deja secar en pequeñas cestas para conservarla mejor y transportarla en seguida á otros países donde hay gran consumo de ella.

Los naturales, ocupados en el penoso trabajo de las minas, pretenden que nada les alivia tanto como esta hoja; la tienen en la boca desde la mañana hasta la tarde sin mascarla ni tragarla y aseguran que por este medio, jamás están atormentados por el hambre ni por la sed y que sus fuerzas se sostienen tan bien como si comieran mucho; es la primera provisión que hacen, y aún dicen que la tisana hecha con esta hoja reanima y fortifica.

A dos leguas del mar y en una hermosa llanura, situada á un cuarto de legua del mar, hay una linda aldea llamada *Buena Vista* que ofrece toda clase de placeres, especialmente en el verano; ahí se va á tomar baños; los habitantes se trasladan en gran número, sobre todo las damas de *Lima*, que van á pasar ahí gran parte del verano, en medio de toda clase de diversiones, y es ahí donde se entregan con toda libertad á sus pasiones.

Durante su estadía, su ocupación principal es frecuentar á cada rato los hoteles, cafés y juegos y, según su conducta y sus costumbres, se puede juzgar los excesos á que se entregan y los gastos que hacen.

El juego es extremadamente grande; hay bancas de un millón de francos y no se ve más que oro en las mesas.

Las casas son encantadoras y los alrededores de la aldea están cubiertos de frutos de Europa y de América; sobre todo se distingue la *ambaya*, fruto de un arbol parecido al nogal; su corteza es muy

amarga; cuando el fruto está maduro se pone amarillo y lustroso; tiene un hueso semejante al del al mendro; lo que encierra es tan dulce como la miel; cuando está maduro se le pone en agua y se confita como la aceituna, pero es mejor; la madera de este arbol es muy buscada; con ella se hacen muy lindos muebles para adornar los lugares donde reina siempre la abundancia y la alegría.

Hay otra aldea, no menos frecuentada, que se llama *Lurín*, distante siete leguas de la capital; aunque no posee baños, la concurrencia es tan numerosa como en *Buena Vista*.

El oro que circula ahí es incalculable; los cuádruplos son tan comunes como las piezas de un franco pueden serlo en Francia.

Los dueños de cafés y los posaderos hacen grandes negocios, tienen siempre jugadores que gastan el dinero como lo ganan, de manera que al fin del año, ellos obtienen casi todo el beneficio.

Aunque los productos de esta aldea no pueden bastar á su consumo, la abundancia de víveres es general; la gran cantidad de oro que se trae hace que nada falte de lo que puede ser necesario.

Está situada en un llano cubierto de hermosos prados y rodeada de rocas cuya variedad forma una vista encantadora; la temperatura es muy sana.

Hay gran comercio de almidón, que se fabrica con la raiz de la *manioca*; es excelente y se vende mucho.

Terminados mis negocios en esta aldea, volví á *Lima* y *después* al *Callao*, donde me embarqué para *Pisco*.

Sus habitantes, en número de 2,600 son casi todos mestizos, mulatos y cuarterones.

Hice algunas compras de aguardiente y volví á *Lima*.

Observaré que estos aguardientes, como no pueden transportarse en barriles se les coloca en tinajas de barro que contiene cada uno ciento veinte ó ciento veinticinco botellas.

Partí por tierra de *Lima* á *Guayaquil*, y no encontré nada de notable hasta *Chancay*.

Esta aldea situada á 22 leguas de Lima, goza de muy agradable temperatura; los habitantes son de carácter muy dócil; la mayor parte tributarios y el tercio de mestizos y blancos. Las mujeres son encantadoras y bien vestidas y prefieren el trato de los europeos á todo otro.

Este lugar es muy fértil en raices de batata, camote, manioca, plátanos, pistachos, etc.

El *agapié*, árbol así nombrado por los naturales del país, es muy común en esas cercanías; se asemeja al álamo, pero su hoja es más ancha y tiene más ó menos la forma de la de parra. Su fruto, que no difiere del porte de la pera de San Juan, es de color encantador; pero es dañina; hace hincharse al instante al que la come; los negros seducidos algunas veces por su dulzura son víctimas de su golosina y mueren en poco rato; los que duermen debajo de su follaje, al despertar se vuelven locos.

Los habitantes tienen gran comercio de corderos



CAPÍTULO XXIII

Pisco.—Las Barrancas.—Huarmey.—Casma Santa.

Pisco, es un portezuelo de mar á 50 leguas sureste de la capital que mantiene gran comercio con *Lima* y *Guayaquil*, de vinos y aguardientes; siempre hay gran número de embarcaciones que vienen á cargar estos dos artículos.

Los alrededores de la ciudad, á un cuarto de legua del mar, están cubiertos de viñas y producen en abundancia toda clase de excelentes frutas de Europa y América; el vino que se fabrica se llama *lancha* y es reconocido, talvez, por el mejor de todo el Perú; y el aguardiente es tan bueno y mucho más fuerte que el de cogñac, tan renombrado en Francia.

Su temperatura es buena, aunque el calor se hace sentir con más exceso que el frío; no obstante, es muy soportable y hace muy agradable la estadía en estas regiones.

y cabras, que traen de las *Serranías* (1) con *Lima* y Guayaquil. Este es el fruto de mis observaciones en este lugar, que abandoné para continuar mi viaje hasta las *Barrancas*.

Las Barrancas, es una gran aldea á legua y media del mar y á 40 noreste de *Lima*; en gran parte está habituada por indios tributarios de carácter sumiso y dócil; tienen gran comercio de corderos y ganado vacuno como también de carbón que se transporta en gran cantidad, en mulas á la eapital. Todos esos artículos, especialmente el último, producen grandes entradas á esta aldea.

También se cosecha mucha caña de azúcar y anís que acrecientan sus riquezas. Hay gran número de *pistachos* cuyo fruto es de un gusto exquisito; este fruto de cáscara cenicienta es semejante á la bellota, es mejor que la avellana; adobada y puesta en conserva es muy buscada para la comida.

En fin, hay un árbol llamado *caucho*, del porte del granado, la hoja de color verde claro y la flor semejante á la del naranjo cuyo olor casi tiene. Su fruto es muy estimado tanto por su gusto como por sus cualidades benéficas. Tiene la forma de una manzana grande, amarilla, de olor agradabie, esponjosa y llena de jugo astringente. Se cosecha dos veces en el año. La madera de este árbol cortada en pedacitos y hecha hervir da una especie de goma; cuando está espesa el agua, que seca, se envía á Europa

---

(1) En estos lugares llaman así á las cordilleras.

donde se vende muy cara. Los naturales pretenden que cuando se perfuma una cama ó pieza con esta goma, el olor excita la voluptuosidad.

La temperatura es más ó menos como la de *Lima*.

Los habitantes en número cercano á 1,200 son bastante sobrios; se alimentan con raíces de manioco y otras; la *chicha* es su única bebida.

A 20 leguas de esta aldea, se encuentra otro villorrio, habitado igualmente por indios tributarios y mulatos, cuyas costumbres son enteramente opuestas á las de los primeros; se le llama *Huarmey*. Este lugar es estéril; no produce más que algunos tubérculos y maiz, el que los habitantes hacen hervir y hace las veces de pan.

Se cosechan muchos pistachos, que se mezclan con *chicha*, la que se fabrica en abundancia. Esta bebida tiene por eso un gusto superior á la fabricada en *Lima*.

En este villorrio se crían muchos conejos chicos de la India, que producen sus mayores entradas; los alrededores cubiertos de grandes árboles, especialmente de *algarrobos*, de los cuales he hablado en el 9.° capítulo, de *San José de Jachal*.

Los habitantes en número de 800 son de carácter perverso y entregados á toda clase de vicios.

En el mismo camino hay aún otra aldea de indios tributarios y de mulatos, llamada *Casma*, que no ofrece interés alguno. Sus alrededores están cubiertos de bosques y muchos árboles distintos. Se en-

cuentran algunas minas de plata poco productivas. Los víveres son escasos, lo que obliga á los habitantes á alimentarse muy mal, pues no comen más que raices del país y algunas veces, pero raramente, carne.

Las mujeres son tan perezosas como hermosas; no sé si esto depende del calor del clima; pero es cierto que vista su pobreza, ellas deberían ser un poco más activas, como las de Córdoba, aunque por motivo muy diferente.

Esta aldea dista 12 leguas de *Huarmey* y tiene una población de cerca de 700 habitantes.

A 15 leguas más lejos y á 94 noroeste de la capital hay una linda aldea llamada *Santa* ó la *Parrilla*, capital de la provincia de *Santa*.

Situada en un llano, á un cuarto de legua del mar, tiene gran comercio con el algodón que cosecha. Este producto, como el maiz, arroz, habas y grandes calabazas que en abundancia hay en los alrededores, enriquecen al país y lo hacen muy agradable; hay mucho pescado y se cría en las casas gran número de conejos de la India, de carne muy delicada.

Aunque ahí el calor es excesivo y no llueve casi nunca, el clima es muy sano. Como en *Lima*, para regar los campos, se sirven de canales que conducen el agua del río, que pasa cerca de la ciudad.

Este río que nace en la *Serranía*, es tan útil para fertilizar las tierras de *Santa*, que llega á ser perjudicial á los viajeros: sujeto á los desbordes, inunda

gran parte de las tierras que atraviesa é interrumpe frecuentemente el tráfico; los correos del *Nuevo Reino* de Granada, para *Lima*, se ven á menudo obligados á esperar siete á ocho días, duración ordinaria de la crece de las aguas, á fin de poder entregar los despachos de que son portadores; y aunque las aguas hayan vuelto á su cauce, el paso es tan peligroso, que expresamente hay pilotines para hacer atravesar á los viajeros, los cuales están obligados á vendarse los ojos á fin de no caer al agua, por la vista de grandes torbellinos. Hacen subir á los viajeros á caballo y se colocan ellos mismos á la grupa, para guiarlo, único medio de atravesar. No obstante, el país por su posición, su comercio y sus productos es uno de los más agradables y no hay que desear más que un poco de más dulzura y urbanidad de parte de sus habitantes.

En el trayecto de 20 leguas que hice para llegar á *Trujillo*, no encontré nada que merezca atención.



CAPITULO XXIV

Trujillo

Trujillo, ciudad del Perú, á 108 leguas noroeste de *Lima* y capital de la provincia de *Sama*, es muy hermosa; está amurallada y gobernada por un intendente (dignidad equivalente á la de prefecto); tiene un obispado, bastante hermosa catedral, gran número de iglesias y conventos, todos ricamente adornados; pero que los frailes que aquí se encuentran no son dignos de habitarlos.

Su modo de vivir deshonra el carácter de que están revestidos; los excesos de todo género á que ellos se entregan vergonzosamente, los hace indignos del sacerdocio.

Se les ve por todas partes, hasta llegar á los cafés con mujeres, donde buscan los lugares más apartados de esos establecimientos, para entregarse con ellas á las indecencias que el decoro nos hace pasar en silencio, pero que he visto por mis propios ojos;

se les vé en los garitos entregarse á toda clase de excesos, y al juego con el mayor furor; por fin se les ve, cuando no pueden hartar sus pasiones, por efecto de celos ó por otra contrariedad, taparse á injurias los unos á los otros y aún sacar sus puñales para degollarse.

Esta ciudad, situada á dos leguas del mar, tiene un comercio muy activo, tanto con los habitantes de *Lima*, como con los de la *Serranía*, que está á día y medio de marcha.

Esta *Serranía*, que es muy vasta tiene gran cantidad de minas de metales preciosos y como se encuentra en la jurisdicción de *Trujillo*, no hace comercio sinc con la cabecera. Los habitantes llevan, pues, todos sus productos, que cambian por otros ó por plata amonedada, y todo el beneficio de esos cambios y ventas quedan íntegros en *Trujillo*, de manera que se la puede considerar como tiene la fama, como una de las ciudades más opulentas del Perú.

Los víveres son abundantes y á precios muy módicos, á excepción del vino que es bastante caro; para suplirlo se fabrica *chicha*, compuesta de maíz, pistachos y habas asadas; esta bebida embriaga tanto como el vino de mayor fuerza si se bebe algo en exceso; es muy empleada en el lugar y aún el mismo obispado hace uso de ella; solamente en circunstancias extraordinarias, los ricos más distinguidos beben algunas botellas de vino de *Pisco*.

Los llanos que rodean la ciudad son generalmen-

te variados y producen en abundancia maíz, arroz, frejoles y diversas raíces que es el principal alimento de la mayor parte de los habitantes; el pan no falta y aunque no es caro, rara vez hace uso de él el pueblo.

Esta ciudad, es excesivamente rica; además del ventajoso comercio que tiene, su suelo produce plata y otros metales y abunda en carne, leche y todo lo necesario para la vida.

El carácter de los habitantes, en número de 7,000 no es muy bueno; hay un tercio de blancos y el resto se compone de mulatos y cuarterones; la clase baja se distingue, especialmente por su perversidad; las mujeres pelean á cuchilladas y puñaladas con los hombres á quienes hieren peligrosamente á menudo; si el traje fuera el mismo, se las tomaría por hombres, pues, fuman, beben y pelean como ellos.

El calor es excesivo; de doce á siete de la tarde, es raro encontrar á alguien en las calles á menos que algún urgente negocio los haga salir; á pesar de este inconveniente, la ciudad es muy sana como también sus afueras.

Cuando un europeo viene á establecerse en la ciudad, está obligado á pagar al señor cura la suma de 32 pesos (160 francos). Los criollos, es decir, los blancos del país, pagan la cuarta parte menos; los mestizos y mulatos la mitad, y por fin, los negros no pagan más que la tercera parte de lo que paga el europeo.

Este uso está establecido en casi todas las pro-

vincias que he recorrido. Los habitantes dicen que si los europeos pagan más que los otros es porque tienen la sangre más noble.

Hice algunos negocios en esta ciudad encantadora, y continué mi viaje, siempre por tierra, pasando por un portezuelo de mar, á dos leguas de *Trujillo*, llamado *Huanchaca*, del que no tardaré en hablar; pero antes creo deber dar parte al lector de un encuentro que tuve y que no creo inútil colocarle entre los acontecimientos particulares que me han sucedido.

En la mitad del camino de *Trujillo* á *Huanchaca* encontré á un hombre y una muger, montados cada uno en una hermosa mula bien enjaezada, no pude dejar de saludarles, y me contestaron con mucha cortesía. El modo como saludaron me dió á entender que eran personas no comunes, idea que me confirmó el tono fino con que el caballero me preguntó si iba muy léjos; á la respuesta que le dí diciéndole me dirigía á *Guayaquil*, me propuso hacer juntos el viaje hasta *Lambayeque*. Esta proposición me agradó tanto más, cuanto estaba encantado de viajar en sociedad, en un país donde raramente se la encuentra; y debiendo, además detenerme un mes en *Lambayeque*, le respondí francamente que de muy buena gana haría el viaje en su compañía. Andando, andando, la conversación comenzó á enfrascarse y hablamos con tanta confianza como si nos hubiésemos conocido largo tiempo atrás.

Confesaré, sin embargo, que respondí con una

mentira, á una pregunta que me hizo y era muy natural. Los franceses eran mal mirados en ese país y si hubiese dicho que pertenecía á esa nación, arriesgaba perder su compañía, que empezaba á serme agradable y hasta la propia vida. Había soportado tantas desgracias, á causa de mi sola calidad de francés, que creí no cometer un crimen, en esta circunstancia disfrazar la verdad: le respondí que era de Flandes. A mi vez le hice igual pregunta, que él satisfizo del modo siguiente: yo nací, dijo, en Andalucía y hace ocho meses que dejé mi país. Mis padres queriéndome obligar á que me uniera en matrimonio con una de mis primas á quien no amaba, me ví obligado á embarcarme en Cádiz, para huir de sus persecuciones y á venir á América para encontrar un hermano muy rico establecido en *Cuenca* provincia de *Quito*. Se extendió largamente á cerca de la crueldad de los padres que quieren forzar las inclinaciones de los hijos por una obligación, que el amor, la estima y la amistad deben determinar y sin las cuales la paz no puede existir en el hogar. Hablando de esta manera, llegamos á *Huanchaca,* portezuelo del que he hecho ya mención.



CAPITULO XXV

Huanchaca.—Prisiones de la Inquisición.—En libertad.

Huanchaca está á dos leguas de *Trujillo*; por esta razón es el depósito de todas las mercaderías que se envían por mar á esta ciudad.

Está habitado por indios tributarios, de carácter humilde y dulce; pero que, sin embargo, pagan un tributo al gobierno por no permitir entre ellos negros, ni mulatos. Son extremadamente laboriosos; los hombres se ocupan continuamente en la pesca, y las mujeres en la fabricación de canastos y canastillos de junco marino, que trabajan de un modo superior.

Esas pobres gentes son por naturaleza sobrios y á pesar de su economía no pueden hacer grandes ahorros; todas sus entradas consisten en lo que ganan con sus brazos; en general, todos se alimentan miserablemente; no comen más que pescado y maiz co-

cido que les sirve de pan, y no beben sino chicha. A pesar de la frugalidad de este alimento pasan muy bien y son muy robustos.

Las costas están llenas de lobos marinos, que los habitantes matan á palos, cuando vienen á tierra, como ya lo he dicho en el capítulo 20.

Hay igualmente á la orilla del mar, muchas conchas bastante hermosas por la variedad de sus colores.

El jefe del puerto y el cura son muy respetados y sus ósdenes puntualmente ejecutadas.

Al salir de *Huanchaca*, continuamos nuestro camino para *Lambayeque* y llegamos cerca de un *tambo* especie de posada en el camino: Mi compañero de viaje, habiéndome propuesto tomar algo, de buena gana le acepté su ofrecimiento. Bajé del caballo lo mismo que él y fuí en seguida donde su compañera para ayudarla á bajar del caballo. Ambos parecieron agradecer mis servicios con señales bastante expresivas de satisfacción, y en efecto la ayudé á bajar tomándola por debajo de los brazos, como se estila en el país.

Esta cortesía de mi parte me atrajo una infinidad de protestas de reconocimiento de uno y de otro y me fué preciso del todo, renovarles la promesa de no dejarlos sino en *Lambayeque*, donde mis asuntos comerciales debían separarnos.

Entrados en el *tambo*, preguntamos al posadero qué nos podía dar de comer; nos dijo que tenía huevos, queso, y un conejito de la India. Esperando

que este último se cociera, le pedimos queso y vino; pero nos fué preciso renunciar á esta bebida, porque el posadero tenía solamente aguardiente y *chicha*, con lo que nos contentamos. Durante la comida, las solicitaciones de no abandonarlos empezaron de nuevo y no hubo más que un cambio mútuo de cumplimiento.

Cuando concluimos de comer, el andaluz sacó un cuádruplo de ochenta francos y le dió al posadero diciéndole que se pagara; sacó éste su cuenta y le devolvió 74 francos á lo cual el andaluz le ordenó con altivez se los guardara para comprar alfileres á su mujer.

En ninguna parte son rechazados semejantes regalos y el *tambero* obedeció sin pesar sus órdenes, sintiendo interiormente, sin duda, no encontrar todos los días un andaluz que le pagara alfileres á su mujer.

Después de ponernos en camino, no pude menos de observarle á mi compañero de viaje que encontraba demasiado generoso prodigar tan inútilmente su dinero, pues se queda mucho camino que recorrer. Me respondió que eso no era nada, que tenía para llegar á su destino y para demostrar su generosidad; no obstante me dió las gracias porque veía que tomaba parte en sus intereses. Al cerrar la noche tratamos de llegar á un caserío, donde el andaluz me propuso que alojáramos; acepté su proposición y echamos pié á tierra en la casa de mejor apariencia.

Es bueno observar aquí, que es de uso en este país que el viajero pueda escoger, para alojar, la casa que más le convenga, en los lugares, como este caserío, donde no hay *tambo*.

Preguntamos al dueño de casa si tenía algo que comer y éste que era cuarteron nos dijo que no tenía más que carne salada y algunas legumbres del país; que debíamos saber que en esta provincia no se comía pan; pero como éramos europeos y estábamos acostumbrados á vivir como los naturales, nos serviría bizcocho. Le preguntamos, aún si tenía vino y nos contestó negativamente; pero si queríamos, él iría á buscar á media legua de ahí. Le dí diez francos para que fuera en el acto, pero el andaluz, que se había percatado, no quiso consentir; testarudamente quería darle un cuádruplo, sin duda para hacer lo mismo que donde el *tambero*. Le hice ver que era inútil y que su generosidad era descaminada, con gentes que él no conocía. Guardó su dinero en el bolsillo y nuestro posadero después de ensillar su caballo, partió como una exhalación. Esperándole nos hicimos servir carne salada con algunas legumbres del país, lo mejor posible, y cuando llegó el vino comimos con excelente apetito.

Se enfrascó la conversación durante la comida, sostenida por la hermosa andaluza, sea por la confianza que yo le había inspirado, sea por la alegría que entre nosotros reinaba. Por ciertas palabras que mis dos compañeros de viaje decían de cuando en

cuando, creí entrever que, como lo decía el andaluz, la simpatía los había juntado y no un contrato.

En fin, habiendo llegado la hora de acostarse nos vimos en el deber de hacerlo: los lechos portátiles, de que el lector se acordará sin duda, que un viajero en este país debe tener pronto, estuvieron listos y nos separamos deseándonos buenas noches.

Al día siguiente partimos muy de mañana queriendo llegar á la aldea de las *Lagunas de San Pedro*, distante cuatro leguas de *Lambayeque* y muy alejada aún del caserío que dejábamos.

Al continuar nuestro camino vine á ver que mis sospechas de la víspera, respecto á los andaluces, no eran descaminadas. Sin embargo no manifesté mi idea, porque me era bastante indiferente que fuesen casados ó nó.

Tarde era ya, cuando llegamos á las *Lagunas de San Pedro*; á la entrada de la aldea encontramos á un indio, al cual mi compañero le preguntó si había algún *tambo*; como contestara negativamente le rogamos nos indicara una casa cómoda para alojar y nos respondió que no había otra que la del señor cura. Nos hicimos conducir ahí inmediatamente.

Henos aquí llegados á la fuente de nuestras desgracias recíprocas causadas por la mala acogida que nos hizo el cura.

Cuando vió que un indio nos había servido de guía, salió para reprocharlo con aspereza y el tono amenazante con que le habló, nos dió á entender que, sin nuestra presencia, habría castigado severa-

mente el crimen que el indio había cometido por traernos á su casa; pero se contentó por el momento, con decirle que lo pagaría muy caro. Tomamos la defensa del indio y le dijimos que nosotros le habíamos obligado á que nos condujera á su casa. Estas observaciones, lejos de calmarlo, no sirvieron sino para aumentar su ira. Por fin le rogamos nos mostrara su habitación y creímos que nos iba á recibir atentamente, tanto porque es un deber, según los usos del país, como porque el carácter de que estaba revestido le imponía la obligación de dar ejemplo de hospitalidad. Para impulsarle á que nos atendiera le dijimos que no íbamos á estar de gorra, que teníamos bastante oro para atender nuestras necesidades y pagarle el gasto que podíamos hacer en su casa. Nuestra manera de proceder y más aún las últimas palabras, parecieron hacerle alguna impresión. Aparentando sentimientos de honradez, nos pidió, con aire atento que echáramos pié á tierra, asegurándonos, que haría toda clase de esfuerzos para probarnos cuán contento estaba de tenernos en su casa. En verdad, no tardó en darnos pruebas; llamó á dos negros para desensillar las mulas y nos hizo entrar á una salita tapizada de junco marino, donde, después de traer los banquillos de barba de ballena, nos invitó á descansar.

Nos preguntó de donde veníamos y á donde íbamos; le respondimos que veníamos de *Lima*; que el andaluz y su esposa iban á *Cuenca* donde un her-

mano, y en cuanto á mí, iba á Guayaquil por asuntos comerciales.

No estando satisfecha su curiosidad, sus preguntas se sucedían con rapidez y por cortesía le respondíamos lo mejor posible. Era ya tarde y aunque solamente, en todo el día, habíamos hecho una pequeña comida, no veíamos que el señor cura se dispusiese á hacer algo. La fatiga que habíamos soportado y la necesidad de alimentos, nos preocupaban más que su interminable charla; de manera que el andaluz impaciente y disgustado por su curiosidad le dijo: Señor, es Ud. un......... (palabra española que se usa cuando se está enojado); si quiere Ud. agradarnos, deje su conversación y háganos traer algo de comer, pues no hemos comido en el día sino apenas; y yo respondió el cura, no hago más que una cada veinticuatro horas y no me muero de hambre por esto.

Acalorado el andaluz y viendo que la avaricia solamente hacía proceder de esta manera al cura, le repitió que nos dejara tranquilos, se fuese á paseo y que ordenara se nos trajera de comer pagando su coste, y al mismo tiempo sacó un cuádruplo y se lo dió para que se pagara adelantado del gasto que podríamos hacerle. El cura lo tomó y prometió volver en el acto.

Antes de verle volver, trascurrió un largo cuarto de hora, que empleamos en comentar nuestra aventura y en ese tiempo nuestro andaluz tenía sobre sus rodillas á su Dulcinea rogándole tuviera paciencia y diciéndole que no tardaríamos mucho en comer.

Era preciso tener paciencia de buen y mal grado. El hambre se había apoderado de nosotros, principalmente de la hermosa *Mariquita*, que no vivía solamente de caricias; por fin el cura entró de repente y al encontrar que el andaluz tenía á su buena amiga entre sus brazos, se volvió hacia él, diciéndole: *Señor, en mi casa no se permiten impertinencias; tened más moderación y respeto delante de un ministro de Nuestro Señor.* El andaluz le reiteró que el hambre nos devoraba, nos diera que comer y nos dejara en paz.

Iba á responder el cura, pero previendo la situación enojosa que se seguiría, le induje á qne fijara su atención en lo que mi compañero había dicho, que excusara su vivacidad y que quisiera dar órdenes para que se nos sirviera algo. «Sí, señor, me dijo, voy á ordenar que se os sirva», y salió. Volviéndome hacia mi compañero le rogué tuviera un poco de paciencia. ¡Eh, qué paciencia, me dijo, tenemos de más, ya son las once y no se nos trae algo de comer!

Había transcurrido media hora desde que el cura salió y nadie parecía; la impaciencia también principiaba á apoderarse de mí; fuí á la cocina por ver si encontraba á alguien; el primer objeto que se ofreció á mi vista fué una vieja negra de más de ochenta años de edad, arrugada y más desastrada que el pecado mortal, que estaba cociendo plátanos en el fuego y maiz en un tiesto. Le pregunté para quién estaba destinada esa comida espléndida; me respondió

que era para nosotros, pero con mucho trabajo á causa de su edad avanzada; entonces, le añadí, que se apresurara en traerla.

Pocos momentos después la negra vino á colocar los servicios. La suntuosidad y la simetría de esta comida merecen ser detalladas.

Desde luego fué á buscar la tapa de cofre antiguo que tendría dos siglos lo menos, sin exagerar, la que colocó sobre los cuatro banquillos de ballena; encima y como mantel extendió una vieja y tosca servilleta de algodón, sobre la cual puso tres cucharas de palo y un *pilche*, especie de calabacita, donde se bebe *chicha*. La comida, que no tardó en llegar, estaba á la altura de la magnificencia del servicio; consistía, como lo he dicho, en algunos plátanos y maiz cocido á lo que se le había agregado un poco de pimienta y ajo bien molido para excitarnos á beber *chicha*.

El andaluz que, lo mismo que su mujer y yo, no estaba acostumbrado á tan pobre cocina y que, además, para matar el hambre, había dado un cuádruplo al cura, sin que éste hubiera gastado algo, rabiaba como un etíope: preguntó á la cocinera si no había otra cosa que lo que nos traía, ella respondió que eso era todo lo que el cura le había dejado; preguntamos entonces dónde estaba el señor cura. Le han venido á buscar, contestó, para que fuera á confesar á un enfermo á dos leguas de aquí y no creo que vuelva antes de dos ó tres días. ¿Y no se vende pan en la aldea? le pregunté. Señor, no lo encontrará Ud., pero hay bizcochos, huevos y queso. Toma, le

dije, aquí tienes un peso para bizcochos y queso, y otro para vino. Voy á ver, dijo, si quieren abrir la puerta; pero, como es tarde, temo que mis dilijencias sean infructuosas. Me determiné, entonces, á acompañarla para que las provisiones llegaran pronto.

La barraca donde se vendía lo que deseábamos estaba cerrada efectivamente y fué preciso golpear. Al tercer golpe se me preguntó lo que deseaba, sin hacer, sin embargo, demostraciones de abrir; no sabía cómo hacerlo, pero la necesidad me sugirió un medio: Abrid, grité; soy el alcalde de la *Santa Hermandad*; á este nombre tan temido, apenas fué oído, se abrió la puerta.

Compré lo que era necesario y en seguida fuí donde mis dos compañeros, que me esperaban con la impaciencia más viva; era casi la una de la mañana cuando nos sentamos á la mesa y sin gran trabajo hicimos los honores á la comida. Después de comer llamamos á la negra para que nos indicara el punto donde debíamos dormir; no debíamos esperar mejor cama que la comida; pero era preciso contentarse con la qué se presentara.

La negra nos condujo á un cuarto lleno de hojas de choclos y de plátanos, fuí á buscar nuestras sillas de montar é hicimos como de costumbre nuestras camas.

Antes de acostarnos el andaluz me dijo:

«Sabe Ud, que el cura es un grandísimo C... Os he observado, le respondí que no era preciso ser tan generoso; con uno ó dos pesos á lo sumo que le hu-

bieseis dado era bastante y no habríais perdido vuestra moneda de oro. No es en la moneda de oro lo que me fijo, replicó, sino en los procedimientos indignos de una persona; si fuese hombre de la clase baja podría perdonarle; pero me conduciré de otro modo con él; será preciso que me devuelva mi dinero antes de partir y vereis, á fé de andaluz, que lo obligaré á ello.

Bien veis, le dije que eso es imposible, á menos de esperar dos ó tres días; habéis oído bien lo que ha dicho la negra ¡Oh! qué sencillo sois, replicó ¿quién puede asegurarnos que la vieja ha dicho verdad? ¿no veis que ella ha repetido lo que su amo ha ordenado que diga? Es una astucia de este hacernos anunciar su ausencia para evitar los reproches que podríamos hacerle y para guardar el dinero que ha recibido. Os aseguro, continuó el andaluz, que no está fuera de la aldea y voy á saberlo al instante.

Era de su mismo parecer, pero no quise dárselo á entender para no animarlo más. Después de todo lo que había pasado y la conducta del cura para con nosotros, veía que mi compañero no se quejaba sin razón.

Este, cuyo carácter era tan vivo como generoso, llamó á la negra y le dió un cuádruplo, para que le confesase francamente si el cura había ido en realidad á dos leguas, ó si más bien se había escondido en la aldea. A la vista del oro, la vieja contestó que nos complacería, á condición de que su amo no supiese, pues, estaba segura de recibir cien azotes.

Después de tranquilizarla sobre este punto, nos dijo ingenuamente que si su amo nos había recibido mal, era porque el andaluz le había hablado groseramente y faltado al respeto á su alto carácter de sacerdote y que se había ido á recoger á fuera para evitar discusiones.

Dejo á un lado todas las observaciones que hizo mi compañero; diré solamente que su compañera y yo le inducimos á que se calmara y tomara un poco de reposo; se dió á nuestras vivas y reiteradas instancias y por fin nos fuimos á acostar.

Habíamos convenido que el primero que desper tara despertaría á los demás para partir á primera hora; pero nada tuvimos que reprocharnos mútuamente; pues al rayar el día, un negro vino á despertarnos y nos dijo que el señor cura había ido á *Lambayeque* á quejarse al subdelegado de los insultos que le habíamos hecho y de los malos tratos de nosotros para con él.

Nosotros, que sabíamos estaba en el lugar y no había salido, no tuvimos gran trabajo para comprender que su objeto era alejarnos por este ardid y guardar el cuádruplo que el andaluz le había dado por la comida aún por hacer.

Mi compañero habló y le dijo al negro que si el señor cura no venía al instante íbamos à forzar la puerta de la pieza para pagarnos de los ochenta francos que nos había robado.

El mensajero comunicó sin duda fielmente lo di-

cho, á su amo, quien conociendo el fogoso carácter del andaluz. no tardó en llegar.

Vino hácia nosotros como si nada hubiera pasado deseándonos buen día y preguntándonos cómo habíamos pasado la noche. Inflamado de cólera el andaluz é imaginándose que venía á burlarse, lo trató de hipócrita, le dirigió otros epítetos de este género y cogiéndole, de repente, por el pescuezo le dijo: «Viejo infame, si no me devuelves mi moneda, te estrangulo». Hice todos los esfuerzos para oponerme á esta escena, pero mi compañero apretaba siempre y el cura que bien lo sentía, gritaba á todas sus fuerzas pidiendo socorro; de tal modo abrió la boca que ví hasta la mitad de su gaznate.

Sus negros hicieron otro tanto fuera de la casa, de suerte que en un momento toda la aldea se juntó. El alcalde que, como lo he dicho, ejerce las funciones de maire, pidió auxilio en nombre del rey; y mi compañero, como su muger fueron arrestados.

En cuanto á mí, no hubo cuestión, se me dejó tranquilo; pero no podía mirar sin pena la suerte de mis desgraciados compañeros de viaje y traté de aplacar tanto al alcalde como al cura.

Los seguí, con este objeto, sin poder obtener nada: quedé asombrado de oír la declaración de este último, en el momento en que se levantaba el sumario.

Supuso, desde luego que el andaluz había hablado mal de la santa religión, es decir que la oscurecía con sus palabras y acciones; que era un blasfe-

mador y que no podía ser más que un judío; además había tratado de matarlo para robarle su dinero, y por fin en el sumario no había una sola acusación verdadera.

Semejante procedimiento me indignó y me autorizó á hacer presente al cura que era muy malo de su parte faltar de ese modo á la verdad; que si tenía motivos justos que alegar, lo hiciera; pero que no debía suponer dos crímenes atroces, pues el severo castigo que les estaba destinado iba á recaer en las cabezas de dos inocentes. Agregué que era imposible justificar esas dos acusaciones, mientras que nos era muy fácil probar que él en su calidad de acusador, era un impostor y un petardista.

Con sensatas reflexiones quería tratar de prevenir las odiosas consecuencias que podría tener este asunto y persuadir al cura cuan desagradable sería para un hombre de su caracter ser interpelado delante de la autoridad, sobre todo cuando como él debía aparecer culpable.

Por toda respuesta á mis justas observaciones me dijo que yo era tan pícaro y tan judío como el otro y que me haría arrestar y conducir con el y su muger á *Lambayeque*. No pudiendo contenerme, entonces, le dije que no me preocupaban sus amenazas y le rogaba que no me apostrofara más de modo tan infamante si no quería que le tratara como el andaluz, y aún peor. Comenzó entonces á pedir socorro y en seguida me ví rodeado por doce hombres que venían á arrestarme.

Recurrí á mis pistolas y amenacé con saltarle el cerebro al primero que se me acercara. Mi resolución los detuvo un poco; pero el número engrosaba y me habría visto obligado á capitular si mi compañero que se había escapado de manos de sus guardianes, no hubiera venido en mi ayuda. Estábamos dispuestos á vender caras nuestras vidas; rogamos á los indios que quisieran escucharnos antes de proceder; y para obtener esta condescendencia, el andaluz les arrojó cinco ó seis monedas de oro.

Este metal que á menudo ha detenido los más poderosos ejércitos, produjo el mismo efecto en los habitantes y con muy poca elocuencia logramos convencerlos de que no eramos judíos ni ladrones y que no hacíamos más que reclamar al cura lo que legítimamente nos debía. Una gran bolsa bien abastecida que vieron sacar á mi compañero les dió de nosotros la mejor idea, de modo que se retiraron unos de un lado, otros de otro, dejándonos así en libertad.

A esta escena peligrosa sucedió otra también desagradable y más sensible sobre todo para el andaluz: su querida *Mariquita* se había desvanecido sin conocimiento, é hicimos los trabajos posibles para que volviera en sí. Es cierto que ella había tenido reales motivos para abandonarse á su sensibilidad; confieso que el temor de ver perecer á su amante, bastaba á hacerle perder la vida; sin embargo, por medio de algunos frascos de licores espirituosos, de que estábamos provistos, la hicimos volver y pocos mo-

mentos después estaba en estado de montar á caballo.

Ensillamos nuestras mulas, que nada habían comido en toda la noche y dejamos nuestro funesto alojamiento; antes de salir de la aldea nos aprovisionamos de bizcocho, queso y aguardiente.

Desde la víspera estabamos convenidos en llegar ese día á *Lambayeque*; pero pronto comprendimos que era enteramente imposible efectuar ese proyecto; nuestras mulas que, como acabo de decirlo, no habían comido en toda la noche, estaban débiles y nó en estado de andar 14 leguas de camino; además era muy tarde cuando partimos; nos fué preciso, pues, renunciar á esta esperanza.

Sin embargo, llegamos con mucho trabajo á un *tambo* distante cinco leguas de *Lambayeque*, y dije entonces á mi compañero que me parecía á propósito nos detuviéramos para pasar ahí la noche y comieran los animales y reposáramos, y que, partiendo al día siguiente á primera hora, podríamos llegar á nuestro destino á las siete ú ocho de la mañana. Nos desmontamos, en efecto, y preguntamos al *tambero* qué cosa tenía para refrescarnos; nos trajo bizcocho, queso, aguardiente y *chicha*; comenzamos á comer, esperando nos hiciera cocer dos conejos y algunos huevos para nuestra comida que habíamos recomendado, queriéndonos desquitar de la mala noche pasada y de las fatigas sufridas al principiar el día.

Es fácil creer que en nuestro trayecto de las *Lagunas* al *tambo* no nos ocupamos en cortesías; el se-

ñor cura estaba muy reciente en nuestro espíritu para olvidarle fácilmente; así este fué el único asunto de nuestra conversación, tanto en el camino como en el *tambo* mismo, donde analizamos mútuamente cada incidente de nuestra ventura.

Ahí tuve un presentimiento de la trama que iba aún á urdir contra nosotros y dí parte á mi compañero. ¿Quién sabe, le dije, si este hombre pícaro no habrá enviado algún *chasque* (conductor á pié de correspondencia) á *Lambayeque* para causarnos molestias? Os aseguro que tengo esa idea firmemente. Bah! me dijo el andaluz, ¿creéis que tenga cara de quejarse siendo el único culpable? Querido, le respondí, hace cerca de cinco años que recorro este continente y he tenido tiempo de conocer el ascendiente y el respeto que se les tiene á los eclesiásticos; sé también cual es su poder; si tienen entre ojos á alguien, ese desgraciado está seguro de no escapar; he visto ejemplos y por consiguiente no encontraría extraño que éste nos jugara una mala pasada.

Soy de vuestro parecer, señor Flamenco, dijo entonces sonriendo la hermosa *Mariquita;* siempre he oído decir que esos señores, sobre todo en el país que estamos, son muy vengativos y hacen lo que quieren.

La llegada de la comida interrumpió nuestra conversación; estábamos á punto de sentarnos á la mesa, cuando se sintió un ruído de caballos. La curiosidad ó no sé que otro motivo nos impulsó á salir del *tambo*, para saber lo que era.

Siete hombres montados y con armas se presentaron á nosotros y el alcalde de la *Santa Hermandad,* que iba á la cabeza, preguntó al *tambero* si no tenía de alojados á dos hombres y una mujer; no vacilamos un instante en creer que era á nosotros a quienes buscaban y sin esperar la respuesta del posadero, preguntamos al jefe qué quería de nosotros. Señores, respondió este último, en nombre de la ley sois mis prisioneros y vais á ser conducidos á *Lambayeque.* ¿Y por qué motivo? repusimos unánimemente. Lo ignoro, señores, dijo el alcalde.

El subdelegado de *Lambayeque* solamente me ha dado vuestras señas y la orden de arrestaros; ahora, yo os intimo rendición y no os expongáis como lo habéis hecho en la última aldea.

¿Qué podíamos hacer contra siete hombres á caballo, armados con pistolas y sables y que nos prevenían de antemano que toda resistencia sería inútil? el partido más prudente, sin duda, era rendirse y fué el que adoptamos.

Los soldados para asegurarnos querían en absoluto amarrarnos y se ponían en vías de ejecutar ese proyecto, lo que nos dió una idea de los sufrimientos que íbamos á padecer. Nos opusimos vigorosamente á sus designios y echando mano á nuestras pistolas les anunciamos con toda la energía de hombres dispuestos á todo, que consentiríamos mejor perder la vida que venderíamos cara, á que nos ataran como criminales. Uno de ellos observó entonces

que nos podían conducir en libertad, siempre que fuésemos desarmados.

El alcalde nos dijo que bajo estas últimas condiciones, consentía en no atarnos; respondimos que queríamos tener los miembros libres y si consentía en ello, haríamos lo que quisieran. Nos dió su palabra. Entonces entregamos nuestras armas y en el acto partimos. *Mariquita,* solamente viajaba en mula, en la que se mantenía con mucha dificultad, y el andaluz y yo abríamos la marcha á pié.

A media noche llegamos á *Lambayeque* donde unas piezas con hojas de choclos y un cántaro de agua nos esperaban. *Mariquita* estaba un poco mejor alojada, aunque en prisión como nosotros.

El resto de la noche se pasó sin decirnos palabra, mi compañero y yo; conocíamos ya de donde provenía nuestro arresto. Nos acostamos, pues, con la imaginación muy agitada y no despertamos hasta rayar el día por el murmullo general de los habitantes. Nos levantamos para conocer lo que podía ocasionar esa reunión y lo comprendimos facilmente.

Las preguntas que se hacían mutuamente y que oíamos muy bien nos dieron á conocer que todo ese ruído era ocasionado por nuestra llegada.

¿Dónde están? preguntaban por todas partes. ¿Los han puesto en la sala grande con los demás presos? Nó, respondían algunos, están en los calabozos de la inquisición. A esta palabra inquisición, no lo oculto, temblamos.

El lector, sin duda, se acordará de la descripción

que he hecho de los sufrimientos que un desgraciado había soportado en *Lima*, por haber hecho bailar unos perros, y del poder ilimitado de ese tribunal, azote del género humano. Puedo afirmar que todos los horrores cometidos por la inquisición de España no son comparables á los que ese tribunal de sangre, ha hecho sufrir en América, donde la civilización no estaba tan adelantada.

Veía ya que íbamos á ser víctimas de la más negra calumnia, de la mentira más infame y de la más odiosa hipocresía; sin embargo, me consolaba la idea de la justicia de Dios que proteje la inocencia y me agradaba pensar en que El no dejaría largo tiempo el crimen impune y que pronto llegaría el día para nuestro injusto é infame acusador. No manifesté mis temores á mi compañero, por temor de afligirle más; pero como tenía talento y nada se le escapaba, por la cuidada educación que había recibido, se sentía más culpable que yo ante el santo tribunal y mucho temía los terribles efectos.

Eran las diez cuando oímos en el interior de la prisión un gran bullicio que nos inquietó un momento; temiendo que la superstición se mezclara y que el pueblo viniera á asesinarnos. Pero la llegada del conserje disipó nuestros temores Este hombre nos colocó cadenas en los piés, (es costumbre en este país poner cadenas en los piés al acusado de un crimen al presentarse delante del tribunal) y nos hizo entrar en una gran sala de justicia, donde estaban reunidos los jueces civil, criminal y eclesiástico,

El señor subdelegado de las dos primeras jurisdicciones fué el que nos interrogó. Preguntó nuestros nombres, apellidos, edad y patria: mi compañero dijo llamarse don *José María Angolle*, de 34 años de edad, natural de Córdoba, en la provincia de Andalucía. Llegado mi turno, respondí que me llamaba *Julián Echevarría*, de 35 años de edad, nacido en Flandes; pero que mi padre era de la Vizcaya Española. No creo necesario recordar aquí por qué disfrazaba mi nombre y patria; antes he explicado los motivos: me contentaré con agregar que era un gran crimen ser francés y que el conocimiento que se hubiera tenido de mi origen no habría hecho más que agravar mi odiosa posición.

El presidente nos hizo muchas otras preguntas, á las cuales respondimos lo mejor que pudimos; después tomando toda la majestad de un magistrado se expresó en estos términos:

«Señores, habeis tenido la audacia de golpear al señor cura de *Las Lagunas*, queríais quitarle su dinero, habeis osado blasfemar contra nuestra santa religión, cuando en vuestras declaraciones os declarais católicos; la quereis pisotear ¡miserables! ¿qué habeis hecho? Os voy á enviar á Trujillo á disposición del señor obispo, quien os hará pasar á *Lima* al tribunal de la santa inquisición, donde encontrareis el castigo de vuestros crímenes».

Esta arenga, pronunciada con el furor de un hombre prevenido y que nos daba á conocer toda la extensión de nuestra desgracia y nos hacía sospechar

una muerte segura y próxima nos amilanó algunos minutos; sin embargo, seguros de nuestra inocencia, rogamos á los jueces que quisieran oírnos antes de pronunciarse.

Todas nuestras súplicas fueron inútiles; por toda respuesta se nos dijo que en poco más partiríamos á *Trujillo.*

El conserje vino para conducirnos á nuestra prisión, nos quitó las cadenas, cerró la puerta con triple cerrojo, y nos dejó sin dirigirnos una sola palabra.

Nos paseábamos en nuestro calabozo de manera bastante divertida, guardando el más triste silencio.

¿Sabeis, me dijo por fin mi compañero, que la justicia en este país es bastante mal distribuída? Lo sabía antes que vos, le respondí, y la injusticia que se nos hace no me asombra. Pero, ¿creeis, me preguntó, que realmente nos conduzcan á la capital? A fé mía, le dije, sin ninguna dificultad lo creo. Pues entonces, prosiguió, estamos perdidos.

Hice los imposibles para envalentonarlo, diciéndole que no era preciso entregarse á la melancolía, que el hombre nacido para sufrir, que el que tenía valor se mostraba superior á los acontecimientos de esta vida; que el Ser Supremo velaría por nosotros y que no era preciso de antemano sucumbir en vista de la desgracia.

Como veinticuatro horas habían pasado sin tomar ningún alimento. Hice esta observación al andaluz y lo invité á tomar algo. Haced traer lo que os agra-

de, me dijo; aquí teneis oro (desató un cinturón en el cual había más de ciento cincuenta cuádruplos), que guardaréis para vos, pues en cuanto á mí, veo que ese oro me es completamente inútil. Lo consolé repitiéndole todas las cosas que dan ánimos puestas á su vista, cuando de pronto me dijo: ¿*Y mi pobre Mariquita*? dónde estará, qué será de esta desgraciada? Dejad á vuestra *Mariquita*, á un lado, le dije y obrad de modo que no os apesadumbres hasta el punto de perder las fuerzas; además todo lo que pueden hacer con ella es tenerla algunos meses en prisión y nosotros algunos años en los calabozos de la inquisición. Me fijé en seguida, que estas últimas palabras no habían absolutamente agradado á mi compañero y me sentí muy mortificado de haberlas dicho. Cambié, pues, la conversación, llamando al conserje, á quien le dí dinero para que nos procurase algún alimento; determiné á mi compal ñero á que comiera un poco, después de lo cua- adormeciéndole siempre con alguna esperanza halagadora, le entregué su dinero que él no quería aceptar, diciéndome que le era indiferente que lo tuviera él ó yo. Es verdad, le dije, ya que estamos juntos, pero yo mismo tengo algo á vuestra disposición; lo tomó en fin, y el resto del día se pasó tranquilamente.

En la tarde, el conserje al traernos provisiones para satisfacer nuestras necesidades, nos dijo que estuviéramos listos; que en poco rato más íbamos á ser transladados á *Trujillo* á disposición del señor

obispo. Eh! qué hará de nosotros? preguntó el andaluz. Lo ignoro, replicó, pero por nada del mundo quisiera encontrarme en vuestro lugar.

Es preciso confesar que esta respuesta no era muy consoladora para hombres, que á la sola idea de la inquisición, estaban de antemano semi-muertos.

Mi compañero continuó interrogándolo: ¿Y mi *Mariquita*, dónde está? Está allá arriba en una pieza hasta nueva orden, respondió el conserje, y cerrando la puerta tras él, hacía resonar los cerrojos con fuerza espantosa.

Tres noches habían trascurrido en esta forma, cuando al cuarto día se vino muy de mañana á abrir las puertas, la visita no era de las muy agradables; pero la esperábamos y no nos sorprendió.

Ocho hombres armados vinieron á amarrarnos los brazos tras de la espalda, nos subieron á caballo y partimos escoltados por ellos á *Trujillo*.

Si se hubiese tocado generala, es posible que no se habría reunido tanta gente como la que la curiosidad reunió delante de la prisión para vernos partir.

En tres días llegamos á *Trujillo* 43 leguas distante de *Lambayeque* y nuestro alojamiento era semejante al de este último lugar. Esperábamos con impaciencia el momento de presentarnos delante del tribunal de monseñor el obispo, para justificarnos, si monseñor se dignaba darnos audiencia.

Cuatro días habían pasado sin tener noticia alguna; mi compañero me dijo. ¿Sabe Ud. flamenco, lo

que pienso? Procurarnos tinta y papel y escribirle á Monseñor; le daré á conocer nuestra posición y nuestra inocencia. ¿Creéis, le dije, que el obispo no sabe que estamos aquí y no está al cabo del proceso? Que importa, me dijo el andaluz, una carta suplicante no puede hacernos mal. Haced lo que queráis, le respondí.

Llamó al conserje y le rogó nos suministrara, pagándole, lo necesario para escribir una carta. Este nos respondió que era algo imposible por que nos era prohibida toda correspondencia. Estamos bien, dije á mi compañero, quien de nuevo rogó al conserje nos procurara el objeto de nuestro pedido, protestándole que le pagaríamos lo que quisiera. Su respuesta á esta última proposición, fué, que no tenía necesidad de nuestro dinero excomulgado.

Le dije entonces para sondearle mejor: ¿Si os diera media docena de cuádruplos los recibirías? Yo ordeno que os calléis, replicó con tono brusco, y no me habléis más de esta manera y diciendo esto cerró la puerta y nos dejó en un estado aún más perplejo que á su llegada.

Aunque bien seguros de que no podríamos obtener de él el menor favor, nos aventuramos sin embargo, á reiterarle nuestras instancias cuando vino en la noche á traernos agua, según su costumbre; le agregamos que era para escribirle á monseñor el obispo con el cual queríamos justificarnos. ¿Por qué no me habéis dicho, replicó, que era con monseñor con quien queriáis comunicaros? por cierto que no

me habría negado y voy en el acto á suministraros lo necesario para este objeto.

El andaluz le dió un cuádruplo que aceptó con placer y sin curarse de si estaba ó nó excomulgado, y le rogó nos trajera también de comer. En efecto, momentos después nos hizo servir una hermosa polla asada, ensalada y dos botellas de vino, lo que, junto á la esperanza que teníamos del resultado de nuestra carta nos puso de bastante buen humor; mi compañero sobre todo, estaba enteramente cambiado; por fin, después de comer, tomó la pluma y escribió al obispo. Como era instruído y conocía la lengua á fondo, no le fué difícil explanar con estilo correcto todas las circunstancias que causaban nuestra desgracia y llamar así la atención de monseñor.

A la mañana siguiente, el conserje fué encargado de llevar la carta. En el momento de su partida, nuestra conversación fué una mezcla de conjeturas, ya halagadoras, ya desesperantes. Como á las diez, el conserje vino á hacerlas cesar y nos sumió, sobre todo á mí, en penosas reflexiones.

Este hombre con tono grave y misterioso dijo á mi compañero que lo siguiera á casa del obispo; ¿y yó, le dije, no voy también? No se trata de vos, repuso, por el momento no se trata más que del señor, os advertiré cuando llegue vuestro turno. Mi compañero me apretó la mano y partió con el conserje.

Héteme, pues, solo, entregado á las más lúgubres ideas; el porvenir no me ofrecía ningún consuelo; no

podía sin emoción, mirar la posición en que me encontraba, cada minuto me parecía un siglo; mi imaginación herida por los horrores de la inquisición, me representaba sin cesar los afrentosos tormentos que creía estarme preparados y que iba á sufrir.

Dos horas de ausencia de mi compañero me hacían creer en mi irremediable desgracia; presumía que se le había ya enviado á la inquisición y que mi turno no tardaría en llegar. Me quejaba de la injusticia de nuestra suerte sin prever ningún medio para evitarla. En esta horrible situación estaba, cuando oí abrirse la puerta de repente.

Era el andaluz, la alegría pintada en el rostro. Se precipitó hácia mí y apretándome con fuerza entre sus brazos: hermano mío, me dijo, estamos en libertad; salgamos pronto y vamos á una de las mejores casas de la ciudad donde os contaré todo.

Los efectos que la palabra *libertad* produjo en mí no son para descritos, aunque muy fáciles de concebir. De todo lo que fuí capaz, fué de seguir á mi compañero sin hacérmelo repetir por segunda vez y sin proferir palabra alguna.

Me llevó, pues, á una hermosa casa donde se nos sirvió un espléndido almuerzo, y entonces el andaluz me dió á conocer la casualidad milagrosa de nuestra libertad. Desde luego me dijo que el obispo era pariente suyo; que habiendo visto su firma, lo había mandado buscar en particular, para saber si no se engañaba; y que después de las aclaraciones que se habían dado, monseñor se declaró tío suyo

que después de hablar largo rato le dijo que habíamos sido muy felices en encontrar obispado en este lugar, pues, según el sumario del cura de *Lagunas* debíamos ser enviados á la santa inquisición de *Lima*, donde habríamos tenido mucho que sufrir, lo que ya no teníamos que temer, dados los lazos que los unían; que, además, él lo creía incapaz de las atrocidades y hazañas de que nos había acusado el cura; que monseñor le había, en seguida, ofrecido todo el dinero que necesitara y le había dado noticias de su hermano que estaba siempre en *Cuenca* y que, por fin, lo había recomendado en la casa donde estábamos; por todo el tiempo que estuviera en *Trujillo.* El andaluz, agregó, después de toda la explicación, que acordándose que yo debía estar con la más viva impaciencia, había rogado á su tío lo dejara salir para venir á buscarme, prometiéndole volver á verle más tarde, lo que le permitió dándole á besar su mano.

Dos días pasamos alegremente en la misma casa, en una alegría difícil de expresar; á cada instante aumentaba nuestra amistad y nos abrazábamos como dos hermanos todas las veces que hablábamos de nuestra separación,, que ámbos temíamos y no obstante era indispensable.

Para inducirme á que lo siguiera á *Cuenca* me hizo ofrecimientos que no podían ser dictados más que por la más sincera amistad. Para convencerlo del pesar que experimentaba por no poder aceptarlos, me fué preciso darle á conocer los asuntos de inte-

rés que me llamaban á Guayaquil y prometerle que una vez terminados iría á juntarme con él á *Cuenca.*

Nos separamos, pues, con verdadero pesar, el tercer día de nuestra salida en libertad.

¡Cuántas lágrimas inundaron nuestros rostros en el momento de la separación! ¡qué pintor bastante hábil, podría trazar el dolor que nos causó! Compañeros de larga caminata, víctimas inocentes de una detención tan injusta como arbitraria; unidos por lazos indisolubles de la amistad más pura, habíamos estado á punto de perder la vida en la flor de nuestra edad, por orden de un tribunal de horrible memoria; pero que el Cielo en su bondad ha destruído para siempre, en bien de la humanidad; ¿podíamos no tener el uno para el otro, esos sentimientos de ternura que caracterizan la verdadera fraternidad? ¡Qué dé reflexiones se presentaban á nuestro espíritu! ¡Cuán grande es la Providencia divina!, decíamos; cómo son adorables sus decretos! Sí, sólo á ella debíamos nuestra libertad, ella ha suscitado en el respetable obispo que viniera á romper nuestras cadenas.

Nos separamos, por fin después de mil besos de afección; mi amigo fué sin duda á libertar su Mariquita, prisionera en Lambayeque y por mi parte me puse en el deber de continuar el curso de mis negocios y de mis viajes.



CAPÍTULU XXVI

Nueva partida de Trujillo.—San Pedro.—Las Lagunas.—Eten.—Chiclayo.

Estando de nuevo en *Trujillo*, me ví obligado para ir á *Guayaquil* á recorrer el mismo camino que ya había hecho. No hablaré de Huanchaca, de la que he hecho la descripción; voy á hacer la de *San Pedro*, *Las Lagunas de San Pedro*, de *Eten*, de *Chiclayo*, aunque haya recorrido sucesivamente esos diferentes lugares.

San Pedro, gran aldea, muy poblada y muy comercial particularmente en harinas que envía á *Guayaquil* y á *Panamá*, está situada á dos leguas del mar y á veintidos de Huanchaca.

Sus alrededores son agradables y fértiles en trigo, maiz y muchos árboles frutales de América entre los cuales el *mamey* es excelente. Su fruto es grande como el melón y tiene más ó menos su gusto; si se pasa un poco de lo corriente es muy cálido, aunque

al comerlo parezca refrescante; su hoja se asemeja á la de la parra.

Hay gran número de parques en los cuales se encierra el ganado vacuno que se cria y con el cual hacen gran comercio.

Esta aldea tiene tres iglesias; la principal, sobretodo, está ricamente decorada; sus ornamentos son de estraordinario valor y las numerosas lámparas de plata que hay son de peso asombroso.

Es abundante en todo; el pan, excelente como el pescado y la carne que se encuentra en gran cantidad.

La plata circula mucho y todo en este lugar dá prueba de su riqueza.

Está atravesada por un riachuelo donde se han hecho canales para regar las tierras como en *Lima*, pues, no llueve jamas en el lugar.

La mayor parte de los habitantes en número de 1,500 más ó menos, son medios tributarios de caracter muy dulce; viven sobriamente: su alimento consiste en maiz cocido que le sirve de pan, pescado y chicha, allí mas espesa que en otras partes.

Las Lagunas de San Pedro, es un villorrio situado á orillas del mar y habitado por naturales del país; sus habitaciones son cabañas hechas de junco marino y la mayor parte se acuestan en el suelo sobre esteras del mismo junco; su alimento, en general es maíz cocido, pescado y *chicha*. Son muy diestros en la pesca que hacen de manera particular y que no deja de darles algunas entradas. Cazan mu-

chos lobos marinos: como en *Paposo* los despellejan para tener su piel; después de haberla curtido cosen varias juntas y forman una especie de colchón, pero cuya forma es tres veces más grande y redonda; para llenarlo de aire, tienen el cuidado de dejar en una de sus puntas un pequeño agujero que amarran bien con un cordel. Dos de esos còlchones se arrojan al mar, unidos el uno al otro en cada punta y el centro por lazos de un paso de largo. Los indios ponen un pié en cada uno de esos cholchones y navegan encima como sobre botes, conservando siempre el equilibrio; y pescando así echan sobre las mismas pieles el pescado á medida que lo cojen. Van á dos ó tres leguas mar afuera; pero el menor viento los hace volver á tierra; estas embarcaciones se llaman *balsas*.

Estas gentes están sometidos ciegamente al cura, más bien, es verdad, por temor que por cariño, al menos respecto al que estaba ahí cuando yo pasaba, pues los trataba del modo más cruel. Si se recuerda que era el mismo que quiso enviarme á la inquisición con mi amigo andaluz, no costará trabajo comprender cuán de compadecer eran los desgraciados que gemían bajo su tiránico poder.

De las *Lagunas*, fuí á Eten distante ocho leguas. Eten es un gran poblachón que tiene gran comercio con el puerto de *Guayaquil*; sus habitantes son en gran parte indios tributarios sumisos y laboriosos; fabrican hermosos cobertores de algodón, adornados con toda clase de dibujos, que venden hasta en vein-

ticinco francos; muchas esteras de juncos, muy finas de variados colores, de cien francos de precio; sombreros del mismo junco á cuarenta francos y cigarreras que se venden hasta veinticinco francos. El delicado trabajo y la extraordinaria boga de estos objetos les procura grandes entradas.

Los afueras de esta aldea abundan en cañas de azúcar, maíz, arroz, raices de manioca, batatas y todo lo necesario para la vida á excepción del trigo; lo que hace que el pan se venda muy caro. Además hay mucho ron de un gusto delicioso.

Hay un árbol llamado *palto* que tiene un fruto exquisito y singular. Este arbol se asemeja al manzano pero de hojas más grandes; produce una fruta de la forma de una pera grande y tiene una especie de hueso parecido á la castaña. Esta fruta se come con sal y pimienta como la alcachofa, cuyo gusto es parecido. El cocimiento de sus hojas es muy saludable; se le emplea con buen éxito en la curación de las inflamaciones.

Aunque el calor es excesivo en verano, el clima es sano, no llueve jamás; y por eso, para regar las tierras usan el mismo procedimiento que en *Lima*.

Después de esta población y á tres leguas de distancia se encuentra *Chiclayo*.

Chiclayo es una aldea bastante importante, que tiene mucho comercio de azúcar y algodón que cosecha, como también jabones de sus fábricas que surten en abundancia á *Lima* y *Guayaquil;* tiene otro no menos importante de tabaco llamado *desa-*

güe, que igualmente producen sus campos, consumido en su gran parte en otras provincias. Todos esos diversos artículos dan á la población inmensas entradas.

Hay en abundancia víveres; los alrededores están cubiertos de soberbios viñedos, de algunos árboles frutales de Europa y muchos otros de América, entre los cuales se distingue el palto.

La mayor parte de los habitantes son indios tributarios y mulatos, industriosos para el comercio y muy amables; las mujeres, particularmente las indias son muy hermosas y de carácter muy dulce.

El clima es el mismo de *Eten;* la población de *Chiclayo*, que no dista dos leguas de *Lambayeque*, es de cerca de 4,000 habitantes, comprendidos los de su jurisdicción.



CAPITULO XXVII

Lambayeque.—Morope.—Hechuras

Lambayeque, pequeña ciudad del Perú, capital de la provincia de ese nombre, tiene cinco grandes aldeas bajo su dependencia; situada á 40 leguas noroeste de *Trujillo* y á 155 de *Lima* y á dos del mar, está gobernada por un subdelegado y dos alcaldes.

Su suelo produce parras, cuyo vino se consume en *Guayaquil* y en otras provincias aunque no es de la mejor calidad, mucho arroz, algodón, cañas de azúcar y toda clase de excelentes legumbres, con las cuales se alimentan la mayor parte de los habitantes; hay también trigo y maíz, pero no en muy grande cantidad.

Las fábricas de cuero, jabón y tabaco son numerosas y tienen un comercio extenso y productivo; los cueros de lobos marinos, se preparan muy bien y se hacen soberbias cañas para las botas.

Las telas de Europa, tanto de lino como de algodón, son ahí muy estimadas, también la quincallería y joyería falsa; las indianas de lujo, sin ser de gran precio se venden bastante caras y tienen excelente venta; este lugar, en una palabra es muy ventajoso para toda clase de comercio.

En los alrededores se encuentran granadas de un porte prodigioso, con las que los habitantes hacen confites exquisitos que envían á otras provincias y les dan bastante buena venta.

La ciudad está dividida en tres partes, es decir, en tres barrios. El primero, que es el más hermoso, habitado por blancos; el segundo, más grande, por indios tributarios; y el tercero, por mulatos.

Lo que más me sorprendió en esta ciudad fué la manera cómo celebran las fiestas del Carnaval y las procesiones que hacen durante la Semana Santa; estas procesiones gozan de gran fama en el país y atraen una multitud desde 40 leguas de ahí. He aquí la manera como se celebra el Carnaval, que además de las diversiones ordinarias tiene otra de un estilo particular.

Los habitantes de ambos sexos y de la clase baja solamente, forman dos cabalgatas que se distinguen por divisas, una roja y otra verde; ambas se colocan en batalla y á la señal de ataque se lanzan una sobre otra arrojándose con toda fuerza, huevos llenos de agua de diversos colores ú otras cosas por el estilo; se atacan, se separan y se juntan maniobrando como en nuestras guerrillas; los jinetes se toman cuer-

po á cuerpo, y el público aplaude con gritos de *¡vivan los rojos! ¡vivan los verdes!* según que la suerte del combate, sea favorable á uno ú otro partido; pero si por desgracia uno de los combatientes ha formado el plan de dañar á uno de sus adversarios, no son entonces huevos los que se lanzan; son reemplazados por puñales y todos hombres y mugeres se baten á caballo, en las calles con el mayor encarnizamiento.

Paso ahora á las procesiones; he aquí como se celebran:

Se efectúan todos los días de Semana Santa; salen de la iglesia á las nueve de la noche y entran á la una de la mañana.

El Lunes se presenta la pasión de *Jesucristo*, pues cada día es diferente y representan variados asuntos.

La magnificencia de los ornamentos y la riqueza de los trajes, de los que asisten están encima de toda expresión y sólas, harían imponente la ceremonia, si en todas las calles por donde pasa la procesión, no se establecieran mesas cubiertas de viandas y licores que se venden con exceso durante su marcha á los que lo deseen por dinero.

Si se considera esta ceremonia como acto religioso, es muy cierto que esas mesas no debían aparecer, sobre todo durante días que se deben consagrar al ayuno y penitencia; pero esta costumbre no parecerá de ninguna manera extraña, cuando se sepa que la mayor parte de los que siguen las proce

siones, no asisten más que por mostrar la riqueza de sus trajes y las miran más bien como reuniones de placer que como ceremonias santas.

En cuanto á mí, confieso que esta costumbre la encontré muy singular, sobretodo en un país, donde se afecta interiormente una tan rígida vocación.

Los efectos que he visto producir por exceso de beber en muchos de los asistentes hacía que esas procesiones nocturnas parecieran verdaderas orgías, enteramente opuestas, sin duda, al fin que se proponían; sea lo que sea, no se podría hacer renunciar á los habitantes esta bizarra costumbre que siguen rigurosamente.

Lo que excitó no menos mi asombro es el traje habitual de las naturales del país ó indias.

Las jóvenes tienen de vestimenta una especie de pollera muy corta y una pequeña manteleta de *bayeta*, que se fabrica en el país; llevan los cabellos trenzados, amarrados en la extremidad con cintas muy anchas que dejan colgar á voluntad, y una especie de brazalete muy ancho, los unos de oro, otros de plata.

Las viejas por todo traje sólo tienen una especie, que aprietan debajo del seno y les llega hasta el tobillo; se colocan un cinturón alrededor del cuerpo, en vez de *mantelería* y llevan en el pescuezo un trapo del mismo género negro.

La población de esta ciudad es de 6,000 habitantes, de carácter altivo y perverso, pero generoso.

Los negros y mulatos se distinguen por su brutalidad. Hay muy lindas mugeres; pero en general son coquetas y se entregan como las de *Lima* á la bebida y al tabaco.

Los sombrereros y curtidores podrían prosperar en esta ciudad, la que abandoné para continuar mi viaje, y á cerca de cinco leguas encontré una población llamada *Morope*.

Esta población está habitada por indios tributarios y situada en un vallecito arenoso, los habitantes viven en cabañas, que consisten en estacas plantadas en la arena y cnbiertas de juncos marinos; solamente la iglesia tiene algún valor, es vasta y muy rica capaz de adornar una gran ciudad; es lástima que se encuentre en una población tan miserable.

Este país, produce maíz y muchas gallinas y cabritillos, que los habitantes llevan á *Lambayeque* y que es su comercio principal. Los naturales se alimentan con maíz cocido, cabritillos y pescado, y la chicha por bebida; pero preferible á la que he bebide en todos los demás lugares que he recorrido.

Los habitantes son suaves y sumisos y aunque no sean por naturaleza generosos lo son sin embargo, con el cura, al cual le llevan con regularidad todo lo que tienen de mejor; es tan venerado en esta población que los dos sexos ejecutan con ciega sumisión todo lo que él les pueda pedir.

Ahí fué, donde la casualidad me hizo conocer á los *oidores* ó jueces, de que hecho mención al hablar del puerto de *Callao*, y que eran enviados

Santiago de Chile por S. M. C.; también ahí, ellos me contaron el encuentro que tuvieron con el almirante independiente de *Buenos Aires* que los hizo prisioneros y el accidente que obligó á este último á ponerlos en libertad cerca de Guayaquil.

Celoso de dar parte al lector de todas las observaciones que he recogido en el curso de mis viajes, creo deber contar como se hacen los matrimonios; la costumbre usada en esta región lo es también en toda la provincia de *Lambayeque*.

Cuando los futuros esposos van a la iglesia á recibir la bendición nupcial, el padrino, que acompaña á la novia y la madrina al novio, están obligados, al entrar á la iglesia donde el cura los espera, á ponerse de rodillas y besarle la mano; las personas invitadas hacen en seguida lo propio. Hecho esto, el cura dice su misa y casa á los esposos después de comulgar. Terminada la misa, hace señal de que nadie salga y va á colocarse en la puerta de salida con su sacristán, con una gran bandeja de plata cada uno para pedir *limosna*, diciendo que si no la dan copiosa, Dios no los bendicirá en su enlace. Los pobres indios que creen todo lo que el señor cura les dice, hacen todo lo que pueden por contentarlo respecto á la *limosna*. Después de que los recién casados dan lo que está en su poder, el cura se dirige á los invitados, los que se ven constreñidos á dar algo; el día vale algunas veces doscientos pesos ó mil francos al buen pastor.

Concluída la ceremonia de la iglesia, padrino y

madrina van con algunos convidados á buscar al señor cura, para que éste honre la comida con su presencia; el cura, que no desea otra cosa, parece hacer alguna resistencia; pero concluye por decirles: que si va, es solamente por atraer sobre ellos la bendición del Señor. Parte, pues, con sus buenos indios, acompañado de algunos tañedores de guitarra, de una especie de caramillo hecho de caña y de un tamborcito parecido á los que se regalan á los niños. A lo largo del camino se tiran al aire *voladores* (especie de cohetes), gritando: ¡Viva el señor cura, que viene á honrar nuestro festín con su presencia! Llega por fin traído como en triunfo.

En seguida se sientan á la mesa, pero antes de comer se comienza por beber una copa de aguardiente de caña de azúcar; no hay más que una botella de vino y está destinada al cura. La simetría de la mesa y la comida tienen aquí que ocupar un lugar.

Se plantan en tierra grandes estacas, sobre las cuales se clavan tablas muy gruesas con tornillos de la misma madera, á falta de clavos.

Los asientos son fabricados del mismo modo; pero un poco más bajos; el mantel que cubre la mesa se compone de largos pedazos de algodón muy grueso, semejantes á negros estropajos de cocina; el asiento del cura es el único distinguido. El cubierto consiste en una escudilla, un plato y una cuchara de palo. La escudilla sirve para poner el maíz cocido en granos, sin lo cual la comida no sería completa. Ese día comen pan; cada invitado tiene uno de cua-

tro onzas de peso; por toda bebida, *chicha* que beben en un calabacito, llamado *pilcho*, de que ya he hablado.

Todos sus guisos consisten en arroz cocido mezclado con carne, mucho azafrán y pimientos rojos; tienen también una cantidad de conejos que ponen á asar y muchas aves; pero todo mal condimentado. En la mitad de la comida, el cura sentado en una extremidad de la mesa entre el esposo y la esposa, propone beber á la salud de los novios; los asistentes se levantan pronto gritando: *¡Viva el señor cura! ¡vivan los novios!* y beben á su salud, tirando al aire voladores; después continúa la comida. Por segunda vez se levanta el señor cura al fin de la comida y pasa la misma ceremonia,

Es preciso observar que el señor cura bebe siempre vino, mientras que los pobres indios no beben más que *chicha*.

Antes de retirarse de la mesa, todo el mundo abraza á los recién casados y los felicita; se pasa en seguida á una barraca muy grande y muy mal arreglada, donde comienzan los bailes después de disparar muchos voladores. El cura abre el baile con la esposa, con una danza que, sin ser de carácter se acompaña sin embargo muy bien con el sonido de los instrumentos y las voces; hacen toda clase de movimientos, más indecentes aún que los de que he hablado en el capítulo de Quillota.

Cuando la hora de la cena ha llegado, se sientan á la mesa medio ebrios sino lo están del todo. La

cena no es tan abundante como la comida; sólo el cura tiene carne y una botella de vino; los invitados, sólo maíz cocido y una especie de potaje compuesto de harina de manioco, arroz, azafrán y pimientos rojos, todo mezclado; y *chicha* que beben en abundancia.

Al fin de la cena el cura se levanta, y después de dirigir una pequeña exhortación á los recién casados, se retira; se le acompaña hasta su casa, siempre tirando voladores, cantando, gritando y bailando. Antes de entrar, dijo á los que le acompañaban que si él sabía que alguno saliera lastimado, le haría distribuír veinte azotes. Esos desgraciados dieron las gracias al señor cura por los buenos consejos que tenía á bien darles, y consagraron el resto de la noche en bailar, beber y en toda clase de excesos. Es muy raro que haya dificultades entre ellos y puedo decir que en general todos los indios son sumisos.

Partí de *Morope* para ir á *Heçhuras* y tuve que atravesar un desierto de 40 leguas de largo y 28 de ancho, muy incómodo y peligroso para los viajeros. Para hacer este trayecto, es preciso premunirse de las provisiones necesarias al viajero y á sus caballerías, pues el suelo de este desierto sólo se compone de ardiente arena y de una sal tan blanca como la nieve. Algunas veces se levantan huracanes tan fuertes que amontonan la arena y hacen desaparecer todas las huellas del camino. Como en toda su extensión no hay árboles, arbustos, ni aún una

brizna de yerba que puedan servir de indicios, las personas más habituadas á hacer este viaje se ven á menudo obligados á vagar de aquí para allá y son muy felices si se pueden reconocer después de una marcha, larga, penosa é incierta.

En 1816, dos correos se extraviaron y hasta ahora, se ha ignorado lo que fué de ellos. Personas que ahí se han perdido atestiguan cuan peligrosa de atravesar es esta vasta llanura; y los huesos humanos que se encuentran á cada paso, sin duda de viajeros infortunados, prueban con evidencia lo inminente del peligro que ahí se corre. El ardor del sol es además insoportable y es preciso para precaverse de sus ardientes rayos, levantar con pedazos de tela unas especies de tiendas encima de las monturas; también cuando la necesidad obliga á los viajeros á tomar algo, entierran estacas en la arena y las cubren con telas, como he dicho y así es como tratan de ponerse al abrigo de los ardores del sol; pero á pesar de todas estas precauciones se arriesga á ser sofocado por el calor que exhalan la arena y la sal.

No puedo concebir cómo las mulas pueden sufrir la sed durante tan largo trayecto, no encontrando lo mismo que el ginete, alivio sino en *Hechuras* de que voy á hablar.

Hechuras, población habitada por indios pudientes no ofrece nada de notable, á no ser la iglesia, bella y rica, que los habitantes han hecho edificar y que mantienen ellos mismos con magnificencia.

Esta población está situada á tres cuartos de legua del mar; la pesca es toda la entrada de los habitantes, quienes van á vender á *Guayaquil* y *Panamá* el aceite que extraen de los lobos marinos y pesca dos secos.

Su suelo no es susceptible de ningún género de producción; en otras partes obtienen lo que les es necesario en retorno del producto de su pesca.

Hay, sin embargo, en los alrededores, el *calabacero,* árbol que alcanza la altura del manzano y del mismo tamaño; su tronco es tortuoso, cubierto de una corteza áspera y gris. Este árbol sirve para hacer la mayor parte de los mueblecitos caseros de los naturales del país, y de los extranjeros que van á establecerse en esas regiones.

Su fruto que sirve para apagar la sed cuando hay necesidad, tiene el gusto del vino cocido; pero es astringente para el vientre cuando se bebe demasiado. Los habitantes pulen su corteza y hacen toda clase de dibujos que pintan con diversos colores; igualmente fabrican vasos en los cuales pueden beber y comer las personas más delicadas, sin repugnancia; hay aún curiosos que no desdeñan tenerlos en sus gabinetes como objetos de rareza; muchas personas las hacen adornar con oro. Estos vasos son muy curiosos y duran un tiempo indefinido; hay algunos que son del tamaño de una calabaza.

Las mujeres del país se visten de negro y llevan el cabello esparcido. Este traje y su hermosa cabe-

llera realzan mucho sus rasgos. Son muy supersticiosas y creen mucho en los hechiceros.

Después de haber estado algún tiempo en este lugar partí para *Piura*, donde tuve aún que atravesar un desierto de diez y seis leguas, tan desagradable como el precedente.



CAPITULO XXVIII

Piura.—Tumbez.—Paita.—Isla de la Puna ó Punada

Piura, pequeña ciudad, muy antigua del Perú, á 12 leguas sureste de Paita, está gobernada por un subdelegado y dos alcaldes; su principal comercio es el de algodón y de una madera de color amarillo que se vende para la *Serranía*, donde en cambio se provee de todas las provisiones que le son necesarias.

Está edificada sobre arenas; á pesar de que su suelo no produce más que lo que acabo de indicar es, sin embargo, bastante rica. Sus habitantes en número de 5,000, son atentos con los extranjeros, pero nó entre ellos, ya que á la verdad, por la menor disputa, mujeres y hombres se baten hasta el último, á cuchilladas y con puñales.

Aunque hace excesivo calor, el clima es muy sano; de muy lejos se viene por respirar el aire salu-

dable; no hay más que el río que atraviesa la ciudad y no es de gran recurso; sus aguas hacen salir coto á los que la usan para beber.

El lector me permitirá aquí que le dé detalles de una singular aventura que me sucedió á media legua de esta ciudad; podrá talvez reirse de mi susto, porque no tiene exacto conocimiento de los lugares; pero juzgará de otro modo, cuando mi relato lo haya instruído perfectamente y sepa que el peligro que corrí estaba fundado en reales temores.

Un día que me paseaba con un holandés, llamado Vandeis-Coop, establecido desde algún tiempo atrás en esta ciudad y con quien había trabado conocimiento desde quince días, oímos cerca de media legua de la ciudad, un grito lastimero que venía de un montón de piedras y de rocas, que rodeaban una pequeña fuente, situada á la orilla del río; nosotros no distábamos más de 15 á 16 toesas.

Al principio tomamos ese grito por el de un gato aprisionado entre esas piedras y escapado de una habitación alejada de ahí medio cuarto de legua. Al aproximarnos más á la fuente el grito me pareció ser de niño. Ese no es grito de niño, me dijo de repente el holandés, es de caimán. He oído á menudo semejantes; así, pues, continuó, es necesario volver sobre nuestros pasos, ya que no podríamos defendernos de un tan feroz animal Apostaría, añadió aún, que ese caimán ha puesto sus huevos en esas rocas. En cuanto á mí, que jamás había visto esos animales, le respondí que quería ver uno. Guardáos

muy bien de hacerlo, me dijo, retrogrademos lo más pronto posible, pues, si nos vé ó nos oye, somos al instante devorados.

Instruído de la ferocidad de este animal por lo que me decía el holandés, no me atreví á llevar mi curiosidad más adelante y tomamos el camino de la ciudad; pero apenas estábamos á tiro de fusil, Van-deis-Coop, exclamó: corramos pronto, seguidme ó estamos perdidos! En efecto, queriendo mirar detrás de mí, ví un grande y grueso caimán que corría en pos de nosotros. Habríamos sido presa de este animal anfibio si siempre hubiéramos seguido la misma dirección y no hubiéramos corrido á todo correr tanto por un lado como por otro, pues este animal, no puede volver su cuerpo sino con mucha dificultad á causa de su tiesura y pesadez: sin este modo tortuoso de huír, nos habría alcanzado, pues corre derecho tan ligero como una mula. Habiendo escapado así á su furor, fuímos á refugiarnos en la habitación que he mencionado.

Una vez que ahí llegamos ¿sabe Ud., me dijo mi compañero, que hemos escapado bien? Sí, le respondí, todavía sin aliento, y le preguntaba si estábamos en seguridad. Sí, sí, respondió el dueño de casa, que nosotros no habíamos visto aún; estais fuera del peligro que os amenazaba. Entonces nos creíamos seguros y el dueño nos invitó á subir á una pieza donde estaba con su familia y á tomar un poco de ron para aliviarnos. Aceptamos sus ofrecimientos con sumo placer.

Después de un momento de descanso, nos dijo riendo: que teníamos muy buenas piernas y que ciertamente éramos muy ligeros para correr. Sí, señores, nos dijo aún, vemos á menudo á estos animales perseguir á muchas personas; pero no he visto aún correr como lo acabáis de hacer. Después que nos vió bien descansados y seguros, nos dijo que esos animales eran muy peligrosos á la orilla del río y más aún cuando se encuentra en montones de piedra ó de roca donde ponen siempre sus huevos. El caimán, nos repitió, es un anfibio muy de temer, especialmente en las habitaciones cercanas al río; no hay semana que no devoren algunos negritos esclavos ó algunos animales domésticos. Ese monstruo es una especie de cocodrilo; es el más grande de los animales ovíparos; pues, algunas veces llega á veintitrés piés de largo y es tan grueso como el caballo, las escamas que cubren su cuerpo, resisten un mosquetazo; corta á un hombre por mitad del cuerpo y en seguida lo devora. Los negros, que son atrevidos, luchan con ventaja con esos animales para obtener la piel. Van á atacarlos en el agua, le introducen un pedazo de palo en la boca para obligarlos á tenerla abierta; y como este animal no tiene lengua se ahoga pronto. Dudo que los mercaderes que compran esos esclavos sean bastante atrevidos para exponerse á combates tan peligrosos contra un animal tan monstruoso. En cuanto á mi compañero y yo, nos guardaríamos mucho en medirnos con el que nos dió caza y que nos causó tanto terror.

Después de dar las gracias al dueño de la habitación por la buena acogida que nos hizo, volvimos á *Piura*, donde estuve cerca de cuatro días, después de los cuales partí para *Túmbez*.

Túmbez, á 60 leguas de Piura y siempre en el mismo camino, es una población donde hay muchos bueyes y cabras; hace gran comercio con su carne y sus cueros. La carne después de estar salada, se consume por los negros y mulatos esclavos, ocupados en las habitaciones, en el trabajo de caña de azúcar; los cueros se emplean en las numerosas curtimbres. El sebo que los habitantes sacan de los animales es para ellos otra rama de comercio y les dá grandes beneficios.

En los bosques que hay alrededor de esta aldea, hay muchos ciervos y leoncillos que no son de ningún peligro.

El terreno produce en abundancia legumbres y plátanos; los indios no se alimentan de otra cosa y sería raro encontrar á alguien en esta aldea que haya jamás probado el pan.

De ahí fuí á Colón.

Esta aldea muy rica y hermosa, á 20 leguas de la última, tiene entradas muy importantes aunque sus productos no parezcan de gran valor; consisten en ajos y cebollas; el ventajoso comercio que hacen con ellos les dá bastante holgura. Por tierra ó por mar transportan á *Paita* el agua que esta aldea necesita, lo que les produce bastantes beneficios.

Esta aldea está habitada por indios tributarios que

no viven más que de legumbres, plátanos y pescado que tienen en abundancia. Después de haber examinado bien los productos y las diversas relaciones que podía tener en este lugar me fuí á *Paita*. Este lugar, aunque aldea, merece un poco más de atención.

Está situado á la orilla del mar á 220 leguas noroeste de *Lima*; su puerto es el depósito general de todas las mercaderías que se embarcan para *Lima*, *Guayaquil*, *Choco* y *Panamá*.

El comercio es muy floreciente y aunque su suelo es estéril, las grandes relaciones que tiene con los lugares mencionados, le suministran recursos más que suficientes para aprovisionarse de todo; solo el pescado se encuentra en abundancia.

Las casas son de madera, de construcción sólida y blanqueadas con tierra.

Esta aldea es muy rica; el comercio hace circular mucho dinero; 1,200 habitantes, cuyos principios son muy originales, forman su población.

Las leyes de cada país forman las costumbres de los habitantes; pero como el clima puede tener también alguna influencia, tales leyes que podrían ser buenas en el norte de Europa no lo serían para América.

En cuanto á las jóvenes de *Paita* ellas se entregan solas y sin vergüenza á los hombres solteros, y aún son ofrecidas por sus padres al primero que llega; de manera que tal vez no hay una joven que llegue virgen al lecho nupcial. La única educación que reciben las niñas es la de tocar la guitarra, cantar

algunos versos divertidos é indecentes, beber y fumar.

Se encuentra en los alrededores de esta aldea, el *Guayabo*, árbol de 20 piés de altura y grueso en proporción; su fruto es del tamaño de una manzana común y de gusto delicioso; está coronado como el níspero y tiene más ó menos el sabor del melocotón; pero mucho más saludable; se le confita mucho. Su raíz es muy buena para la diarrea y por temperamento muy tónica; su hoja es de eficacia maravillosa como purgante.

En este puerto me embarqué para Guayaquil, distante 78 leguas y pasé por la Puna de la que voy á hacer la descripción.

La *Punada* es una islilla habitada, á la desembocadura del río *Guayaquil* (costa del Perú y á nueve leguas de la ciudad de ese nombre); esta isla abunda en cañas de azúcar, naranjas, limones y mameis; produce también un árbol aromático que los habitantes del país llaman *laurel*, de tamaño extraordinario; su corteza es amarillenta, pero tan hermosa que se diría que ha sido cepillada; es muy fina y de acre sabor; sus hojas tienen la forma de la del boj pero más grandes y redondas; cuando están secas tienen olor de clavo, el gusto de la canela y dejan en la boca algo de amargo muy agradable; sus habitantes la usan en sus guisos; su madera es la más dura, más llena y pesada de las de América; se va al fondo del agua como el plomo y no se pudre jamás; el corazón del árbol, es color violeta y se pule como el mármol; el cocimiento de sus raíces es muy esti-

mado; sirve para aliviar los dolores y para curar la parálisis y la hidropesía; el uso de esta bebida hace deshinchar y cura radicalmente á las personas atacadas de esta última enfermedad; igualmente la usan para enjuagarse la boca, y por fin, para curar el escorbuto más inveterado.

Esta isla es bastante rica por sus productos y por las entradas de su pesca que la hacía mantener un comercio bastante importante con *Guayaquil*; pero fué casi enteramente destruída por los independientes. Hay razón para creer que los habitantes se han ocupado en reconstruír sus casas y ella puede ser hoy día lo que era, por no decir más, antes de ese funesto acontecimiento.



CAPITULO XXIX

Guayaquil.—Daule

Guayaquil, cabecera de la provincia de ese nombre, es una ciudad hermosa, rica y comercial; está á 298 leguas más ó menos noroeste de *Lima* y á 9 del mar; está situada sobre río ancho, rápido, navegable que tiene flujo y reflujo y que lleva su nombre; cuatro fuertes construídos en sus orillas defienden el paso del río; el primero, á 5 leguas distante de *Guayaquil*, es *Punta de Piedra*; los demás están cerca de la ciudad.

Su puerto, que es más ó menos por el estilo del de Burdeos, aunque á la verdad, no tan bien pavimentado y conservado, ofrece desde las seis hasta las diez de la noche el más hermoso golpe de vista; durante esas horas están abiertas las tiendas y almacenes situados en el puerto y forman una especie de calle, donde hay toda clase de mercaderías; el calor solo permite en esas horas el libre comercio.

Hay en la ciudad una patrulla por el estilo de la de Lima que ejerce la misma vigilancia, una aduana, un comisario de marina y un tribunal de comercio.

Está gobernada por un brigadier de ejército, que en ese tiempo era el señor de Mendiburu, hombre déspota, que cometía muchas faltas en la administración de justicia y que no la ejercía sino según sus caprichos é intereses. Este gobernador es el mismo que, junto con los oídores, fué tomado prisionero por el almirante independiente.

La ciudad depende de *Lima* en lo temporal, y es sufragánea de *Quito* en lo espiritual. Las iglesias están ricamente adornadas, aunque, como arquitectura no ofrecen nada de notable. Las casas, en general son de hermosa construcción; la madera de que están edificadas es muy dura y de gran solidez; son de dos y tres pisos, y las calles que la forman, son anchas, alineadas y bien pavimentadas; todas tienen aleros bien tenidos, bajo los cuales se puede dar la vuelta á la ciudad sin mojarse, ni ensuciar el calzado. Esta uniformidad general, además de servir al bien público, embellece mucho á la ciudad.

La mayor parte de los habitantes pobres viven en el río; construyen especies de casas llamadas *balsas*, que hacen del modo siguiente: juntan varias grandes tablas de madera esponjosa unas con otras, de la misma manera que nosotros hacemos nuestras almadías y las cubren con planchas; plantan en seguida unos postes sobre los cuales colocan el techo, com-

puesto de hojas de plátanos ó de cocos, y viven allí como en una casa; hay *balsas* que tienen un piso superior y que cuestan hasta 3,000 francos. Se las coloca separadamente unas de las otras y forman una especie de calle y los que las habitan no tienen necesidad de venir á tierra á comprar sus provisiones, porque encuentran bastante entre los que hacen el tráfico de ellas. Esta clase de habitaciones es muy curiosa de ver, sobre todo en la noche, al fulgor de las antorchas.

Los productos que suministran los alrededores de *Guayaquil*, hacen muy floreciente á la ciudad y le dan gran fama; el comercio se extiende á bastante distancia.

El *cacao*, de calidad superior, es buscado por todas las demás provincias de América y por las de Europa. El tabaco y algodón que se cosechan son igualmente excelentes; estos tres artículos unidos á las numerosas fábricas de cueros, que son muy estimadas, producen á la ciudad inmensas entradas.

Hay también un junco muy fino y de un brillante color amarillo, que se trabaja con mucha delicadeza; se hacen soberbias esteras, que valen hasta 150 francos y hamacas que se cuelgan para tomar fresco al precio de 80 francos: cada casa tiene tres ó cuatro. Además se venden sombreros al precio de 40 francos. En general todos los ramos del comercio contribuyen á que sea la ciudad rica y brillante.

Sus alrededores son fértiles y rientes por la variedad de frutos de que están cubiertos. Las naranjas,

de porte extraordinario y de gusto exquisito son tan abundantes que se dan un ciento, por la menor moneda, que, como lo he dicho, corresponde á seis centavos de Francia.

Una de las cosas curiosas de esta ciudad, es la procesión del día de *Corpus Christi*.

Las riquezas que se ven en las calles por donde pasa, son superiores á toda ponderación; las magnificencias de los numerosos altares son dignas de llamar la atención y dará á conocer fácilmente la opulencia de la ciudad. Todas las artes rivalizan en su ornamentación; cada una trata de sobrepasar a la otra, por la vanagloria de hacer mayor sacrificio. Los negros y mulatos hacen los suyos en particular y todos son tan hermosos que no sería fácil discernir el premio.

Desde la víspera de la fiesta y al entrar la noche, el camino que la procesión debe seguir al día siguiente, está iluminado y cubierto de alfombras. Todos los habitantes acuden en multitud á pasearse ahí.

Los bailes y diversiones de toda especie, comienzan entonces y continúan toda la noche hasta el día siguiente á la entrada de la procesión. Por delante y en torno de cada altar, se baila, se gritá, se salta, se come y se bebe tan libremente como en la taberna y no se cesa más que el momento en que se expone el Santísimo Sacramento. No creo que en ninguna parte, esta fiesta se celebre con más solemnidad y fausto.

El lujo, para esta procesión es general en todas las clases de habitantes, y cada uno, según su fortuna, trata de procurarse algo de nuevo. Los de primer rango, principalmente se distinguen, como es natural y hacen todos los años gastos excesivos, para el traje de un solo día; pero las damas sobrepasan á los hombres en elegancia y en el valor de sus adornos, ya que el orgullo es la base del carácter de ambos sexos.

Es preciso confesar que, en general, son hermosas, y visten con mucho gusto. Su tocado de cabeza, es decir, de las de primera clase, consiste en sombrero muy fino que les sienta á maravilla; se asemeja por su forma á los que los hombres usan en Europa, y por mejor decir, en Francia; están adornados con perlas, cadenas de oro, trenzas de plata, cintas y penachos como los de las mujeres de *Lima*. No haré la descripción del resto de su tocado: es análogo á la riqueza de los sombreros.

He dicho ya, que los habitantes eran orgullosos; no he avanzado nada de más; su carácter tiene gran afinidad con el de los habitantes de *Lima*. Aunque las mujeres de *Guayaquil* están llenas de presunción y tienen desmesurada inclinación por los excesos, la bebida y el tabaco, no tratan de engañar como las de *Lima;* no usan puñal en la media para servirse de él en caso de necesidad, aunque el uso de la navaja de afeitar sea igual; pero, en fin á pesar de su excesiva vanidad y lo irregular de sus costumbres son

muy preferibles á las de *Lima* y no son tan perversas como éstas.

Las campiñas de *Guayaquil,* están cubiertas de árboles muy apropiados para la marina; sirven para construír hermosas embarcaciones de tres palos, lindos bricks y soberbias golètas, que se trabajan al abrigo del mal tiempo. Entre esos árboles hay muchos tamarindos, cuyo fruto purgativo es muy útil en farmacia. Este árbol es de tamaño enorme, da mucha sombra y forma una especie de paseo muy agradable en torno de la ciudad.

Los bosques están llenos de tigres, leones, ciervos, grandes monos de dos ó tres colores diferentes y de gran número de aves, especiales del país, entre las cuales se distinguen los papagallos por la diversidad de su plumaje. Hay además un ave enteramente raro y que no he visto más que en *Guayaquil.*

Tiene la forma de un pato de corral, pero su pico y plumaje muy diferentes. El pico es de cinco pulgadas de largo y de color negruzco y amarillo; la cabeza es variada con los mismos colores; la parte superior del cuerpo, color de ceniza, el vientre blanco, y la cola roja y verde y muy larga; su grito se asemeja á la voz de un niño que empieza á hablar, y pronuncia muy claramente: *dios te dé*, *dios te dé*, *dios te dé*, palabras que en francés significan *Dieu te donne*, *ou t'en donne*, que repite tres veces. No varía jamás este grito y pronuncia siempre las mismas palabras con el mismo tono. Este animal se domestica fácilmente y es muy fácil de alimentar; come todo lo

que se le presenta. Tiene una gran virtud: si se frotan los bocios con su pico, se curan en pocos días.

Este país es extremadamente cálido y la lluvia que cae en abundancia durante el invierno no refresca la atmósfera al contrario, las aguas pluviales hacen exhalar de esta tierra tan seca un calor sofocante; mas dificil de soportar que el del verano.

Está, también sujeto á los temblores que se dejan sentir y son espantosos. Hubo uno en el mes de Septiembre de 1815 que hizo sonar las campanas durante dos minutos i derribó gran parte del convento de San Agustín. Creo que si las casas hubieran sido edificadas con piedra y ladrillo, este temblor habría derribado más de la mitad; y para estar en buenas condiciones de poder juzgar este acontecimiento, es preciso haberse encontrado como yo en esa época y haber oído los gritos lastimeros que los habitantes lanzaban al cielo. Hubo personas que vieron abrirse la tierra y que el terror los hizo lanzarse al agua.

Sin estos terribles acontecimientos, la estadía en *Guayaquil* sería de lo más agradable. Es un país excelente, donde nada falta; con sus ricos productos, se provee en abundancia de los que le son extraños. Sus habitantes en número de 20,000, gozan de todo lo que pueden desear; es precisamente lo que les hace tener tan gran vanidad; sin embargo, en medio de sus goces, experimentan incomodidad por el calor del clima.

Algunos insectos venenosos vienen también á in-

comodar en las casas. Hay un reptil llamado en el país *salamanqueja* que es muy peligroso; tiene la forma de un lagarto pequeño y lleva el veneno en las uñas. La sutileza de este animalito y la actividad de su veneno, obliga á tomar contra él grandes precauciones, sobre todo cuando se trata de acostarse.

Se visitan todas las noches los departamentos, especialmente las camas en las cuales ellos se introducen y donde á pesar de todo siempre se encuentra alguno.

Su picadura es mortal y es raro quien salve de ella.

El escorpión es igualmente muy común. Cuando hacía la visita de mi cuarto, mataba á menudo doce ó catorce. No es tan peligroso como la *salaman queja*.

He sido picado por él, como otros, y sané por medio de ajo y tabaco aplicado á la picadura. El único mal que se siente es un embotamiento de los sentidos y la privación de la palabra durante veinticuatro horas; pero pasado ese término se puede ocupar tan libremente como antes en sus negocios; y si se tiene el cuidado de emplear inmediatamente el remedio, que indiqué, el veneno no produce efecto alguno.

Hay tantos otros insectos incómodos en ese país, que los habitantes se ven obligados á formar anfiteatros sobre grandes pilares, encima de los cuales colocan tierra para su jardinería.

Los artistas, obreros, cualquiera que sea su profe-

sión, hacen muy buenos negocios ahí, los peluqueros sobre todo, pues estos señores piden un franco por hacer la barba y un peso por el corte del pelo.

Por fin, dejé *Guayaquil* y me fuí á *Daule*, gran aldea, situada en la orilla del mismo río, á 12 leguas de ahí. Esta aldea es muy comercial con su cabecera á donde se trasportan sus excelentes y fértiles productos de algodón, tabaco y melaza para ser embarcados.

Produce también toda clase de legumbres y muchas especies de plátanos que venden muy barato y que hace para los habitantes, las veces de pan. Muchas de las frutas de América, entre las cuales se encuentra la *piña*; esta fruta, á mi parecer, es superior á todas las demás por su bondad: tiene exactamente la forma del fruto del pino y es del tamaño de un melón chico; su corteza es tierna como la cáscara de pera, pero más difícil de pelar y lo que contiene es dulce, jugoso, realzado por una pequeña acidez y un perfume tan agradable como el de la fresa.

Los habitantes la comen con vino y azúcar; confitada, se envía mucho á Europa; si se exprime el jugo se hace una bebida muy refrescante. La bondad de esta fruta es tal, que los enfermos, cualquiera que sea su estado, pueden comerla sin el menor peligro.

En los alrededores de la ciudad hay una yerba muy útil que se deja secar y sirve como el té; es estomacal y produce los mismos efectos.

Hay un animal que se asemeja bastante al zorro;

pero tiene la cola más corta y el hocico más aguzado; es más vivo y no tan salvaje; es bellaco cuando come y se arroja con furor sobre los que quieren incomodarle. Gusta mucho de los huevos de gallina; pero como no tiene el hocico bastante rajado para asirlos, trata de quebrarlos, arrojándolos al aire, arrastrándolos por tierra ó por cualquier otro modo; si encuentra entonces alguna piedra cerca de él, la vuelve la espalda y alargando las piernas de atrás, toma los huevos con las patas delanteras, los empuja con todas sus fuerzas debajo del vientre hasta que logra romperlos contra las piedras; caza no solamente á las ratas y ratones, sino también á las serpientes, de que es mortal enemigo, á las que coge diestramente de la cabeza sin recibir herida alguna. Igualmente caza toda clase de reptiles. Por esto se la apresa con tanto cuidado y placer. Se llama *chonquia* en el país.

Hay también en esas regiones una ave muy curiosa que se llama *agamia;* se diría que la naturaleza al crear este animal lo ha dotado de un instinto particular para ser el compañero y amigo del hombre; es tan fiel como el perro, pero más celoso de las caricias del amo, las que no quiere compartir con los demás animales ni con las personas; á la hora de la comida, llega sin ser llamado, no falta jamás y si vé perros ó gatos se lanza sobre ellos, no dándose reposo hasta haberlos arrojado á picotazos.

Si alguna vez el amo distingue á alguno de los negros ú otros domésticos ó que estos se le aproxi-

men, pasa por debajo de la mesa y se va sobre las piernas desnudas de esas pobres gentes como lo hace con los perros y gatos.

Este pájaro marcha y corre más que vuela; el plumaje del lomo y de las alas es variado; el pescuezo amarillo y la cola de un verde muy claro.

En fin, hay en ese país un insecto muy incómodo llamado *nigua*, mucho más pequeño que la pulga, pero no salta y anda siempre en el polvo sobre todo en los sitios desaseados; se introduce en la planta de los piés y penetra aún entre la carne y la uña de los dedos pulgares; pincha tan sutilmente la piel, que se introduce sin que se sienta y solo le llama á uno la atención cuando comienza á causar picazones.

Al principio no es difícil librarse de este insecto; pero si ha introducido siquiera la cabeza en la primera piel es preciso sacrificar las partes vecinas, para que pueda soltar; de otra suerte atraviesa la epidermis y ahí pone sus huevos; entonces se le destruye con gran trabajo y á pesar de todas las atenciones, algunas veces se está obligado á cortar la carne ó aplicar caústicos para hacerle salir enteramente. Es preciso tener cuidado de no mojarse cuando se está atacado por este insecto, pues al instante se hinchan todas las partes del cuerpo; para curar la llaga que ha ocasionado se emplea grasa de la oveja ó ceniza caliente de tabaco mascado.

Los bosques vecinos á la ciudad están llenos de los mismos animales salvajes que los de *Guayaquil*

y el río á la orilla del cual está edificada, infestado de cocodrilos.

Este país es muy caluroso y los habitantes en número de 1,500 son en su mayor parte negros y mulatos y tan altivos como los de *Guayaquil.* Como éstos también se entregan á la bebida, sobre todo de ron que es muy abundante á causa del gran número de cañas de azúcar que ahí se cultivan.

Después de terminar mis negocios en ese lugar partí para *Santa Lucía.*



CAPÍTULO XXX

Santa Lucía.— San Morondón.— Las Bodegas de Babayo.— La Sábana.— Camino real.

Santa Lucía, gran aldea muy comercial, está situada á seis leguas de Daule, á la orilla del mismo río. Sus alrededores suministran el mejor tabaco de la provincia; se cosecha también mucho algodón y caña de azúcar con la que los habitantes hacen ron

Estos tres artículos producen grandes entradas al lugar y le hacen mantener activo comercio con *Guayaquil*, mediante lo cual los habitantes se proveen de los productos que le son extraños.

Los campos son encantadores y cubiertos de naranjos, limoneros y otros árboles particulares al país; sobre todo se distingue el *guanábano*, grande y hermoso árbol que tiene un fruto muy excelente, ordinariamente del tamaño de un melón común y á menudo del porte de la cabeza de un niño. La corteza de esa fruta es verde y la carne muy blanca y se deshace en

la boca tan fácilmente como la crema de leche, tiene grandes pepas negruzcas y es muy refrescante.

El calor es excesivo en este lugar y la lluvia lo aumenta como en *Guayaquil* y entonces los reptíles llegan hasta las casas y los lechos.

Esta aldea está infestada de culebras de porte extraordinario, escorpiones, salamanquejas, y de un número prodigioso de insectos dañinos que obligan á los habitantes, casi todos mulatos y cuarterones, á conservar sus jardinerías en anfiteatros.

Volví de *Santa Lucía* á *Guayaquil*, de donde partí para *San Morondón*, aldea que dista ocho leguas y situada en un brazo del mismo río, pero del lado opuesto á *Santa Lucía*.

Todos los habitantes de esa aldea, á excepción del cura, son negros ó mulatos y no tienen otra ocupación que la piratería.

Usan piraguas, especie de botes pequeños, hechos de un sólo árbol ahuecado y planos por debajo, de un tamaño para contener veinticinco hombres, con los cuales recorren el río y se colocan á la pasada de los mercaderes que van de *Quito* ó de la *Serranía* á *Guayaquil* para hacerles compra. Los roban y los asesinan si son ellos más fuertes y les quitan el dinero que en seguida gastan con tanta facilidad como lo han adquirido.

Esas gentes, sin embargo, se alimentan mal; en general no comen más que raíces y plátanos; algunas veces, y solo cuando han salido con éxito en una expedición, se regalan con carne y pescado.

En las afueras se encuentra una infinidad de árboles de muchas clases, entre los cuales, los *cocoteros* se particularizan y de los que los habitantes podrían sacar gran provecho si no fuesen tan perezosos é inclinados á la piratería.

No se puede resistir el calor de esta región; los insectos venenosos existen en gran número; para librarse de ellos los habitantes se ven obligados á dormir fuera, en hamacas de junco suspendidas entre los árboles.

Las Bodegas de Babayo, á ocho leguas de *San Morondón*, es igualmente una aldea muy grande y comercial tanto con Guayaquil como con la *Serranía de Quito*. Su posición la favorece mucho. Como es una de las primeras y de las más fuertes poblaciones, que los habitantes de la provincia de *Quito* encuentran, al entrar en la de *Guayaquil*, depositan ahí sus mercaderías en cambio de las que traen de la otra provincia, lo que hace que sea el depósito de ambas.

Los mercaderes, sobre todo los de la *Serranía* hacen grandes compras de los artículos que les falta y pagan en dinero sonante ó con otras mercaderías que llevan.

Esta aldea produce mucho algodón, tabaco, caña de azúcar, de las que obtiene grandes beneficios; produce igualmente arroz; pero no en tan gran cantidad.

El clima es muy malsano para los extranjeros, á causa del gran calor que ahí reina, lo que atrae en los alrededores muchos leones y tigres.

Los cocodrilos son también muy comunes; se les vé con frecuencia á la orilla del río, donde se encuentran muchos huevos que sólo los comen los negros.

Esos animales hacen grandes perjuicios y se cazan con tiros de fusil; se trata de matarlos para obtener sus dientes con los que hacen diversas obras que adornan con oro y plata y venden á precio muy subido.

Los habitantes del campo son altivos y de violento carácter; pelean entre ellos á puñaladas ó con cuchillo, á la menor dificultad.

Esta aldea situada á la orilla del río, está muy sujeta á inundaciones. En tiempo de borrasca, cuando las lluvias caen en abundancia, las calles se encuentran de tal manera inundadas, que los habitantes se ven obligados á ir de una casa á otra en pequeños botes y solamente la iglesia que se encuentra en una colina elevada, no está sujeta á esta inundación.

Los habitantes en número de 1,800, en gran parte negros ó mulatos, están gobernados por un *teniente*, que tiene la misma autoridad que un juez de paz, y dos alcaldes.

De esta aldea me dirigí á *Quito;* el camino que conduce á esta es muy peligroso á causa de los insectos y diversos obstáculos que se encuentran y los que daré á conocer en el curso de este relato. Seguí el camino que voy á mencionar.

De *las Bodegas* fuí á dormir á un villorrio llama-

do *Sábana*, situado en mitad de una vasta llanura cubierta de pastadas; pero como no había nada notable de observar en este lugar, continué mi camino al día siguiente muy temprano para poder llegar en la tarde á *Camino Real*, edificado en un cerro elevado.

Hice un trayecto tan difícil como peligroso; primeramente me fué preciso franquear gran número de precipicios antes de llegar á la cima de la roca sobre la cual está edificado este villorrio; en segundo lugar, tomar precauciones para defenderme de los reptiles é insectos venenosos que infestan el camino y hacen la marcha extremadamente penosa. Puedo asegurar, que de todos los lugares que he recorrido hasta aquí, no he encontrado ninguno más peligroso y confieso que me puse muy contento cuando llegué á *Camino Real*.

Este villorrio no está habitado más que en verano; los habitantes se ven obligados á abandonarlo durante el invierno á causa de la gran cantidad de nieve que los tragaría. Durante la estación habitable, tienen gran comercio con los pasajeros de *Guayaquil* á *Quito* ó de *Quito* y la *Serranía* á *Guayaquil*; el beneficio que les da ese comercio basta para su sostén, hasta que el rigor del tiempo los obligá á abandonar sus casas y á retirarse bajo un clima más benigno.

Las fatigas que me hizo experimentar un viaje tan penoso, me obligaron á tomar algunos días de reposo, después de los cuales continué mi camino á San Miguel de la Chimba, primera aldea que se encuentra al entrar á la provincia de Quito.



CAPÍTULO XXXI

San Miguel de la Chimba.—Guaranda.—Los grandes Chimborazos.—Mocha.—Ambata.

San Miguel es una aldea habitada por indios que conservan siempre su idioma *inca* y están gobernados por un cacique, bajo las órdenes del cura.

La fertilidad de esta aldea haría creer que se está en Europa, tanto se asemejan sus productos á esta parte del mundo; el trigo, maiz, avena, garbanzos, habas, frejoles y generalmente las legumbres se producen en abundancia y se hace con ellas un comercio muy importante y lucrativo; el pan que se come es hecho de una mezcla, en jeneral, de patatas y avena. Igualmente hay mucho ganado vacuno; los ciervos existen en gran número y los indios son muy ardorosos en su caza; comen su carne y venden á los viajeros los cueros que obtienen, los cuales sirven para preservarse del frío y de la lluvia, que es muy frecuente en esas regiones.

Las aves de corral existen en gran cantidad; una gallina no cuesta más que real y medio. Su suelo es tan fértil que hacen tres cosechas al año, es decir, una de maiz y dos de patatas. Por la más pequeña moneda se dan dieziocho huevos y hay una cantidad prodigiosa de conejos que se venden á razón de seis centavos la pieza.

El carácter de estos indios es humilde y afable. De esta aldea partí á las poblaciones de *Guaranda*.

Guaranda, cabecera de las poblaciones de este nombre, está situada en un vallecito y rodeada de montañas muy elevadas y cubiertas de nieve; la posición es encantadora y pintoresca.

Los habitantes de toda la jurisdicción son en número de 17,000; la mitad paga cada año un tributo de treinta y cinco francos por persona; si entre ellos se encuentra alguno bastante infeliz que no pueda pagar esa tarifa arbitraria, el corregidor que manda en jefe esta población tan numerosa lo reduce á prisión y le hace vender lo que tiene á fin de que pague. Los juicios de este magistrado son absolutos é inapelables, y los habitantes no tienen medio alguno de eludirlo. También él prevarica y comete muchos absurdos en la administración de la justicia que le está confiada y que distribuye más por capricho y prevención, al menos en mi tiempo, que con conocimiento de causa. Podría probar con ejemplos lo que digo, pero en vez de fatigar al lector con este detalle, creo que es más esencial hablar del lugar de que escribo.

Este país abunda en cereales, patatas, coles y cebollas. La carne, especialmente de cordero, es muy buena y en gran cantidad. Hay también mucha ave de corral. En una palabra, los víveres son excelentes y copiosos. Todos los días de fiesta hay importantes mercados de cereales y gruesas telas de algodón ú otras semejantes.

A un cuarto de legua y antes de llegar á *Guaranda* hay un puente formado por la naturaleza, por el estilo del del *Inca* de que he hablado; en los alrededores del cual se encuentra gran número de plantas medicinales que se envían á *Lima* y *Panamá.*

Partiendo de este lugar para ir á la jurisdicción de *Ambata* me ví obligado á atravesar una montaña, en todo tiempo cubierta de nieve, y la más elevada de la cordillera: se la llama el *Gran Chimborazo.*

El camino que se está obligado á seguir es muy penoso y si a lsubirlo se fijan las miradas hacia abajo, se ven abismos por todos lados. Cuando se ha ganado la cima y se cree llegar al término de sus fatigas y no tener más que descender para llegar á la aldea, ordinariamente se ve asaltado por un viento impetuoso, acompañado de un norte glacial; no solamente los viajeros tienen trabajo para soportar la violencia, sino que aun detiene á las mulas en su marcha, las obliga á retroceder y las arrastra á los precipicios, donde quedan para siempre sepultadas con los tesoros que conducen. El infortunado mercader se ve así arruinado en el momento mismo en que

creía que la fortuna iba á resarcirlo de sus viajes y trabajos.

No obstante fuí bastante feliz por no haber experimentado ningún accidente y salí de esas montañas, no habiendo sufrido otras molestias que las inevitables en un viaje tan espinoso.

Cerca del camino que conduce á la montaña corre un arroyo, cuya profundidad no puede sondear la vista sino con espanto; se dice, que contiene cosas tan curiosas como ricas, pero que no se pueden sacar dada la reconocida imposibilidad de bajar á esos abismos; las numerosas tentativas que siempre se han hecho han sido infructuosas. Lo que hay de cierto es que se distingue en el fondo de su agua trasparente una cantidad de piedras encantadoras; se ven de todos los colores, que brillan en las aguas como esmeraldas y rubíes.

Por poco claro que sea el tiempo, esta montaña se distingue fácilmente de Guayaquil, aunque la distancia sea de treinta y seis leguas; es donde la ciudad saca la nieve para los refrescos.

Bajé esta montaña para ir á una aldea llamada *Moche* que dista seis leguas.

En el camino se encuentra con otro puentecillo formado por la naturaleza y debajo del cual pasa un riachuelo que nace en el *Chimborazo.* En 1810, se libró una sangrienta batalla entre realistas é independientes, en la cual los primeros batieron completamente á sus adversarios.

Dos leguas antes de llegar á la aldea se ven pas-

tadas muy hermosas, campos cubiertos de toda especie de cereales.

La carne es ahí buena y muy barata.

La población de esta aldea es de setecientos habitantes, que, en general, son muy interesados; los viajeros pagan siempre muy cara la noche que están obligados á pasar ahí y además, es preciso que vigilen atentamente sus mercaderías; porque, la verdad, esos habitantes no dejan escapar ocasión para robar lo que encuentran.

Ambata, á ocho leguas de *Moche* y á veinticuatro al sur de *Quito*, es una ciudad bastante grande, situada en un país fértil en trigo, en maíz de cinco ó seis variedades y que se cosecha dos veces al año, en avena, legumbres y frutos de Europa de todas clases; las fresas sobre todo, son abundantes, de gusto exquisito y del tamaño de un huevo de paloma; el maní ó pistacho, de que he hablado, se cosecha en abundancia, así como otras frutas de América, muy refrescantes y cubiertas de largas y agudas espinas, que en el país se llama *tuna*.

Hay también mucho ganado vacuno y especialmente muy hermosos carneros; la carne de estos últimos es de calidad excelente y la lana que se obtiene y se trabaja en el país es muy bella.

Situada en una encantadora llanura, rodeada de montañas, esta ciudad es tan agradable por su posición, como rica con el comercio que hace con sus productos. Todos los domingos y días de fiesta hay un mercado de mucha fama por el gran número de

gentes que ahí acuden, como por los negocios que ahí se hacen en cereales y otros artículos. Ahí es donde se aprovisionan para toda la semana.

Por ella pasa un río que tiene el nombre de la ciudad y de agua excelente; la usan para amasar pan al que le ponen huevo lo que hace que se parezca á grandes tortas; este pan es el mejor de la provincia de *Quito* y tiene gran consumo en la provincia de *Guayaquil* donde es muy estimado. Se le transporta en gran cantidad sobre *llamas*, lo que reporta grandes utilidades al lugar.

Estos *llamas*, que se asemejan mucho á la *vicuña* y al *guanaco* se emplean en el transporte de los ricos materiales de las minas del Perú; son muy mansos y cuando viajan y quieren detenerse algunos instantes, doblan la rodilla con la mayor precaución y agachan el cuerpo de manera que impiden que caiga la carga ó que se desparrame; tan pronto oyen el silbato del conductor, se levantan con las mismas precauciones para volver á ponerse en marcha; ramonean caminando, pero jamás comen durante la noche, aún cuando no hayan comido nada en el día. Estos animales llevan hasta 130 libras, según el camino más ó menos largo que hagan.

Cuando los trabajan con exceso y caen por el peso, no hay medios de hacerlos levantarse; inutilmente se les golpea, pues, se obstinan en permanecer en el mismo lugar donde han caído, y si se continúa maltratándolos, se desesperan y se matan, golpeando el suelo á derecha é izquierda con la cabeza; no se de-

fienden con las patas ni con los dientes; no tienen, por decirlo así, otras armas que las de la indignación y escupen el rostro de los que los maltratan.

Andan siempre doscientos ó trescientos juntos y cuando aperciben á alguien inflan las narices y relinchan casi como los caballos y emprenden la fuga todos juntos. Buscan los países fríos. Su carne es buena para comer, pero no vale lo que la de *vicuña* y de *guanaco*. Su lana se emplea en ciertas obras.

Los habitantes usan los bueyes como los caballos en Europa; los enjaezan, colocan encima una albarda donde ponen lo que tienen que llevar y los montan como verdaderos caballos.

La población de esta ciudad es de cerca de 3,300 habitantes, en general de bastante buenas costumbres. Están gobernados por un corregidor y dos alcaldes.

El aire es sano y templado, á pesar de la gran proximidad de las montañas que la rodean.

En 1798 un temblor se sintió con tanta violencia, que destruyó la mitad de la ciudad y pereció gran número de habitantes.

A ocho leguas de ahí, hay otra ciudad muy comercial que se llama *Tacunga*, situada al lado opuesto del río que pasa por bajo el puente de *Ambata*.



CAPITULO XXXII

Tacunga.—Pujily.—San Miguel.—Machala.—Tambillo.

Tacunga, ciudad á ocho leguas de *Ambata* y á diecisiete de *Quito*, se resiente todavía del temblor de 1798, que destruyó igualmente más de la mitad de la ciudad; reconstruida en gran parte, ella es hoy día bastante importante para mantener muy activo comercio de mercaderías de lana que producen sus fábricas.

Hacen grandes cantidades de gruesos paños por el estilo del conocido vulgarmente con el nombre de *cordillac*, hermosos tapices de colores y dibujos variados que usan para adornar las iglesias y hermosos salones, que cuestan hasta ochocientos francos, como muchos otros objetos de lana. Se fabrica también ropa interior de algodón que imitan y tienen el mismo uso que la muestra de hilo.

Todos estos diversos trabajos son hechos por las

mujeres, infinitamente más laboriosas que los hombres.

Estos están devorados por el orgullo y la ambición de títulos que los hace holgazanes, viciosos y enteramente insoportables; á pesar de todo pretenden ser nobles, alegando como prueba que su origen viene de las primeras familias de España y creen, no haciendo nada, sostener su pretendida nobleza.

Sin embargo, considerando que ningún mulato ó cuarterón, como lo son casi todos, no puede ser noble en España, deberían salir, sin duda del error; pero quieren pretender la nobleza y para degenerarla, se entregan á toda clase de bebidas, á excepción del vino, por la razón de ser muy caro, y solamente los ricos hacen uso de él; en desquite, la *chicha* y el *ron* hacen sus delicias y en su calidad de nobles no hacen más que comer, beber, dormir y pasearse.

Es preciso confesar que atribuyen prerrogativas bastante singulares á la nobleza.

La industria de sus mujeres y la abundancia del país los hacen vivir con holgura, y serían verdaderamente ricos si quisiesen ellos mismos cooperar en este trabajo.

Los alrededores de esta ciudad son fértiles y suministran con profusión todo lo que es necesario para la vida, á excepción de las viñas, hay frutos de Europa de todas clases y muchas de las de América, entre las cuales se distingue el *capulí* que se parece á nuestras cerezas negras; el árbol que la produce se asemeja también al cerezo y el gusto es más ó mé-

nos el mismo; pero los efectos son muy diferentes, pues, en vez de refrescar como las cerezas, es al contrario muy cálida cuando se come en demasía.

Hay una planta que los habitantes llaman clutroa; alcanza la altura de un hombre, su tronco es grueso y flexible, sus hojas anchas y edentadas, de blancura semejante, en cierto modo, al cristal y de olor muy agradable; su fruto, que tiene gran cantidad de semillas negras, es más grande que una nuez común, un poco largo, parecido á la forma de la pera y cubierto de espinas chicas. Los habitantes pretenden que seca y reducida á polvo, causa una especie de locura á los que la toman, y dura veinticuatro á treinta horas á lo sumo; durante esta embriaguez se baila, se rie, se llora, se imita en fin, los modos de un hombre verdaderamente loco; los ladrones lo mezclan con la comida de los que quieren despojar, y las mujeres de mala vida hacen igualmente tomar á sus amantes ó maridos para poder entregarse más fácilmente á sus excesos. El mejor remedio contra este veneno es hacer vomitar á los que lo han probado; se dice también que para hacerlos volver más pronto, es preciso suspenderlos de los pies.

La canela es muy abundante en la jurisdicción de esta aldea y aunque su calidad es de lo más mediocre, no deja de tener cierta venta.

Este lugar es agradable por su posición; los campos, á más de cinco leguas alrededor, son variados con praderas y ribazos que forman el más alegre

contraste; la vista se regocija más por el gran número de animales que yacen en el llano y con los cuales hacen gran comercio.

Los objetos de quincallería y de joyería falsa se venden muy bien y ofrecen segura ganancia á los negociantes.

Su población es más ó ménos como la de la ciudad precedente y como ella está gobernada por un corregidor y dos alcaldes.

La estadía que he hecho en esta ciudad como en otros lugares de la provincia de *Quito*, me han dado ocasión de ver celebrar muchos funerales, y creo que daré un placer al lector contándole la manera como esas ceremonias se practican.

Se coloca al difunto en un ataud, según el uso ordinario, pero descubierto; la caja reposa sobre dos bancos y se cubre con un paño mortuorio que deja ver la figura del muerto; se colocan alrededor grandes y macizos candelabros de plata, que suministra el convento, donde se va á hacer la inhumación, pues es uso enterrar á los muertos en las iglesias y no en los cementerios; se pone al pie del féretro un gran plato de plata lleno de agua bendita y una ramita verde que sirve para rociar al muerto. Cada uno de los asistentes, después de hacer la aspersión, hinca las rodillas y dice un *Padre nuestro*; entónces se aproximan los parientes, le dan las gracias por el acto de religión que acaba de hacer por la salvación del alma del difunto, y lo invita á pasar á un departamento vecino al que está expuesto el cadáver. Este

departamento está provisto, según los medios de los parientes, de todo lo que puede halagar el gusto y la vista, como mazapanes, bizcochos, confites, frutas y licores de todas clases; todas las personas que vienen á ver al difunto comen y beben en esta pieza y bebiendo y comiendo es cómo los parientes olvidan la pérdida que acaban de tener; son sin embargo, sensibles, y sus lágrimas corren en abundancia, pero se secan fácilmente; y la primera copa de chicha que toman en honor del difunto, cambia su dolor en alegría; colocados en el umbral de sus habitaciones, llaman al transeunte y lo invitan á compartir su pesar en el mismo cántaro. La embriaguez es su vicio dominante.

Llegada la hora del entierro, todos los frailes del convento, algunas veces en número de cuarenta, se colocan á la cabeza armados como los demás del convoy, de cirios encendidos cantando el *de profundis*. Al llegar á la iglesia toda la ceremonia consiste en cantos tristes y lúgubres que acompañan los monótonos sonidos de un órgano; en fin, cuando ha concluído, se devuelven los cirios al convento y se vuelven á casa de los parientes del difunto á beber y comer aún para olvidar el dolor de su muerte, y mientras más vasos de chicha se vacian ó de aguardiente, más se ha honrado su memoria, diciendo: era un hombre de bien; jamás se ha bebido tanto como en su entierro.

La ceremonia es diferente para la sepultación de un niño de seis meses á seis años; se coloca el cuer-

po de éste en una cuna, despues de haber tenido el cuidado de blanquear su rostro, en caso de que el niño no tenga esta parte del cuerpo bastante blanca; se le viste de blanco, símbolo de la inocencia, y en la cabeza se le pone una corona enriquecida con todo lo que hay de más precioso y con collares de perlas de gran valor.

Se tiene el mayor cuidado de decorar y adornar la pieza entablada con tanto gusto como magnificencia; gran número de músicos se colocan cerca del niño, cada uno con su instrumento y el pueblo advertido por ese son melodioso, acude en multitud á la casa, sin diferencia de sexo.

Ahí se baila, se juega á menudo hasta arruinarse, se bebe y se come hasta el momento en que el cuerpo del niño es llevado como en triunfo á la iglesia donde recibe sepultura. Hay funerales que cuestan á los padres más de mil pesos (5.000 francos): hacen este sacrificio con placer, persuadidos de que es un anjel que va derecho al cielo y que les abrirá el camino.

De esta ciudad fuí á una aldeilla, distante dos leguas y pasé por un puente, á la salida de *Tacunga*, sobre un riachuelo que nace en la *Serrranía*.

Esta aldea, que se llama Pugily, es fértil en trigo, avena y patatas, y, en jeneral, suministra los mismos productos que *Tacunga*.

La mayor parte de sus habitantes son indios tributarios, tratados como esclavos por su cura, á quien dan como renta, la mayor parte de sus entradas; lo

que hace que, á pesar de la fertilidad del suelo i los cuidados que tienen para cultivarlo, son siempre pobres y obligados á dormir en tierra sobre esteras ó cañas que tapan con cueros de carneros ó de cabra.

Se ocupan mucho en la caza de los ciervos, que cojen con lazos que tienden á su pasada y venden los cueros á los viajeros.

Los alrededores están cubiertos de árboles y excelentes pastadas, entre los cuales se encuentra gran número de plantas salutíferas que se envían á *Quito*. La temperatura ahí es muy sana.

De Pugily volví á *Tacunga* y partí de nuevo de este lugar para ir á *San Miguel de Tacunga*, población importante, igualmente habitada casi por entero por indios tributarios.

Los campos son fértiles en trigo y en toda clase de legumbres de Europa; las habas, sobre todo, alcanzan un tamaño nunca visto.

Los corderos, cabros y aves de corral son abundantes y muy baratos.

Estos indios hablan siempre el antiguó idioma inca; están obligados á ir todos los días al catecismo por orden del cura, quien les enseña por intérpretes. Las mujeres son laboriosas, pero apasionadas por el *ron* y la *chicha*; son tambien muy licenciosas y de poca continencia.

Sus hijos, educados con ese ejemplo, no tienen escrúpulo alguno por entregarse á sus pasiones, y el cura, amo absoluto del país, obtiene todo lo que quiera desear. El gran respeto que tienen por su ca-

racter, lleva á los habitantes á creerse muy honrados cuando han podido adivinar alguno de sus deseos; hombres y mujeres rivalizan por alcanzar este honor.

Todos los habitantes están obligados á presentarse cada sábado en la noche, delante del cura; el cual los coloca en dos filas, es decir, los hombres á un lado y las mujeres á otro y los interroga sobre catecismo, para tener la seguridad de que los intérpretes han cumplido con su deber; despues de interrogar á los hombres, que despide pronto, se dirije á las mujeres y las interroga de modo diferente. Pregunta á cada una de ellas, pasándole la mano debajo de la barba, cual es el regalo que le ha traido; y cada una de esas pobres criaturas responde, juntando las manos: *mi amito* (diminutivo de *mon maître*), yo le traigo, la una huevos, otra un par de gallinas, una tercera un cuarto de cordero i así sucesivamente todo lo que ellas tienen, hasta la harina de cebada tostada. Si desea otra cosa más hermosa, le da á entender que está poco satisfecho de su regalo y la induce, para reparar su falta, a que venga al día siguiente ó despues, a fin de traerle la cosa indicada; la joven india no deja jamas de faltar a esta invitación.

El cura reune en seguida todos los regalos y los hace vender en el mercado, lo que aumenta sus entradas.

Partí de esta aldea para *Machala* donde, antes de llegar, es preciso atravesar un desierto de seis leguas

y franquear una montaña muy elevada, cuya cima está cubierta de excelentes pastadas y en la cual hay muchos ciervos y leones pero menos feroces que los de otras partes. Los indios dan caza á los unos y á los otros para obtener la piel que venden á los viajeros, quienes las compran para preservarse del frío y de la lluvia. Estas pieles preparadas con el pelo para fuera y cortadas, ajustadas al cuerpo son extremadamente calurosas é impiden que el agua penetre. Todos los viajeros andan ordinariamente rebozados con ellas.

Al lado opuesto á la montaña y en una vasta llanura está la aldeita de *Machala*.

Los campos son abundantes en trigo y toda especie de legumbres; rodeados de montañas cubiertas de buenos pastos; el ganado se conserva muy bien; la carne es excelente y barata; hay también gran cantidad de excelente leche con la que hacen mucha mantequilla y quesos de gusto delicado.

El frio excesivo impide que la fruta prospere; no hay otra que el *Capulí*, de que he hablado.

Los habitantes hablan entre ellos la lengua *inca*; son groseros y desvergonzados con los extranjeros.

Dejé esta aldea para ir á *Tambillo*, aldea muy pequeña, pero abundante en pan, carne y hortaliza de superior calidad.

Los habitantes son sucios, tanto en sus trajes como en la cocina; duermen en tierra más ó menos como las bestias y son de una destreza sin igual para apropiarse lo que no les pertenece. Esta es la última ciudad que encontré antes de llegar á *Quito*.



CAPÍTULO XXXIII

Quito.—Magdalena.

Quito, capital de la provincia de este nombre, (1) 330 leguas al norte de *Lima* y 110 al sur de *Popayan*, es una de las más célebres y más opulentas ciudades de la América Meridional.

Está edificada en la pendiente de una colina y defendida por el fuerte *Panecillo* (nombre derivado de su construcción en forma de pan) situado en una gran altura, de donde se puede fácilmente bombardearla.

Hay una gran audiencia presidida por un lugarteniente general, un obispo que goza de una remuneración de 190,000 francos, dos seminarios y dos

(1) Esta provincia tiene 200 leguas de norte á sur; su suelo está á 245 toesas sobre el nivel del mar, con vallecitos encantadores, rodeados de una doble cadena de montañas deliciosas cubiertas en su mayor parte de volcanes. Se distinguen sobre todo los de Pichincha y de Tulcan.

famosos colegios, uno de San Fernando y el otro de San Luis que administran personas de grandes talentos.

Los alumnos de ambos colegios llevan uniformes distintos y no tienen semejanza alguna con los que se ven en Europa.

Los de San Fernando llevan una especie de sotana color marrón y un bonetito cuadrado en la cabeza. Los de San Luis igualmente una sotana, de la misma forma, pero de color negro. Unos y otros llevan al lado izquierdo un escudo de oro, que es la divisa de su establecimiento respectivo.

Las iglesias y los numerosos conventos de ambos sexos que se ven en esta ciudad, están adornados del modo más rico y más rebuscado. En general su construcción es soberbia; pero el convento de San Francisco y la iglesia de los ex-jesuitas son los dos monumentos que llaman más la atención por su arquitectura.

El primero es de una grandeza y suntuosidad que nada se le acerca; sus capillas en número de doce y comprendiendo el altar mayor, juntan á la regularidad, riquezas que merecen llamar la atención de todo hombre curioso; pero sobre todo en la magnificencia de sus tres claustros es donde el arte ha desplegado más gusto y talento.

En medio de cada uno de ellos hay fuentes de mármol, cuyos surtidores de agua caen en grandes fuentes igualmente de mármol. El genio ha agotado, creo, todos sus recursos para la construcción de las

arcadas que forman el circuíto. Bajo esas arcadas se ven cuadros del mayor mérito, que ocupan con simetría todos los marcos de los claustros, la frescura y colorido de esos cuadros, dan mayor brillo á este establecimiento monástico.

Se creería, después de esta descripción, que ese convento es lo más notable que hay en *Quito*.

Pero el segundo monumento, es decir, la iglesia de los jesuítas es aún de mayor mérito en su jénero. Sería preciso ser versado en arquitectura, para detallar con precisión la belleza y el valor de esta obra maestra.

Muy poco instruído en este arte para emprender esta tarea, me contentaré con describir lo que más llamó mi atención.

Esta iglesia está situada en medio de la ciudad; interiormente está adornada de modo tan rico que dudo, en parte alguna, se encuentre una más hermosa bajo todos aspectos; su exterior sobre todo es digno de nota y llamó mi atención más particularmente que lo demás.

La fachada, además de la arquitectura, que es su mérito principal, está esculpida con rara perfección.

Ella representa en relieve esculpidas en la piedra misma, toda clase de animales conocidos. Las reglas de arte, el gusto de la ejecución y la perfecta semejanza de esos animales, justifican lo que dicen los habitantes, *que después de esta iglesia*, no hay nada más hermoso.

Concluiré por decir, que me parece imposible que

el genio del hombre pueda producir nada más magnífico; y no temo ser desmentido por los viajeros que han visto este edificio y que mejor que yo podrían hacer digno elojio.

Las soberbias calles de *Quito*, la mayor parte regadas por los arroyos que vienen de la Serranía, mantienen la limpieza de la ciudad y son de gran comodidad para los habitantes. El agua es extremo clara y no es jamás turbada más que por las tempestades ó lluvias abundantes. Entonces los arroyos se ponen muy grandes, ocupan todo el ancho de las calles y llegan hasta las veredas establecidas á cada lado, en su mayor parte.

La plaza pública está rodeada de aleros, bajo los cuales se colocan los vendedores de quincallería, joyería y demás.

El comercio es ahí importante y las fábricas son muy numerosas; hacen fustanes de todos colores, hilos de plata y algodón, con el que tejen en seguida hermosas telas, particularmente un cruzado que imita al casimir, de gran venta en lugares como *Lambayeque*, *Piura* y otros puntos. Se elaboran en fin, cueros de toda especie y de la mejor calidad. Este último artículo es tan abundante, que se obtiene por 20 pesos (100 francos) una docena de pares de botas, que se van á revender á otros lugares á precio bastante superior.

Las ceremonias de iglesia se celebran con todo el fausto que puede sugerir la opulencia; la procesión de *Corpus* es magnífica y curiosa de ver; sobrepasa

en magnificencia á la de *Guayaquil;* los lugares que ella recorre están adornados por ese mismo estilo; pero las riquezas de las telas adornadas con franjas de oro y cubiertas de bordados en metales, ofrecen un golpe de vista más bello y majestuoso; los altares se construyen con más arte y el conjunto que realza su belleza la pone encima de toda comparación.

Pero lo que hay de más fastuoso y hace más brillante la ceremonia es, que además de los altares que se establecen á cierta distancia y donde los bailes no cesan hasta el momento de exponer el Santísimo Sacramento, hay también cuatro en las cuatro esquinas de la plaza principal, todos adornados con espejos y esmeraldas de las más preciosas y más deslumbradoras; entre estos altares y el medio de la plaza hay una fuente de mármol, en forma de pirámide y en ese entonces se cierran sus surtidores de agua. Esta fuente está enteramente cubierta con una tela blanca muy fina; está abastecida en rededor y de grada en grada con toda clase de utensilios de plata, tales como fuentes, platos, ollas, etc.; á cierta distancia y frontero á los altares hay grutas donde se colocan los cuadrúpedos que los habitantes tienen á su disposición: se colocan igualmente aves, marranitos, corderos, huevos, frutas y algunas piezas de moneda (para mostrar su abundancia) sobre pilares que llaman *más-tiles de cucaña;* aún se ven hasta reptiles.

Todos los animales están vivos y se les junta así, para dar testimonio de la veneración que los hombres

tienen por Dios. Tan pronto como la ceremonia termina, todos los pobres que se encuentran entre la muchedumbre, se arrojan sobre los animales y los sacan entre ellos para terminar alegremente el día. Sin duda que su intención es muy sana ya que no tiene por objeto más que atestiguar el homenaje que todas las criaturas animadas deben rendir al Ser Supremo; sin embargo, me pareció ridícula. Las bestias, á mi parecer, no tenían necesidad de aparecer en esta ceremonia á rendir gracias á Dios, y bien se podría, me parece, dejarlas seguir sus instintos, y no exponerlas, después de haber adorado al Todopoderoso, á ser despedazadas por el pueblo que se las disputa.

Los indios tributarios se señalan tambien en ese día; se ponen su traje primitivo, es decir, el que usaban en tiempo de los incas y van delante de la procesión saltando y bailando á su manera.

Aunque parezca sencilla su vestimenta, no es menos rica. Sus cabezas, adornadas con diamantes de mucho brillo y plumas de avestruz; sus capitas de soberbia tela y salpicadas de placas de oro y plata, sus calzones muy anchos y mui cortos, en su extremidad están adornados con cascabeles de oro y plata; van armados de picas. El conjunto de ese traje tiene algo de imponente.

El lujo en ese día es jeneral en los habitantes de *Quito* como entre los de *Guayaquil*, y la diferencia sólo consiste en la manera de adornarse. Lo mismo durante la Semana Santa, cuando se visita los ricos

altares erigidos en las iglesias, en conmemoración de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Todos los templos tienen entonces una brillante magnificencia, y cada uno despliega sus más hermosos ornamentos. El gran número de lámparas de extraordinario valor y la cantidad de cirios encendidos en el interior de las iglesias y capillas dan al oro y á la plata, que se ven de toda especie, lo mismo que á la pedrería, un brillo que la mirada apenas puede soportar.

En la noche todos los monumentos están tan deslumbrantes como el sol.

Todos los días de grandes fiestas, á excepción de Corpus y Semana Santa, terminan con la diversión de corridas de toros. Si las ceremonias religiosas se celebran con pompa y majestad, esta diversión, aunque un poco bárbara, no es menos espléndida y acaba de dar una idea de la opulencia de esta ciudad.

Aparecen los toros en la plaza cubiertos con soberbio caparazones de seda de diversos colores, salpicados de piedras de oro i plata que van pegadas i son la recompensa del que los ha merecido mejor por su destreza y agilidad al combatir con el animal. La ambición de conquistar ese premio y la gloria que alcanzan los combatientes, los hace, á menudo, víctimas de su temeridad y del furor del toro.

En fin, las riquezas del país inducen á los habitantes á lucirse en todas las ocasiones notables.

Los paseos son hermosos y bien mantenidos; están rodeados de murallas, de tierra en verdad, pero

bastante gsuesas, muy altas y blanqueadas; están cerrados con verjas de fierro; las alamedas están provistas de asientos y pirámides de piedra, i en los límites hay muchas lagunas donde hay botes para pasearse.

Los alrededores de la ciudad son deliciosos y de gran fertilidad; el trigo, carne, hortaliza y frutas de Europa y América existen en grande abundancia, de modo que los habitantes no están sujetos á otras privaciones que á las que se crean ellos mismos.

Pero en una ciudad como *Quito*, en donde la ciencia y las artes, y sobre todo el dibujo y pintura, llegan á la última perfección y donde hay una infinidad de cuadros que podrían servir de modelos, es muy asombroso que los habitantes, lejos de ser espejos de virtudes, sean al contrario vasos de corrupción por lo depravado de sus costumbres.

No tienen caracter y son muy inconsecuentes en el comercio. La mala fe que ponen en sus negocios, causa muchos engaños y obliga á ponerse en guardia contra sus lazos. Están devorados por el amor al juego y á la bebida, y exceptuando los de más alta distinción, se entregan con exceso á este último vicio. A menudo se les ve fuera de estado de atender sus asuntos. Las mujeres tienen igualmente gran pasión por ese género de exceso.

Son hermosas, de tez fresca, blanca y coloreada; visten ricamente y con gracia; aman mucho las joyas; y los adornos que se ponen son de gran valor y buen gusto; su tocado consiste en sombreros ador-

nados con penachos de plumas de avestruz, y ricamente guarnecidos; en invierno usan redingotes hechos por el estilo de nuestros carricks que les viene muy bien y les da aspecto encantador; para ser perfectas no les falta más que ser virtuosas. Buscan ardientemente la sociedad; lo que no sería un mal, si no fuera la causa de su degradación.

Forman una que llaman *puro* que no las honra. El *puro* consiste en una reunión de personas de ambos sexos que se encierran en una casa donde abundan toda clase de comestibles y bebidas y donde el que come y bebe más adquiere más méritos que los demás; se acuestan, y la licencia desordenada empieza al día siguiente con mayor exceso y dura de la mañana hasta la noche. Así pasan doce ó quince días sin salir; y cuando el dinero se ha concluído, el miembro de la sociedad que tiene títulos de valor sale para ir á empeñarlos, y las cantidades á cuenta se emplean en continuar el *puro*. Todo el mundo hace sucesivamente otro tanto; los hombres y mujeres no se separan hasta después que han gastado su plata y sus joyas y no les queda crédito. A menudo también, para darse importancia, ciertas personas traen, y en detrimento de su familia, plata y otros objetos para ser devorado todo en esas casas donde se tiene la complacencia de servirlos bien y de tolerar las consecuencias unidas á esta vida desarreglada. No creo deber decir lo que pasa en esas reuniones, el lector, sin duda se formará una idea; agregaré solamente que no sé por qué motivo se ha dado á

esas reuniones el nombre de *puro*, á menos que se haya querido designar con esto, que todo lo que ahí pasa es puro desarreglo licencioso.

Es bastante para lo que concierne á las costumbres; me queda dar á conocer el más chocante de los hábitos de los habitantes, no solamente de la ciudad sino también de toda la provincia; esta costumbre por disgustante que sea es jeneral; puedo asegurarlo ya que á menudo he sido testigo ocular.

Las gentes pobres salen al sol para limpiarse mutuamente la cabeza y arreglarse el pelo, para esto usan un peine como nosotros; cada vez que se lo pasa por la cabeza salen algunos piojos que toman con cuidado; esos bichos asquerosos se los llevan á la boca, los mascan y los tragan; los más acomodados y aún los ricos hacen otro tanto, pero en vez de hacerlo públicamente en las calles, lo hacen en el interior de sus casas.

Ignoro de dónde puede venir costumbre tan puerca y cómo pueden comer insectos por los cuales, nosotros los europeos, tenemos tanta repugnancia que apenas nos atrevemos á tocar.

A pesar de las costumbres y usos buenos ó nó de los habitantes de la ciudad, tiene toda clase de riquezas, sea en metales, sea en productos del suelo y por este motivo se ha establecido una patrulla por el estilo de las de *Lima* y *Guayaquil*.

Todos los artículos de quincallería, joyería, perfumería, como también, percalas, indianas, muselinas

y nankines que vienen de Europa son de gran venta y á precios muy subidos.

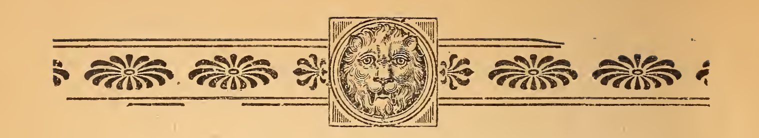
Una fábrica de vidrios y de loza ganaría mucho en las provincias de *Quito* y de *Popayan*; he visto pagar por la docena de platos 55 francos y por la de vasos ordinarios 45 francos; es preciso transportar esos objetos en mulas con mucha precaución.

La población llega á 37.000 habitantes. El lugarteniente general que la gobernaba en mi tiempo era D. *Toribio de Montes*, hombre de carácter firme y justiciero. Fué él quien batió en 1811, á los independientes; los derrotó completamente y los obligó á renunciar á la esperanza de apoderarse de la ciu dad, al menos durante el período de su gobierno.

A una legua de esta ciudad hay una pequeña aldea llamada *Magdalena*, situada en agradable posición y fértil en trigo, legumbres y frutas; la excelencia de las numerosas pastadas que la rodean hace que se críen gran numero de animales de primera calidad.

Esta aldea que reune lo útil y lo agradable, tanto por sus productos, como por sus aguas cristalinas, como está muy cerca de *Quito*, sirve de paseo á las damas de la ciudad que la frecuentan todos los domingos con sus amantes; á menudo, durante semanas enteras, hacen paseos campestres que producen grandes beneficios á este lugarejo.

No teniendo motivo para permanecer más tiempo en esta capital, partí á *Ibarra*, 22 leguas al norte de *Quito*.



CAPÍTULO XXXIV

Ibarra.– San Andrés.—Guano.—Riobamba.—Alauci.

Ibarra, en la provincia de *Quito*, es una ciudad situada en una llanura tan hermosa como fértil en trigo, legumbres, hortaliza y frutas de Europa y América.

Hay doce iglesias decoradas con gusto y magnificencia; las casas y las calles son pasaderas.

Los habitantes son industriosos y las mujeres especialmente, muy laboriosas: hacen *ponchos* de 200 francos de valor y tapices de lanas de colores variados que se venden hasta 400 francos; estos dos artículos dan grandes entradas á la ciudad.

Hace tambien gran comercio con el paño corriente y gruesas telas de algodón que ahí se fabrican, como tambien con los aguardientes de caña de azúcar, de mucha fama en *Quito*.

A esta ciudad no le falta más que una temperatura más sana; los habitantes en número de 6.000, el

tercio de tributarios, serían enteramente felices, si gozasen de mejor salubridad. Están gobernados por un corregidor y dos alcaldes.

De esta ciudad volví á *Quito*, de donde partí en dirección á *Cuenca*, pasando por los lugares que paso á detallar.

El primer lugar que encontré en mi camino fué la aldea de *San Andrés*, á 50 leguas de *Ibarra*, habitada por indios tributarios que no viven más que de sus cosechas: trigo, maiz, patatas que hay en abundancia, lo mismo que carneros y cabras que se venden muy barato.

Las mujeres tejen medias de algodón y lana, extremadamente finas, que venden á los viajeros y con los cuales obtienen algunos beneficios.

Todos los habitantes en general son humildes y de sumisión ciega á su cura; pero se entregan con exceso á la bebida de chicha y ron.

Esos desgraciados tienen la costumbre de dormir en el suelo sobre simples cueros que extienden con algunas pieles para preservarse del frío y de la humedad.

A una legua de esta aldea está *Guano*, grande aldea, muy comercial y productiva. La hermosa llanura donde está situada produce en abundancia toda clase de cereales y frutas de Europa, entre las cuales se distinguen por su tamaño y calidad, los melocotones y manzanas. Es lástima que en este lugar no se trate de hacer sidra, pues esta última fruta produciría, estoy persuadido de ello, una bebida delicio-

sa. La carne y aves abundan igualmente y se venden á precios módicos.

El comercio de esta aldea consiste principalmente en la venta de objetos que ahí se fabrican, tales como gruesos paños, franelas blancas y de colores de muy buen tinte, y otra tela que imita al casimir, tanto por el cruzado del tejido como por su forma y calidad.

Las mujeres solamente trabajan todos estos artículos, mientras los maridos se ocupan en su venta ó en el cultivo de la tierra, pues los habitantes de uno y otro sexo son aplicados igualmente al trabajo, son afables y cariñosos con los extranjeros.

Las mujeres, en jeneral, son hermosas y las de rango más elevado se visten elegantemente. Emplean en su tocado piedras y adornos de oro, de gran valor que realzan maravillosamente su natural belleza; tienen grande inclinación por los europeos y pescan con avidez la ocasión de casarse con alguno de ellos.

Los alrededores de esta población son encantadores y ofrecen muchas variedades. La belleza y fertilidad de sus praderas se aumentan con un río que las atraviesa. El clima es sano y el frío muy soportable.

Riobamba, 50 leguas al noreste de *Guayaquil* y 34 al norte de *Cuenca* es una ciudad nueva, situada en un llano arenoso, á tres leguas de distancia del lugar donde existía la antigua ciudad del mismo nombre, destruida por un temblor en 1798. Dista 38 leguas de *Quito*, su capital.

Está gobernada por un corregidor principal; en mi tiempo, se llama don *Martín Chiriboga*, y su jurisdicción se extiende á siete poblaciones.

Esta ciudad es una de las más apropiadas para hacer fortuna en poco tiempo y este señor sabía sacar partido.

Encargado por el gobierno de recojer los tributos impuestos á los indios, que alcanzaban á 386.000 pesos al año, tenía además de los emolumentos de su puesto de corregidor, un derecho de 5 por ciento de percepción. Pero lo que lo enriquecía más era el negocio que hacía con los mismos indios, de los cuales recibía artículos en pago, al precio que él mismo fijaba, y que esos pobres desgraciados estaban obligados á aceptar, temerosos de verse reducidos á prisión.

Esos artículos se depositaban en un almacen, á donde los indios estaban obligados á ir á comprar; pero á un precio bien diferente del que habían vendido; de una hora á otra aumentaban en ciento por ciento, y estaban obligados á comprar al precio fijado. En fin, no era necesario más que un par de años para que un corregidor se enriquciese en ese lugar.

Las calles de la ciudad, aunque hermosas, son incómodas á causa de la arena que el menor viento levanta y hace volar al rostro. Las aguas son malsanas y por eso los habitantes están propensos á los bocios.

Por lo general son altivos y orgullosos, y á pesar

de su excesiva pobreza tienen las mismas pretensiones y la nobleza como los de Tacunga.

Los víveres son abundantes y á bajo precio; sin embargo, se alimentan casi todos de harina de cebada molida, pero de otro modo que en Europa; hacen tostar el grano y lo colocan entre dos grandes piedras planas y lo muelen con un frotamiento continuo; á medida que la harina cae en un cuero, la cogen y la comen á puñados con el mayor placer. Las personas más acomodadas la usan, sobre todo cuando está diluida en forma de papilla, y echan generalmente en sus guisos. Esta harina es refrescante y reconforta el estómago.

Son muy apasionados por el *champoriado*, bebida hecha con chicha que destilan como destilamos nosotros el aguardiente. Este licor ó bebida es muy fuerte y cálido.

Se fabrican en esta ciudad, telas por el estilo de las de *Guano* y producen el mismo beneficio.

El calor es excesivo, aunque no continuo, á causa de los vientos que vienen de Chimborazo, que causan un frío tan insoportable como el calor. Este cambio de temperatura hace que el país sea malsano.

A catorce leguas de ahí, se encuentra una grande aldea, llamada *Alauci*; está situada en un llano rodeado de montañas elevadas y en todo tiempo cubiertas de nieve.

La fertilidad de sus campos en toda clase de cereales y la abundancia de los animales y aves, la hacen muy comercial.

Los carneros, sobre todo, son soberbios y su carne excelente. Son tan numerosos y tan baratos que los más hermosos no cuestan más que 3 francos 50 céntimos, vivos.

El trigo es el ramo más importante de su comercio; la harina de cebada que se tuesta como en *Riobamba*, encuentra también gran consumo entre los indios que habitan las colinas, y da á la aldea grandes beneficios.

Hay también gran cantidad de mantequilla y queso de muy buena calidad, que se vende en los lugares, donde son muy buscados. La *chicha* es excelente y espumosa como la cerveza cuyo sabor casi tiene y no difiere de esta bebida más que por el color, que es semejante al del café.

Se diría que la naturaleza es enteramente parcial en este sitio al formar el carácter de los dos sexos. Ha colmado al uno con todos sus dones sin reservar casi nada al otro; los hombres son de una extremada apatía y muy despreocupados de todo; pero en desquite, las mujeres son perfectas; aunan la belleza á la gracia y amabilidad, y con estas inapreciables cualidades, reemplazan los defectos de los hombres.

Hay en las colinas vecinas, muchos leones y ciervos, á los cuales los indios dan caza, para obtener sus pieles, que les sirven para preservarse del frío, que es excesivo en estas regiones.

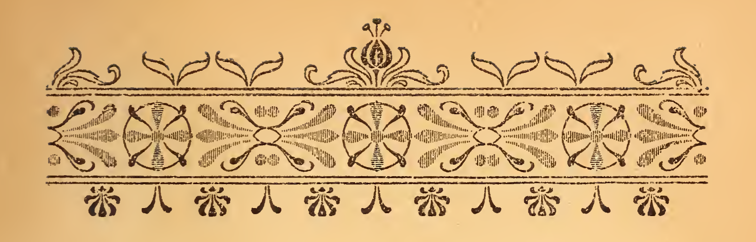
A doce leguas de ahí y á nueve de *Cuenca*, hay una grande aldea llamada *Cañar*, edificada en una elevada colina; hay una, sobre todo, á 12 leguas de

distancia en el camino de *Alauci*, que es muy peligroso de atravesar por el frío que ahí reina y la abundancia de nieve; en los meses de Enero, Febrero y Marzo, no se puede franquearla de modo alguno. En su cima hay una cantidad de huesos de viajeros que la gran violencia del frío hizo ahí perecer. Los habitantes llaman á esta montaña *la sun.*

Esta aldea como la precedente produce todo lo necesario para la vida; sus afueras, cubiertos de buenas y hermosas pastadas, suministran gran cantidad de animales de calidad excelente.

En toda esta provincia se encuentra una planta viva de hermoso color verde; su hoja es redonda i pequeña; su fruto terminado en punta, aplastado por un lado y redondo por el otro, de color ceniciento es de gusto agradable semejante al de la fresa y contiene una semilla muy mezquina. Los indios dan gran valor á esta planta á causa de sus raras cualidades; pretenden que secando su semilla al sol algunos días, reduciéndola á polvo y tomándola con agua fresca, hace orinar mucho y cura el mal de piedra; agregan aún que haciendo uso contínuo de ella, llega á disolver la piedra en la vejiga.

Partí de esta aldea para llegar a Cuenca sin encontrar nada de notable.



CAPÍTULO XXXV

Cuenca.—Panta.—Loja.

Cuenca, 66 leguas al sur de *Quito*, 45 al sureste de *Guayaquil*, ciudad bastante importante y cabecera de la provincia de este nombre, tiene un riquísimo obispado sufragáneo de *Lima*, un gran cabildo que depende de la jurisdicción de *Quito*; un coronel-gobernador y un colegio de mucha fama por las ciencias que ahí se enseñan y los grandes personajes que han salido de él.

Esta ciudad es muy comercial y se hacen ahí gran número de negocios. Está edificada en una vasta llanura, fértil en todo lo necesario para la vida. Los cereales, carnes y frutos de Europa y América son muy abundantes.

Las calles largas, anchas y rectas están muy bien

pavimentadas y la mayor parte regadas con los canales que la atraviesan. Hermosos aleros colocados en los lados, son de gran utilidad para los habitantes, pues cuando llueve es recorrida por entero sin mojarse. La atraviesa también un hermoso río sobre el cual hay un puente magnífico, construído en 1807 por un italiano.

En el centro de la ciudad está la plaza principal, en medio de la cual hay una pila magnífica de mármol lo mismo que la fuente.

En esta plaza como en todas las calles, la víspera de Navidad los negociantes venden toda clase de comestibles; los compradores vienen á comer, beber y bailar en sitios que los mismos negociantes han arreglado expresamente; dicen que las fiestas que entonces celebran son en honor del nacimiento de Nuestro Senor.

La llanura y los ribazos que rodean la ciudad están cubiertos de árboles frutales; también hay mucha quinina de superior calidad.

Este último producto, la mantequilla, quesos y diferentes géneros de lana fabricados en esta ciudad son su comercio principal.

Se cosecha mucho lino y cáñamo de calidad superior. Si los habitantes supiesen blanquear como en Europa, harían telas más hermosas, lo que haría más comerciante la ciudad.

La ciudad es soberbia; los alrededores se presentan bajo el aspecto más pintoresco sea por la variedad de plantas que la decoran, sea por la verdura

de los ribazos colocados como en anfiteatro y animados con los numerosos rebaños esparcidos en sus excelentes pastales.

Hay también muchas plantas curiosas y muy útiles en farmacia que se envían á otras provincias tanto por este empleo como para adornar los gabinetes de historia.

A más de seis ó siete leguas á la redonda, se ven retamos de tamaño muy grande y cuyo olor se esparce por todo el bosque. Este arbusto, por la conservación del cual nosotros gastamos tanto cuidado en nuestros jardines, es tan común en *Cuenca* que hasta sirve para el fuego.

Los melocotones, manzanas, albaricoques, son todos de porte extraordinario; las mujeres hacen con las dos primeras frutas excelentes confites que envían á países distantes donde la rareza de las frutas y la manera como está hecho lo hacen ser muy estimados. Si se conociese en este lugar la manera de fabricar sidra, los manzanos podrian suministrar excelente y de gran utilidad, pues el vino es extremadamente caro á causa de la falta de viñas.

El *llama*, que como lo he dicho, se asemeja á la *vicuña* i al *guanaco*, es muy común en el país.

Los habitantes de *Çuenca,* no pueden ser más felices; deberían dar continuamente gracias al Ser Supremo, por haberlos favorecido con un suelo tan rico y agradable; todo, fuera del vino, es excelente y abundante.

Los hombres de esta ciudad tienen un carácter

nada agradable; no tratan de mui buena fé en sus negocios especialmente con extranjeros, a quienes miran con desagrado.

Las mujeres, al contrario, son muy amables con estos últimos, no hai atenciones que no les hagan; son hermosas i amables i su tocado es distinguido por el gusto que tienen como por el valor de los objetos que llevan; emplean muchos encajes en sus arreglos; i todo lo adornan con telas ricas i preciosas; llevan sus cabellos entrelazados i se ciñen dos veces la cabeza con cintas que anudan cerca de las sienes por el lado donde las puntas se encuentran; esta cinta está á menudo adornada con diamantes y flores que producen un efecto muy agradable.

Los españoles de esta ciudad se visten más ó menos al modo de España, llevan bajo la capa una casaca sin pliegues que les llega hasta las rodillas; las mangas sin adornos están abiertas á los lados; en todas las aberturas del cuerpo y las mangas hay ojales y dos filas de botones de adorno; las gentes de calidad, visten magníficamente, telas adornadas con oro y plata y paño del más fino que pueden encontrar.

No sé si la deferencia que las mujeres tienen por los europeos es lo que induce á los hombres de este pais á tenerles tanta aversión; pero el hecho es que ellas gustarían mucho más casarse con ellos que con los del país, que emplean toda clase de arrumacos y tocan cuanto resorte hay para decidirlas y que no

es absolutamente falta de ellas si no obtienen buen éxito.

Su lengua favorita es el *inca*; pero cuando hablan el español, la belleza y expresión de su acento las hace aún más simpáticas. Es de sentir que no sean más recatadas y que en cierta época del año, como en Navidad, carnaval y otras, formen sociedades que mucho se aproximan al *puro* de *Quito*.

Ciertos artistas obreros, como relojeros, tejedores de tela fina, aplanchadoras y fabricantes de sidra y licores harían buenos negocios en esta ciudad. En un tiempo no había más que un relojero y éste era muy malo.

Los hombres son casi todos músicos; su instrumento favorito es el violín en el que son muy diestros; tocan tambien con perfección el caramillo y otros instrumentos.

La población es de cerca de 24,000 habitantes, que gozan de un clima benigno, pues, jamás hace ni mucho frio, ni calor, aunque llueve casi siempre en invierno.

Observaré que cuando llegué á los alrededores de esta ciudad, el tiempo me pareció extremadamente largo; tanto deseaba ir á juntarme con el andaluz, de que he hablado, un antiguo compañero de desgracia. El recuerdo de los adioses recíprocos que nos habíamos dado al salir de *Trujillo* y el compromiso sagrado que había hecho de ir á verle á *Cuenca* redoblaban mis deseos. Mi corazón palpitaba de an-

temano con el placer de ir á abrazarle y estrecharle entre mis brazos.

El primer paso que dí a mi llegada á *Cuenca*, fué averiguar donde alojaba el hermano de mi querido andaluz. Fuí á su casa conducido por un mulato; pero cómo expresar el dolor y la pena que experimenté cuando me dijo que el que yo deseaba ardientemente abrazar había partido algunos meses ántes con su querida *Mariquita*, á quien había ido á buscar á su partida de *Trujillo*. Si el dolor que me causó la partida tan precipitada de mi amigo, me arrancó amargas lágrimas, tuve al menos el consuelo de enjugarlas en el seno de su hermano, en quien encontre el corazón y ternura del verdadero amigo que había perdido. El cuadro conmovedor que le pinté de las desgracias, que la iniquidad nos había hecho sufrir, me abrió de tal modo el camino de su corazón, que estoy á pesar mío, confuso, cuando pienso en la acogida cariñosa que me dió y en las señales de bondad que me atestiguó durante todo el tiempo que permanecí en su casa. No contento con recibirme tan generosamente y sin otro conocimiento de mi persona y mis recursos que lo que sabía por su hermano, me propuso la mano de una de sus cuñadas; pero ¡ay! el destino hasta entonces contrario á mi felicidad, me preparaba en secreto, aún otros reveses, y no permitió entónces que me uniera con los lazos del himeneo.

Me despedí, pues, de mi huésped, cuyo recuerdo, lo mismo que el de su hermano, no se borrarán ja-

más de mi espíritu, y después de atestiguarle toda la extensión de mi perfecto reconocimiento, partí á los lugares donde mis negocios me llamaban.

Sin embargo, antes de abandonar esta ciudad, quise conocer una gran aldea que no dista de ahí, más que 12 leguas y que se llama *Pauta*; á esta aldea es donde las personas ricas de *Cuenca* van á descansar en la buena estación.

Su posición es admirable y delicioso su clima; el suelo es fértil, en toda clase de comestibles; por ahí pasa un río de agua tan buena, como saludable; por eso muchas gentes van en el verano á tomar baños.

Hay una inmensidad de cañas de azúcar y nogales; con el fruto de estos últimos árboles hacen un excelente aceite que se consume en los alrededores, y produce grandes entradas al lugar; de manera que el beneficio que saca de la afluencia de extranjeros durante la estación de baños y el que obtiene de sus productos lo hacen rico; por eso los habitantes viven con holgura; pero aunque de carácter dulce, tienen la desgracia de estar dominados por la bebida.

Con el *capulí*, de que he hablado, se hace, en esta aldea, una bebida, que aunque muy común, no deja de ser bastante buena; hé aquí como se fabrica: se recogen tres ó cuatro canastos de este fruto, según la cantidad que se quiera hacer; se machaca ó se muele con maquinitas semejantes á los molinillos que nuestros aprensadores de aceite usan; en seguida se le agrega canela, pero en poca cantidad con muchas cortezas de piña; hácese hervir todo durante ocho

horas y después de dejarla enfriar se pasa por una tela gruesa y un tamiz muy fino y se trasvasija á pipas de barro. Al cabo de algunos días, es una bebida excelente de un gusto más ó menos como el de nuestros vinos delgados.

Los habitantes prefieren esta bebida á cualquiera otra; en cuanto á mí, la he bebido muchas veces y siempre con placer.

De esta aldea volví á *Cuenca*, de donde partí para *Loja*, distante 30 leguas al sur.

Loja, ciudad muy antigua, tan abundante en víveres y en frutas de América, como fértil en azúcar, algodón, quinina y café tiene gran comercio de estos productos; el ron que ahí se fabrica es muy estimado por su excelente calidad. Estos diferentes productos, atraen de todas partes, gran número de negociantes que los llevan, en cambio de diversos artículos que les son necesarios.

Su suelo produce también una especie de batata muy buena y alimenticia; su volumen varía, según la calidad del terreno, pero es siempre más grande que la batata de que he hablado hasta aquí, es de un color violeta profundo; el interior, de la consistencia de la betarraga, es de un color blanco grisáceo, tirando al color de la carne; es un gran regalo para los habitantes y aún para los europeos, cuando se acostumbran á ella; se la come cocida en agua, asada y en toda clase de fritos; se conserva mucho tiempo.

Esta ciudad está gobernada por un corregidor, que goza de una renta considerable.

Los habitantes, en general, son desaseados, en su ropa como en la comida; no obstante, son muy laboriosos.

Los caminos para llegar á esta ciudad son muy malos en todo tiempo; pero en invierno, sobre todo, son impracticables por la gran cantidad de barro formado por la abundancia de lluvias.

Las niguas, de que he hablado, que son insectos más chicos que la pulga, son muy incómodos y en tan gran número, que los habitantes tienen trabajo para preservarse de sus efectos.

Antes de pasar al capítulo siguiente, creo deber refutar un error que han cometido respecto de ciertos indios de la provincia de *Cuenca*, algunos viajeros que han penetrado á esta parte del Nuevo Mundo.

A pesar de todo lo que se ha dicho, sostengo y digo verdad, que nada existe de barbarie entre los habitantes de esta vasta provincia, y si en cierta región hay algunos que dan pruebas de crueldad, no la ejercen jamás sino con sus enemigos comunes, y para vengarse talvez de los malos tratamientos que sus vecinos les hacen experimentar. En general estos indios son casi todos afables y humanos y con verdadero placer emplean para con los extranjeros los deberes de la hospitalidad.

En efecto, cuando un viajero, agotado de cansancio é incapaz de continuar su viaje, se presenta á

una de sus habitaciones, para refrescarse y gozar de algunos instantes de reposo ¡con qué prontitud le procuran todo lo que necesita! El *musacato*, es decir, el padre de familia á quien se dirije primero, le invita á tenderse en una hamaca de algodón suspendida en el aire, donde reposa algún tiempo; durante este agradable descanso, las mujeres se juntan y vienen á arrodillarse al rededor de su lecho, las dos manos en los ojos y derramando lágrimas de alegría.

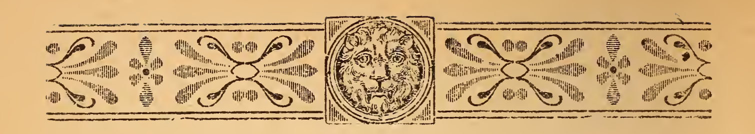
En esta humilde postura esperan el despertar del viajero y le dirijen en seguida este cumplimiento lisonjero: «¡Qué hermoso eres! ¡cuán valiente! ¡qué trabajo has tenido para llegar hasta aquí! ¡qúé placer tenemos en verte!» ¿Se podrá, sin enternecimiento y sin reconocimiento, resistir estas señales de atención? Confieso que no estoy dotado de esta sensibilidad que arranca fácilmente lágrimas; pero faltaría á la verdad si no dijera que entonces las derramé á torrentes. ¿Son éstos, rasgos que acusan barbarie y ferocidad? Menos civilizados que nosotros, nos enseñan con actos de humildad, á cumplir deberes, cuya práctica nos es enteramente desconocida. A esta primera acogida sucede otra no menos simpática y lisonjera. El jefe de la familia se acerca al extranjero y le pregunta el objeto de su viaje y en motivo que lo ha traido á su casa. El viajero responde en lenguaje del país ó por señales, que está agobiado de fatiga, y las mujeres lavan sus piernas y sus piés con agua bienhechora, y si el hambre y la sed ha debilitado sus fuerzas, todas las provisiones de la humilde

cabaña les son ofrecidas. La carne salada de ciervo, de llama, las aves, las bebidas del país, todo, está á su disposición, y en fin, si desea pasar la noche bajo el techo hospitalario, el *musacato* hace colgar una hamaca blanca hecha de cortezas sacadas de un árbol y mucho mas fresca que el algodón, y á la mañana siguiente cuando el sueño ha reparado las fuerzas del extranjero, vé á sus huéspedes juntos en torno de su lecho; recibe sus saludos amistosos y las señales de interés que se apresuran á darle aún.

Por poco conocimiento que tenga un viajero y suponiendo aún que no conozca los usos del país, ¿no debe, en esta ocasión, dar pruebas de generosidad y regalar á esas mujeres ciertas mercaderías de que va provisto como, cuchillos, tijeras, alfileres, espejitos, brazaletes de vidrio, botones y en fin, anzuelos para la pesca ú otra cosa?

No solamente con los extranjeros son tiernos y afectuosos; en sus enfermedades se tratan con atenciones y miramientos tan humanos, que, si se trata de una herida, el vecino se presenta pronto para chupar la del enfermo, y todos los cuidados de la amistad se tienen con el mismo celo.

Este detalle bastará, pienso, á destruír la idea de barbarie que se ha podido atribuir á este pueblo.



CAPÍTULO XXXVI

Vuelta á Cuenca.—Partida para la Punta de Santa Elena.—Atacama.—Ataque de tigres.—Esmeraldas.—Tamaco.—Barbacoa.

Después de hacer varias compras de azúcar y otros objetos en Loja, volví sobre mis pasos á *Cuenca*, para ir á *Quito* de donde volví nuevamente algunos días después á *Guayaquil.*

En este último punto me embarqué para la *Punta de Santa Elena*, proponiéndome visitar la provincia de *Choco*, tan afamada por su oro en polvo; aquí doy su descripción.

Esta interesante provincia del Nuevo Mundo, es la más rica de todas por sus minas de polvo de oro. Tiene cerca de 190 leguas de largo por 26 de ancho; el centro ó interior está ocupado por indios malignos, sobre todo los del lado del sur, hacia la bahía de Panamá. Tiene por capitales tres ciudades que son *Barbacoa*, *Novita* y *Zitera*, de las que haré su

descripción. Las costas son elevadas y muy altas en ciertas regiones, y cubiertas de toda clase de árboles preciosos.

En algunas regiones las aguas estancadas esparcen un olor mefítico; además las tierras están cubiertas de cañas, juncos y otras yerbas.

Los ríos más importantes son: del lado del mar del sur, los de *San Juan Esmeralda*, *San Buenaventura* y del lado del mar del norte, los de *Atrate*, que es muy ancho y va á desembocar al *Darien* y el de *Guacuba*.

La temperatura no varía en esos climas ardientes; llueve casi todos los días y se oye frecuentemente retumbar el trueno. En cierto lugares las inundaciones ofrecen un cuadro curioso y terrible á la vez; casi todos los ríos se desbordan; troncos de árboles inmensos, bosques de arbustos que enredan entre sí guirnaldas de lianas, flotan encima de las olas. El mar junta sus ondas con las aguas de los torrentes y cubre todos los despojos con un fango amarillento; entonces los pescados, las aves acuáticas y los caimanes se esparcen por todas partes; los cuadrúpedos, obligados á refugiarse en la cima de los árboles, quedan inmóviles al lado de los monos que saltan y se cuelgan de las ramas flexibles; se ven correr lagartos enormes. Los iguanas abandonan sus inundadas guaridas y los pescados que abundan en estos parajes, comen el fruto de los arbustos entre los cuales juegan. El indio intrépido se planta en medio de este caos espantoso; de pié sobre su frá-

gil canoa, navega á través de esta informe mezcla de tierra y mar; de pronto cuelga su hamaca en la cima más elevada de dos palmas silvestres y reposa tranquilamente en su lecho aéreo que el soplo de los vientos balancea sobre los abismos profundos.

Este país produce plantas extraordinarias. Las serpientes existen en gran número; hay también muchos insectos voladores cuyas picaduras son muy peligrosas, tales como las moscas de pozos y los mosquitos que atormentan cruelmente á los habitantes y animales de estas regiones. Hay tantos que golpeando de repente con la mano se pueden matar á menudo hasta cuarenta á la vez. Hay aves de sorprendente belleza, todos tienen la voz diferente de los de Europa, á excepción de la tórtola cuyo arrullo es el mismo; ninguna especie se distingue por un canto un poco armonioso siquiera; los mismos favorecidos por la naturaleza con los más brillantes colores, no tienen más que un monótono grito, pesado y desagradable. Esta provincia produce legumbres que reemplazan el pan. Las naranjas, limones, piñas y otras frutas de América existen en abundancia.

La *Punta de Santa Elena* á 9 leguas de la isla de *Puna*, á 18 por mar y 22 por tierra de *Guayaquil* hacia el oeste, es un gran depósito de sales de diferentes calidades; dista tres leguas de la aldea de donde lleva el nombre. Este paraje es muy frecuentado por las embarcaciones de todas las demás provincias que vienen á aprovisionarse de sal y mantiene por este motivo importante comercio.

En 1816 este lugar fué invadido por los independientes que habiéndose embarcado en *Valparaíso* vinieron á devastarla y saquearla enteramente, de manera que sus desgraciados habitantes están ahora reducidos al trabajo de sus salinas y á la pesca que forman todas sus entradas.

No era bastante que fuera tributario, fué preciso aún hacerlos soportar los horrores de una guerra, á la cual eran completamente extraños; pero felizmente son laboriosos y tratan, por todos los medios posibles, de reparar las pérdidas que han sufrido.

Los bosques cercanos á este lugar están llenos de tigres, serpientes, culebras y otros reptiles venenosos.

Creo deber hablar, de pasada, de una isla que se llama *La Plata* y que se divisa á 17 leguas de *Punta Santa Elena*. Esta isla está rodeada de rocas, tiene cerca de tres cuartos de legua en contorno y media legua de largo; aunque su suelo es estéril produce sin embargo legumbres excelentes para el consumo de los habitantes que forman más ó menos 80 habitaciones; además produce leña en abundancia que al quemarla esparce un olor desagradable; el agua es muy escasa, pero bastante buena. La mayor parte de los habitantes desterrados de *Guayaquil* viven en cabañas hechas de pieles de lobos marinos. El pescado es en extremo abundante.

Se llama esta isla, *Isla de la Plata*, porque los bageles procedentes de Lima cargados con lingotes de

plata, para *Panamá*, á menudo se han perdido en los alrededores de esta isla.

El buque en el cual me embarqué iba tan cargado, que la noche misma de mi partida, estuvo á punto de irse á pique; el agua que pasaba ya del estribor á babor nos inspiraba los más vivos temores y vimos el momento en que nos íbamos á sumergir.

Fuímos bastante felices, á pesar del peligro que corrimos, de poder llegar al portezuelo de *Atacama*, donde, después de quedar dos días sin tocar tierra, desembarqué con otros dos pasajeros y el piloto para ir á *Atacama* donde los negocios nos llamaban. Después de llegar al puerto, nos pusimos en marcha para ir á la aldea; pero las olas del mar que habían desbordado el río por donde debíamos pasar, se opusieron á nuestro propósito y nos obligaron á dar una vuelta de una legua y atravesar un desierto que lleva el nombre de la aldea, lleno de grandes tigres, leones, culebras y otros reptiles venenosos.

El piloto que conocía el peligro que había que correr, nos observó, sería más prudente volver á la orilla y hacer señas á bordo para que vinieran á buscarnos, más bien que exponernos sin armas y sin otro medio, á ser devorados por los tigres ú otros animales de que estaban llenos los bosques. Un día, nos dijo, lo atravesé con seis compañeros y tuvimos gran trabajo para escapar de su furor, pues los tigres cayeron sobre nosotros de tal manera, que habríamos sido víctimas de su voracidad, si no hubiésemos imaginado, prender fuego con presteza para

espantarlos y os aseguro aún que á pesar de este expediente, estuvimos expuestos á grandes peligros.

Estas observaciones tan sensatas, habrían debido, sin dificultad, hacernos adoptar el prudente partido que nos proponía; pero no queriendo absolutamente volver sobre mis pasos, le respondí, que me expondría sólo y que únicamente el miedo lo hacia hablar de este modo; que era preciso continuar el camino que habíamos tomado. Los otros dos, viendo mi firme resolución no vacilaron un instante en seguirme, y el piloto no pudiendo hacer otra cosa se vió constreñido á hacer lo propio, aún cuando no dudaba del peligro que bien pronto íbamos á correr.

Después de un cuarto de hora de marcha y mientras pensábamos en la imprudencia que habíamos cometido, desdeñando cargar armas, el piloto nos dijo que oía á los tigres y estábamos perdidos. Más atrevido que los demás, me negué á escuchar, mirando lo que él decía como el efecto de un vano pavor é imaginándome que realmente no había peligro alguno. Pero pronto fué otra cosa, cuando sentí los aullidos de esos animales feroces; fuí el primero en quedar como petrificado de espanto, á la vista del peligro en que íbamos á ser víctimas por nuestra imprudencia. Nos apresuramos a querer subirnos á los árboles; pero el piloto, que tenía más experiencia que nosotros en semejantes aventuras, nos observó que era preciso obrar de otro modo; que los tigres viéndonos en los árboles subirían también y nos devorarían sin poderles oponer ninguna resisten-

cia. Escuchamos entonces, pero demasiado tarde, las instrucciones que nos dió: «Venid acá, dijo, aproximaos á mí; prendamos fuego; es el único medio de preservarnos.»

Lo rodeamos, en efecto; sacó el pedernal y con algunas bostas de caballo que recogimos aquí y allá encendió un poco de fuego; esperando que yo en cienda los tizones, armaos, decia, de gruesos troncos de árbol y gritad siempre para así tener distantes á los tigres de nosotros. Ejecutamos sus órdenes sin perder el valor; nos armamos de leños que encontramos por casualidad. Apenas estuvimos provistos de ellos, cinco ó seis de esos animales nos asaltaron con tanta impetuosidad, que nos habrían devorado infaliblemente si nuestra tardía prudencia no nos hubiera obligado á seguir los eficaces consejos del piloto.

Ocupados en la defensa de nuestras vidas, comenzamos á perder nuestras fuerzas por la fatiga que nos causaba este horrible combate, cuando el piloto, que se apresuraba en encender los trozos de leña, reanimó nuestro valor anunciándonos su esperanza de salvación. Vamos, nos dijo, tomad estos tizones y haced como yo. En efecto, fué el primero en caer sobre las fieras con un tizón encendido que tenía en cada mano para espantarlos y los hacía huír persiguiéndolos de ese modo, pero cuando nuestro piloto volvia sobre sus pasos, esos animales hacían otro tanto y con más furia. Trabajamos así hasta una media legua, siempre armados de nuestros tizones y lan-

zando grandes gritos para espantar á los tigres y alejarlos; pero nos perseguían á todo extremo, cuando en vez de retroceder avanzábamos camino.

Nuestros tizones comenzaron á apagarse y sin embargo, oíamos los aullidos de los tigres que veníán á juntarse con los que nosotros estábamos obligados á combatir; nuestros espíritus estaban abatidos, nuestras fuerzas agotadas é íbamos á ser víctimas de esos monstruos, cuando el encuentro oportuno de cuatro mulatos, nos libró de ese inevitable peligro. Agobiados de fatiga, nos creíamos de tal modo perdidos que uno de nosotros no pudo dejar de decir con tono lastimero: ¡Ay! no veré el día de mañana, si Dios no hace un milagro en mi favor. Tenía razón de hablar así, pues, fué un verdadero milagro, encontrar ahí, tan apropósito, gentes armadas, que bien pronto se vieron obligados á defendernos y conociendo mejor que nosotros los peligros que teníamos que correr, no nos abandonaron y quisieron en absoluto, acompañarnos hasta la aldea.

Los habitantes, no sé por qué conducto, instruidos de que íbamos donde ellos y sabiendo el peligro al cual nos habíamos imprudentemente expuesto, en un lugar tan terrible, corrieron en masa á socorrernos.

Encontramos más de cincuenta de esos bravos hombres que venían á nuestro encuentro. ¡Qué placer y qué alegría nos demostraron cuando después del detalle que le hicimos de nuestra aventura, vieron que no habíamos recibido daño alguno; no sa-

bían qué hacer con nosotros y en el acceso de su asombro, decían que nuestra salvación provenía de un milagro y que éramos hombres protegidos del cielo.

Entramos, pués, á la aldea en medio de ellos y entonces todos los habitantes demostraron una alegría tan natural que nos dieron á conocer cuan realmente humanos y hospitalarios eran; y ciertamente no se podía dudar de ello, después del rasgo de generosidad y de abnegación que acababan de hacer por nosotros; habría sido más fácil dudar que habitantes más educados hubiesen sido capaces de tan noble acción.

Después de dar mil gracias á Dios, que nos había tan visiblemente protegido, nos deshicimos en dar las gracias de reconocimiento á los habitantes de la aldea, que el cielo en su bondad nos había enviado para nuestra salvación. Les dijimos todo lo que en semejante ocasión el corazón puede inspirar.

Esta aldea, en su género, es bastante fértil; abundantemente provista de carne, produce mucha legumbre tales como el manioco, zanahorias y muchas frutas de América.

Los plátanos que los habitantes comen en vez de pan son muy abundantes; lo mismo que los cocos que llegan á un tamaño enorme y de delicioso gusto. Cada coco da cerca de una botella de agua, que refresca mucho. Con su comida se hace una especie de horchata tan blanca como la leche y que produce el mismo efecto que su agua; es una bebida muy agra-

dable y sin contradicción, una de las mejores. Esta fruta es una de las más útiles de América.

Con su corteza se hacen vasos que adornan con oro y plata y son de gran precio; en fin este árbol está tan esparcido en el lugar que no se ven más que *cocoteros*, desde la orilla del mar, à distancia de 5 á 6 leguas.

Hay tambien en sus alrededores, un arbusto que tambien dá un fruto, por su color y su peso semejante al coral y sin una mancha amarilla que tiene no se sabría como distinguirlo de éste. Los habitantes cogen ese fruto con muchas precauciones y lo envían á las provìncias vecinas donde se vende muy caro. Se le emplea aún para hacer rosarios y en los collares de perlas para las señoras adornados con oro, aumentando su precio.

Este arbusto no se da más que en las rocas de la orilla del mar y por este motivo se le llama *arbusto marinero*.

Las casas de esa aldea, la primera que encontré en el *Choco*, son de un piso y sin principal; sus habitantes duermen en lo alto para preservarse de los animales y reptiles que infestan esas regiones; está á 80 leguas, norte de *Guayaquil*.

Desembarcamos parte de nuestra carga y nos reembarcamos para *Esmeralda*. No hablaré, por no engrosar mi obra, de los justos reproches que nos hizo el piloto cuando dejamos la aldea para volver al puerto: el lector adivinará fácilmente lo que pudo

decirnos por habernos negado á seguir sus consejos á la entrada del bosque.

Creo que la desgracia nos perseguía, pues, ántes de llegar al puerto de *Esmeralda*, estuvimos á punto de perdernos. La entrada á él está formada por bancos de arena y nos habría sido imposible salir, si, muchas personas que veían claro nuestro naufragio, no se hubieran apresurado á venir en nuestra ayuda con pequeñas piraguas ó bótes.

Esmeralda, aldea situada sobre un riachuelo á tres leguas del puerto de ese nombre, está habitada por indios; dista siete leguas noreste de *Atacama* y sesenta y dos noroeste de *Quito*.

Los grandes bosques que la rodean están llenos de todas clases de animales salvajes, reptiles é insectos venenosos. Para ir del puerto á la aldea, es necesario subir por el río en botes hechos de una sola pieza, lo que causa un retardo de cuatro horas en razón de la rapidez de las aguas; pero bajando, el trayecto se hace en una hora.

Esta aldea está gobernada por un capitán que reune todas las atribuciones.

Los habitantes han conservado todas sus primeras costumbres: sobre todo en su traje. Los hombres llevan, desde la cintura hasta el tobillo un calzón de tela extremadamente gruesa, que proviene de la corteza de un árbol, hecha con mucho trabajo; en la parte baja del calzón y en torno, colocan un pedacito de cuero de animal muy fino, que sirve para adornar á manera de encaje; llevan una camiseta rayada

y tejida para este uso, y un sombrero extraordinariamente largo, hecho de hojas de plátano ú otras de este estilo.

Las mujeres, es decir las naturales del país, llevan por toda vestimenta una especie de cota o pequeño jubón que aprietan en la cintura y no pasa de las rodillas; lo demás del cuerpo va descubierto.

Su idioma es muy diferente de las otras provincias y dificilísimo de entender y su pronunciación es casi salvaje.

La mayor parte de esos indios, es decir los más pobres, se ocupan en la caza del jabalí, animal muy multiplicado en los alrededores y que alcanza un extraordinario tamaño; hay algunos de carne bastante buena, que pesan hasta 160 libras.

Esas pobres gentes que no tienen otras provisiones que el plátano, manioco y algunas otras legumbres, proveen sus necesidades por medio de esta caza que hacen con lazos.

Para colmo de mala suerte, la aldea y sus alrededores fueron igualmente saqueados en 1816 por los independientes que, para servirme de una expresión vulgar, no dejaron á esos infortunados, más que los ojos para llorar.

Aunque llueve mucho en este lugar, hace mucho calor á causa de las borrascas ahí frecuentes.

La aldea de *Esmeralda*, tiene este nombre á causa de las piedras preciosas que se encuentran en el río.

Se vé en sus alrededores un árbol que los indios

llaman *Pamaqui*, muy parecido al naranjo; su tronco y ramas son rojos; las flores como las del jazmín y sus hojas como las del nogal; su fruta, del tamaño de una almendra verde y la cáscara como la castaña, tiene en su interior muchos granos rojos utilísimos á los pintores que los usan para hacer vermellón de muy sólido color. Con su corteza fabrican los indios cordeles más firmes que los de cáñamo; sus raíces tienen muchas cualidades; los naturales las hacen hervir y con ellas se frotan todas las partes del cuerpo para sanar de las picaduras de los insectos que á menudo atacan á esos pobres desgraciados; su madera es tan dura que el fuego mismo no la puede consumir sino después de mucho tiempo.

En la costa de *Esmeralda* y *San Buenaventura* hay una islilla de *Tumaco*, bien poblada y fértil en toda clase de frutos de América. Está á cincuenta leguas al norte de Esmeralda.

Tumaco, portezuelo, en la misma isla es muy segura para sus buques; fué invadido y saqueado por los mismos independientes que asolaron las dos aldeas precedentes.

Este lugar tiene carne y pescado en abundancia; produce toda clase de legumbres. Los plátanos son soberbios, las naranjas muy grandes y muy buenas, y por fin, los cocos magníficos y excelentes. Los naturales sacan mucho uso de ellos.

Los habitantes son muy dóciles y muestran buena fe en sus tratos. Están gobernados por un capitán, y los indios por dos caciques.

El clima es desagradable y malsano á causa de las neblinas que ahí reinan, y el gran número de moscardones que infestan el lugar lo hacen aun más desagradable.

Como unos negocios me llamaran á *Barbacoa*, á 18 leguas de *Tumaco*, me transladé ahí por los riachuelos.

Esta ciudad está en el interior de la provincia de *Choco* y es muy antigua; edificada en un vallecito vecino á las montañas, está habitada por negros mulatos, mestizos, indios y muy pocos blancos.

Esta ciudad es muy rica por el gran número de minas de oro en polvo que se encuentran en los alrededores.

Tiene un importante comercio, particularmente de gruesas telas de la provincia de *Quito* que aquí se transportan y se cambian á los mineros por oro en polvo.

Tiene necesidad de ser aprovisionada por otras ciudades en víveres y otras cosas, pues su suelo no produce más que oro y algunas legumbres; sin embargo no carece de nada; de todas partes se trae lo necesario para la vida y manutención de los habitantes. El valor de sus minas atrae una continua concurrencia de negociantes.

Las casas son muy hermosas, aunque construídas de madera; duran tanto como si fuesen de piedra ú otros materiales. Es tan buena la madera en este país que es muy raro que ella se pudra.

La grande abundancia de oro hace muy orgullo-

sos á sus habitantes, sobre todo para con los de otras provincias, á quienes miran con aire de menosprecio, lo que deja ver la influencia de este metal sobre los hombres.

Son viciosos y principalmente muy jugadores; los juegos son tan gruesos y tan comunes entre todas las clases, que, á falta de moneda, llevan saquitos llenos de oro en polvo, y apuestan á una carta por onzas y aun por libras y que se pesa cuando el jugador ha ganado ó perdido y, sobre todo, cuando quiere retirarse con alguna reserva. Se juega con más franqueza y lealtad que en *Marmanda,* donde por una miserable moneda de diez centavos, se tratan de ladrones y petardistas, sin atreverse á falta de honor, á lavar de otro modo las injurias y lo que sucede casi en cada partida.

La opulencia de esta ciudad y la privación que experimenta de todos las productos que le son necesarios, ofrecen grandes ventajas á todos los negociantes especuladores; cualquiera que sea su género de comercio, están seguros de hacer ahí muy buenos negocios.

Las mujeres son bastante hermosas; su traje es tan rico como elegante; su tocado adornado con alhajas de muy gran valor; pero son muy altivas.

Pasa por la ciudad un riachuelo muy rápido que nace en la *Serranía* y va á desembocar al mar á 18 leguas de ahí; es navegable en pequeñas canoas, aunque muy peligroso por la rapidez de su corriente. Las canoas, en las cuales se navega, son de una sola

pieza y sin quilla, absolutamente iguales á las que usan los piratas de *San Morondón.*

Los habitantes usan canoas semejantes para la conservación de sus hortalizas; los colocan sobre grandes pilares de madera muy dura y á bastante elevación; después de llenarlas de tierra siembran las legumbres para evitar que los insectos las destruyan ó las envenenen. Está obligadoa á tomar estas precauciones porque los insectos hormiguean en este país, á causa del calor que es excesivo. Todos los alrededores están igualmente repletos no solamente de esos insectos sino también de culebras de tamaño mostruoso y otros animales salvajes no menos peligrosos.

El río engendra un animal anfibio que los habitantes llaman *Guaraico* de porte de un buey. Vive en el agua y en tierra y salta aún á los árboles. Tiene los dedos armados de uñas muy fuertes; su forma es la del cocodrilo pero difiere por su color que es negro y verde y en que no tiene escamadura.

Tiene el cuerpo unido y manchado como la piel de una serpiente grande; su bocaza es tan grande que entraría en ella un cordero vivo. Pone gran cantidad de huevos buenos para comer; su carne, es igualmente muy buena especialmente asada, tiene casi el gusto de la de tortuga y se la prepara con pimienta roja molida. Este animal lejos de hacer mal á nadie, toma la fuga cuando oye el menor ruido.

El aire es mal sano en esta ciudad por el calor

excesivo como por la lluvia que cae ahí muy á menudo; á causa de esta incomodidad, los viajeros están obligados, no solamente en *Barbacoa*, sino también en toda la provincia, á premunirse de hamacas que tienen ordinariamente suspendidas en las ramas más elevadas de los árboles para tomar reposo; cuando se está habituado se duerme ahí tan tranquilamente como en una cama.

La ciudad y su jurisdicción están gobernadas por un coronel y un cabildo; su población es de cerca de 4,600 habitantes, todos muy sumisos con sus jefes.



CAPÍTULO XXXVII

Vuelta á Tumaco, Miquis, San Buenaventura, Anchicaya.

Volví por el mismo río á *Tumaco*, para llegar al buque que había en ese puerto y continué mi viaje á *Buenaventura*. Después de 36 leguas de navegación llegamos á *Miquis* donde fondeamos.

Miquis pequeña aldea á 20 leguas este, de *Tumaco* y cerca de 9 del mar, es también muy abundante en minas de oro en polvo. Está igualmente obligada á aprovisionarse fuera, de todos los artículos de primera necesidad, que son ahí muy caros, pues, una simple gallina vale ocho francos; lo mismo pasa con otras provisiones.

Los habitantes son muy orgullosos, porque conocen como los de *Barbacoa* que con su solo producto de oro en polvo pueden procurarse lo que necesiten y la concurrencia de negociantes es continua. El atractivo de su metal, los reune de todas partes en este lugar y por eso nada les falta.

Corre un río que en este paraje está infectado de cocodrilos, muy peligrosos contra los cuales es preciso tomar sus precauciones.

La temperatura es más ó menos como la de *Barbacoa* y por eso también sus alrededores están llenos de reptiles venenosos, bestias salvajes; y para preservarse de ellas, los habitante están obligados a emplear los mismos medios que usan en esta última ciudad. La aldea es malsana, pero rica y es preciso estar aclimatado para poder pasar una larga estadía. Está gobernada por un capitán y su población llega á 1,000 habitantes, en su mayor parte mulatos mestizos.

Después de hacer algunos cambios por oro en polvo, volví sobre mis pasos y habiendo llegado al buque, fuimos á *San Buenaventura*, portezuelo en la bahía de *Choco,* al este de la isla de *Malpelo* y á 82 leguas suroeste de *Popayan.*

Este puerto es frecuentado sin interrupción por las embarcaciones de *Guayaquil* y de *Paita*, que depositan una gran cantidad de sal y provisiones. Los habitantes del interior de las sierras vienen á prevenirse de lo necesario, lo que dá algunas entradas á los del puerto; pues, no tienen otra ocupación que coger conchitas que abundan en este punto y son de muchas clases y colores y muy buenas de comer.

Este portezuelo, que debería estar poblado, á causa de su posición, es, al contrario, casi desierto,

Una docena de casas ocupadas por mulatos, forma su población.

El jefe del puerto es un lugarteniente; está generalmente en las *Juntas*, de que hablaré más adelante.

No encontrando sin duda ninguún hombre capaz de reemplazarlo, delegó sus funciones á principio de 1819, según su costumbre, á la mujer mas instruida y más rica del pais. Esta mujer revestida del poder juega un gran papel en circunstancias á menudo serias, aunque entonces, según me parece, el jefe del puerto pasa á tener conocimiento de ello.

No la hube visto de pronto, cuando su físico me llamó la atención hasta el punto de no poder dejar de pintar al lector, rogándole crea, que lejos de exagerar, halago, al contrario, el retrato de esta subdelegada.

Desde luego, es mulata (si existe aún) y su rostro está cubierto de cicatrices; no tiene nariz; su boca es de tales proporciones que poco le falta para que llegue á las orejas; el aliento que despide es tan repugnante que se diría sale de un lugar pestífero y para colmo de perfección tiene un brazo mucho más corto que el otro, lo mismo que el seno.

Las funciones que desempeña le dan tanta vanidad que, apesar de todo, se cree algo amable y tiene las más grandes pretensiones. Para hacerlas valer más se cree música, y efectivamente toca música á su manera en un instrumento de *bambú*, colocado en forma de piano, pero más grande, que ella toca

con palillos de punta más gruesa que los palillos de tambor. La armonía que ella saca destroza los oídos, pero no creo que sea á causa del instrumento; pues aunque sea el primero que he visto de ese género, me parece que podría producir sonidos más regulares. Sea lo que sea, las vecinas y la señora gobernadora del puerto están encantadas de poderla agradar; cree igualmente captarse los sufragios de los extranjeros, quienes, á causa de sus ridículos movimientos la ruegan tocar; ella se niega si no se le ofrecen algunas monedas.

En una palabra, es un monstruo vestido de mujer, tanto por su fealdad, como por sus maneras horrorosas.

Hice desembarcar mis mercaderías y me separé del buque que me había traído hasta aquí, queriendo tomar una dirección diferente.

Me fuí, pues, á *Anchicaya*, cerca de cuatro leguas distante del puerto con la intención de hacer algún cambio por oro en polvo. A este efecto, me embarqué en una canoa pequeña en un río que conduce allí.

Anchicaya es otra aldeilla que no tiene más provisiones de boca que *Miquis*, pero suple sus necesidades con las minas de oro. Los extrajeros vienen á surtirla de todo lo que pueden desear; hay comercio de toda clase de artículos.

Los habitantes son industriosos y su actividad no deja escapar ocasión alguna de aumentar sus negocios.

Las mujeres no trabajan jamás en los días de gran parada; parecen diosas; están brillantes de riquezas; sus collares, brazaletes, sus aros, sus rosarios y sus alhajas son de gran magnificencía y valor. Se visten con bastante elegancia y su belleza se realza con el brillo del oro y pedrerías de que están cubiertas.

Las casas están construidas con una especie de bambú, planta de cuarenta pies de altura, de la familia de las cañas y nudos de distancia en distancia. Se la hiende con una hacha de un extremo al otro y así se hacen tablas y éstas se clavan en pilares ó postes en forma de armadura, qus se cubre con hojas de palmera.

La poca regularidad que observan en sus tabiques dejan hendiduras por donde penetra el viento facilmente, al interior de las casas y las hace muy insoportables.

El gran número de árboles que hay en los alrededores de esta aldea y la riqueza de sus minas deberían, sin embargo inducir á sus habitantes á librarse de las incomodidades que experimentan, entregándose al estudio de la arquitectura, y en caso de que su orgullo les impidiera cultivar este arte tan precioso, les sería muy fácil con sus riquezas, procurarse obreros hábiles y capaces de construir habitaciones más agradables y más dignas de ellos.

Las bestias feroces, grandes serpientes y los insectos venenosos son comunes en los alrededores de esta aldea, y los habitantes se ven obligados á usar precauciones para preservarse de ellos.



CAPÍTULO XXXVIII

Vuelta á San Buenaventura.—Partida para Cali.—El Pueblo de la Cruz.—Las Juntas.—Naranjo.—Popayán.

Habiendo vuelto á *San Buenaventura,* partí á visitar los lugares arriba designados á donde fuí, ya bajando por los ríos, ya recorriendo tierras.

La primera aldea que encontré fué el *Pueblo de la Cruz*, á tres leguas de *San Buenaventura*. Este lugar es el más miserable que se puede encontrar en la provincia de *Choco;* no está habitado más que por negros y mulatos, que no tienen otra ocupación que la pesca y no les produce grandes entradas. Sin embargo, el oro en polvo circula, sobre todo los domingos y días de fiesta, porque los negros y mulatos que están ocupados en los trabajos de las minas, vienen esos días á cambiarlo por los objetos que les faltan.

A pesar de su pobreza, los habitantes son viciosos y libertinos; miran con desdén á todos los extranjeros y creo que jamás un viajero ha encontrado en ellos consideración ni hospitalidad.

Su cura es un mulato que no practica más que ellos los deberes del decoro y humanidad. Guíado únicamente por el interés, se constituye en negociante, vende á sus feligreses, toda clase de víveres y carnes saladas, que les hace pagar un cuarto más caro que los otros vendedores, y una gran cantidad de aguardiente de caña de azúcar; por lo menos gana un ciento por ciento, tanto en estos artículos como en otros que igualmente negocia.

Este cura cree tener tanta autoridad y ciertamente más pretensiones que uno de nuestros obispos; por eso su arrogancia con los demas habitantes del lugar es extremada; el oro que posee, haría la fortuna de muchas familias, y no lo emplea sino con la íntima convicción de duplicarlo ó triplicarlo.

Los habitantes, tanto negros como indios, á falta de navajas de afeitar, se rapan con pedazos de vidrio; hay quienes se rapan el cuerpo, pretendiendo que este uso refresca mucho y los pone al abrigo del mal olor á que están sujetos algunas veces.

En este país hay muchas culebras, escorpiones y sapos de tamaño extraordinario. Durante la noche, esos animales se aproximan á las casas y tratan de introducirse á ellas. Su gran cantidad hace temer á los viajeros ser picados á cada instante, lo que desgraciadamente sucede muy á menudo.

El río suministra un pescado muy singular, llamado en el país *chalua;* no tiene escamas; su cabeza es exactamente como la de un gran sapo y su boca tiene la misma proporción; su carne es deliciosa y

alimenticia, preferible á la de cualquier otro pescado. En su vientre se encuentra una cantidad de oro en polvo y á menudo piedras muy preciosas. Los negros que lo pescan, conocen por el movimiento del agua, el lugar donde está y no descuidan nada por atraparlo. Hay algunos que han hecho su fortuna en esta pesca, habiendo tenido la felicidad de pescar pescados que contenían mucho oro y pedrerías.

De esta aldea partí á las *Juntas*, distante diez leguas, remontando el río en canoas de una sola pieza. Si el peligro es grande en esta navegación, mayor sería por tierra, pues, además de la imposibilidad de hacer el viaje á pié, á causa de los espesos bosques de que está cubierto, y que no ofrecen ningún camino abierto, ni aún huellas que puedan hacer sospechar que un hombre ha pasado, se estaría expuesto aún á los animales feroces y á los reptiles venenosos de que están plagados.

Es preciso, pues, para llegar á esta aldea recurrir necesariamente al río por penoso y peligroso que sea el trayecto.

La impetuosidad de la corriente es tal que los botes se ven empujados con extrema violencia y zozobrarían á cada instante si los que lo conducen no se metieran al agua, sosteniéndolos á fuerza de brazos y destreza.

La destreza de los negros y mulatos para evitar el choque del agua que baja como un torrente y los trabajos que hacen para salir de los malos pasos, pueden solamente hacer llegar al viajero sano y salvo

á su destino; se diría que ellos llevan más bien el bote, y no lo dirigen.

Estas pobres gentes no tienen otro alimento, á pesar de todos sus trabajos, que algunos plátanos y algunas veces un poco de pescado, que toman con mucha dificultad. La carne es tan cara, que, aunque salada se vende á 2 francos 20 céntimos la libra, lo que impide que los habitantes la coman todos los días. Su mejor regalo es la bebida del *guarapo*, hecha con caña de azúcar; es muy dulce, pero si se bebe un poco más de lo preciso, ó si tiene solamente cuatro días ó cinco, embriaga al más gran bebedor.

En este lugar se encuentra un animal que los habitantes llaman *aranata* que se domestica fácilmente; es del porte de un perro lebrel y tiene casi el mismo cuerpo, á excepción de que no tiene pelo y la cola es extremadamente corta.

Pretenden que su carne es excelente y da fuerzas extraordinarias á los que hacen uso de ella. Su piel sirve para hacer polainas, que son un gran preservativo para las picaduras de insectos venenosos, que, como lo he dicho, molestan tanto en esta rica región.

He aquí la manera como la comen: después de ahogar al animal por el hocico, lo abren para sacarle los intestinos; hecha esta operación, se le vuelve á su primer estado y depués de abrir un hoyo en tierra, se colocan en él piedras calientes, sobre las cuales se esparcen hojas, donde se coloca el animal, se cubre bien con otras piedras calientes sobre la

última capa de hojas. El animal queda cocido en cuatro horas tan bien como en un horno. Se le saca en seguida del hoyo, se le prepara con sal y pimienta molida y así se le come: es una comida deliciosa.

Hay además en este lugar un murciélago mucho más grande y más de temer que los que conocemos en Francia. Los habitantes toman las mayores precauciones para preservarse de él; están obligados, para dormir á ponerse bajo pabellones de telas de algodón. Este animal nocturno se alimenta la mayor parte del tiempo con la sangre de los habitantes, que chupa con tanta destreza que no se siente cuando se está dormido.

Los negros y mulatos pretenden que si se da de comer á álguien el corazón de este animal asado y reducido á polvo, es un verdadero milagro si vive más de dos días.

En fin, llegué de las *Juntas*, pequeña aldea, como he dicho, al puerto de San Buenaventura. La residencia de don *José Illeres*, capitán de dicho puerto, está situada al pié de una montaña y en la confluencia de dos riachuelos que cesan de ser navegables á causa de los precipicios que encierran desde este punto hasta el mar.

Desde *Atacama*, hasta las *Juntas*, los animales y reptiles que llenan los bosques, obligan á viajar por mar ó en canoas por los riachuelos.

La montaña al pié de la cual está situada esta aldea es impracticable para toda clase de animales

de carga y no hay más que los negros y mulatos que la franqueen cargados como machos.

Los viajeros no podrían aventurarse á atravesar á pié y sin buenos guías para ir á *Papagayos*, pues esta montaña está tan infectada de animales peligrosos como los bosques de que he hablado; se hacen transportar, pues, por esos mismos negros. A este efecto, estos tienen sillas hechas de cuero con una tarima en la cual se apoya el viajero y colocan á la espalda esas sillas donde el viajero se sienta. En esta actitud tan penosa y que es sin embargo indispensable, los negros ó mulatos lo llevan de una manera segura y bastante rápida hasta *Naranjo*, distante seis leguas de las *Juntas*. Si desgraciadamente el negro da un paso en falso, su muerte como la del viajero es inevitable, pues, marcha siempre al borde de los más espantosos precipicios.

Se paga á estos conductores á razón de cinco francos la legua y se está obligado á alimentarse en el camino; hay algunos entre ellos que ganan hasta cincuenta francos al día, sobre todo cuando el tiempo está lluvioso.

El trabajo que esas gentes se toman en esos viajes, los agobia enteramente y es raro que alcancen los cincuenta años. Lo que me pareció singular es, que para llevar á los viajeros y sus mercaderías en maletas ó bultos hechos expresamente, y que pesan hasta 160 libras, se desnudan completamente y no conservan más que una especie de delantal para tapar sus desnudeces.

La gran costumbre solamente puede hacer soportar las incomodidades á que están expuestos, sobre todo cuando atraviesan desnudos y sudando, gran número de arroyos y soportan la lluvia y el viento frío ó caliente según la estación ó el tiempo que haga.

Llegados á *Naranjo* especie de caserío, el primero que se encuentra en el nuevo reino de Granada, el conductor se retira á las *Juntas* algunas veces tan cargado como al llegar, y el viajero toma mulas para continuar su camino hasta *Papagayos*, que está á diez ó doce leguas de ese lugar.

El trayecto es aun más peligroso, á causa de la pasado de un río que es preciso atravesar muchas veces sobre mulas. Las rocas, los troncos de árboles que se encuentran, impiden á menudo atravesarlo, y la rapidez de la corriente en la mayor parte de los vados, arrastra frecuentemente con su violencia, hombres, mulas y mercaderías. No sin necesidad, el viajero al llegar á *Papagayos* reposa un poco de las fatigas de tan penosa jornada.

Los *Papagayos* es una pequeña región que produce en mucha cantidad maiz, plátanos, manioco y otras legumbres, con las que se alimentan los habitantes. Dista 16 leguas de *Santiago de Cali*.



CAPÍTULO XXXIX

Santiago de Cali.—Popayán.—Cartago.

Santiago de Cali es una ciudad muy grande del nuevo reino de Granada; pero no está poblada en proporción á su tamaño; está á 25 leguas al norte de *Popayán* y á 36 sureste del puente de *San Buenaventura.*

Situada en una hermosa llanura á la orilla del río *Cauca*, como ya lo he dicho, su posición es de las más agradables; mantiene comercio muy activo é importante con la provincia de *Choco*, por la excelencia y abundancia de sus productos que los cambian por oro en polvo ú otros artículos.

Se cosecha en abundancia, azúcar, café, algodón, cacao y tabaco; este último producto es muy estimado, especialmente por su buena calidad. Del mismo modo, hay mucho arroz y ron que se fabrica y es buscado por su calidad.

Las legumbres, plátanos y toda clase de frutas de

América se producen en abundancia; entre las legumbres que produce su suelo hay una semejante en todo al manioco, sólo que su carne es amarilla, pero el gusto casi es el mismo. Es muy alimenticia y se la come cocida, asada y en toda clase de salsa. Los habitantes hacen con ella una bebida de esta manera:

Después de haberla despojado de su primera corteza, la cuecen en agua; cuando ha hervido durante seis ú ocho horas, la ponen al sol para que se seque; en seguida la machacan con una mano de almirez, hecho expresamente para esto; y después de haberla amasado como para hacer pan, colocan esta especie de pasta en una gran caldera, y le agregan *raspaduras* (especie de pequeñas pastas de azúcar de una última calidad); después de hacer hervir el todo durante tres ó cuatro horas lo trasvasijan á tinas de barro. Esta bebida, que llaman *zanahoria*, es muy buena para beber después que ha fermentado.

Los alrededores son encantadores; las praderas, cubiertas de animales forman el más hermoso golpe de vista y presentan pintoresco contraste con las elevadas montañas vecinas al llano.

Los habitantes en general tienen muy regulares costumbres; sobre todo las mujeres son de muy afable carácter, aunque la mayor parte de las que son de cierta edad ocultan la hipocresía bajo la máscara de la devoción.

Esta ciudad, como lo he dicho, no está poblada como lo exigiría su extensión, y la mejor prueba que

se puede dar de ello, es que sus calles están en gran parte cubiertas de yerba; la misma plaza principal parece más bien una pradera que otra cosa. Se ve un gran número de animales deméstIcos pacer tanto en esta plaza como en las calles.

A pesar de su comercio y de la riqueza de sus productos, se ha puesto bastante pobre desde 1809, época en que comienzan las turbulencias políticas en la provincia; fué muchas veces el teatro de la guerra; en esta lucha de los partidos cada uno se entregaba á su turno al saqueo, á la devastación y a toda clase de desórdenes.

En 1819, el jefe de la gobernación era un lugarteniente coronel (mulato) llamado José Muñoz; llegado á este grado en la revolución sin ser antes más que un miserable esclavo.

Este hombre se puso á la cabeza de diez ó doce negros ó mulatos; habiéndolo favorecido la casualidad hizo entre los independientes un botín bastante considerable y reclutó gente para aumentar sus fuerzas. Tomó un fuerte batallón ó un buen regimiento que mantuvo á su costa y por consiguiente mandó en jefe. Sus hazañas de bravura le hicieron apreciar generalmente y habiendo logrado restablecer el orden y tranquilidad, Fernando VII le nombró lugarteniente coronel de *Cali*. No sé si había aprendido á leer y escribir; pero en mi tiempo no sabía ni una ni otra cosa; á lo menos sabía hacerse respetar, tanto como respetaba él mismo á su amo, cuando era esclavo. Los habitantes, en número de 9,000, cono-

cían muy bien su origen y le hacían de buen ó mal grado, una asidua corte; las damas principales hacían lo propio con su esposa, que es de raza mulata como él.

El calor es ahí excesivo y aunque llueve á menudo, el clima es sin embargo muy sano.

Al cabo de algunos días, dejé esta ciudad y me dirigí á la de Popayán á 24 leguas de ahí.

Popayán, es una hermosa y gran ciudad episcopal, cabecera de la provincia de ese nombre; está situada á 98 leguas al norte de Quito; tiene una audiencia y un brigadier de ejército para gobernarla; su obispado es sufragáneo de *Quito* y la audiencia depende de la de *Santa Fe de Bogotá*, capital del nuevo reino de Granada.

El obispado es soberbio y muy rico; las iglesias magníficas por la suntuosidad de sus ornamentos; la casa de moneda es vasta y de buena arquitectura, las casas bien construidas y las calles hermosas y rectas.

Tiene un comercio general; pero los objetos con los cuales se podría hacer especulaciones muy ventajosas son los que se fabrican en Francia ó en otros países de Europa.

Esta ciudad era muy rica antes de haber sido saqueada seis ó siete veces desde 1809 por realistas é independientes. Sin embargo como no han podido llevarse las minas de oro que posee; ni las piedras preciosas que se encuentran en toda la extension de su jurisdicción territorial, el comercio se hace siem-

pre con actividad y la opulencia reaparece en pocos años, si, como es creible, los desórdenes concluyen al fin, en el país.

Entre el gran número de piedras preciosas que se encuentran en estas regiones, hay una que se llama *inga*, que, ademas de su valor y belleza tiene aún otra cualidad; se monta como todas las demás en un anillo, y la persona que lo carga en el dedo, está libre del entorpecimiento de los labios y de la lengua, especie de parálisis muy frecuente en este país, causada por la impresión del aire tan vivo que ahí reina.

Los habitantes de uno y otro sexo son encantadores, sus rasgos muy regulares. El carácter de los hombres no corresponde á su belleza exterior, pues, son muy orgullosos y trapaceros en sus negocios. Dotados por la naturaleza de una figura agradable les es facil engañar á cualquiera, y empleando además maneras persuasivas que inspiran confianza logran á menudo engañar.

Las mujeres son tan amables como hermosas, de carácter bien opuesto; de una dulzura y afabilidad sin parecido. Tienen muchas disposiciones para la música vocal é instrumental, como para la danza. El *salterio* es el instrumento que más les agrada.

A pesar de la hermosura de los hombres de la región las mujeres tienen una inclinación tan decidida á los extranjeros que las preferencias que ellos le manifiestan no pueden escapar á los ojos del hombre menos clarovidente; no le sería dificil á un europeo

un poco listo establecerse con una de las más lindas y más ricas personas del país.

Es bien sensible que ėsta ciudad haya sufrido tanto, pues sería, sin esto, una de las más opulentas de la América Meridional, tanto por su comercio como por las riquezas de sus minas, y sus habitantes en número de 21,000 vivirían en el seno de la abundancia.

El clima es más bien frío que cálido, y sin embargo esta región está sujeta á borrascas que se suceden con tanta fuerza, que el ruido á menudo intimida al hombre más valeroso. Las lluvias caen en todas las estaciones, y más particularmente en invierno.

Después de terminar mis asuntos en esta ciudad volví á *Santiago de Cali*, de donde partí á *Santa Fe*, pasando por *Buga*.

Buga, ciudad bastante grande, en el mismo reino de Granada, sobre el río *Cauca*, y dos leguas al norte de *Cali*, está gobernada por dos alcaldes.

Sus alrededores son ricos en diversos productos; el tabaco y algodón de superior calidad da grandes entradas y les procura en cambio los objetos que faltan.

Hay en el lugar una planta llamada *cagullo* que es de gran utilidad. Su tallo llega á la altura de veinticinco piés por uno y medio de circunferencia; tiene hojas parecidas á las de la alcachofa, un poco más anchas, pero que terminan igualmente en punta y bordadas de espinas largas y agudas. Cuando esas

hojas, que son muy fibrosas, están bien secas y molidas, se obtiene una especie de hilaza parecida á la del cáñamo, con la que se hacen sacos y la más fina se reserva para hacer pantalones para los negros.

Los habitantes, en general, pasan por sabios, se dedican á la pintura, que ejecutan con tanto gusto como delicadeza; son tan hábiles en este ramo como se puede ser en otra parte.

Las mujeres no andan mal y son bastante afables; pero desgraciadamente gustan demasiado de beber y fumar.

El calor del clima no influye en la salubridad; y á pesar del desaseo de las calles, que son muy estrechas, los habitantes en número de 4,000, gozan de buena salud.

Cartago, es una ciudad bastante grande, 35 leguas al norte de *Buga*, muy fértil en productos del país. El algodón, tabaco é índigo que producen sus alrededores y con los que tienen gran comercio, como algunas minas de oro que hay en el territorio de su jurisdicción, hacen bastante rica y brillante á esta ciudad.

Los mercaderes que vienen y traen objetos para negociar obtienen grandes utilidades, tanto por el cambio que hacen con otros artículos del país como con la venta de sus mercaderías en dinero.

Su población llega á 3,500 habitantes, que son generalmente afables.

La temperatura es bastante cálida, á pesar de que las lluvias no cesan de caer. Para ir de esta ciudad

á Santa Fé, distante 90 leguas al oeste de *Cartago*, es preciso atravesar una montaña muy elevada y muy incómoda; desde luego exige aprovisionarse de todo lo necesario para el alimento y el sueño, durante una marcha sostenida de diez días y sobre todo tomar una infinidad de precauciones para preservarse de las mordeduras y picaduras de las grandes culebras ó de otros reptiles de que está llena. No está habitada pero se encuentran pequeñas cabañas, colocadas distantes una de otra, un día de marcha, que han sido construídas por algunos viajeros, que se conservan cuidadosamente para que sirvan sucesivamente á otros.

Esas chozas consisten en cuatro trozos de madera bastante gruesa y largos, plantados con simetría á la altura de cinco á seis piés en los cuales se ponen otros atravesados; las ramas y la cantidad de hojas de extraordinario tamaño con que se cubren sirven de pallasa al lecho, algunos cueros que se extienden sobre esta especie de pallasa de colchón y el *poncho* de colcha. El techo está ajustado al resto del edificio; no está compuesto más que de algunas ramas y hojas suficientes, sin embargo, para impedir que la lluvia penetre por abundante que ella sea y para poner á los viajeros al abrigo de la intemperie del aire y del ataque de los animales dañinos. Solamente hay necesidad de proveerse de leña, agua y carne.

Hay mucha caza de gran utilidad al viajero y que lo distrae durante el curso de tan largo camino.

Entre esas aves, hay un gran número de pájaros negros, grandes y gruesos como los más hermosos pavos, que tienen la misma forma y no se diferencian más que en la cresta roja, colocada en forma de corona y por el gusto que es más delicado.

Como esas aves andan siempre en grupos, es fácil matar gran número de ellas. Es de lamentar que esta montaña no esté habitada á causa de las bestias salvajes que contiene; si estuviera poblada y no ofreciera ningún peligro, sería muy agradable, tanto por entregarse al placer de la caza, como por el perfume de los árboles odoríficos de que está lleno este lugar.

Cuando se ha pasado ese desierto y se está en la pendiente de la montaña, se divisa en el fondo una soberbia llanura en la cual está situada la hermosa ciudad de *Santa Fe*.



CAPÍTULO XL

Santa Fe de Bogotá.—Vuelta á Cali.—Viaje por la provincia del Choco.

Santa Fe de Bogotá, ciudad grande y hermosa, es la capital del nuevo reino de Granada; era el asiento del virrey antes de la independencia; está á ochenta y nueve leguas al noreste de *Popayán* y ciento setenta y dos al sureste de *Cartagena*. Tiene un obispado de jurisdicción muy extensa y que goza de grandes entradas, una grande audiencia, numerosas iglesias y conventos, una universidad, casa de moneda de magnífica arquitectura, tres hospitales y un teatro.

Edificada en una vasta llanura á la orilla del río *Pati*, cerca de las montañas de Bogotá goza de continua primavera; sus alrededores son tan ricos por

la abundancia de sus productos como agradables por el conjunto de sus variedades; se hacen copiosas cosechas de trigo y se recogen frutos excelentes; las primeras colinas de las montañas, de que está rodeada, ofrecen soberbias pasturas cubiertas de inmensa cantidad de ganado y de caballos. Estos últimos son hermosos y buenos, por lo que son muy buscados; una vez adiestrados son impagables, de ahí que se vendan á precios muy altos.

Esos animales, como el ganado, se encierran durante la noche en potreros de extraordinaria extensión, pues, como forman uno de los ramos más productivos del país, no se omiten cuidados que puedan contribuír á su conservación.

Hay un comercio general, pero el índigo que se cosecha, es de tal manera estimado por su calidad que solo bastaría para su subsistencia. Además hay numerosas fábricas de paños comunes y telas de algodón, gruesas y de diversos colores, que se envían á las provincias de *Popayán* y de *Quito*, donde es muy grande el consumo. La venta de esas mercaderías produce grandes entradas á la ciudad y la hace opulenta; todo es allí abundante y los víveres son baratos.

Las calles son hermosas y bien rectas; las casas de dos pisos, bien edificadas y ricamente adornadas. Los habitantes son muy afables; se entregan al cultivo de las artes y las ciencias; la delicadeza que ponen en sus operaciones comerciales es garantía segura de su buena fe; por eso los extranjeros hacen

gran número de negocios; llegan de todas partes por la regularidad de las costumbres de los habitantes, como por la facilidad de darse á entender, cualquiera que sea la lengua que se hable; pues, sea por razón de sus numerosas relaciones, sea por las ganas de conocer de todo un poco, sea, en fin, porque entra en su educación hablar algunas lenguas extranjeras, se entregan á este estudio con particular cuidado. El francés especialmente era en mi tiempo el idioma más familiar; las damas mismas lo hablaban con mucha gracia y habían hecho adoptarlo de moda.

El carácter de las mujeres no es menos digno de ser apreciado que el de los hombres; como ellos, son dulces, afables é instruídas; han recibido de la naturaleza algunas gracias que realzan la belleza que poseen; su tocado es de los más ricos y más elegantes, y el canto y el baile que ejecutan con toda la gracia que les es natural; son sus entretenimientos favoritos. Los habitantes de ambos sexos prueban que la civilización ha hecho mucho más progreso en *Santa Fe* que en cualquiera otra ciudad de la América Meridional; en cuanto á mí, no temo agregar que es la más agradable y donde el lujo es más perfecto.

Todos los artistas, principalmente los maestros de idiomas y de esgrima, hacían ahí, en poco tiempo, brillante fortuna.

No se pueden recordar más que con pena, los males de todo género que experimentó en la guerra de los partidos, de la que muchas veces fué el teatro,

ella que merecía desde todo punto de vista estar libre. El general *Morillo*, se distinguió por su crueldad con esos buenos habitantes. Después de derrotar á los independientes en su expedición, hizo pasar á cuchillo á una infinidad, so pretexto de que habían tomado parte en la insurrección, desterró gran número de ellos y exigió á la ciudad las contribuciones más onerosas. Llevó, por fin, el duelo y la desolación á esta capital y la mayor parte de las familias se resentirán largo tiempo de ese procedimiento tan cruel como antipolítico.

Este general tan consagrado á la causa de su rey y provisto de plenos poderes para representarle y obrar en su nombre, hizo como muchos otros un botín considerable de lo que encontró de más precioso, sin inquietarse de si la adquisición era justa ó nó. Era el más fuerte, obraba como soberano y nadie tenía el derecho de vituperar su conducta; era preciso callar y obedecer.

Después de arreglar á su manera el gobierno de *Santa Fe*, partió, dejando de virrey á don *Juan Samana*, á quien encargó mantener las leyes que su sabiduría y sus talentos habían establecido en 1819. Este mismo señor *Samana* ocupaba aún el puesto que el gran general le había confiado.

A pesar de todas las devastaciones que las tropas de uno y otro partido han podido hacer en esta opulenta ciudad, la riqueza de sus productos, la actividad de su comercio, el talento y la industria de sus habitantes repararán bien pronto sus pérdidas,

si el demonio de la guerra cesa de atormentarla y si un prudente gobierno mantiene ahí, el orden y tranquilidad.

Los habitantes, en número de 39,000, no carecen de nada, excepto de vino, el que están obligados á encargar con gran costo á Cartagena, por lo cual no todo el mundo puede beberlo, ya que se vende á diez ó doce francos la botella; pero se le reemplaza por la *chicha*, que es la mejor de todas las de la América Meridional.

Se fabrica con toda clase de cereales mezclados y su gusto y su fuerza hacen olvidar el vino, aún á los que están acostumbrados á él. Es tan buena que el mismo virrey la usa diariamente y sólo como algo extraordinario se vé vino en su mesa.

Después de estar algún tiempo en esta encantadora ciudad y de terminar mis negocios comerciales, volví á *Santiago de Cali*, donde permanecí algunos días y me aprovisioné de lo necesario para ir de nuevo á la provincia del *Chocò*, á fin de comerciar en el interior.

Los malos pasos que se encuentran en el camino que iba á emprender y la imposibilidad de efectuarlo sin grandes precauciones, me hicieron, como á otros negociantes, tomar en esta ciudad medidas indispensables.

Desde luego, es preciso proveerse de una buena cantidad de galleta, carne salada y otras provisiones para hacer el viaje que dura cerca de un mes y algunas veces más. En seguida es necesario escribir,

veinticinco ó treinta días antes, á los corregidores de la aldea *Tadeo* y la población *Noanama*, para que hagan poner tal día, botes en el lugar que se designe.

Tomadas estas precauciones, partí para la aldea *Las Juntas*, con dos viajeros que seguían la misma dirección y por consiguiente hube de hacer el trayecto de la montaña de que he hablado.

Nos embarcamos en seguida en botes que contenía cada uno un solo pasajero, una maleta y dos conductores. Esas pequeñas canoas son hechas expresamente para prevenir el naufragio con que se está amenazado en un río cuyas aguas se precipitan en espantosos precipicios; además, en ciertos parajes sería imposible navegar en embarcaciones mas grandes.

A pesar de todas esas precauciones, si los conductores no fueran tan diestros y ágiles para evitar el naufragio, es más que seguro que de cincuenta botes, cuarenta y nueve se sumergirían; lo que á menudo sucede á la menor distracción del piloto.

Llegado que hubo á un *salto* (catarata, así llamada en el lugar) desembarcamos y pagamos á cada lanchero á razón de cuatro francos por legua; en seguida traspasamos una alta montaña, después de un cuarto de hora de marcha y en el lado opuesto encontramos un *tambo*, donde alojan los viajeros, obligados á esperar nuevos botes para proseguir.

Agobiado de fatiga, deseabamos tomar nuevas fuerzas para soportar lo que se nos estaba reservado. A la primera mirada nuestros huéspedes nos dieron

á entender que no estaríamos ahí muy bien; sin embargo nos equivocamos, pues estuvimos mucho mejor que lo que habíamos imaginado.

El mal aspecto de la pareja que nos recibió merece ser descrita; creo que es imposible encontrar semejante, y el lector no tomará á mal que yo le diga de ella algo, de pasada.

El marido de cuarenta años de edad, más ó menos, era extremadamente patiestevado y tenía cerca de los riñones una enorme bolsa que servía ventajojamente para ocultar el vientre, pues desaparecía de súbito cuando andaba y en su lugar se veía una cavidad que podía contener ampliamente su hinchazón.

El conjunto de este hombre era muy singular y no podíamos dejar de reir al verlo caminar, aunque conocíamos cuanto trabajo debía costarle dar un paso.

La mujer, de la misma edad ó tal vez aún más vieja, no queriendo sin duda reprocharle nada á su encantador esposo, tenía algo de sus encantos con la diferencia de que la hinchazón era opuesta, pues la tenía en el pescuezo; llamo esto bocio porque es difícil y aún imposible encontrar un coto tan formidable como el suyo; si á esto agrega el lector, que era tuerta, verá cuanta razón tenía para decir que raramente se encuentran dos esposos tan parecidos en el físico; y que estamos bien fundados al temer un mal servicio.

Sin embargo debo hacerles la justicia que mere-

cen, si aun existen: nos recibieron muy bien y con la mayor afabilidad y nos convencieron de la alegría que demostraban al servirnos. Pensamos dormir en ese lugar, pero la casualidad nos proporcionó nuevos botes y aprovechamos la ocasion para ir á otro *tambo*, que se llama *tambo de bendición.*

Si el trayecto hasta el primero había sido peligroso, el que emprendimos era mucho más, pues, estuvimos sujetos á nuevas incomodidades que nos impedían gozar del reposo que esperábamos encontrar.

Por de pronto, son insoportables los moscardones; es preciso para preservarse de ellos estar provistos de gruesas telas que se cuelgan al rededor de la cama en forma de pabellón; en segundo lugar, las culebras y otros reptiles vienen á las habitaciones á silbar de una manera espantosa y á menudo pican á los viajeros en sus camas.

En verdad no sé porque se llama este lugar *tambo de bendición*; sería más natural darle el nombre de maldicion. Dudo de que en el infierno haya más serpientes é insectos venenosos para atormentar á los condenados; es imposible reposar ahí tranquilamente y en seguridad.

Partimos á la mañana siguiente para otro *tambo* y sufrimos aún fatigas mayores que la víspera á causa del mal camino que estábamos obligados á seguir. Nos fué preciso atravesar una montaña, que no se puede franquear sino á pié ó con ayuda de negros que nos transladan en sillas como en *las Juntas.*

Aunque ese transporte es muy caro lo preferimos al primer medio, por el temor que teníamos de ser picados por los insectos de que está lleno el lugar. El roce de las zarzas y ramas de los árboles nos herían el cuerpo, por lo que nos vimos obligados á ponernos máscaras, según la usanza del país, para no tener ningún ojo arrancado.

Una de las culebras más peligrosas y más comunes en ese país, es la que llaman *espuela de gallo*. Tiene, efectivamente, en la punta de su gran cola, un gancho muy fuerte y muy agudo que se asemeja á las espuelas del gallo; por medio de ese gancho se cuelgan de los árboles y avanzan la cabeza y el cuerpo con espantosa prontitud; su tamaño es enorme y la bocaza que presentan es horrible. Si desgraciadamente alcanzan á alguno de pasada, puede mirarse como perdido, pues la mordedura es incurable, por la gran actividad del veneno que ellas introducen. No hay más que un solo medio para sanar, empleado por los negros y mulatos; pero es preciso tener valor. Tan pronto como estos se ven mordidos se apresuran á cortar la parte herida y aplican en la llaga un ungüento de que siempre están provistos y que llevan colgado al pescuezo. Es el único remedio que se conoce. Es preciso ponerse en observación á fin de evitar esa serpiente, como también una infinidad de otros animales no menos peligrosos.

Después de haber sufrido cerca de cuatro leguas, todas las molestias de un camino tan espinoso, lle-

gamos á otro *tambo*, donde las canoas que habíamos pedido desde *Cali*, cerca de un mes antes, nos debían esperar; pero á menudo sucede que esas canoas no vienen sino un mes y algunas veces más tiempo después del día fijado, de suerte que los viajeros, á causa de esa tardanza ó del mal tiempo, se ven obligados á quedar en esa posada y á consumir sus provisiones sin poder en seguida procurárselas á ningún precio y una vez concluídas, obligados á comer yerbas para sostener su existencia, hasta la llegada de las tales canoas.

Fuímos muy felices, pues al cabo de cuatro días, indios bajo las órdenes de un *cacique*, enviado por los corregidores de *Tadeo* y de *Noanama*, vinieron á sacarnos de este *tambo*, donde temíamos agotar nuestras provisiones y vernos obligados, como tantos otros, á vivir de yerbas ó raíces silvestres.

La vista de esos indios es tal, que sin la necesidad indispensable que teníamos de dejar el *tambo* habríamos vacilado en entregarnos á su dirección. Están desnudos como gusanos y sus cuerpos pintados de todos colores; la nariz y los labios superiores horadados con anillos de oro, y sus orejas con pequeños pedazos de madera preciosa en forma de pendientes.

Igualmente, llevan brazaletes de plata ó de cuentas de cristal y con estos singulares adornos se acercan á los viajeros saltando y gritando como salvajes.

El jefe comenzó primero por pedir víveres para su gente, pues es costumbre que los viajeros los alimenten. Su ración es de lo más módico: consiste en

media libra de carne salada y tres plátanos al día. Cuando se les da de llapa un poco más de carne ó un poco de tabaco, no hay visaje que no hagan para expresar su reconocimiento.

Habiéndonos advertido el cacique que era tiempo de embarcarse, lo hicimos en el acto y sin pena dejamos el tambo. Las canoas eran más cómodas que las que habíamos tenido hasta entonces; pero el río era tan peligroso como los otros. Nuestros indios trabajaban con todas sus fuerzas. Sólo la costumbre que tienen de hacer ese trayecto, su destreza y valor pueden evitar las desgracias á que se está expuesto en estos peligrosos lugares. Logramos, por fin, llegar á la aldeilla de *Calima*, situada cerca del río y de la que voy á hablar en el capítulo siguiente.



CAPITULO XLI

Calima.—Boca de Calima.—La Playita.—Noanama.—Las Bodegas de Tamana.—Novita.—El Tadeo.—San Agustín.

Calima, es una aldea muy pequeña que tiene muchas minas de oro en polvo, pero que es muy estéril de víveres; la carne es carísima; no se encuentra más que algunas legumbres del país y muy pocos plátanos, suficientes apenas para el alimento de los habitantes. Usan mucho la harina de maíz que diluyen en agua y con ella se alimentan.

En los alrededores hay muchos bosques en los cuales se distingue un árbol que crece hasta la altura de un naranjo chico; sus flores nacen en ramilletes; son blancas coloreadas con un ligero encarnado, compuestas de cinco pétalos del porte de los de la rosa y dividida en forma de estrella.

Esta flor contiene treinta ó cuarenta granos del porte de una lenteja, que llegados á su madurez

están impregnados del bermellón más vivo y brillante. Este color es tan buscado en muchas provincias vecinas, que los habitantes para obtenerlo, colocan en una tina de baño esos granos preciosos y los lavan hasta que no tienen más ese bermellón y después de dejar reposar, se seca á la sombra; del concho espeso que queda en el fondo de la tina, hacen tabletas ó pequeñas píldoras que sirven á los pintores y tintoreros que las aprecian mucho.

Cuando esas tabletas no tienen mezcla, los indios las usan para teñirse todas las partes del cuerpo.

La madera de este árbol es buena para quemar; cuando hay una hoguera recién apagada, da sin em bargo chispas y si se frota con cualquiera otra madera, le transmite su virtud, de manera que esta última despide en el acto chispas como una piedra de fuego y entonces, por medio de un pedazo de género, algodón ó cualquiera otra materia combustible se puede fácilmente encender fuego.

Su corteza sirve para hacer cordeles de larga duración; su raíz, cuando está seca, da muy buen gusto á la carne y cuando se echa en alguna salsa le da su color y olor de azafrán.

Este lugar está habitado por negros y mulatos, no hay otro blanco que el cura. Tienen toda clase de vicios, principalmente el de la bebida y del juego. Las mujeres son muy inclinadas á los extranjeros, y por inducirlos á casarse hacen el sacrificio del oro en polvo que tienen en abundancia y cuya libra vale 1,000 á 1,300 francos, siempre que estos estén pro-

vistos de su acta de nacimiento, pues, sin esto no hacen nada.

Dudo de que á pesar de su oro, algún europeo quiera establecerse en un país que no ofrece absolutamente otra cosa que ese metal. En cuanto á mí, no habría sido tentado, aunque ellas tuvieran más atractivos; sin embargo es posible que se encuentren hombres bastante avaros para sacrificarse por el placer de poseer mucho oro.

El clima es muy incómodo; la abundancia de las lluvias y las frecuentes tempestades lo hacen insoportable.

Partimos de *Calima* y fuimos á pernoctar á la confluencia del río de este nombre y el de *San Juan*, donde hay un guarda para revisar los pasaportes de los viajeros y el pase de las mercaderías que se introducen en la provincia de *Choco.*

Este lugar, llamado *Boca de Colima*, es muy fértil en algodón y caña de azúcar; produce también plátanos soberbios y piñas de gusto excelente. Los habitantes tienen de bebida el *guarapo*, de que he hablado.

Nos embarcamos al día siguiente muy temprano, para llegar á un pequeño lugar llamado *la Playita.* Llegamos en efecto, á ese lugar desierto, donde nos fué preciso vivaquear por fuerza cerca del río, para no ser presa de los tigres que en grupos aparecen en la región. Encendimos grandes fuegos en rededor de nuestras camas, único medio de contener su ferocidad y reposamos hasta el día siguiente. Em-

prendimos entonces, nuestra navegación á la aldea de *Noanama*, donde algunos momentos después abandonamos el río para entrar en una especie de pequeño canal que acorta el camino en cerca de tres leguas. La navegación no es tan penosa como en el río; pero hay que temer á las grandes y peligrosas serpientes, que suspendidas de los árboles que bordean el canal, se lanzan sobre el viajero y le hacen heridas mortales. Sin embargo, escapamos de ese peligro é hicimos nuestro viaje hasta *Noanama* sin ningún accidente.

Noanama, es una aldea á la cual pertenecían los indios que nos conducían y la misma á donde habíamos escrito al corregidor desde *Santiago de Cali*.

Todos los habitantes son indios vestidos tanto hombres como mujeres, igual á nuestros conductores, con la diferencia de que en la ciudad, se cubren las partes vergonzosas con una especie de pequeño delantal que llaman *pampero*. Este pequeño delantal demasiado corto por delante y por detrás, está amarrado á la cintura con una banda bastante estrecha salpicada de pequeños granos que imitan al coral; por medio de una correa que pasan entre los muslos, sujetan lo de delante y de atrás é impiden que el viento los levante.

El corregidor que gobernaba, cuando pasé por ahí, era *Don José Guerrero;* estaba secundado por el cura, que los instruía en la religión cristiana.

Estos desgraciados niños viven muy sobriamente ó por decir mejor pobrísimamente; no comen más

que harina de maíz diluída en agua, legumbres y algunos plátanos.

De *Noanama* nos dirigimos á *Novita*, ciudad muy renombrada por sus riquezas. Tres cuartos de legua antes de llegar se encuentra el puerto llamado en el país de *las Bodegas de Tamana*, situado sobre el río de *San Juan*.

No es más que una pequeña aldea donde está la aduana y el depósito de todas las mercaderías destinadas á *Novita* y para otros lugares del interior de esta provincia, lo que la hace aún más comercial. Los habitantes son todos negros ó mulatos y gobernados por las autoridades de *Novita*. De ahí fuímos transportados á esta ciudad por negros de la manera más arriba indicada.

Novita, ciudad bastante importante en el nuevo reino de Granada, es de mucha fama por la abundancia de minas; es también muy comercial y dista de *Cali* ochenta y ocho leguas hacía el norte. Sus riquezas atraen tan gran número de negociantes que, no pudiendo vender sus mercaderías, se ven obligados á engañarse mutuamente y hacer el sacrificio de un 50 á 60 por ciento para no estar más tiempo y son muy felices cuando han vendido tan barato; sin embargo los que han tenido la suerte de llevar artículos un poco escasos y de que la ciudad no está provista hacen muy buenos negocios y ganan tanto con esas mercaderías que venden como en el oro en polvo que obtienen en cambio; todo depende, pues, de llegar á tiempo y á menudo se obtienen

grandes beneficios en mercaderías que no se han podido vender en otras partes.

Mirando esta ciudad desde su verdadero punto de vista, se puede decir, que apesar de su oro, es muy pobre no teniendo ningún artículo de primera necesidad. Solo, pues, la ambición de poseer este metal es lo que atrae, á un lugar donde antes de llegar se corren mil peligros. ¿Y qué sería de esta ciudad si cesara el cambio de víveres por oro? Sería reducida á las extremidades más odiosas; pero se sabe que la pasión por este metal induce á hacer en todos los países sacrificios que á menudo parecen ir más allá de las fuerzas humanas.

Novita, sin embargo, no puede de ninguna manera compararse con muchos otros lugares de la costa firme donde el oro se encuentra en tanta abundancia, sobre todo en la provincia del *Choco*, pues, en el hecho tiene más fama de la que parece y no tiene nada ni en su construcción que sea digna de llamar la atención.

Todo es ahí extremadamente caro; el barril de harina que del norte de América viene á *Cartagena* y de ahí se envía á *Novita* importa 34 pesos (170 francos), de suerte que un pan chico de cuatro onzas se vende á un real de plata y la libra vale por consiguiente, 2 francos 50 céntimos. La libra de carne se vende también al mismo precio. El vino es aún mucho más caro, pues se vende de ocho á diez francos la botella.

Lo que merece ser apreciado es un arbusto que

se encuentra en sus alrededores, llamado *Charrapati.* Su raiz es larga y gruesa; en el interior es de color mezclado de blanco y amarillo tirando al rojo. Su cocimiento es maravilloso; su tisana cura toda clase de males venéreos, la sarna y todas las enfermedades cutáneas; sus hojas sirven también para embellecer el tinte de modo asombroso.

Las culebras y otros reptiles venenosos y especialmente las conocidas con el nombre de *espuela de gallo* no son menos comunes en estas regiones.

He indicado ya la manera como los negros y mulatos se curan las mordeduras; en este lugar se sana más radicalmente, pero es preciso tener más valor desde luego; estos habitantes, como los otros, cortan la parte herida y se aplican fuego; en seguida se ponen en forma de cataplasma un ungüento compuesto de diferentes yerbas que conservan en un diente de cocodrilo que siempre llevan en el cuello.

Este remedio, conocido sólo de ellos, los preserva de la muerte. Yo mismo he visto emplear este tratamiento y no podían ser los resultados más satisfactorios.

Los habitantes de la ciudad son en general negros y mulatos, vestidos como en *Noanama;* no hay más blancos que el cura y un pequeño número de familias. Estas últimas son de un orgullo intolerable miéntras que las otras son muy sumisas.

Es costumbre entre ellas, cuando reciben uno ó muchos viajeros, ofrecerles al instante en un plato cigarrillos para fumar; si los patrones están ausen-

tes, alguien de la casa hace siempre este ofrecimiento; si tienen aguardiente ó ron os lo presentan y si no lo tienen se excusan y en este caso los viajeros deben mostrarse generosos y sacar dinero para rogarles vayan á buscar.

Las lluvias y borrascas continuas hacen muy desagradable la ciudad como también lo demás de su jurisdicción territorial. Confieso francamente que, aunque no perdí precisamente en mis mercaderías, la abandoné con satisfacción, después de visitar otras dos poblaciones que de ella dependen y que voy á dar á conocer.

El *Tadeo*, aldea dependiente de *Novita*, á doce leguas de esta ciudad, es muy miserable en cuanto á productos alimenticios, pero muy rica en minas de oro en polvo de primera calidad.

Todos los víveres que vienen de fuera son á precios extraordinarios y de tal escasez que, á pesar de su oro, los habitantes carecen á menudo de lo necesario. Tienen las mismas costumbres y los mismos hábitos que los de la ciudad cabecera, la temperatura es también la misma.

De ahí fuí á *San Agustín*, distante de la precedente, catorce leguas y depende de la misma jurisdicción.

Esta aldea, igualmente rica en minas de oro, no es más fértil que *Tadeo;* los habitantes no viven más que de lo que se trae de fuera; todos los negros ó mulatos tienen las mismas costumbres que los otros.

En los alrededores de esta aldea hay un árbol que

se asemeja mucho al grosellero, pero de hoja más chica; esta hoja seca sirve para el mismo uso del té; su corteza también se utiliza para hacer bebidas refrescantes.

Volví después de esta visita á *Novita*, de donde partí con otros viajeros para *Zitara*, capital de la provincia y con este objeto me embarqué en *Tamana*.



CAPÍTULO XLVII

Notas sobre el camino de Zitara. — Zitara. — Indios del Caimán.— Boca chica.

Habiéndonos embarcado en *Tamana*, descendimos el mismo río durante dos leguas más ó menos, el que dejamos para entrar á otro, á la derecha; después de un trayecto de seis leguas llegamos al *Tambo* de *San Paulo* y al día siguiente de nuestra llegada nos pusimos en marcha para otro *tambo*, situado en el dorso de una montaña muy elevada, que es preciso atravesar á pié ó en las espaldas de los negros por las mismas razones que he dado á conocer. Fué preciso en este *tambo*, esperar las canoas de *Zitara* que demoran á menudo doce á quince días en llegar.

Una vez que llegaron continuamos nuestro viaje por un río lleno de *zarzaparrilla*, que pone el agua tan purgativa que los que la beben sin tener costum-

bre, experimentan los mismos efectos que si hubieran tomado medicina.

Las orillas de este río están infectadas de reptiles venenosos y de gran número de cocodrilos.

Se vé á todo lo largo y en cada lado del río, chozas edificadas de distancia en distancia, habitadas por gentes que cultivan el maíz y caña de azúcar. Desembarcamos por fin en *Zitara*, ciudad de la cual voy á hablar.

Zitara, cabecera de la provincia de ese nombre á 25 leguas al norte de *Novita* y 100 al noroeste de *Santa Fe*, es una ciudad del *Choco*, muy renombrada por las riquezas que le dan sus numerosas minas de oro en polvo. Mantiene gran comercio con el interior, pero principalmente con Cartagena y de todas partes recibe mercaderías en cambio del oro en polvo ó fundido; las monedas están cortadas de diversos modos, más ó menos grandes y de distintos valores.

Las casas son más hermosas que en *Novita*, aunque están casi todas cubiertas de cañas.

Los víveres son muy caros á causa de la esterilidad del terreno, sin embargo nada falta; se aprovisionan fuera, de todo lo que pueden necesitar. La abundancia de su metal, de primera calidad, hace que todo sea de un precio exoorbitante; las misas mismas se pagan mucho más caras que en otras partes; las que nuestros prelados celebran por un franco se pagan á diez en *Zitara*, como también en toda la provincia.

Los habitantes llevan trajes muy ricos, adornados

con alhajas de gran valor; pero su orgullo y su vanidad los pone insoportables. Los dos sexos se entregan con exceso á toda clase de vicios, principalmente al tabaco de fumar y á la bebida. Aunque el vino es muy escaso y muy caro en el lugar, el teniente coronel don *José Aguirre*, gobernador en 1819 era de tal manera embrutecido, que la mayor parte del tiempo se conducía en la administracion de su puesto con un despotismo intolerable y una injusticia asombrosa.

Hay cerca de *Zitara* una aldeilla que parecería más bien un barrio de esta ciudad, habitada por indios, cuyo traje es el mismo que el de los indios de *Noanama*, con la diferencia que llevan más alhajas; están mandados por un cacique que está bajo las órdenes del corregidor, su jefe principal y tiene tantos esclavos á su disposición como hay habitantes en la aldea; emplea el número que cree conveniente en diferentes trabajos y saca el beneficio de sus fatigas.

Entre los grandes árboles que se encuentran en sus alrededores hay muchas caobas que en sus ramas solamente se parece al manzano; este árbol tiene un fruto del porte de un huevo y de la forma de una pera; en la extremidad de esta fruta cuelga un grano ó almendra buena para comer cubierta, de dos cortezas que contienen un líquido aceitoso y cáustico que los habitantes usan para curar los callos de los piés y los empeines; el jugo de la pera recién exprimido es blanco como la leche y de tal acidez que no se puede beber sino después de haber fer-

mentado y aclarado; entonces solamente es agradable y tiene el gusto del vino; corre por el tronco de este árbol una especie de goma parecida á la arábiga, que se emplea en una infinidad de usos; este árbol es tan grueso que doce personas tendrían gran trabajo para abrazarlo.

Los alrededores están cubiertos de leones, tigres y culebras; estas últimas existen en tan gran número que á menudo se les encuentra de noche en medio de las calles. Entre esos animales se distingue una serpiente del grueso de un niño de 10 á 12 años y del largo algunas veces de veinticinco piés; está cubierta de escamas y salpicada de manchas irregulares; su lomo es de un negro verdoso; tiene los flancos de un amarillo obscuro y la cabeza chata; su ancha bocaza tiene dos filas de dientes agudos; está armada bajo el vientre de dos gruesas y fuertes garras con la ayuda de las cuales coge su presa; devora hombres, jabalíes y aún tigres de tamaño enorme.

Cuando ha cogido á su víctima con las garras, se enrosca en torno y para tragarla más fácilmente, la cubre con una baba viscosa; es el terror de los habitantes; como es un anfibio, se privan lo más posible de ir á bañarse en los alrededores donde se encuentra esa serpiente colosal: se la llama *livio*; los negros las matan algunas veces para obtener la grasa, que encuentran mejor que la del chancho.

La temperatura de la ciudad como la de esta especie de barrio es extremadamente cálida y muy mal sana à causa de las lluvias diarias que ahí caen

en abundancia; el trueno se hace oir igualmente muy amenudo.

De *Zitara*, que está situada sobre la orilla del río de *Atrate*, me embarqué en la *balandra Nuestra Señora de la Popa* para ir á *Cartagena.*

Seguimos el curso de este río no sin muchas incomodidades durante diez días hasta llegar al mar. Antes de llegar se encuentra un pequeño fuerte llamado *el Vijía*, guardado por un destacamento de trescientos hombres de color, para impedir las invasiones de los indios indómitos.

Sus alrededores están cubiertos de bosques y la madera que suministran es la más hermosa y mejor de todas las demás regiones, tanto para la tintura como para la ebanistería; los olivos y el pino, así llamados en el lugar, son especialmente muy adecuados para la marina; los cerezos, cedros, canelos silvestres, la madera de rosa y de campeche son preferidos á todos para trabajarlos; por eso este lugar obtiene grandes beneficios con el puerto de *Cartagena.*

El capitán, comandante del destacamento, se llamaba don *José Colón*, hombre verdaderamente digno de ocupar un puesto más elevado; sus largos servicios, su actividad, sus conocimientos militares, su generosidad y simpatía, lo hacían querido de sus militares y respetado por los indios. Hacía honor á Castilla la Vieja, su país natal, y no desmentía el proverbio «*es un buen castellano*», tan usado en España, cuando se quiere hablar de un hombre honrado.

El señor Colón, vino á bordo algunos instantes después de nuestra llegada, á visitar el navío. Después de las salutaciones de uso, nuestro capitán lo invitó á beber una botella de vino y como esta bebida es muy escasa en el lugar, aceptó el ofrecimiento con placer, y después de haber bebido le agradeció la manifestación que acababa de hacerle, invitando á él y á mí á ir á comer á su casa; nos dijo que creía hacernos comer un plato que talvez nunca habíamos probado. Le respondí sonriendo que si no eran culebras que comen en el país, aceptaríamos de buena gana todo lo que quisiera ofrecernos. Nos respondió entonces que sus intenciones eran bien distintas á lo que podíamos suponer; que al contrario él tenía con qué regalarnos sin tener necesidad de recurrir á culebras. Quedamos tan satisfechos por su franqueza, que le atestiguamos un vivo reconocimiento y aceptamos su convite. Nos dejó para ir á preparar la comida, y al cabo de una hora vino á avisarnos que todo estaba pronto y que no esperaba más que nuestra presencia. No dijimos más cumplimientos y nos hicimos el deber de seguirle y al entrar á su casa nos pusimos al punto á la mesa. El primer plato que nos sirvió fué una especie de guisado de carne salada, mezclada con legumbres del país, que encontramos muy buena: estaba aliñada más ó menos á la manera de Francia. Después de hacer honor á ese plato nos sirvió otro con olor á salsa aromática y que era el guiso tan afamado. El mismo se sirvió primero y nos dijo hiciéramos lo mismo.

Encontramos el guiso excelente: la carne así preparada recordaba el gusto del conejo.

Después de comer, el señor cura nos preguntó riendo si sabíamos lo que acabábamos de comer. Es conejo, respondimos (aunque estábamos ciertos de que no existían en el país), ó talvez otro animal por el estilo. ¡Oh! sin duda, respondió, y fué á buscar tres pieles que nos dieron al punto á conocer que el segundo plato se componía de la carne de tres monos recién degollados. Viendo entonces nuestra sorpresa, nos dijo que no tuviéramos ninguna repugnancia por haber comido. A fé nuestra, respondimos, que, si hubiéramos sabido, no hubiéramos ciertamente probado; pero ahora si la ocasión se presentara, ninguna dificultad tendríamos para comerlos sin la menor repugnancia. En fin, bebimos una copa de aguardiente, después le dimos las gracias y volvimos á bordo á donde él quiso acompañarnos.

Cargamos nuestra embarcación con la madera de que he hablado más arriba y tomamos nuestra dirección.

El resto del trayecto hasta el mar es muy peligroso por el temor de encontrarse con indios salvajes que ejercen la piratería. Aunque sus botes son de una sola pieza y por consiguiente no pueden contener más que un pequeño número de personas, no dejan, sin embargo, de apoderarse de los más grandes barcos, de saquear las mercaderías y á menudo aun, de matar á los viajeros.

Habiendo sido bastantes felices de llegar al mar

sin ser atacados, tomamos la derecha bordeando la costa para llegar á *Cartagena*.

Llegados al golfo de Darien y cuando comenzábamos á orillar la costa de los indios del Caimán, de que hablaré después, nos sorprendió una tempestad de lo más violento. Nada se puede ver de más hermoso que el espectáculo que nos presentaban los rayos continuados y sin número que partían de las nubes. A medida que subía sobre el horizonte, el cielo era todo de fuego y el de artificio mejor preparado no tendría nada de comparable al que nos presentó el horizonte durante el espacio de una hora. No sospechábamos entonces que veríamos otra, en poco tiempo más, mucho menos agradable; pero el capitán que conocía mejor el peligro y consecuencias, se ocupó durante ese tiempo en ponernos en abrigo y con muchos afanes ganamos la bahía que hay entre *Damonguín* y *Tortugón*. Contábamos con que la tempestad pasaría al lado de nosotros y parecía, en efecto, tomar esa dirección; pero en un instante, un viento de lo más impetuoso nos asaltó; los rayos y truenos comenzaron de nuevo con tanta violencia que tuvimos el trabajo del mundo para sacar y plegar nuestras tres velas. Tomadas estas precauciones quedamos sobre el cable luchando toda la noche contra la violencia de ese viento y los bramidos de un mar en extremo irritado, que á cada instante amenazaba tragarnos.

Nuestra posición era más peligrosa por la proximidad de la costa de que he hablado. Nuestro capi-

tán como la tripulación conocían tan bien el peligro que nos amenazaba, que pensaban todos en el modo de salvarnos del naufragio; el peligro les pareció tan inminente que ya se había dispuesto de las tablas y dos jaulas de gallinas para salvarnos.

En esta aflictiva situación estábamos, cuando empezó á aparecer la aurora. Tratamos de levar ancla; nuestros esfuerzos fueron inútiles y quedó en el fondo.

A pesar de la tempestad que siempre nos amenazaba, pero ya no con tanta violencia nos vimos obligados, no teniendo otra ancla, á hacernos á la vela; ganamos de nuevo el golfo, y los vientos hasta entonces desencadenados, se aplacaron librándonos de un gran pavor.

Costeábamos, pues, el Caimán, de que he hablado más arriba, que es aún muy peligroso á causa de los indios del mismo nombre que se ocupan en la pesca de tortugas y la piratería.

Hay gran necesidad de colocar en todas las embarcaciones que los costean, pequeñas piezas de artillería y fusiles, cuyo ruido los espanta, é impide que el gran número de botes vengan al abordaje; pues si logran apoderarse del buque, la tripulación es víctima de su crueldad.

Solo los ingleses son respetados por ellos. Tienen una señal muy especial para darse á conocer y van con toda seguridad á cambiar conchas por otros objetos que les son necesarios. Les facilitan armas y les enseñan su manejo, como si quisieran hacer de

ellos soldados. Creo que después se apoderarán de este país con mucha facilidad y sin duda á eso tiende su política. Mientras cualquiera otra nación no encuentra garantía entre esos indios, los ingleses son venerados; por eso desde Jamaica vienen á visitar estas regiones.

Estos salvajes no tienen aldeas ni villorrios; habitan en chozas de cortezas de árboles y no se cubren más que las partes vergonzosas; viven de legumbres, trigo de la India y maíz que las mujeres tuestan primero y muelen en seguida en piedras planas para cocerlo en agua con carne de tortuga ó de pescado. Los hombres se ocupan mucho en la caza y pesca.

Con cortezas de árboles cocidas muy bien hacen canoas bastante grandes para transportar toda su familia y bastante lijeras para cargarlas y llevarlas algunas veces muy lejos, cuándo el río ofrece dificultades. Cada caserío ú horda tiene un jefe muy respetado, y cuando van de caza ó pesca va á la cabeza de ellos y dirije el trabajo; sus armas son flechas, aunque al presente tienen armas que los ingleses les han llevado, como lo he dicho.

Son de poca talla, pero bien hechos, robustos y ágiles; son muy crueles, cuando han tomado á alguno de sus enemigos, si no lo adopta ninguno de la aldea, lo queman vivo y lo cortan en pedazos y los comen con avidez á medida que se van asando. Han tratado con esa inhumanidad á muchos pobres soldados que se salvaban del ejército independiente.

Después de catorce días de una peligrosa navega-

ción, logramos ponernos en salvo én el primer fuerte, llamado *Boca chica*, que se encuentra á la altura del fuerte de *Cartagena*.

Boca chica, es una pequeña aldea, cerca del fuerte de ese nombre, habitada por negros y mulatos que no se ocupan ordinariamente más que en la pesca que suministra todas sus entradas.

En sus alrededores crece un árbol que se asemeja al serbal, pero la hoja es más grande; su fruta se parece al de este árbol pero no es buena de comer; contiene un hueso en forma de almendra que adentro tiene otra de un rojo brillante. No hay más que hacerla hervir para emplearla en tintura y es casi imposible que sin ningún otro preparativo, ni otro ingrediente se obtenga un tinte rojo tan hermoso y de tanta consistencia como este: usan sus hojas para curar la tiña.

Cuando el ejército del general Morillo se apoderó de Cartagena, puso fuego á los cuatro costados de la aldea; pero no tardó en reconstruírse.

El fuerte de que he hablado, edificado en una especie de roca bastante elevada y defendida por sesenta piezas de artillería de todos calibres, es casi inexpugnable por tierra y por mar. Está además defendida por otro fuerte vecino, construído en una islita que la mano del hombre ha formado, en medio del mar, y que está guarnecida con el mismo número de piezas de artillería. Ambos situados á una distancia de tres leguas del puerto de Cartagena.



CAPITULO XLIII

Cartagena.—Pesca de perlas

Cartagena, ciudad de guerra, grande y muy rica en el reino de Granada, es también muy comercial. Es la plaza más fuerte de toda la América Meridional.

Edificada en una península y con sus murallas guarnecidas de piezas de artillería, es imposible tomarla por fuerza si ella quiere defenderse. Su barrio de *Gemani* está en su totalidad en la península; fortificado exteriormente, se comunica con la ciudad por un puente levadizo. Se diría que más bien son dos ciudades de guerra que defienden la pasada del puente que las separa, y no la sola ciudad de Cartagena, de suerte que á menos de tomarla por hambre, es inútil intentar apoderarse de ella

El general *Morillo*, empleó ese medio, y á pesar de las pérdidas considerables que experimentó, logró hacerse dueño de ella; los sitiados, no pudiendo

resistir más el hambre, después de comerse hasta los cueros de sus sillas, que hacían hervir, fueron obligados á capitular.

Entre la ciudad y el barrio hay una especie de hoya donde solamente las pequeñas embarcaciones pueden entrar, cargadas de provisiones ú otras mercaderías. Está cerrada por tres fuertes barreras desde las ocho de la noche hasta la mañana y defendida por un destacamento; de manera que el que se encuentra ahí después de esa hora no puede salir, y los que quieren entrar se ven obligados á esperar la hora de su apertura.

Esta plaza está gobernada por un brigadier de ejército. Este puesto, en el tiempo en que yo estaba, era ocupado por *don Gabriel de Torres y Velasco*, hombre de caracter tan justiciero, como amable y digno, bajo todos aspectos de ese mando.

Hay un obispado sufragáneo de *Santa Fe de Bogotá* y su prelado tenía el título de inquisidor mayor del tribunal que había en 1819, y que sin duda no existe hoy día; muchas iglesias riquísimamente adornadas, como también muchos conventos para ambos sexos, un teatro hermoso, tres hospitales y una comandancia general de marina. Ahí se construyen lindos bajeles de tres palos y otras embarcaciones. Hay además un tribunal de comercio.

Las casas son en general bien construídas, pero de ladrillos, exceptuándose algunas de piedra. Unas y otras tienen tres ó cuatro pisos y hermosa proporción; están coronadas de pequeños pabellones ó to-

rrecillas en terraza, donde los habitantes van á distraer la vista en la partida y llegada de las embarcaciones que se ven á lo lejos en el mar.

Las calles son muy largas y estrechas, tienen á cada lado veredas que no dejan en el medio más que el paso necesario para un sólo coche. Cuando sucede que dos se encuentran en una calle, uno se ve obligado á volverse á una de las calles adyacentes y esperar que el otro haya pasado. Es sensible que tengan esa incomodidad; pero no se la ha podido evitar por sacar partido del poco ancho de la península.

Las frutas de América son ahí muy abundantes, tales como el coco, las lindas naranjas y otros productos que en Europa y aún en América sirven para refrescarse, aquí ocasionan la muerte de los europeos; es preciso abstenerse de comerlas ó á lo menos hacerlo con moderación si se quieren evitar los efectos rápidos y peligrosos que producen.

La carne de tortuga es la más estimada en la ciudad, y la pesca de ella se hace en profusión; se emplea en guisados y aún asada, pero de todas maneras es deliciosa. Las tortugas son muy grandes; hay algunas que pesan hasta 300 libras.

Hacen una especie de bizcocho, llamado *Casava*, de que he hablado y reemplaza al pan, en razón de lo caro que es éste.

Los habitantes son generalmente inclinados á la música; el arpa es el instrumento que les gusta

más; hombres y mujeres lo tocan muy bien y se acompañan en sus cantos con mucho método.

Son muy buenos para el cultivo y es de sentir que no tengan terrenos más extensos que los de los alrededores; en el interior de la ciudad cultivan á fuerza de brazos muy hermosos cultivos que riegan con agua de pozos.

El lujo es extremado en esta ciudad, sobre todo en las mujeres que se visten con mucha elegancia; hay muchos coches y el gran tono es usarlos para pasearse fuera de la ciudad, particularmente para ir, á una legua de ahí, á visitar un convento edificado en una altura donde está la capilla de *Nuestra Señora de la Popa*, muy venerada en Cartajena.

El caracter de los habitantes es altivo, colérico y orgulloso, y el populacho se entrega á toda clase de vicios; el tabaco de fumar y la bebida son las pasiones dominantes de uno y otro sexo; aún los de la clase elevada se entregan á esos dos excesos.

El calor es excesivo, y los extranjeros que van á Cartajena sufren grandes enfermedades á su llegada al país; pero el europeo, sobre todo el francés que puede resistir el clima y se establece ahí es bastante bien mirado y si es un poco activo é industrioso encuentra en Cartajena ocasión de hacer fortuna, pues las artes prosperan en poco tiempo.

Es muy importante el comercio, de todos los artículos que se traen, sea para el consumo de la ciudad, sea para ser enviados de ahí á otras ciudades del interior. Aunque está obligada á traer los víve-

res de fuera, son sin embargo, abundantes y baratos. El pescado sobre todo es excelente y se da casi por nada.

Una de las cosas que enriquece considerablemente á la ciudad es la pesca de perlas; suministra la que se llama *margarita*. La concha donde se forma es muy común en esta parte del mar, donde se encuentra hasta en las ostras, que son de un porte extraordinario y á menudo de las mejores; por eso la pesca de estas últimas se hace con preferencia.

En fin, esta ciudad es de las primeras de América desde cualquier punto que se la considere; no tiene otro defecto que ser malsana para los extranjeros, á causa del excesivo calor que ahí reina; pero las gentes del país lo soportan sin incomodidad por la costumbre que han contraído desde nacer.

No dudo, ciertamente, de que muchos de los que han viajado por la India ó América hayan dado detalles muy exactos sobre el modo como se hace la pesca de perlas; pero como puede variar según las localidades y además el lector podría no conocerlo, creo deber indicarle el modo que se emplea en la costa del Darién.

Esta pesca es de gran costo y muy peligrosa al mismo tiempo, sea porque dura dos ó tres meses enteros sin interrupción, sea por el gran número de hombres que exige; por eso antes de comprometerse del todo, se comienza por un ensayo que da más ó menos á conocer los resultados que se pueden esperar.

Todo los pescadores están listos el día indicado. Ordinariamente en el mes de Marzo es cuando los naturales de la costa de *Panamá* y de *Darién* comienzan la pesca. La última que se hizo se efectuó á fines de 1818 y hacía muchos años que no se efectuaba.

La tripulación de cada barca es de 20 á 25 hombres, entre los cuales hay ocho buzos que tienen cada uno un ayudante llamado *pescador asistente*. Cada barca está obligada á pagar un gran tributo al gobernador de la provincia; una sola pesca basta á menudo para enriquecerlo. Cada diez días se pesca uno enteramente en provecho del patrón de la barca; la de los demás días se divide por tercios entre los asistentes y el resto pertenece á los buzos.

Cuando llega el tiempo de pesca, todas las barcas reunidas forman una flota, avanzan al mar hasta que encuentran ocho ó diez brazas de agua, frente á una gran montaña que se divisa bien desde tierra.

La experiencia les ha enseñado que es éste el mejor sitio y donde la pesca es más abundante. Cuando han llegado, á falta de ancla, arrojan una gran piedra que hace sus veces. Cada buzo está obligado á amarrarse debajo del vientre una piedra de cuatro ó cinco pulgadas, de un pié de largo y tallada en forma de arco: le sirve de lastre para no ser llevado por el movimiento del mar y trabajar con más facilidad á través de las olas; amarra además otra piedra bastante pesada á uno de sus piés, que lo arrastra al fondo del mar.

Como las ostras están á menudo pegadas en las rocas, cubren sus dedos con pequeñas bandas de cuero, por el temor de herirse al tomarlas ó arrancarlas con violencia; hay también algunos que usan pequeños tenedores de fierro, hechos expresamente para este uso; llevan además un saco suspendido del pescuezo y una larga cuerda, una de cuyas extremidades está amarrada á la barca; este saco es destinado á recibir las ostras que se recogen durante la pesca, y la cuerda, para sacar á los pescadores cuando tienen llenos los sacos ó por otro motivo que los obligue á remontar; á una señal que reciben y por medio de una maniobra, los que están en la barca sacan la piedra que los buzos tienen atada á los piés cuando bajan al fondo.

Con este triste equipaje esos desgraciados se precipitan y bajan algunas veces 50 ó 60 piés de profundidad. Desde que tocan el fondo corren por todos lados sobre la arena y entre las puntas de las rocas, arrancando con precipitación las ostras que encuentran en su camino. A cualquiera profundidad que sea, descubren lo que pasa en el mar con la misma facilidad que si estuviesen en tierra. Ven á menudo pescados monstruosos que algunas veces se devoran entre ellos.

Los buenos buzos quedan ordinariamente bajo el agua media hora; los otros, es decir los asistentes, no permanecen más que un cuarto de hora. Retienen simplemente la respiración, sin emplear otros medios para esto; solamente á la naturaleza le de-

ben esta fuerza casi increíble. Una vez que se sienten obligados á salir del agua, tiran el cordel al cual están amarrados los sacos y se atan ellos mismos con fuerza con sus manos; entonces los marineros que están en la barca los sacan y descargan de su pesca, que es algunas veces de 400 á 500 ostras, otras veces ménos, según su buena ó mala fortuna.

Entre los buzos algunos reposan un momento para refrescarse al aire; otros no tienen necesidad y se sumergen en seguida para continuar así sin descanso ese violento ejercicio. No hacen más que dos comidas al día: una en la mañana antes de echarse al mar y la otra en la tarde cuando se ven obligados á tocar la ribera.

En esta ribera es donde toda la flota, que á menudo se compone de 200 barcas, viene á descargar el producto de sú pesca. Las ostras se llevan á una infinidad de hoyos de cinco á seis piés cuadrados, hechos en la arena, donde se las amontona algunas veces hasta la altura de un hombre. Se las deja en este estado hasta que la lluvia, el viento ó el sol las obligan á entreabrirse solas y así las hacen morir. Entonces la carne se pudre y se seca, y en fin se sacan más facilmente las perlas que caen todas en el foso á medida que salen de las conchas, cuyo exterior se asemeja al de las ostras comunes; pero en el interior se distinguen por los colores más plateados y más brillantes.

Cuando se han limpiado los hoyos de las inmundicias más groseras, se agujerea muchas veces la

arena para separar las perlas. Sin embargo se pierden muchas, sobretodo las más chicas. Todos son por natnraleza blancas, mas ó menos según la condición de la ostra.

Como no soy naturalista no trataré de explicar como nacen las perlas de las ostras. Simplemente me limitaré á decir que muchas veces he comido esas ostras que los pescadores secan para conservarlas, y las he encontrado muy buenas, sobretodo cuando se sazonan con aceite, vinagre y pimienta; tambien se hacen con ellas excelentes sopas.

Se encuentran perlas de mar del tamaño de una nuez pequeña y muy curiosas. Compré un día á un pescador 223 del porte de un guisante y las pagué con dieciseis pañuelos de algodón de color, tres piezas de nankin, cinco varas de percal y un pantalón de tela de algodón; el todo podía costar 90 francos.

Vendí algún tiempo después esas mismas perlas en la suma de 900 francos y si las hubiese conservado más tiempo habría obtenido mayor beneficio.

La casualidad me hizo comprar otra vez siete, á dos mujeres de pescadores, que pagué mitad en oro en polvo, y la otra mitad en mercaderías. Eran del tamaño de una avellana común y entre ellas se encontraba una muy curiosa; un pájaro estaba naturalmente dibujado con todo el arte que hubiese podido emplear el mejor pintor.

Vendí esta perla en *Montequebay* á un mercader inglés, el cual me dió 800 francos y me dijo después

de comprarla, que habría dado 200 francos más. Me aseguró que amenudo había comprado perlas, pero no había visto jamás tan curiosas. Le vendí las demás, pero no á tan alto precio; sin embargo me dió (por las otras seis) la suma de 1,600 francos. Gané pues, en esta venta 2,100 francos; y si realmente hubiese conocido el valor de las perlas podría haberme ganado á lo menos 36,000 francos, pues tuve muchas ocasiones de comprarlas en cantidad en la costa de Panamá.

Aunque se encuentran perlas en muchos riachuelos, las del mar son más grandes y más estimadas. Estas últimas no pierden jamás su brillo ni su peso; las otras al contrario se ponen amarillentas ó de una blancura pálida y borrosa.

Cartagena ofrece tantos recursos que por eso hay un infinito número de extranjeros. En la epoca en que el General Morillo la sitió había más de cuatrocientos franceses, que gozaban en momento tan crítico de la mayor consideración. No solamente administraban, más que los habitantes, los negocios del país, sino que tomaron aún todas las disposiciones para defenderla; uno de ellos *M. Labatut* fue nombrado general en jefe. Fueron los franceses los que se sostuvieron más largo tiempo y con su ejemplo inspiraban valor á los más débiles. Sin el hambre que afligió á la ciudad, el general habría estado obligado á replegarse si le hubiesen quedado bastantes fuerzas para hacerlo sin peligro, pues, la plaza inexpugnable por su posición estaba además defendida

por muchos fuertes, tanto por mar como por tierra y por una ciudadela que, edificada en una roca elevada, á un medio cuarto de legua de Gemaní, impide igualmente aproximarse por cualquier parte.

Los sitiadores no habrían podido vencer los obstáculos que se oponían á sus proyectos, si no hubieran logrado encontrar á la ciudad desprovista de víveres. Se aprovecharon de esa casualidad, y los habitantes en número de 32,000 fueron constreñidos á ceder por necesidad.

Los franceses tomaron entonces el partido de embarcarse con grandes riquezas para Jamaica, y no esperaron que el general les diera las gracias por la gran abnegación que habían mostrado por sostener la causa de la independencia. Estoy inclinado á creer que obraron prudentemente, abandonando una ciudad en donde habrían pagado la defensa al precio de su sangre, pues el general no tenía amenudo el humor de perdonar, sobre todo á los franceses.

En 1817 esta plaza estaba guarnecida con 4,000 españoles muy mal pagados y alimentados. No se les daba por ración más que *casava*, algunas legumbres y un poco de carne salada.

No teniendo nada más que decir respecto á Cartagena, que pueda interesar al lector, voy á pasar al capítulo siguiente.



CAPITULO XLIV

Partida de la costa firme á la isla de Cuba.—Jamaica.—Montequebay.—Kinsgton.—Santa Lucía.

Después de haber cumplido lo mejor que me ha sido posible las promesas que he hecho al lector, no me queda más que solicitar de nuevo su benevolencia por el relato que voy á hacer de las circunstancias de mi vuelta.

Dejé, pues, la costa firme de la América Meridional, que hasta el presente ha sido el asunto de mi relación, y me embarqué en Cartagena, para la isla de *Cuba*, en el mismo buque *Nuestra Señora de la Popa*, que me había traído á esta ciudad. Voy á dar una idea de lo que noté tanto en una parte de esta isla, como en la de *Jamaica*, en donde me ví obligado á detenerme á mi pesar, como el lector lo verá enseguida.

La misma noche de nuestra partida nos vimos asaltados por una tempestad de lo más espantoso;

los vientos por una parte y la agitación de las olas por otra eran igualmente horrorosas. Quisimos retroceder y entrar en el mismo puerto pero esto fué imposible; no podíamos ni aún costear, pues los vientos y la tempestad nos arrojaban mar afuera. Diez días consecutivos estuvimos en lucha constante con esos furiosos elementos, en una embarcación tan débil que á cada instante veíamos la muerte delante de nosotros. Lo que más nos desconcertaba era que por parte alguna divisábamos tierra.

Por fin tuvimos la felicidad de reconocer que estábamos cerca de Jamaica, á donde nos esforzamos por llegar con mucho trabajo y peligros inevitables, careciendo además desde dos días de agua, de manera que estábamos cruelmente atormentados por la sed.

Ganamos, pues, tierra en *Montequebay* sólo distante de Cartagena cinco días de navegación y es una pequeña ciudad á la orilla del mar y á 25 leguas de Kingston, capital de *Jamaica*. Ahí descansamos ocho días para continuar en seguida el viaje.

Al partir de esta ciudad á las nueve de la noche, y apenas habíamos andado una legua, la embarcación tocó en las rompientes de donde todas nuestras maniobras no pudieron sacarla. Viendo nuestra pérdida inminente, propuse al capitán ir á la ciudad á pedir auxilio; mi proposición fué aceptada con la mayor aprobación de su parte. Yo fuí encargado de esta comisión y por este medio salvamos el buque.

Veía que era aventurarse demasiado continuar

viaje en una tan frágil embarcación, que hasta entonces nos había hecho temer muchas veces por nuestras vidas. Me decidí á dejarlo partir y á sacar mis mercaderías las que hice conducir de nuevo á *Montequebay* hasta que se presentase más segura ocasión. Héme aquí, sin pensarlo, en *Jamaica*, isla 24 leguas al oeste de *Santo Domingo*, de 50 leguas de largo, de 20 de ancho y 15 de circunsferencia.

Su territorio es muy fértil y abunda en azúcar, cacao, algodón, tabaco, canela, café y otros productos preciosos que son muy importantes para el país. Se fabrica ron en gran cantidad.

Los ríos están repletos de pescados en toda la isla, la cual está dividida en el centro por una cadena de montañas, habitadas por negros cimarrones, á quienes los ingleses que ahí gobiernan, suministran de todo, hasta municiones, para agradarlos y evitar por eso los desórdenes é incursiones que podrían cometer en la ciudad como en los campos. Estas montañas son conocidas con el nombre de *montañas azules*.

Kinsgton es la capital; es ahí á donde los negociantes de la costa firme vienen en gran número á llevar oro amonedado ó en polvo para las mercaderías de Europa. Esta especulación da ciertamente á estos últimos grandes beneficios, pues una vez entre ellos ganan á lo menos un ciento por ciento y algunas veces más en sus mercaderías.

El comercio es muy floreciente en esta ciudad, todo es ahí abundante, pero los víveres demasiado caros. Los trasportes son igualmente á precios

exorbitantes como también las piezas amuebladas.

Las casas son hermosas; las calles muy largas, pero estrechas y mal pavimentadas; los alrededores sobre todo son muy agradables y en proporción más lindos que la ciudad, pues las casas de campo, aunque construídas de madera, parecen pequeños palacios, por la belleza de su estructura como por las comodidades que reunen.

Esta isla está sujeta á temblores muy frecuentes, sobre todo en febrero y marzo; la lluvia que es casi diaria cae con extrema violencia durante los meses de octubre y mayo.

El excesivo calor que ahí reina es causa de que sea el clima malsano y poco favorable para los europeos; pero lo hacen un poco soportable las brisas marinas que soplan todas las mañanas. Hay relámpagos casi todas las noches pero sin muchos truenos; pero son espantosos cuando se dejan oir.

Santa Lucía es una pequeña ciudad muy bonita, en la misma isla, situada á la orilla del mar; produce también en abundancia los mismos artículos que *Kingston* y se enriquece con el comercio que hace de todos sus artículos.

Los víveres son igualmente caros; la mayor parte de los habitantes se alimentan de legumbres; comen también mucho pescado y carne salada y beben mucho ron.

Las casas bien edificadas, pero las calles son, como en *Kingston*, muy estrechas; los alrededores están cubiertos de chozas donde habitan los negros;

en medio de las cuales se distinguen las habitaciones de los amos, construídas con mucho gusto. Los negros se emplean en el cultivo de la tierra; pero ¡cómo sus penosos trabajos son mal recompensados por los ingleses! No contentos con alimentarlos mal, la mayor parte de ellos no les dan más que un día á la semana para que trabajen por su cuenta, á fin de proveer sus necesidades y las de su familia. Los que los mandan los urgen al trabajo á cada instante, les pegan sin piedad á todo extremo y parecen hacer menos caso de sus vidas que de las de un animal.

Sin embargo, ¡qué sería del comercio de Jamaica y de otras islas sin el recurso de esos desgraciados! Son ellos los que labran la tierra, como lo hacen los bueyes en Europa; son ellos los que plantan algodón, café, caña de azúcar y en fin, una infinidad de otras plantas que prosperan el comercio y como premio de sus penas y fatigas, se les castiga á la menor falta del modo más cruel y más bárbaro. No se tiene por ellos más consideración que la se tiene en Europa por los animales, es decir, que se les permite todo siempre que cumplan sus deberes; se les permite la poligamia siempre que tengan muchos hijos y que trabajen mucho sin enfermar: esto es lo que puede contentar á sus amos y no piden nada más.

Pero á menudo cansados é indignados por los tratamientos inauditos que capataces borrachos, desrazonables y bárbaros les dan y viéndose tratados más inhumanamente por ellos que por sus amos, pierden la paciencia y en un exceso de ira, se reunen,

se arrojan sobre los que los han maltratado, los matan y los despedazan; y aunque estén ciertos de ser castigados de un modo cruel, cuentan siempre con vengarse de sus verdugos. Su revuelta no queda largo tiempo impune; apenas es conocida, los dueños de las casas corren pronto á las armas y á menudo hacen en ellos horrible carnicería; los que tienen la desgracia de ser pillados son reducidos á prisión, donde se les carga de cadenas y en seguida condenados á ser puestos en una jaula de fierro, donde se les deja morir de rabia y hambre.

Es preciso confesar que esos suplicios hacen temblar á la humanidad, pero debe convenirse también que los blancos de las islas, de cualquiera nación que sea, están obligados á llegar á las más duras extremidades para inspirarles temor y respeto y para no llegar á ser ellos mismos víctimas del furor de esos desgraciados y como son quince contra un blanco, siempre están dispuestos á sublevarse, á emprender contra todo y á cometer los crímenes más horrorosos por recobrar su libertad. Se asegura que en las regiones españolas y francesas, los esclavos no parecen tan malos; esto puede ser desde luego porque están en menor número y en seguida porque son tratados con más suavidad y en fin porque son educados en una religión que les inspira sentimientos más humanos. Sea lo que sea, y aunque la humanidad debe ser en todas partes respetada, no temo decir que esos desgraciados esclavos merecen ser tratados con el último rigor cuando meditan sublevarse,

y sin aprobar los actos de crueldad que los ingleses puedan cometer con ellos, sostengo que tienen razón al castigarlos severamente y atemorizarlos con el miedo á castigos los más inhumanos. La conducta que estos desgraciados han tenido con los blancos de Santo Domingo, disculpa los excesos á que éstos podrían entregarse aún y sólo prueba demasiado lo que digo.

He visto muchas personas en la costa firme entregarse á la bebida; pero jamás en parte alguna he visto entregarse con tanto exceso como en esta ciudad. Las gentes de todas clases beben ron como agua y puedo asegurar que el menor de esos bebedores lucharía con ventaja con el mayor bebedor de vino en Francia. Por eso todos los habitantes son extremadamente rojos y tienen lo que llamamos un rostro rubicundo. El vino es muy caro á causa de los derechos de internación.

Todos los caminos son soberbios en esta isla y por esto á mi vuelta á *Montequebay*, me decidí á hacer el viaje á pié aunque hay una distancia de seis leguas.

Montequebay, como lo he dicho, es una ciudad pequeña, en donde debía esperar ocasión favorable para emprender viaje á *Cuba*.

Esta ciudad tiene las mismas entradas que las precedentes y el suelo produce además muchas legumbres del país con las que se alimenta la mayoría. Las frutas de América son abundantes, particu

larmente los *cocos*, y son en extremo grandes. El pescado es también muy común.

El ron que se fabrica es de calidad superior al de otros lugares de la misma isla; los aficionados encuentran con que regalarse copiosamente en esta ciudad y ciertamente que no dejan de hacerlo, pues es muy fácil encontrar hombres más llenos de ron que de agua: se creería que estos individuos son toneles ambulantes.

Hay dos templos protestantes de notable construcción.

Los alrededores son muy agradables; están embellecidos con prodigiosa cantidad de limoneros y naranjos, de fruta exquisita; y por una infinidad de casas de campo, construídas en medio de las praderas.

Hicimos ese trayecto muy felizmente y sin experimentar el menor contratiempo. Al tercer día desembarcamos en *Manzanillo*.



CAPÍTULO XLV

Isla de Cuba.—Manzanillo.—Ballame.—El Cané.—Santiago

Manzanillo, es una especie de puerto, ó de bahía, defendida por un fuertecillo, adonde las embarcaciones de Jamaica vienen á buscar madera para su construcción y otras para la carpintería.

Esta aldea, que es muy grande, está también construída con madera y las casas cubiertas de hojas anchas y muy grandes que provienen de un árbol elevado y recto como la palmera.

Los víveres son muy escasos y por consiguiente carísimos; la mayor parte de los habitantes se alimentan de legumbres del país y plátanos.

Los alrededores de *Manzanillo* están cubiertos de árboles de muy preciosa madera apropiadas para muebles. Hay también gran cantidad de colmenas, cuya miel y cera da grandes entradas al lugar; el pescado es también un artículo que le produce mu-

cho, se sala y se envía á *Santiago*, capital donde se consume.

La mayor parte de los habitantes son mulatos ó cuarterones y tienen costumbres irregulares, llenos de defectos se entregan con exceso á la bebida y jamás dejan escapar la ocasión de distinguirse por sus latrocinios; las mujeres como los hombres, se entregan á los mismos vicios y sobre todo al libertinaje; sin embargo los de rango más elevado se abstienen de esos excesos.

En el mes de Octubre de 1819, los independientes llegaron á esta región y quisieron apoderarse de la aldea; el fuertecito armado únicamente de seis piezas de artillería, hizo tal resistencia y secundó tan bien el valor de los habitantes, que se vieron obligados á arreglar sus bagajes y á retirarse apresuradamente con una pérdida de ocho hombres.

En la confusión que reinaba y era muy natural, los negociantes embalaron á prisa sus mercaderías temiendo el saqueo de los independientes si se hubieran apoderado de la aldea.

Hice lo que los demás, y para poner mis mercaderías en mayor seguridad, las confié á personas que me ofrecieron sus servicios con promesa de conservármelas con el mayor cuidado; pero ¡ay! fuí engañado en mi buena fe; el depósito fué violado hasta el punto de no haber vuelto á ver jamás lo que les confié. Ese depósito se componía de la mayor parte de los objetos que acababa de comprar en *Montequebay*. Esta pérdida, unida á tantas otras

que ya había sufrido, me contrarió mucho; no pude soportarla á sangre fría, pero fué preciso sobrellevarla con paciencia.

Viendo que esta aldea me había sido funesta, resolví ir á *Santiago*, pasando por *Ballama*.

En efecto puse ese proyecto en ejecución, pero con mucho trabajo, á causa de los caminos malos que son casi impractibles por el lodo de que están cubiertos; serían sin embargo muy agradables si estuvieran mejor mantenidos, pues, desde *Ballama* hasta *Manzanillo* están bordeados por naranjales, limoneros, guayabos y otros árboles preciosos y aromáticos.

Ballama (pronunciada la l) es una cindad edificada en un llano encantador, fértil en algodón, caña de azúcar, café y tabaco. Este llano produce además, mucho maiz, legumbres, plátanos y un poco de arroz. La distancia de esta ciudad á *Manzanillo* es de catorce leguas.

El tabaco, de calidad superior á cualquier otro y de mucho consumo en el ramo principal de su comercio.

Se cosecha también mucho *llarey* (pronunciada la l) que no es otra cosa que hojas parecidas á la alcachofa, con la diferencia de que son más anchas y se ponen amarillas al secarse. Estas hojas son muy estimadas y se emplean en la confección de sombreros y esteras para el lugar, de gran precio.

La ciudad tiene cerca de una legua de largo,

pero es muy estrecha. Está gobernada por un teniente coronel.

En mi tiempo era uno nativo de la Habana; muy amable y de gran probidad, protegía especialmente á los extranjeros como lo permitían los deberes de su puesto.

El río que pasa por ahí es ancho y el más importante de la isla. El agua es excelente.

Los habitantes, por lo general, tienen mal carácter; son perversos y viciosos; el juego, el tabaco y la bebida son sus ídolos más queridos.

Las mujeres son muy bonitas, se visten muy bien y con tanta y más elegancia que en la capital de que hablaré más adelante; pero tienen el gran defecto de beber y de fumar muy á menudo. En estos dos puntos le hacen frente al hombre más decidido.

Tienen por costumbre cuando uno ó varios extranjeros entran en sus casas, sea por asuntos comerciales, sea por visita, de hacerles muchas atenciones, pero más bien teniendo en vista el interés que el placer de recibirlos. El dueño ó dueña les hace servir al instante cigarrillos de papel y aún cigarros por los esclavos. En seguida uno de estos trae una botella casi vacía de aguardiente ó de ron y como la costumbre es ofrecer á todos los que están en la casa, sucede á menudo que la botella se vacía antes de que se haya servido toda la sociedad.

El dueño entonces llama á un esclavo y con una mirada que le dirige, éste viene á pedir al invitado dinero para ir á buscar aguardiente ú otro licor, ob-

servando que si se le da una moneda gruesa, se aprovechan de la vuelta que sobra.

Después que toda la concurrencia se ha servido, los dueños de casa la invitan á comer ó cenar. Su mesa es, en verdad, muy limpia y bien provista de platería; pero en vano se buscarían objetos más agradables, es decir, pan y vino.

El primero se reemplaza por el *casabo* y otras raíces del país mechadas ó asadas y por arroz cocido con gran cantidad de pimienta bien molida, tan espeso y picante que es capaz de hacer estornudar al que no tiene costumbre y no ha conocido los síntomas. Después de esto se sirve otro, cuya sola vista basta para disgustar al que no tiene el hábito de comerlo. Este gran plato consiste en raíces de batatas, plátanos, con algunos pedazos de carne salada cocido todo junto.

El vino se reemplaza con agua, la que se sirve en hermosos jarros ingleses.

Si por casualidad el invitado no tiene costumbre de cocina semejante, no puede dejar de enviar á comprar lo que falta y por este medio satisface la invitación de sus huéspedes, los que no tienen otro fin que vivir á expensas de los viajeros.

Después de la comida, los esclavos traen cigarros y entonces todos fumando, continúan bebiendo hasta el momento de hacer la *siesta* de que he hablado en el capítulo de *San Miguel de Tucumán*. Al cabo de dos ó tres horas despiertan y toman otros cigarros. Momentos después se sirve café el que es pre-

ciso tomar para no ponerse en ridículo, é inmediatamente las niñas de la casa comienzan á tocar la guitarra y á cantar canciones bastante indecentes. Así pasan su vida la mayor parte de los habitantes.

Hay en los alrededores de esta ciudad un insecto imperceptible llamado *arador*, que molesta especialmente á los habitantes, sobre todo á las mujeres; una vez introducido en la carne excita comezones insoportables y mientras más se rasca salen más granitos parecido á los de la sarna.

Hay mujeres que por descuido tienen el cuerpo cubierto de costras tan disgustantes que cualquiera que no sabe de donde provienen, toma como señales de enfermedad contagiosa. Sin embargo nada más fácil de sanar: un poco de tabaco mojado con orines basta para ello. Frotando con este remedio las partes atacadas saca el humor y arroja el insecto que la produce.

Hace mucho calor en esta ciudad como en todo el resto de la isla.

Después de haber hecho algunos negocios, emprendí nuevamente mi camino á *Santiago*, donde la suerte me hizo experimentar nuevos reveses en el momento en que yo creía que ya estaban agotados.

Una vez llegado á esa ciudad, busqué inmediatamente un local conveniente para instalarme. Frontero á mi alojamiento había una casa habitada por una familia distinguida por su nacimiento y riquezas, y á menudo veía asomarse una joven que me miraba siempre con mucha atención. Si algunas ve-

ces se encontraban nuestras miradas, experimentaba una emoción de violencia hasta entonces desconocida para mí, y noté que la que me la causaba también sufría otra á lo menos tan fuerte. Pronto sentí que su presencia me era necesaria y que ella ardía en el mismo deseo. Traté de ir á la casa creyendo que esa joven era la hija; pero pronto me desengañé al saber que era de *Manzanillo* y pertenecía á una familia tan rica como distinguida y estaba en *Santiago* solo para pasar una temporada.

Desde nuestra primera conversación me dió sus informaciones y me confirmó en la opinión que tenía de sus sentimientos hacia mí. Nos juramos amistad recíproca y prometimos vivir el uno para el otro, y después de otra entrevista concluímos por unirnos con los lazos del matrimonio.

Dimos parte de nuestras intenciones al jefe de la familia donde ella estaba y éste lejos de atestiguarnos su sorpresa, nos envalentonó al contrario en nuestros proyectos y en consecuencia se encargó de escribir á sus padres.

Esperamos con impaciencia esta respuesta tan deseada; pero fué en vano. No respondieron. Pocos días después noté que sus huéspedes no tenían los mismos sentimientos sin saber, sin embargo, á que poder atribuir ese cambio. Entonces, solicitado por la misma joven, la hice salir de esa casa para constituírla en depósito en otra, según la costumbre en el país, hasta que los padres consintieran en nuestro matrimonio.

Esperándolo, me entregué á mis negocios comerciales, hice viajes con mercaderías al *Cobre* y á *Cané*, los que voy á dar conocer.

El *Cobre,* es una aldea á cuatro leguas de *Santiago*, muy abundante en minas de cobre, de donde toma su nombre, pues en español *cobre* significa *cuivre.* Sus afueras tienen también algunas minas de oro, pero no es permitida su explotación.

Hay un río donde se encuentran piedras preciosas de gran valor, lo que unido al cobre, da muchas riquezas al lugar.

Hay una capilla muy rica dedicada á Nuestra Señora del Rosario, situada en una gran altura, á donde, el 15 de Agosto, van casi todos los habitantes de la isla á celebrar su fiesta.

La costumbre es ir en peregrinación; pero me atrevo á asegurar, porque estoy cierto de ello, que es más bien para divertirse y no por devoción por lo que se hace el viaje; y durante los ocho días que dura la fiesta, los peregrinos se divierten más que en todo el resto del año. La bebida y el libertinaje interesan más á esos devotos que Nuestra Señora del Rosario, y es raro el día que no termine con sangrientas peleas en los que usan cuchillos de caza.

La aldea aprovecha todas esas ocasiones para hacer pagar á precio enorme las fantasías de los peregrinos. Los víveres son á precios tan elevados que una gallina asada me costó 13 francos 75 céntimos.

Los habitantes son altivos y de extremada fiereza;

en general su carácter es malo y tienen los mismos vicios que los de *Ballama.*

El *Cané*, es también una aldea, á dos leguas de la ciudad, donde igualmente se celebran fiestas, sobre todo en el mes de Diciembre y que atraen gran concurrencia de personas de todas partes de la isla.

Sus asambleas tienen por principal objeto reunir toda clase de juegos y en todo el tiempo que duran esas fiestas circula el oro en abundancia tal, que se tomarían las casas y juegos como tesorerías.

El juego, sin embargo, no absorbe todos los momentos como en *Cobre;* la buena comida y libertinaje son diversiones de vez en cuando.

La abundancia de oro hace orgullosos á los habitantes; creen estar por encima de los demás hombres y se imaginan que fuera de ellos nadie es perfecto. Sus costumbres no son más regulares que en la aldea anterior. Los víveres son igualmente carísimos.

Había ya transcurrido mes y medio y aunque no habíamos recibido respuesta de los padres de la joven, cerca de los cuales hacíamos reiteradas instancias para apresurar nuestro himeneo, contando con su consentimiento y pensando que su silencio podía interpretarse en nuestro favor, ya que ningún obstáculo se oponía á nuestro matrimonio, cuando, arrullándonos en esos agradables pensamientos, vimos de súbito desvanecerse nuestras esperanzas y desaparecer para siempre.

El brigadier de ejército, don *Eusebio Escudero*, gobernador de *Santiago*, me envió á buscar por un *al-*

calde de barrio (especie de comisario de policía), so pretexto de examinar mis pasaportes. Obedecí á esta orden, sin saber qué pensar de esta invitación; pues, por lo tocante á mis pasaportes, él mismo los había visto y encontrádolos perfectamente en regla cuando se los presenté en su casa.

Llegado á la gobernación, fuí introducido á la secretaría, donde los entregué y me fuí cerca del gobernador; el cual con aire grave y desdeñoso que me dejaba entrever algo de siniestro me interrogó sobre mi llegada y concluyó por decirme que mis pasaportes habían sido dados en Cartagena el uno y el otro en Jamaica, y por consiguiente no tenían valor alguno en su gobernación. Le observé entonces que no era culpa mía y debía sufrir pena por ello; además, para llenar el objeto de sus deseos, que estaba pronto á obedecerle en todo y á justificarme en el caso de que hubiera sospechas de mi conducta. Quedó cuatro ó cinco minutos sin responderme, paseándose por la sala y mirándome de cuando en cuando de la cabeza á los piés.

El sombrío silencio que guardaba, las miradas de soslayo que me lanzaba, tenían algo de misterioso, lo que me hizo presagiar nuevas desgracias.

Por fin rompió el silencio, ordenándome que saliera y esperara en la secretaría hasta que tomara una determinación.

Salí en efecto á esperar la decisión de un asunto que me intrigaba tanto más cuanto que no sabía á qué atribuír la causa.

No quedé mucho tiempo absorto en las reflexiones que hacían nacer en mí las órdenes enigmáticas de ese magistrado. La llegada de la joven, acompañada de ese mismo *alcalde de barrio,* vino á sacarme de ellas, para sumirme en congeturas aún más obscuras.

Tan pronto como ella me vió, preguntóme bañada en lágrimas que era lo que querían de nosotros; le respondí que no se inquietara, ya que no teníamos otro crimen de reprochar que el de amarnos; que además habíamos cumplido todas las formalidades acostumbradas para efectuar nuestra unión, y que, estando dispuesto á casarme al instante, nada más se podía exigir de nosotros.

El *alcalde* nos dijo lo siguiéramos para ir á hablar con el gobernador. Tan pronto como entramos, éste preguntó, si esa joven era la que estaba en depósito y á la respuesta afirmativa del primero, dirigiéndose á mí con tono burlón, me preguntó con qué autoridad había constituído esa joven en depósito y cuál era mi objeto. Le respondí sencillamente lo que pasaba: que el uso establecido en el país me autorizaba á obrar así, hasta que se hubiese obtenido el consentimiento de los padres, á los cuales habíamos escrito y que, en fin, no esperábamos más que su respuesta para celebrar nuestro himeneo. Está muy bien, respondió. Amais, pues, realmente y deseais sólo la autorización para uniros. Tal es el objeto de nuestra espera, respondimos unánimemente. Esto está muy bién, continuó; voy á poneros á punto de

realizar lo más pronto posible vuestros proyectos, y estaréis contentos de mí. Después, dirigiéndose al *alcalde*, á quien ya había dado sus órdenes, dijo: conducid á los dos á sus depósitos respectivos, donde estarán hasta esperar la respuesta de los padres de la joven y nuevas órdenes; y se retiró.

La joven fué conducida á la casa donde estaba depositada y yo fuí puesto en prisión. Todas mis mercaderías fueron confiscadas y todo el fruto de una penosa y laboriosa vida me fué quitado en un instante por las órdenes tan injustas como arbitrarias de este gobernador infame.

Su crueldad, tan conocida de muchas personas en Cuba y sobre todo de las que están agregadas á la marina de Burdeos era de tal laya y su despotismo tan grande, que no sé como los habitantes podían soportarle.

Es de presumir que sus funciones no son hoy día tan extensas y que por la nueva forma de gobierno, cada administración habrá recibido atribuciones particulares. Pero en mi tiempo, ese gobernador conocía de todos los negocios y los juzgaba á su modo y sin réplica. ¿Había la menor desinteligencia en un matrimonio? La mujer iba á quejarse á él y éste hacía comparecer al marido á su presencia y delante de la esposa, sin escucharle ni interrogarle, lo llenaba de insultos; si la mujer deseaba reconciliarse, después de condenar al marido al pago de una fuerte multa le permitía se retirara con ella, diciéndole que tuviera cuidado de reincidir; si al contrario, la mujer no

quería vivir más con el marido, pronunciaba sobre la marcha el divorcio y el pobre marido era enviado á galeras como un criminal, á no ser que fuese bastante rico, pues entonces en vez de galeras se le detenía en prisión hasta que pagase la suma que se le antojaba al gobernador exijir por su libertad; y aún le era concedido con inauditas restricciones, entre otras el renunciar á toda pretensión sobre su mujer á la cual en adelante debía considerar como extraña.

Las prisiónes estaban repletas de desgraciados que carecían de doscientos ó trescientos pesos para rescatar la libertad que les habia quitado la tiranía de un hombre ávido de oro, único móvil de todas sus acciones.

Cuando este hombre llegó á Cuba estaba en posición tan triste, que más bien se le habría tomado por un doméstico, que por gobernador de *Santiago*; pero apenas hubo tomado las riendas del gobierno, no se ocupó más que de las más viles especulaciones para enriquecerse. Su despotismo absoluto y los poderes ilimitados unidos á su dignidad, favorecían sus propósitos, de manera que á los habitantes sólo les quedaba la resignación para soportar un yugo tan irritante.

Obraba sin responsabilidad y su insaciable avaricia hacía gran número de víctimas.

En fin, este hombre, verdadero azote de la isla ponía en uso toda clase de injusticias para enriquecerse. Si yo invocase el testimonio de los habitantes de *Cuba*, agregarían mucho al odioso cuadro que

acabo de hacer de este hombre, nuevos horrores de que no he tenido conocimiento y todos manifestarían de una sola voz, las alegrías que les han causado las restricciones que le han puesto á su autoridad.

Un mes había corrido desde mi encarcelación, y todas mis solicitudes para que se me sometiera á juicio habían sido inútiles. Como en el momento de mi llegada, mis maletas estaban depositadas en la misma casa donde estaba la causa de mi desgracia, el gobernador, para apoderarse más fácilmente de mis mercaderías y de mi dinero, ordenó que esa joven fuese reducida á prisión y por este medio infame se libró de un testigo tan adicto á mí y que habría podido poner obstáculo á un robo tan manifiesto.

Quince días después que ella fué aprisionada, el tirano ordenó que se me hiciera salir de la prisión; se me ataron los brazos detrás de la espalda y fuí conducido al *Morro*, en donde él había dado orden de embarcarme bajo consigna y con prohibición expresa de no aparecer jamás en la isla de Cuba.

El relato de mi desgracia, me ha hecho perder de vista la descripción de *Santiago* y por eso voy á reparar esta omisión antes de salir de la isla.

Santiago de Cuba es una ciudad bastante importante por su población y más antigua que la *Habana;* edificada en la pendiente de una montaña escarpada, sus calles son muy peligrosas de recorrer, sobre todo durante la noche; son estrechas y la mayor parte sin pavimentación; el gran número de

hoyos que se encuentran á cada paso, obligan á tomar caminando, grandes precauciones á fin de evitar la desgracia de perder un brazo, una pierna y tal vez la vida.

El barrio de la Marina que forma la cuarta parte de la ciudad, sería más cómodo si estuviera mejor cuidado; pero la suciedad que ahí reina lo hace casi tan desagradable como el resto de la ciudad; está situado en el fondo de la costa y tiene la molestia de recibir todas las basuras que las fuertes lluvias arrastran de las calles de la parte superior de la ciudad. Como la mayor parte de las casas están únicamente construídas de barro, se derrumban fácilmente y el agua que llega á este barrio deposita también toda esta tierra y pone impracticables á las calles.

Esta ciudad tiene un arzobispado muy rico, cuya catedral recientemente edificada en la plaza principal, está adornada con suntuosidad; el altar mayor, muy bien decorado, construido á la romana y colocado casi en medio de la iglesia. Su conjunto ofrece un golpe de vista verdaderamente curioso, como la gran puerta de entrada está á cierta altura, es preciso subir muchas gradas para llegar á ella.

Los habitantes se pasean, la noche de Navidad por todas las calles, en las cuales, en casi todos los rincones, hay vendedores en pequeño, que venden diversas bebidas, pescados, frutas y otros objetos de este género. La mayor parte de esa noche da lugar á excesos verdaderamente escandalosos.

El azúcar, algodón, café y tabaco tan renombrado

por su excelente calidad, hacen muy comercial a la ciudad y la trata de negros de la Guinea, que es uno de los principales ramos de su comercio, le produce entradas incalculables. Es el depósito de ellos y los vende á las provincias del continente y á las demás islas.

Los mercados están provistos desde la aurora hasta las ocho ó nueve de la mañana, y desde las siete hasta las diez de la noche, á causa del excesivo calor que se siente en el día. Hay también toda clase de pescado, pero todo á muy alto precio.

Los franceses deportados, es decir los mestizos, negros, cuarterones y mulatos de Santo Domingo que aquí se refugiaron, hacen traer gran cantidad de legumbres de Europa: antes de su llegada apenas se conocían. Han enriquecido á este país con el cultivo que han dado á las plantaciones y han plantado árboles como el cafetero y otros.

Entre ellos se miran, como lo he dicho en el curso de esta obra, no como hombres que gustan de protegerse mutuamente, sino como envidiosos que tratan de dañarse, á ejemplo de los habitantes del país.

Esos refugiados han contraido todos los hábitos de *Cuba* y las mujeres particularmente se distinguen por un comercio vergonzoso, que ejercen con la mayor publicidad. La vida que llevan es de las más licenciosa y lo más chocante, es el desdén y orgullo que afectan, sobre todo con los europeos que tienen la debilidad de tener con ellas la menor familiaridad. Sin embargo, todo bien considerado y haciendo abs-

tracción de sus defectos, su físico no tiene nada de atractivo, pues son todas negras ó mulatas.

Los habitantes de la ciudad son también en parte negros, mulatos ó cuarterones y estos últimos, aunque bastante pobres, son de un orgullo insoportable. Como los de la costa firme, casi todos los habitantes se alimentan de raíces, plátanos, casabo y maní. En general, no son de muy buena fe y sus costumbres tampoco de las más regulares. El juego, la bebida y el tabaco de fumar son vicios comunes á ambos sexos. El último también lo es de los niños que creciendo aprenden de sus padres los otros dos.

Antes de hablar de mi partida del *Morro*, creo deber comunicar al lector las observaciones que hice acerca de la posición y extensión de la isla de *Cuba*.

Cuba, la más grande de las Antillas, á la entrada del golfo de México, tiene más ó menos 250 leguas de largo; su mayor anchura es de 40 y su menor es de 12 á 15; su extensión de levante á poniente. Se encuentra en esta isla, además de la ciudad de *San Salvador* y la de *Santiago*, un valle enteramente cubierto de guijarros tan redondos y tan fuertes que podrían servir en vez de balas de cañón.

No pudiendo hacer otras observaciones á causa de mi detención, no me queda más que hablar del *Morro* que, como se va á ver, fué el punto de mi partida,

El *Morro* no es otra cosa que dos fuertes, inexpugnables por mar, situados á dos leguas de la ciudad y donde todas las embarcaciones se ven obliga-

das á anclar, para sufrir la visita del comandante, antes de entrar á *Cuba*. No hay más que cinco ó seis casas, ocupadas por los jefes de destacamentos, por los sub-oficiales y soldados y por ajentes encargados de hacer trabajar á los condenados que están en los subterráneos de los fuertes.

El puesto de comandante estaba en manos de un hombre tan justo como humano. Fué muy sensible á la conducta injusta y arbitraria del gobernador de *Santiago* para conmigo y habría deseado poderme ser útil. Me dió, en efecto, prueba cierta prestándose en lo posible, sin comprometerse, al envío de un ordenanza con el cual suplicaba al gobernador que tomara en consideración los justos reclamos que le hacía.

El objeto de esas súplicas era para que se dignase entregarme mi dinero y mercaderías de que había ordenado el depósito y para que me concediera un plazo para conseguir el pago de créditos que tenía en la ciudad y alrededores y que eran bastante importantes.

Le suplicaba además que me hiciera entregar por el conserje diezisiete botones de oro que había depositado en sus manos para responder de quinientos francos que me había prestado hasta que se me devolvieran mi dinero y mercaderías y que se negó á entregar á mi salida.

En fin le conjuraba á que se me entregara un bastón que apreciaba mucho por lo raro de su madera, de perfecta semejanza con la concha de tortuga, re-

nunciando voluntariamente á la empuñadura de oro, aunque pesaba dos onzas y media, con tal que se me entregara el bastón.

El ordenanza á su vuelta, me trajo solamente los botones de oro que el conserje había guardado y que el mismo gobernador retiró; también me trajo un hermoso reloj de oro que la joven, aún encarcelada, había salvado del pillaje y que me envió aprovechando la ocasión después de pedir permiso al gobernador; en cuanto al bastón, lo retuvo y talvez el desgraciado lo usa aún hoy en día.

Respecto al plazo que pedía, me fué igualmente denegado y fué renovada la orden sin réplica de embarcarme, y con más severidad. Se me dejó, sin embargo, una maleta llena hasta la mitad de mis trajes más usados y de menos valor, y en este estado fuí conducido á bordo de la *Venus*, capitán *Peyrán*, quedado en *Cuba* por negocios y reemplazado por *M. Bouchaloi* con expresa prohibición de desembarcar en ningún lugar de la isla de *Cuba*.

En vano hice tentativas cerca de este último para que me dejara en tierra en alguna parte de la isla, en vano le ofrecí aún 400 pesos, todo fué inútil; mis instancias y mi oro no pudieron ganarlo. Me hizo presente que se comprometería gravemente si accedía á mis deseos, y que debiendo ir de la isla de *Cuba* á Burdeos, no podía, sin exponerse, prestarme ese importante servicio.

Fué preciso someterme á la fuerza y sufrir mi suerte malhadada.

Partimos, pues, del *Morro* el 4 de febrero de 1820 y llegamos á Lormont, cerca de Burdeos, el 17 de marzo siguiente. Desde mi llegada á esta ciudad füí á la oficina de la marina, tanto por cumplir los deberes de estilo como por ponerme perfectamente en regla.

Fuí en seguida á casa de uno de mis parientes para tener el placer de abrazarlo y sobre todo para informarme del estado de mi familia; pero ¡ay! fuí instruido demasiado: se me dió el golpe más terrible al imponerme de la muerte de mi padre; todas las penas que había sufrido no eran nada en comparación de la que entonces sentía y habría hecho de buena gana los más grandes sacrificios por haber tenido el placer de estrechar entre mis brazos al autor de mis días.

Agobiado por el recuerdo de mis pasadas desgracias é inconsolable por la muerte de un padre adorado, me apresuré á ir á Marmande, mi país natal, donde llegué el 28 del dicho mes de marzo. Ardía en deseos de volver á ver á mi hermano y derramar en el pecho del único amigo que me quedaba, las lágrimas que me arrancaba el dolor y la ternura filiales; pero el cielo me negó este dulce consuelo y no llegué donde mi familia sino para encontrarme presa de nuevos pesares y de tristes disensiones domésticas.

Pero hay un término en todo; la fortuna que se ha complacido en atormentarme hasta ahora, puede en fin cansarse de perseguirme y todo me dice que con-

cluirá por sèrme propicia. Anuncio, pues, al lector, antes de terminar mi obra, que voy pronto á ocuparme en arreglar los negocios que me retienen en mi país, para ir á bogar aún en el pérfido elemento que ha querido mil veces engullirme. Cuento con el auxilio de la Providencia, para recuperar los bienes que la injusticia me ha quitado y concluyo rogando por segunda vez al lector que crea que no pretendo otra cosa que su indulgencia.



INDICE

LBJe 14


LIBRARY OF CONGRESS
0 015 812 684 9